JOSÉ SEMPRÚN
ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA

EL EJÉRCITO REALISTA EN LA INDEPENDENCIA AMERICANA

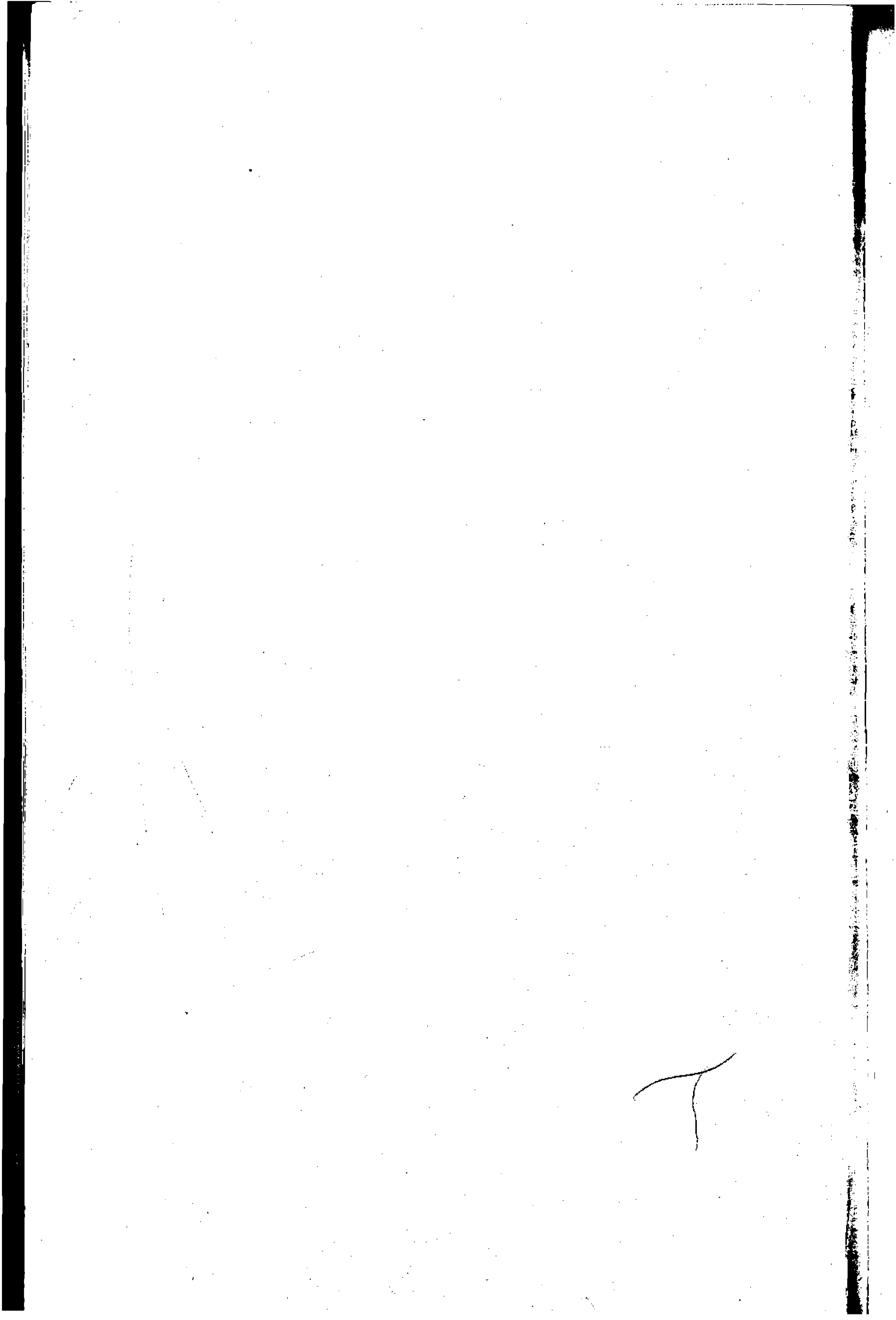


EDITORIAL
MAPFRE

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Miguel Alonso Baquer
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-518-2
Depósito legal: M. 26700-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

Los autores agradecen la colaboración de Pedro Pablo Peña, Gloria Núñez y José Antonio Vargas-Zúñiga.



ÍNDICE

PRÓLOGO

Entre la copiosa bibliografía sobre la contienda de Independencia americana no son frecuentes los estudios sobre los que en ella defendieron la causa del rey. Existen, naturalmente, buenos estudios parciales y el excelente de Julio Albi, *Banderas olvidadas*, de reciente aparición. Este modesto trabajo viene a sumarse a ellos, esperando ser una llamada más de atención sobre un tema frecuentemente ignorado.

Sirva de homenaje a la memoria de los oficiales y soldados que defendieron la causa española en el Nuevo Mundo tan olvidados por la posteridad, a veces en beneficio de sus oponentes, y a los que la historia ha dado la razón en tantos aspectos.

El libro se inicia con un capítulo dedicado a diversas generalidades sobre las fuerzas armadas de la época: organización, armamento, tácticas, mandos... El estudio del ejército realista en la contienda se abre con tres capítulos, cada uno de los cuales se refiere a una de las fases principales de la guerra, haciendo, tras un breve resumen histórico de los acontecimientos generales de España y América, un análisis de la estrategia seguida —o posible— por los contendientes en dicha etapa y una descripción de las fuerzas que sostuvieron la causa realista en ese período, enumerando las expediciones que fueron enviadas desde la Península para socorrerlas. Por último, se hace una brevísima alusión a los ejércitos insurgentes en ese momento, que en algunos casos, como veremos, no son sino los realistas de la víspera.

A continuación se alude a las resistencias de las últimas posiciones realistas en el Continente y a los proyectos —algunos de interés, independientemente de su virtualidad— y tentativas de reconquista de las provincias perdidas, a las guerrillas y fuerzas irregulares realistas, a las

actividades navales en la contienda y se hace un pequeño esbozo de alguna de las motivaciones «ideológicas» que pudieron asistir a los partidarios de la causa realista en el Continente. Para terminar se ha incluido un apéndice con las sucintas biografías de algunos de los jefes, parte importante del ejército realista, que participaron en la contienda haciendo referencia a su, a veces, curiosa trayectoria posterior, y una pequeña bibliografía. Asimismo se han añadido algunos mapas para ilustrar muy sucintamente algunas de las campañas principales de la contienda con la situación de fuerzas, mandos, principales batallas y otros acontecimientos. Naturalmente los datos de los mismos, extraordinariamente esquematizados, tienen un carácter aproximativo y deben ser matizados con los dados en el texto.

Este no es un libro sobre derecho político o administrativo. Por tanto, cuando en él se mencione a las posesiones españolas, provincias, regiones o colonias no se entiendan esos términos más que en su sentido puramente genérico sin que haya que buscarles vinculación con alguna de las doctrinas jurídicas sobre el estatus de la América española.

A los combatientes por la Independencia —a veces se añade el apellido «política»— de Hispanoamérica se les denomina de forma intercambiable insurgentes, insurrectos, rebeldes, independentistas o patriotas. No nos parece que dichas denominaciones tengan matiz peyorativo alguno, ya que no entendemos que la rebelión, así a secas, sea ningún crimen en sí misma, sino en cualquier caso por sus fines, y es de suponer que los alzados contra la autoridad española o, al menos gran parte de ellos, no pensarían que con ello estaban cometiendo ningún acto deshonroso. Desde luego resulta difícil encontrar una connotación peyorativa en el nombre de la avenida Insurgentes en Ciudad de México, o en el calificativo de «rebeldes» tan en boga en la Cuba posterior a 1959.

Advirtamos, por último, el sentido de alguna de las denominaciones que se encuentran con frecuencia en las páginas siguientes: el Alto Perú equivale a la actual República de Bolivia, la denominación Argentina se refiere a los límites de esa república mientras que Río de la Plata alude a todo el virreinato de Buenos Aires. Quito —su región geográfica— designa a la actual República del Ecuador y el término neogranadino al virreinato de Santa Fe (en realidad, solamente la actual República de Colombia, pero que jurídicamente incluía Venezuela, el Ecuador y Panamá). Colombiano usualmente se refiere a la república de la Gran Colombia que comprendía inicialmente el territorio del virreinato de Nueva Granada en toda su extensión jurídica.

Capítulo I

EL EJÉRCITO EN ESPAÑA Y AMÉRICA

ORGANIZACIÓN

El ejército español en los momentos iniciales de la guerra de Independencia y, por tanto, pocos meses antes de los primeros estallidos revolucionarios en América, es el fruto del proceso de reformas del mismo que se produce a lo largo del siglo XVIII partiendo, como se sabe, prácticamente de la nada (el ejército español en 1700, como, por otra parte, tantas otras instituciones del Estado se encontraba en uno de sus momentos de mayor decadencia) [1]. Este proceso consigue organizar unas fuerzas armadas parangonables a las de cualquier potencia europea de segundo orden en lo militar y las reformas se prolongan a lo largo de los primeros años del siglo XIX dirigidas por el generalísimo Godoy, que reorganiza, entre otros, el sistema de reclutamiento y la enseñanza militar y crea el Cuerpo de Ingenieros como arma independiente [2].

La base de la organización administrativa de las fuerzas de infantería, caballería y artillería es el regimiento, considerado igualmente —aunque algunos tratadistas discutan o nieguen este carácter— como

[1] Una visión general del ejército español en el siglo XVIII puede verse en M. Hernández Sánchez Barba y M. Alonso Baquer, *Historia social de las fuerzas armadas españolas*, Madrid, 1986, tomo I.

[2] Sobre las reformas militares de Godoy puede verse M.ª D. Herrero, «El Estado Mayor de Godoy y los intentos de reforma en el ejército de Carlos IV. La Ordenanza general de 1802», en *Repercusiones de la Revolución Francesa en España*, Madrid, 1990, pp. 493-499.

unidad táctica, es decir, destinada su utilización como un todo en operaciones militares. Veremos que, en cierto modo, al menos en la contienda que nos ocupa, los tratadistas antes aludidos tendrán razón, ya que rara vez será empleado el regimiento como unidad táctica [3].

Cada regimiento de infantería está formado por varios batallones, estos sí indiscutiblemente unidades tácticas, divididos en cierto número de compañías.

Los regimientos de caballería están formados por varios escuadrones subdivididos en compañías. En América raramente actuarán regimientos completos de caballería, siendo sustituidos en operaciones de importancia por agrupaciones de escuadrones, de efectivos en definitiva equivalentes, si bien usualmente los contingentes de caballería de ambos bandos suelen ser, aun en encuentros de cierta envergadura, inferiores en número a los de un regimiento completo [4].

El número de batallones, compañías y escuadrones que articulan las unidades superiores varía a lo largo de la etapa histórica que nos ocupa. Así, al comienzo de la misma, poco antes de la invasión napoleónica de España, cada regimiento de infantería de línea cuenta con tres batallones —el tercero en cuadro para completar sus efectivos en tiempo de guerra— y los regimientos de infantería ligera con un solo batallón. Los batallones cuentan normalmente con ocho compañías, la primera de granaderos y la última de cazadores o fusileros cuya utilización táctica varía, según tendremos ocasión de ver. En cuanto a la caballería, cada regimiento está formado por cinco escuadrones cada uno con tres compañías. Las unidades de elite de cada regimiento, equivalentes a las compañías de granaderos en la infantería, reciben en la caballería el nombre de carabineros.

A lo largo de los años siguientes la organización que hemos descrito sufre varias modificaciones debidas a las necesidades de la guerra y a la consiguiente creación de una enorme cantidad de unidades militares. Debe tenerse en cuenta que durante los primeros años de la misma se crean más de trescientos regimientos entre infantería de línea y ligera y unos cuarenta regimientos de caballería; por otra parte, no

[3] Los historiales de los diversos regimientos españoles han sido publicados por el conde de Cleonard y, en fecha más reciente, por el Servicio Histórico Militar.

[4] Véase el capítulo correspondiente de J. Albí y L. Stampa, *Campañas de la Caballería española en el siglo* XIX, Madrid, 1985.

se olvidará que estas unidades son en su mayor parte improvisadas, con reclutas de nula preparación militar, y que deben enfrentarse con las fuerzas del imperio francés, fogueadas en 20 años de campañas en Europa. Lógicamente adolecen de los efectos inherentes a aquella condición, lo que veremos tendrá consecuencias serias para el nivel cualitativo general de las fuerzas armadas españolas en esa época y otras posteriores [5].

En 1810 se dispone que los regimientos de línea agrupen tres batallones a seis compañías. Dos años más tarde se reducen en cambio a un solo batallón por cada regimiento, con ocho compañías cada uno. Terminada la guerra, se organiza nuevamente el regimiento de línea a tres batallones y también a ocho compañías, mientras se inicia un proceso de reducción de las fuerzas armadas que se prolongará durante los años siguientes. En 1818 los batallones por regimiento de línea pasan a ser dos.

En cuanto a la caballería, sus regimientos se organizan a lo largo de esta época con cuatro escuadrones cada uno, con unos 120 hombres por escuadrón como efectivos de plantilla, es decir, tres compañías de 40 hombres.

En cualquier caso, el nivel cualitativo del ejército español al inicio de la guerra de la Independencia, con ser mejor que el improvisado posteriormente, deja bastante que desear en comparación con los principales de Europa. No debe extrañarnos esta circunstancia. En definitiva, el ejército español no había participado prácticamente en ninguna de las guerras europeas a partir del tratado de Basilea y no ha podido, por tanto, adquirir la experiencia de prusianos o de austríacos. Y cuando tiene ocasión de hacerlo, lo hace en una situación general de crisis y de total quiebra del Estado con las consecuencias fáciles de comprender.

Es, sin embargo, cierto, como señala acertadamente Albí, que el papel del ejército español en la lucha contra la invasión francesa se ha valorado más justamente en la historiografía más reciente. Efectivamente, en la anterior su papel era considerado como muy secundario cuando no con abierto desprecio. A veces por la sobrevaloración de las guerrillas y fuerzas irregulares (¡El pueblo en armas!). Otras por fuentes de

[5] Ch. J. Esdaile, *The Spanish army in the Peninsular War*, Manchester, 1988.

origen extranjero, fundamentalmente inglés, obra de jefes y oficiales de esa nacionalidad que muchas veces no tuvieron ocasión de asistir a los mejores momentos de la actuación de las fuerzas regulares españolas.

Por lo demás, en lo que antecede no hay que ver ninguna intención peyorativa sobre unas fuerzas a las que si faltó la técnica sobró en general el heroísmo en la guerra contra la primera potencia militar de Europa. Antes bien, en cierto modo dice mucho en su favor el que, aun en las condiciones apuntadas, mantuvieran una lucha tan larga y difícil con una tenacidad y una fe en la victoria como pocos ejércitos europeos de la época, muchas veces en mejor situación inicial.

Por lo que respecta a las variaciones en la organización de las unidades del ejército español antes aludidas, tuvieron en realidad poca incidencia en las fuerzas que vamos a tener la ocasión de observar más de cerca en América, ya que, como dijimos, raramente actuaron en ella regimientos completos y muchas veces las unidades allí enviadas eran batallones expedicionarios proporcionados por regimientos peninsulares.

Sí las afectó en cambio, como puede comprenderse, el descenso del nivel cualitativo general de las fuerzas españolas experimentado a lo largo de la guerra en la Península, algunas de cuyas consecuencias en lo referente a la moral y disciplina de las tropas expedicionarias o calidad de los mandos no fueron, como puede suponerse, positivas en el desarrollo de las operaciones militares en Ultramar.

GRADOS

Los grados en el escalafón de fuerzas terrestres, con escasas diferencias entre los diferentes tipos de éstas, son los siguientes: como mandos subalternos, cabos y sargentos, procedentes de las clases de tropa cuya misión consistía en estar constantemente con ella manteniendo la disciplina, llevando a cabo misiones como mandar pelotones para guardias y actividades subalternas en general [6]. Hasta el comienzo de la época que nos referimos, es el grado máximo al que se puede acceder procedente de las clases de tropa. A partir del inicio de la gue-

[6] J. Marchena, *Oficiales y soldados en el ejército de América*, Madrid, 1989, toca con extensión todos estos aspectos.

rra de Independencia de España será también posible el ascenso a empleos superiores, y así veremos que numerosos jefes de América iniciaron su carrera como soldados rasos: Morillo, Alaix, La Torre, Espartero... lo que pocos años antes hubiera sido impensable.

Los cadetes, a los que podría considerarse alumnos en prácticas, suelen encontrarse en número de dos por compañía y además de llevar a cabo lo estudios propios de la carrera militar, normalmente a cargo de un capitán, desempeñan las funciones subalternas de un suboficial hasta el momento de su ascenso a subteniente o alférez y su incorporación, por tanto, a la plantilla de oficiales propiamente dicha. Hasta el momento del inicio de la guerra era indispensable para ingresar en el ejército en esa calidad pertenecer a la nobleza, llevando a cabo las pruebas correspondientes en caso necesario. Entre los jefes del ejército realista que durante la guerra iniciaron su carrera en esta categoría figuran, por poner un ejemplo ilustrativo, Santa Anna y Castilla, futuros presidentes de México y el Perú.

El grado más bajo de la oficialidad propiamente dicha es el de subteniente, en infantería, o alférez, en caballería, y sus funciones son ayudar en el mando de las compañías a las órdenes del capitán y tenientes y, llegado el caso, tomar el mando de fracciones de éstas.

A continuación viene el grado de teniente cuyas funciones en la práctica eran similares a las descritas. El capitán en principio tiene el mando de una compañía; en cada batallón es usual que el más antiguo mande la de granaderos.

Ayudante, más que un grado, es un empleo que puede darse a un oficial con la antigüedad de capitán. Existe uno solo por batallón o regimiento y su misión es hacer de segundo del sargento mayor en las funciones administrativas de éste.

El teniente coronel suele ser el segundo jefe del regimiento y, en caso de que éste tenga dos batallones, el teniente coronel manda el segundo y suple al coronel en sus ausencias.

El sargento mayor, de los que igualmente hay uno solo por batallón o regimiento, lleva a cabo una función que podríamos llamar de jefe administrativo del mismo, actuando como depositario, comisario y juez, y ocupándose de la contabilidad y correspondencia [7].

[7] J. Marchena, *op. cit.*, pp. 69 y ss.

El grado inmediatamente superior es el de coronel, sucesor directo de los antiguos maestres de campo, cuya misión básica consiste en mandar un regimiento.

Los grados superiores de la milicia son los de brigadier, equivalente al actual de general de brigada —aunque según ciertas doctrinas en esta época no se consideraba a los brigadieres como generales—, mariscal de campo, equivalente a general de división, y teniente general. No hace falta aclarar que, dadas las características de la guerra a que nos referimos, muchas veces jefes de esta graduación se encuentran al mando de fuerzas de importancia muy inferior a la que en teoría les hubiera correspondido.

Capitán general, más que un grado propiamente dicho, es una distinción honrífica, que no se encuentra en ninguno de los mandos del ejército de América. No debe confundirse con el de capitán general en el sentido del jefe militar que está a la cabeza de una capitanía general, como en Chile o Venezuela, sin por ello tener el grado en propiedad.

Una expresión que aparece con frecuencia en la época es la de oficial graduado (capitán graduado, coronel graduado). Consiste en oficiales que habiendo sido ascendidos a un empleo superior continúan al mando de una unidad a la que correspondería un empleo inferior. Así, un teniente coronel que manda un compañía normalmente por no existir vacante en la que pueda desempeñar el grado alcanzado.

Los oficiales que forman el Estado Mayor de las plazas son el gobernador, teniente de rey, sargento mayor, ayudante, capitán de puertas y otros destinados a la administración.

Empleos de interés en relación con el objeto de nuestro trabajo son, en cada virreinato, el comandante general de fronteras y, en caso de guerra y, por tanto, en el caso que nos ocupa, el comandante general del ejército de campaña y el cuartel maestre general del mismo, equivalente a un jefe de Estado Mayor. En cuanto al virrey, jefe supremo de las fuerzas armadas en su demarcación —al menos en teoría—, cuenta como órgano consultivo con el consejo o junta de guerra para asesorarle sobre la dirección estratégica de las operaciones militares.

Todos estos grados se refieren a los desempeñados en un orden regular y en tropas de este carácter. Como se comprenderá, en fuerzas más o menos irregulares o guerrillas, los mandos emplean frecuentemente estos grados sin que les hubiesen sido concedidos oficialmente.

Lo mismo puede decirse de muchas fuerzas insurgentes, especialmente las irregulares de Hidalgo y Morelos o las del Alto Perú, donde encontramos una extraordinaria cantidad de grados militares que, como cabe imaginar, no redundan en la eficacia de las fuerzas a sus órdenes. Esto creará, además, una cierta tendencia inflacionista de los grados en diversos ejércitos americanos, en la que puede encontrarse una de las causas de la turbulenta vida político-militar de muchos de los estados sucesores de las posesiones españolas.

Por lo demás, sin las mismas consecuencias políticas, la afición a grados militares puramente honoríficos también se dio en ciertas épocas en los Estados Unidos donde era frecuente el tratamiento de «mayor» o «coronel», grados en las milicias estatales otorgados graciosamente por los gobernadores de los estados a sus amigos políticos.

Los ascensos a grados superiores se producen en principio por antigüedad o por méritos de guerra. A partir del grado de capitán en las armas de caballería e infantería existen tambien los llamados «ascensos por elección», lo que da lugar a los abusos fáciles de imaginar, favoritismos, etc. En las armas de artillería e ingenieros, por el contrario, en principio no existen más que los ascensos por antigüedad. En una contienda de las características de la de América, de tan larga duración y con alternativas tan varias, el número de ascensos por acciones de guerra será muy grande, y numerosos oficiales harán brillantes carreras en ella, siendo frecuente llegar destinado a Ultramar con un grado de, por ejemplo, teniente y, tras varios años de campaña, alcanzar el de coronel y aun darse el caso de carreras más fulgurantes.

Por otra parte, recuérdese la conexión entre esta contienda y la de Independencia de España, con lo cual es muy frecuente el caso de oficiales que, habiendo hecho grandes carreras en la Península, las «redondean» en Ultramar. Unos casos paradigmáticos, por nombrar sólo algunos, podrían ser los de Alaix y Espartero, soldados rasos al comenzar la guerra contra la invasión napoleónica y que, tras participar en ambas contiendas, regresan a España como coroneles destinados posteriormente a altos puestos militares y políticos. Otro caso es el del general Pablo Morillo, al que veremos al mando del «ejército pacificador» de Venezuela y Nueva Granada, que en 1807 era un suboficial sin perspectiva alguna de ascenso, en 1809 ya era coronel y, tras su etapa de América, llegará a mandar un ejército en la campaña contra los Cien Mil Hijos de San Luis.

Ordenanzas

Las ordenanzas que regían la organización, táctica, principios morales, etc., del ejército español en la época son, como es sabido, las de Carlos III de 1768 que, por otra parte, estarán igualmente en vigor en los ejércitos independentistas durante y aun después de la contienda. Siguiendo al general Gárate Córdoba, dichas ordenanzas se conservarán de mayor a menor grado de fidelidad en los ejércitos del Salvador, Perú, Argentina, Chile, Colombia... [8]

En definitiva, los principios de la táctica de campaña establecidos por dichas ordenanzas —en la parte dedicada a este aspecto— son los de Federico de Prusia, reformados posteriormente por las innovaciones introducidas por las guerras de la Revolución y el imperio francés y puestas en práctica con mayor o menor fortuna en la guerra de Independencia de España. Por supuesto, no hace falta aclarar que estas ordenanzas rigen en las fuerzas regulares. En las irregulares de cualquier bando es obvio que se aplican de forma muy «matizada», sin que, habida cuenta del tipo de guerra que estas fuerzas van a practicar, la aplicación «liberal» de los principios de aquélla redundase en modo alguno en líneas generales en contra de la eficacia de su actividad bélica. Por el contrario, como veremos, la regularización de la guerra y de las fuerzas combatientes tendrá en ocasiones resultados negativos en relación con las tropas de aquel carácter.

Las medidas disciplinarias del momento para las fuerzas en campaña son lógicamente severas, si bien su aplicación no siempre es todo lo oportuna y eficaz que cabría esperar, sin tener en cuenta que en ciertas circunstancias políticas y estratégicas se llega a veces a situaciones en que la disciplina ya no puede mantenerse ni con los más severos castigos. Así vemos que delitos como el de sedición, que en circunstancias normales hubiera sido castigado de forma draconiana, en multitud de ocasiones no es reprimido o lo es con extraordinaria lenidad. Lo mismo cabe decir de la deserción, castigada en campaña con la pena de muerte, pena que de hecho se aplica en numerosas ocasiones, aunque no en todas, ni muchísimo menos: en cualquier caso, es frecuentísima la fórmula en algún comunicado militar o parte de algu-

[8] *Fuerzas armadas españolas. Historia institucional y social.* Tomo I, pp. 28.

na batalla, en el que se menciona la captura de prisioneros, «entre ellos tantos desertores de nuestro ejército que fueron pasados por las armas» por orden del jefe de la fuerza aprehensora.

Sin embargo, en ciertas circunstancias, ni las más severas medidas hubieran podido contener un fenómeno como el de la deserción o el paso al enemigo, fenómeno que, por otra parte, se da con la misma o mayor intensidad en los ejércitos patriotas, con los demás de motines, sediciones y plantes de todo tipo, muy frecuentes entre soldados que tratan de evitar el ser trasladados fuera de sus regiones de origen, algunas veces las deserciones son de consecuencias tácticas o estratégicas serias, como por ejemplo la entrega de El Callao a los realistas por una sedición de tropas americanas de guarnición en esa plaza. Otras veces, jefes de uno u otro bando se ven obligados a llevar a cabo determinada acción o maniobra en condiciones desfavorables por considerar que otra alternativa haría aumentar en mayor proporción el nivel de deserción de sus tropas.

Pero es que, en definitiva, así es la guerra. Las contiendas entre fuerzas exquisitamente regulares cuyos jefes no tienen más preocupaciones que las puramente tácticas son en definitiva minoritarias, y más en la época que nos estamos refiriendo y en las posteriores, tanto en América como en Europa, con la sucesión de conflictos de raíz ideológica, muy diferentes a los que pudieron enfrentar a unos príncipes ilustrados con otros cien años antes.

Lo mismo puede decirse respecto a la marina y así tendremos ocasión de ver la suerte —cambio de bando— de diversas unidades navales tanto realistas como al servicio de los insurgentes, sobre todo de las primeras.

Como penas más leves, por delitos menores, se establecen las de palos en variado número, «carreras de baquetas», en las que el condenado avanza entre dos filas de soldados que le golpean con dichos instrumentos, y otros castigos corporales, reservados, claro está, a las clases de tropa. En el caso de fuerzas irregulares estas penas pueden aplicarse también a oficiales y, desde luego, a jefes del ejército enemigo, como veremos practicar a las fuerzas de Boves en Venezuela.

Las recompensas militares al mérito en acción de guerra son fundamentalmente de dos tipos: el ascenso a grados y empleos superiores y la concesión de condecoraciones y cruces de distinción.

Respecto a los primeros, ya hemos aludido cómo se conceden y cómo algunos oficiales y jefes hicieron brillante carrera en la contienda. Debe recordarse que, a partir del comienzo de la guerra contra la invasión francesa, se hizo posible, en un primer momento *de facto* y después por norma reglamentaria, el ascenso a la categoría de oficial a individuos procedentes de las clases de tropa que antes lo tenían absolutamente vedado, lo que entre otras consecuencias impedía absolutamente a los individuos no pertenecientes a la nobleza llegar al grado de oficial, incluso subalterno. Por ello veremos cómo a lo largo del conflicto es relativamente frecuente el ascenso a altos grados militares de individuos que comenzaron su carrera como soldados rasos en España o en la misma América.

La concesión de condecoraciones por mérito de guerra es otra novedad del momento: como es sabido, en España antes del inicio de la guerra de la Independencia no existían condecoraciones militares en el sentido moderno del término. Sólo, en cierto modo, podría considerarse algo equivalente el ingreso por méritos, complementado con las indispensables pruebas de nobleza, en alguna de las Órdenes Militares existentes. La primera condecoración propiamente dicha se crea por las Cortes de Cádiz en 1811. Se trata de la Orden de San Fernando, es decir, la conocida como la «Laureada». Suprimida al regreso del rey en 1814 pero reorganizada al año siguiente, es reestructurada en cinco categorías y concedida con más o menos liberalidad. Así veremos a numerosos componentes del ejército de América que recibirán dicha condecoración como premio a su comportamiento en la contienda.

Debe aclararse, no obstante, que la reglamentación de la Orden de San Fernando sufrirá a lo largo del siglo numerosas reestructuraciones y reglamentaciones de categorías, y que en ciertas épocas del mismo podrá conseguirse con mayor facilidad que las ganadas a lo largo del siglo xx. Por eso se da en algunos momentos del siglo xix, tras la guerra carlista, pronunciamientos, etc., el caso de jefes del ejército que tienen varias de ellas, lo que hubiera sido prácticamente imposible en el siglo actual. Sin que esto, por otra parte, minimice en modo alguno el comportamiento heroico de tantos de aquellos jefes militares.

La otra condecoración que se crea en la época a que nos referimos es la Orden de San Hermenegildo, que no se concedía por mérito en campaña sino para premiar la permanencia en el servicio.

Además de estas condecoraciones propiamente dichas era frecuente la creación de medallas o «cruces de distinción» para conmemorar batallas, defensas heroicas, etc., que se otorgaban a los participantes en las mismas: así, por ejemplo, en relación con la guerra en América se crearán entre otras las del Sitio de Cartagena (por el ejército de Morillo en 1815), las de las batallas de Ica y Torata en el Perú, el sitio de Cuautla en México, etc.

Aparte de estas recompensas específicamente militares por méritos de guerra o en puestos en la milicia en América puede recibirse la Orden de Isabel la Católica, creada en marzo de 1815 precisamente para premiar los servicios en ese continente, militares o no (posteriormente se amplió a servicios en el extranjero en general): la Gran Cruz se concede a generales, el grado de comendador a brigadieres y coroneles, etc., y sus beneficiarios ganan nobleza personal, si no la tenían por otras razones. Por último, unos servicios de especial mérito por parte usualmente de altos jefes del ejército suelen ser premiados con la concesión de títulos nobiliarios: así en la contienda americana recibieron títulos muchos de ellos, a veces con el nombre de batallas o acciones bélicas en las que han obtenido la victoria. Entre otros podemos destacar al virrey Abascal, marqués de la Concordia; al virrey Venegas de México, marqués de la Reunión de Nueva España; al general Morillo, conde de Cartagena y marqués de la Puerta; al general Valdés, conde de Torata; al virrey La Serna, conde de los Andes; al virrey Apodaca de México, conde del Venadito; al virrey Pezuela, marqués de Viluma; al general Goyeneche, conde de Guaqui; al general La Torre, conde de Torrepando; al general Calleja, conde de Calderón. Liniers a título póstumo recibe el título de conde de Buenos Aires, sobre todo por su defensa contra los ingleses, y Tacón el de duque de la Unión de Cuba por su labor en esa isla posterior a la contienda.

En cuanto al simple ennoblecimiento —lo que en aquella época perdía todo sentido por la supresión del estamento nobiliario que se llevó a cabo en diversos momentos y definitivamente a la muerte de Fernando VII— debe recordarse que a partir del grado de capitán en el ejército se ganaba nobleza personal y a partir del de coronel nobleza hereditaria, transmisible a los descendientes. Posibilidad que por lo demás sólo tiene paradojicamente virtualidad en esta cortísima época, de 1808 a 1834 con las interrupciones de las etapas liberales, ya que an-

teriormente como hemos visto era prácticamente imposible llegar a oficial del ejército sin pertenecer a la nobleza.

Caballería

Importantes diferencias se observan en la organización y ultilización de la caballería en la contienda americana y en la Europa de la época. Las causas son fáciles de comprender. Como es natural, entre las fuerzas enviadas como refuerzo desde la Península figuran pocas unidades montadas en relación al total de las tropas expedicionarias; en cuanto a la caballería autóctona basta recordar simplemente las condiciones geográficas en la zona en la que va a tener lugar la contienda para comprender la existencia de una fuerte tradición de fuerzas montadas de características especiales (fronteras de México, del sur de Chile y Río de la Plata, etc.) y la existencia de diversos grupos de población muy vinculados al caballo como medio de transporte por dichas condiciones geográficas: llaneros de Venezuela, indios semi-nómadas del norte de Nueva España, huasos chilenos, gauchos argentinos, etc., lo que hará que al tomar parte en la lucha en uno u otro bando aporten sus peculiares formas de utilización de la caballería.

En la Europa de aquellos años la caballería se organiza en regimientos, normalmente de cuatro o cinco escuadrones cada uno, y se divide en pesada o de línea y ligera. La primera, empleada como fuerza de ruptura en las batallas, comprende los coraceros y lanceros, fuerzas estas últimas que conocen un período de expansión a raíz de los éxitos de los jinetes polacos en las campañas de Napoleón. A la caballería de línea se asimilan los dragones, tropas proyectadas en principio para combatir a pie o a caballo según las circunstancias y equipadas al efecto. La caballería ligera está formada por los húsares, cazadores y *chevaux-legers* y es utilizada para descubiertas, exploración, mantenimiento de las líneas de comunicación y, en el combate, como cobertura de la caballería pesada.

La primera diferencia que encontramos, pues, en la caballería tal como se emplea en la contienda americana es que la clasificación entre pesada y ligera pasa a ser puramente académica. Todas las unidades de caballería son utilizadas con la finalidad de una u otra sin diferencia alguna y el mantenimiento de los nombres de las unidades, como las

de húsares o dragones, es puramente simbólico. Por lo demás, en América raramente actúan regimientos de caballería como tales. La unidad básica es el escuadrón, que se agrupa con otros llegado el caso. Normalmente está dividido en tres compañías de unos 40 hombres cada uno. Los insurgentes usualmente llegan a los 50 hombres por compañía.

El armamento tradicional de la caballería son pistolas, sable recto para la caballería pesada y curvo para la ligera. Los dragones utilizan un mosquetón algo más corto que la infantería con el mismo sistema de disparo y prestaciones similares. Y, por supuesto, las unidades de lanceros utilizan la lanza, que en la contienda americana alcanzará una gran difusión hasta el punto de que a las fuerzas de caballería se las computa como «lanzas» en lugar de como «sables». Aquélla mide de dos a tres metros y bien manejada puede ser un arma de ruptura eficaz especialmente en los primeros momentos del choque. Después en cambio puede romperse y, en cualquier caso, ya no ofrecerá las mismas ventajas. Igualmente, es menos útil en cierto tipo de terreno, bosques, etc., pero, como antes dijimos, será utilizadísima por ambos bandos en toda la guerra y después durante la guerra carlista en España, en que igualmente se identifica a ese arma con los combatientes montados.

Por lo demás, en América combaten numerosos cuerpos de fuerzas a caballo formados por combatientes irregulares. Los más importantes son los llaneros de Venezuela, que en un primer momento forman la base del ejército realista de Boves en 1813 y 1814 y posteriormente pasan en buen número a la insurrección al mando de Páez, y en el sur los gauchos del norte argentino, que constituirán en cierta época el núcleo central de las fuerzas que al mando de Güemes defenderán la frontera contra las invasiones realistas desde el Alto Perú.

Cabría también mencionar a las fuerzas «presidiales» del norte de México, que mantenían con sus auxiliares indígenas la defensa del territorio contra la acción de los «indios bárbaros» de los territorios de Texas y Nuevo México.

Por todo ello se puede imaginar fácilmente que la acción de la caballería en América responde sólo parcialmente a los criterios reglamentarios y a los principios que rigen su utilización en las contiendas europeas.

Antes se aludió a las misiones específicas de la caballería ligera fuera del campo de batalla propiamente dicho. En éste, la misión de la caballería, que como hemos visto en América es similar para todos sus tipos, son fundamentalmente dos: como arma de ruptura contra las formaciones enemigas, sean éstas de infantería o caballería, y para la explotación del éxito atacando a las fuerzas enemigas en retirada, normalmente en grado más o menos alto de desorganización o desmoralización. En el primer caso, el sistema es la carga que se lleva a cabo en formación cerrada en líneas paralelas —si había suficiente número podían ser tres o cuatro, con un escuadrón en cada una de ellas—. Se inicia al paso, inmediatamente se pasa al trote, más adelante para no perder la formación al galope, y en los últimos metros, ya sobre las líneas enemigas, las trompetas tocan a «degüello»[9] y los sables pasan a la posición horizontal. La distancia a que se llevan a cabo los cambios de paso depende fundamentalmente del tipo de enemigo contra el que se actúa, el grado de cansancio de los caballos, la capacidad maniobrera de los jinetes —dada por su grado de instrucción— y, en definitiva, de las condiciones del jefe de la fuerza, ya que este aspecto es fundamental en la acción de las tropas a sus órdenes y la capacidad para dirigirlo adecuadamente es la nota que diferencia a los grandes jefes de la caballería, como había sido Murat en Europa o lo serán a escala americana el realista argentino Marquiegui y su oponente Güemes.

Un aspecto importante de la carga de caballería es que al final de una de ellas, incluso si ha tenido éxito, las fuerzas que han participado en la misma quedan desorganizadas por más o menos tiempo, sin poder actuar eficazmente hasta restablecer la formación y siendo, por tanto, muy vulnerables a la acción enemiga, especialmente de fuerzas de caballería que hubieran mantenido la formación. Por eso es casi indispensable mantener siempre alguna unidad de caballería en buen orden para utilizarla llegado el caso, lo que puede decidir la suerte de un encuentro. Un ejemplo clásico de esta situación lo constituye la batalla de Junín (1824), en la que la caballería realista que no había manteni-

[9] «A degüello» no era «una música siniestra que en el ejército español acompañaba los ataques sin cuartel», como afirma algún autor, sino simplemente el nombre que recibía en la caballería la orden de carga. El toque que en la infantería ordenaba el avance a la bayoneta recibía el nombre de «calacuerda», del de una maniobra de la época del arcabuz.

do ninguna unidad de reserva, tras vencer a la enemiga, fue arrollada por una pequeña formación de reserva de aquélla antes de poder reorganizarse [10].

Lo que antecede es sobre todo aplicable a las formaciones de caballería regular. Pero como ya indicamos, en América actúan en ciertos momentos importantes cuerpos irregulares que, como es lógico, no siguen estos axiomas de la táctica, con las ventajas e inconvenientes que de ello pueda derivarse.

INFANTERÍA

El arma de la infantería de ambos ejércitos en la contienda americana, como en todos las demás de la época, es el fusil de chispa. El modelo usualmente utilizado por el ejército español es el de 1777-1780 de un metro cuarenta de longitud, cuatro kilos de peso, mecanismo de disparo por chispa, producida por un pedernal, y un alcance eficaz de 200 metros, aunque el alcance máximo es mucho mayor. Este fusil, de diversos modelos, es empleado como arma básica para el combate a distancia por la infantería. Cada soldado además lleva una bayoneta, normalmente triangular, de unos 47 centímetros de longitud, que, calada sobre el fusil, es empleada en los combates cuerpo a cuerpo, dando así a aquél la utilidad de una pica.

Para el combate a distancia el fusil lanza un proyectil esférico de plomo de unos 18 milímetros de calibre, aproximadamente, con muy escasa precisión. Es efectivamente casi imposible acertar un blanco de reducidas proporciones aun a corta distancia. Por otra parte, debido a fallos en el sistema de disparo, aproximadamente en un diez por ciento de los casos no llega a producirse éste y en caso de lluvia la proporción de fallos es aún mayor.

Por ello, se impone la táctica de hacer fuego por descargas cerradas, es decir, simultáneas de todos los componentes de una determinada unidad o sección de la misma. La maniobra de carga del fusil se lleva a cabo en once tiempos, que en la modalidad de carga apresurada

[10] J. Albí, *Campañas de la caballería española*, Tomo II, p. 84 y ss. (organización y táctica).

se agrupan en cuatro, cada uno de los cuales incluía varios de aquéllos. Cuando se alcanza un buen nivel de entrenamiento, se pueden realizar hasta tres disparos por minuto y, a veces, se puede alcanzar una cadencia más rápida haciendo fuego a discreción, como acostumbran a hacer las tropas que combaten en orden abierto como los cazadores.

Como dato curioso podría mencionarse que en el mecanismo de disparo, como antes se dijo, por llave de pedernal, la piedra preferida es la de procedencia española, considerada superior a la de procedencia inglesa o sueca, que también se utilizan en la contienda, sobre todo por las fuerzas insurgentes.

El desarrollo de las armas de fuego en la etapa que tratamos hace que, sin mencionar de momento el orden abierto al que más tarde nos referiremos, las formaciones de combate de infantería sean básicamente tres. La línea, empleada tanto para la defensa como para el ataque: consiste en el despliegue de los componentes de la unidad en un amplio frente formando codo con codo y con una profundidad de varias filas, normalmente tres, lo que permite que todos ellos hagan fuego —en formaciones de más fondo las últimas filas no podrían hacerlo— y al mismo tiempo ofrecen una formación compacta en caso de llegar al cuerpo a cuerpo. A veces, sin embargo, la formación se hace sólo en dos filas, especialmente en terrenos montañosos —caso frecuente en América—, lo que naturalmente permite ofrecer un mayor frente al enemigo, a riesgo de una mayor facilidad de que la línea se rompa al choque. En definitiva, la táctica lineal empleada en esta época no es sino la practicada en el siglo anterior con algunas reformas.

La formación en línea puede permanecer estática para resistir el ataque enemigo y hacer fuego durante cierto tiempo sobre él con objeto de debilitar sus fuerzas o bien avanzar para llegar al cuerpo a cuerpo procurando naturalmente no romper la formación mientras se lleva a cabo la aproximación, que, por otra parte, normalmente se hace bajo el fuego enemigo. Usualmente no se llega al choque cuerpo a cuerpo. Lo más frecuente es que una fuerza que ha sufrido bajas, atacada por fuerzas que se suponen superiores, se retire con o sin buen orden o, por el contrario, es la fuerza atacante, debilitada por el fuego enemigo o amenazada por la caballería, la que se retira, a veces para reorganizarse y volver a atacar.

El orden de batalla en línea tiene para atacar el inconveniente, además de la dificultad para formarlo, de que ofrece mucho más blan-

co al fuego enemigo que formaciones de menos frente. Por ello es frecuente que los ataques se lleven a cabo en columna, ofreciendo mucho menos frente pero más fondo, en formaciones de orden profundo. Para la constitución de dicha columna de ataque, cada batallón adopta normalmente una formación en cuatro divisiones formadas por dos compañías cada una, situadas una detrás de otra y formando en tres filas, con un total, por tanto, de doce filas de fondo. En principio, las columnas atacan sin disparar, ya que esto les haría perder en buena medida el ritmo de la marcha. Como se comprenderá, estas formaciones tienen la ventaja de ofrecer menos blanco y poder maniobrar más rápidamente, si bien su potencia de fuego es mucho menor por el menor número de componentes de la misma en las dos o tres primeras filas. Una columna de fuerzas veteranas se puede desplegar en línea inmediatamente antes de llegar al choque cuerpo a cuerpo si éste llega a producirse. Sin embargo, con fuerzas más bisoñas o por otras razones tácticas, se llega al choque en la formación a que nos referimos, con las ventajas e inconvenientes de la misma. Se adopta en ocasiones un orden mixto con formaciones en líneas extendidas y columnas. Este orden podía ser eficaz tanto para el ataque como para la defensa; en este caso, las fuerzas en formación de columna puede maniobrar con rapidez para cubrir cualquier brecha que se abra en las líneas atacadas en cualquiera de sus flancos.

La tercera formación es el cuadro, es decir, la formación en línea que forma a su vez un cuadro o rectángulo, en el centro del cual se sitúan los mandos, banderas, etc. La utilidad de esta formación es evitar los ataques por los flancos o la retaguardia que en otras circunstancias podría llevar a cabo la caballería enemiga. Es, por tanto, la táctica específica contra ésta desde los tiempos de las primeras guerras napoleónicas (batalla de las Pirámides). Parecen claros los inconvenientes de este tipo de formación: extraordinaria dificultad para el desplazamiento, reducción a un cuarto del número de armas de fuego en acción y, por último, el blanco que ofrece para el fuego de la fusilería y cañones cargados con metralla. En cualquier caso, si por debilitamiento de uno de los flancos la caballería logra romperlo y penetrar en el cuadro, éste puede prácticamente darse por perdido.

Es fácil de imaginar la táctica que una combinación de las tres armas puede emplear contra la infantería enemiga. La caballería inicia una carga contra ella obligándola a formar el cuadro. A continuación,

éste es batido por la artillería y, por último, atacado por la infantería cuando ya ha sido convenientemente «ablandado».

Por lo que respecta al orden abierto, en el que los combatientes se enfrentan a cierta distancia unos de otros sin mantener formación, es la táctica que emplea la infantería ligera, es decir, las compañías de cazadores de cada batallón. Antes de llegar al choque cuerpo a cuerpo, éstas forman una especie de pantalla en vanguardia de las formaciones en orden cerrado, haciendo fuego sobre las formaciones enemigas. Usualmente actúan por parejas de soldados con objeto de renovarse en la carga de las armas para que siempre haya por lo menos una en situación de hacer fuego.

Esta táctica, llamada en francés *en tirailleur* o *voltigeur* —de donde se deriva el nombre de las unidades americanas que lo traducen por «voltígeros»—, tiene la ventaja de la mayor movilidad y de ofrecer menos blanco al fuego enemigo, a cambio de lo cual su inferioridad es manifiesta frente a formaciones en orden cerrado, sobre todo si son de caballería.

Lo que antecede se refiere a fuerzas regladas. Las fuerzas más o menos irregulares en América lógicamente combaten con mayor frecuencia en orden abierto y, a veces, también hacen lo mismo las regulares, con consecuencias casi siempre desastrosas. Así, por ejemplo, algunas unidades de la infantería realista en la batalla de Tucumán (1812), en la que atacan en orden abierto, sin duda repitiendo la táctica empleada en la lucha contra las formaciones irregulares de indios del Altiplano; en este caso, claro está, son derrotadas por las fuerzas de Buenos Aires [11].

Los granaderos, a los que antes aludimos y de los que cada batallón dispone normalmente de una compañía, son en esta época y desde mucho tiempo atrás las fuerzas selectas de la unidad, que actúan por tanto como tales. En encuentros en los que participan varios batallones de un bando, es frecuente formar una agrupación con las compañías de granaderos de aquéllos, que actúa como unidad de elite de la agrupación de fuerzas. Normalmente se mantiene como reserva en los primeros momentos de la batalla y es empleada en una segunda fase para reforzar los puntos débiles, llevar a cabo ataques a fondo, etc.

[11] B. Mitre, *Historia de Belgrano*, Buenos Aires, 1945, p. 300.

En el ejército realista en América es frecuente que en los batallones formados con fuerzas americanas sobre las bases de otras peninsulares —lo que como veremos se practica con mucha asiduidad—, en la compañía de granaderos del batallón estén agrupados los peninsulares que forman parte de él.

Artillería

La artillería se divide fundamentalmente en artillería de sitio y de campaña. Aquélla, formada por cañones de gran calibre, morteros, obuses..., se emplea para abrir brechas en las fortificaciones de las plazas objeto de ataque. Naturalmente no necesitaba una gran movilidad ni tampoco una rápida cadencia de tiro. La clasificación de este tipo de piezas se hace por calibres, es decir, por el diámetro de la boca de las mismas y, en el caso de los obuses, por el tipo de proyectil que lanzan.

Los calibres son muy variados y pueden alcanzar las quince pulgadas, aunque en América no abundan las piezas de gran calibre. Por otra parte, el tren de sitio realista enviado con la expedición Morillo se pierde casi por completo al volar el navío *San Pedro de Alcántara* en el que se le transporta.

Las piezas de la artillería de campaña se clasifican normalmente por el peso de la bala que lanzan. Así hay piezas de cuatro, seis, ocho y doce según el peso en libras de aquéllas. Las piezas de cuatro se consideran ligeras, las de ocho y doce pesadas. Las de ocho tienen un tubo de alrededor de dos metros de longitud y un calibre de alrededor de 106 milímetros. Las de cuatro tienen la ventaja de su superior cadencia de tiro, pudiendo realizar tres disparos por minuto. Las demás sólo pueden realizar uno o dos disparos.

La Ordenanza de 1802 establece tres cadencias de tiro: fuego pausado —un disparo cada tres minutos—, fuego vivo —un disparo por minuto— y fuego «a todo tirar», hasta el máximo posible con cada pieza. El alcance de las piezas de aquellos tipos es de varios miles de metros, pero el tiro con un mínimo de eficacia sólo se puede hacer a menos de mil metros y, en caso de utilizar metralla, el alcance se reduce a 400-600. Ésta suele ser de dos tipos: el primero en el que el cartucho, un cilindro de metal, contiene 42 balines de plomo, y el segundo en

el que el número de balines, de calibre mucho más pequeño, puede ser de 60 a 100. Naturalmente la metralla se emplea contra fuerzas enemigas a corta distancia mientras que las balas pueden emplearse también contra otros objetivos. Una modalidad de éstas son las llamadas «balas rojas», calentadas al rojo, cuya finalidad es la de provocar incendios. Las piezas tipo obús pueden lanzar granadas explosivas activadas por una mecha que se enciende por la carga propulsora del cartucho en el momento del disparo.

Las piezas son todas de avancarga y siempre de bronce. El disparo se hace mediante la ignición por una mecha de un estopín que provoca la explosión de la carga de pólvora del cartucho. Es ésta del cartucho prefabricado, para bala o metralla, que incluye para su disparo tanto la bala como la carga de pólvora, una innovación que en esta época se extiende a todas las artillerías facilitando la maniobra de carga de la pieza.

Cada pieza necesita unos ocho servidores especializados —las pesadas— y cinco o seis —las ligeras—, a los que se suma un número algo menor de servidores no especializados, por ejemplo, para el cuidado del tiro.

El número de piezas, como es lógico, es muy variable y depende de las posibilidades de cada bando en cada momento y lugar, pero se considera que una buena proporción puede ser de dos a tres piezas cada mil hombres. Esta segunda cifra es, por ejemplo, superior a la que tuvo el ejército francés en la batalla de Waterloo. Veremos que en América, donde tantas batallas se darán en circunstancias irregulares, esta proporción no se mantiene ni en un sentido ni en otro. Así, por ejemplo, Boves tiene muy pocas piezas de artillería en un ejército de ocho a diez mil hombres, mientras que Hidalgo llega a contar con cerca de un centenar.

En los combates ofensivos la artillería se utiliza para ablandar las formaciones enemigas que van a ser objeto del ataque de la infantería o caballería, y, a la defensiva, la artillería refuerza la capacidad de fuego de la unidad a la que acompañan. Si es objeto de una carga por parte de la caballería enemiga, los artilleros tratan de hacer fuego contra ella el máximo de tiempo posible, empleando metralla a partir de la distancia eficaz para este tipo de munición y acogiéndose a continuación a la formación de infantería propia más próxima al punto en que se encuentren, normalmente un cuadro. Por su parte, la caballería

trataba de atacar a los cañones enemigos por el flanco, tratando de evitar los terribles efectos de la metralla y también el efecto moral que el disparo de las piezas tiene sobre las tropas objeto del mismo. Por lo demás, los caballos deben haber sido habituados al ruido de los disparos. De otra manera pueden enloquecer y desbocarse, caso que se da repetidas veces con consecuencias desastrosas para la formación.

En combinación con la infantería y caballerías propias, la finalidad de la artillería es el ataque contra las formaciones en cuadro enemigas —que se han visto obligadas a formarlo ante el ataque de la caballería— para facilitar el ulterior avance de la infantería contra los mismos.

La artillería montada tiene una mayor movilidad en el campo de batalla lo cual, en ocasiones, puede constituir una ventaja decisiva.

Por último, la artillería puede llevar a cabo el tiro de contrabatería contra los cañones enemigos. En circunstancias normales, a esta misión se suelen afectar alrededor de un tercio de las piezas disponibles.

Táctica

De la descripción de las armas, organización y táctica de los ejércitos hasta el momento descritas puede inducirse el desarrollo de lo que llamaríamos la batalla tipo, aclarando inmediatamente que muchas veces las circunstancias hacen que el desarrollo real de la batalla histórica sea completamente diferente del que vamos a describir. Fue Napoleón el que dijo que no existía un orden natural de batalla. Efectivamente, una batalla tipo no se da en unas lagunas heladas como Eylau, en las faldas de un volcán como el Pichincha, en un terreno tan abrupto como Ayacucho, y, sin embargo, estas batallas tuvieron lugar, tal vez porque en los que en ella participaron «se empeñaron en librarlas en lugares de todo punto inadecuados para ello», como se quejaba un jefe británico refiriéndose a los rebeldes norteamericanos y sus para él odiosas costumbres bélicas.

Por vía de ejemplo diseñemos un encuentro que pueda servirnos para hacernos una idea general de los que tienen lugar en la contienda americana y otras contemporáneas, al menos aquellos en que no se lleven a cabo originalidades de ningún tipo y en el que tampoco se den circunstancias topográficas poco frecuentes (un río entre ambos ejérci-

tos con pocos vados o puentes, un terreno excesivamente quebrado, zonas de bosque espeso, etc.).

Supongamos que en el primer momento de la batalla uno de los ejércitos, de composición similar a la de su oponente, lleva la iniciativa en el ataque. Como ya hemos visto, los ejércitos se sitúan en orden de batalla en líneas paralelas. La caballería se sitúa en las alas o algo a retaguardia. Los batallones de infantería en el centro, precedidos por las compañías de cazadores desplegadas en orden abierto, y la artillería se distribuye a lo largo de la línea, reforzando especialmente aquellos puntos en que se proyecta llevar a cabo la ruptura de la línea enemiga. Se mantienen en reserva unidades de caballería e infantería, estas últimas a veces formadas por la agrupación de las compañías de granaderos de los batallones presentes en la acción, papel que en las grandes batallas europeas suelen desempeñar las unidades de la guardia.

La batalla comienza con un bombardeo de la artillería. A continuación ataca la caballería propia. La enemiga le sale al encuentro, ya que si espera inmóvil el choque estará en manifiesta desventaja. Mientras, la infantería, en línea o en columna de ataque, avanza sobre la enemiga precedida por la infantería ligera. En el primer caso, puede hacer un fuego eficaz sobre la enemiga, que contesta igualmente con descargas cerradas. En el segundo, puede o bien adoptar la formación de línea al llegar a las inmediaciones de la enemiga o continuar hasta el choque cuerpo a cuerpo. A todo esto, si la caballería propia ha derrotado a la enemiga —o, en el caso de que el adversario no disponga de ella—, si ha conservado una formación relativamente en condiciones o tras haberla recompuesto con grandes dificultades, inicia una carga sobre la infantería enemiga, que se ve obligada a formar el cuadro, lo que facilita el ataque de la infantería propia en el ya próximo choque a corta distancia o cuerpo a cuerpo.

Este último no se produce, sin embargo, la mayor parte de las veces. Usualmente, una de las formaciones atacante o atacada, bien por las pérdidas sufridas por el fuego enemigo o por otras razones tácticas o simplemente psicológicas, se retira. Este es momento en que pueden actuar las formaciones en reserva para explotar el éxito.

Naturalmente este esquema tan sencillo —y tan favorable al atacante de nuestro ejemplo— tiene múltiples variantes muchas veces ajenas a la voluntad de los participantes. Así, por ejemplo, es frecuente que la caballería vencedora de la enemiga en una de las alas quede tan

desorganizada que no pueda volver a participar en el combate. Otras veces, como la argentina en Tucumán en 1812, en el entusiasmo del éxito sale en persecución de la enemiga alejándose del campo de batalla.

En cuanto a la infantería puede retirarse sin perder la formación, o bien perder ésta, en cuyo caso será presa fácil de las fuerzas enemigas enviadas en su persecución.

No hay que olvidar una situación repetida hasta la saciedad en las batallas de la época, la ocasionada por las órdenes no recibidas o entendidas erróneamente. Este aspecto de la transmisión de las órdenes en el campo de batalla puede parecer trivial para gentes de nuestro tiempo en que las comunicaciones son un problema menor, supuesto, claro está, que se disponga de los medios técnicos correspondientes y que éstos no puedan ser interferidos eficazmente por el enemigo. En la época que nos ocupa, las órdenes sólo pueden transmitirse por ayudantes que galopan en el campo de batalla para llevarlas a las unidades que deben cumplimentarlas y a sus componentes mediante toques de tambores, trompetas —a partir de 1810 se inicia en el ejército español el uso de las cornetas— y otros instrumentos musicales. No se olvide que, sin tener en cuenta los posibles accidentes del terreno o vegetación, que dificultan la vista del campo de batalla, las armas de fuego de la época, por utilizar pólvora negra, causan al cabo de varias descargas unas espesas humaredas que dificultan extraordinariamente la vista incluso en distancias relativamente cortas.

Por todo ello es muy frecuente que las órdenes se pierdan, lleguen con excesivo retraso o bien sean interpretadas erróneamente. A esto se deben muy a menudo maniobras equivocadas, a veces, aunque no siempre, de consecuencias negativas, que pueden tener una importancia decisiva en el desarrollo de la batalla. La historia militar está llena de ejemplos de las consecuencias de la equivocada interpretación de órdenes. Uno de ellos es el que hizo, en la batalla de Naseby durante la guerra civil inglesa, adoptar a la infantería realista la formación de retirada en el preciso momento en que la caballería de Cromwell, después de haber derrotado a la de sir Marmaduke Langdale, iniciaba la carga contra ella desde su flanco izquierdo. Otro ejemplo célebre, posterior a la contienda a que nos referimos, es el de la carga de la brigada ligera en Balaclava que, por una interpretación errónea de unas órdenes, llevó a cabo su conocida y desastrosa acción sobre la artillería rusa

en lugar de, como estaba previsto, sobre unos cañones turcos que estaban siendo capturados por el enemigo.

Por último, cabría recordar la errática conducta de todo un cuerpo francés, el de Drouet d'Erlon durante la campaña de Waterloo, que evidentemente por órdenes malinterpretadas se las arregló para no estar presente en las batallas de Ligny y Quatre Bras.

En la contienda a que nos referimos se producen lógicamente muchísimos ejemplos de esta situación. Por poner uno, el de un momento decisivo de la batalla de Vilcapugio, en la que parece ser, según numerosas versiones, que coincidió fortuitamente el inicio de una carga de la caballería realista del comandante Castro con el toque de llamada de uno de los batallones argentinos, lo que hizo que éste se retirara y arrastrase a otras fuerzas de su bando con resultados desastrosos para los insurgentes [12].

Decíamos antes que la interpretación equivocada de unas órdenes o simplemente la no recepción de las mismas no siempre tiene consecuencias negativas, y es frecuente que la iniciativa de un jefe que actúa sin o incluso contra las órdenes recibidas tenga un resultado favorable. Este fenómeno estaba incluso previsto en las normas de acceso a la Orden de María Teresa en el ejército austríaco, que se concedía, entre otros, a aquel jefe del ejército que, sin o contra órdenes recibidas, obtenía algún éxito de importancia; no hace falta aclarar que si fracasaba en estas circunstancias era fusilado.

En cualquier caso, sea de quien sea la victoria en un encuentro, sus causas-efectos son ante todo morales. Ya hemos visto cómo aquélla se suele producir por la retirada de las fuerzas atacadas antes de que se llegue al choque definitivo. En cuanto a las consecuencias principales de la derrota, son las tácticas o estratégicas del abandono del campo de batalla y zonas próximas, a veces hasta una gran distancia del mismo. En cuanto a las bajas se producen en su mayor parte en la explotación del éxito, en la fase final de la batalla o inmediatamente después, y la mayor parte de éstas son prisioneros, e incluso en ocasiones todo el ejército vencido se acoge a capitulación. En la batalla propiamente dicha las bajas del vencido no son normalmente demasiado superiores a las del vencedor y no es infrecuente que sean similares. Ya

[12] M. Suárez, *Atlas histórico militar argentino*, p. 29.

nos hemos referido a las circunstancias en que se lleva a cabo el avance sobre las formaciones enemigas recibiendo las descargas de éstas.

Debe recordarse que en batallas entre fuerzas tan pequeñas y que emplean este tipo de formaciones de combate, los soldados no pueden escapar tan fácilmente a la vigilancia de los oficiales como podrán hacerlo en los combates de más avanzado el siglo, después, y les es mucho mas difícil buscar refugio en accidentes del terreno o hacer cuerpo a tierra.

Como se habrá comprendido, un aspecto fundamental de la guerra es el ataque a fortalezas o ciudades fortificadas. En América, como veremos, se da a lo largo de toda la contienda, desde los primeros momentos de la misma —el asedio de Montevideo, que se prolonga intermitentemente desde 1811 a 1814— hasta las resistencias realistas finales (Callao, Puerto Cabello) con el episodio central del sitio en 1815 de Cartagena de Indias por Morillo.

En el capítulo referente a la defensa de las posesiones españolas antes del inicio de la contienda examinaremos sucintamente el sistema que se seguía desde el siglo XVII para construir las fortificaciones. El desarrollo de este arte hizo aparecer simétricamente otro con el objetivo contrario, es decir, la toma de dichas fortalezas.

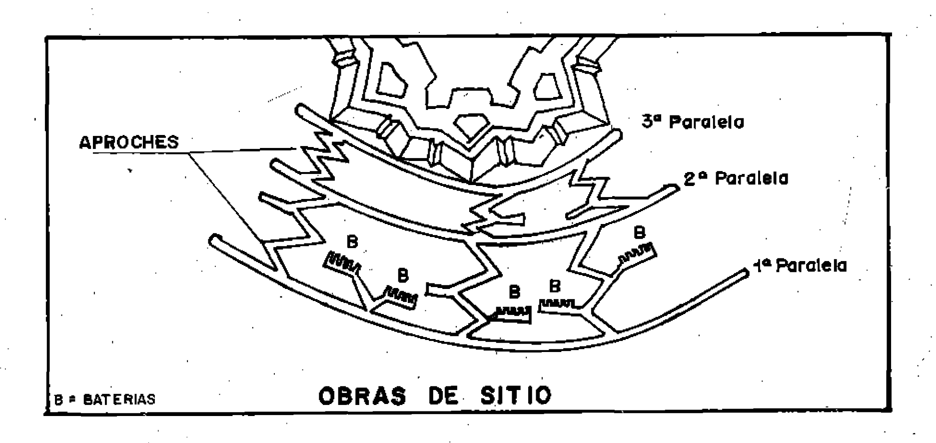
Mencionaremos en primer lugar dos sistemas para la toma de las mismas que son frecuentemente utilizados: rendirlas por hambre o causas similares, o que la fortaleza sea entregada voluntariamente por traición o cambio de bando de sus defensores (casos de Maracaibo o El Callao en 1824).

En cambio, si los defensores resisten indefinidamente al amparo de sus bastiones, el sistema para el ataque es poco más o menos el siguiente: en primer lugar, el ejército atacante, en principio superior en número al defensor, bloquea la plaza, es decir, corta todas las posibles comunicaciones de la misma con el mundo exterior para impedir la llegada de refuerzos o provisiones. Un caso especial lo constituyen las plazas marítimas que, lógicamente, hacen necesario para conseguir aquel objetivo disponer de una fuerza naval que bloquee los accesos.

Bloqueada la plaza y reconocidas las defensas para decidir el punto juzgado más débil a fin de efectuar sobre él el ataque, las fuerzas sitiadoras proceden a cavar una trinchera paralela a la primera línea de fortificaciones, pero fuera todavía del alcance de la artillería de la plaza. Desde allí se practican unas trincheras en zig-zag en dirección a

ésta, los llamados aproches, para evitar el fuego enemigo hasta un punto intermedio entre la primera trinchera y las fortificaciones. Aquí se practica una segunda trinchera paralela y en la misma o junto a ella se establecen las baterías de la artillería de sitio, que, protegidas por fortificaciones de fortuna y por fuerzas de infantería contra posibles salidas de la guarnición sitiada, inician un bombardeo que puede durar días, semanas o incluso meses con objeto de silenciar la artillería de ese sector de la plaza y abrir una brecha en sus fortificaciones. Mientras tanto, con el mismo procedimiento antes descrito de trincheras en zig-zag, los sitiadores se aproximan hasta prácticamente las primeras fortificaciones enemigas, donde nuevamente trazan una trinchera, la tercera paralela, por tanto. En ella se sitúan fuerzas escogidas de las tropas atacantes que a lo largo de los días siguientes, mediante ataques protegidos por explosión de minas y golpes de mano, se apoderan de las primeras obras de fortificación y tratan de rellenar el foso con restos de ellas en el punto inmediato a la brecha que ya ha abierto para este momento el bombardeo artillero de los sitiadores.

Debe aclararse que, según las costumbres de la época, incluso en guerras civiles como la que nos ocupa, hasta este momento las fuerzas sitiadas, tras haber resistido cierto tiempo, normalmente en condiciones muy difíciles, pueden capitular con los sitiadores consiguiendo condiciones más o menos favorables para la entrega de la plaza. Otra cosa es si prolongan la resistencia más allá de abierta la primera brecha. A partir de ese momento, si la ciudad resiste y tenía que ser to-



OBRAS DE SITIO

mada por asalto, se considera que las fuerzas vencedoras están en su derecho a saquearla y no dar cuartel a la guarnición. No vamos a recordar aquí tantos casos producidos en España durante la guerra de Independencia: Ciudad Rodrigo, Badajoz, San Sebastián..., aunque, como ya hemos apuntado, éstos son casos relativamente raros y lo más habitual es que tras una defensa más o menos prolongada, las plazas capitulen. Si no lo hacen, son tomadas al asalto. Las fuerzas atacantes, partiendo de la trinchera más próxima a la brecha, tratan de arrollar sus eventuales obras de defensa y penetran en la ciudad generalmente a costa de buen número de bajas.

El ejército de América

Historia

Para la defensa de las posesiones americanas de España se siguieron diferentes sistemas desde la época de la conquista hasta la contienda que nos ocupa [13]. El primero, empleado en la época inmediatamente posterior al descubrimiento, es el de la hueste, de origen medieval, constituida por las fuerzas organizadas por un encomendero, que recibe de la Corona una patente para gobernar o colonizar un determinado territorio, corriendo él con la organización de la fuerza militar necesaria para ello. El profesor Demetrio Ramos ha señalado la diferencia entre ésta y la hueste feudal de Castilla de los últimos tiempos de la Edad Media y su relación más próxima con la organización de la Marina. Básicamente la diferencia fundamental es el carácter voluntario de los miembros de dicha hueste, no ligados al encomendero con ninguna relación previa de vasallaje feudal o por su adscripción a un determinado municipio y gremio.

Este sistema defensivo es sustituido, terminada la fase de la Conquista y aparte del transitorio y rápidamente desaparecido de las plazas y guarniciones territoriales a cargo de fuerzas organizadas por encomenderos, por el de fuerzas de la Corona para la defensa de los territorios así adquiridos. Las primeras son las compañías presidiales, desti-

[13] *Marchena, op. cit.*, p. 45 y ss.

nadas a la guarnición de las fortalezas situadas en puntos estratégicos de las Indias, normalmente, en la primera etapa, en el área del Caribe y golfo de México y por milicias locales movilizables en caso de crisis o sublevaciones de indígenas. Ya en el siglo XVIII, la creciente amenaza de las flotas y ejércitos de otras potencias europeas con las que España se enfrenta en sucesivas conflictos —entre 1700 y 1808 se participa en guerras, en la mayoría de los casos contra Inglaterra, durante un total de mas de 50 años— hace que se vayan organizando unidades de milicia provinciales y urbanas para la defensa permanente del territorio. De las primeras se crean en gran número regimientos y compañías independientes en la segunda mitad del siglo XVIII aunque ya antes de 1742 se habían creado varios de ellos, y a partir de esa época se van organizando unidades permanentes, llamadas fijas, base del llamado Ejército de Dotación con contingentes de tropas calificadas de veteranas cuyos oficiales y soldados son en buen número de origen peninsular.

No siendo suficiente este conjunto de fuerzas para asegurar eficazmente la defensa de las provincias americanas o, llegado el caso, participar en ataques contra posesiones europeas en la zona —colonia del Sacramento conquistada a los portugueses varias veces a lo largo del siglo, posesiones inglesas durante la guerra de Independencia norteamericana— se establece un sistema de envíos temporales de unidades peninsulares, que constituirán el llamado Ejército de Refuerzo, sujetas a una rotación marcada por las necesidades estratégicas. Ya antes del siglo XVIII se llevan a cabo expediciones de fuerzas peninsulares en caso de crisis de importancia. En principio, a dicha misión están adscritas las fuerzas de infantería de marina, los llamados Tercios de la Mar Océana, que, en determinadas ocasiones, son desplegados en territorios americanos para la lucha contra piratas o expediciones europeas.

En el siglo XVIII y a partir de 1739 se inicia el envío de fuerzas terrestres, política que continuará hasta finales de siglo, para permanencias en Ultramar de mayor o menor duración, con un total de cerca de un centenar de batallones de infantería, además de fuerzas de artillería y de infantería de marina, etc. [14]

Se da en cambio la circunstancia, a la que tendremos ocasión de referirnos, de que precisamente en el momento inicial de las revolucio-

[14] La relación de las unidades enviadas a América desde 1739 en conde de Cleonard, *Historia orgánica*. Tomo VII; pp. 172-74.

nes americanas y desde pocos años antes no se encuentra en ese continente ninguna unidad del Ejército de Refuerzo.

Organización

Del pequeño resumen histórico que antecede se deducen los tipos de fuerzas que defienden las posesiones españolas al comienzo de la contienda independentista y, por tanto, las que formarán los primeros contingentes que se enfrenten a los insurgentes. Son, como hemos visto, de cuatro categorías, cinco si queremos ser exhaustivos.

a) Las unidades del Ejército de Refuerzo, es decir, las unidades expedicionarias enviadas desde la Península. En el momento de iniciarse la contienda no se encuentra en el continente ninguna fuerza terrestre de ese tipo. Sin embargo, desde pocos meses después del inicio de los movimientos revolucionarios de importancia, comenzarán a llegar unidades de refuerzo peninsulares, con las limitaciones, sobre todo en los primeros meses, debidas fundamentalmente a la situación creada en la Península por la invasión napoleónica.

b) Las unidades veteranas o fijas adscritas al servicio en Ultramar, a las que aludimos también con el nombre de Ejército de Dotación.

Relativamente muy poco numerosas, dada la gran extensión del territorio a que están adscritas, no hay gran diferencia ni cualitativa ni cuantitativa en relación con la etapa anterior a finales del siglo XVIII, en que fueron creadas la mayor parte de las unidades de este tipo. Un caso especial lo representan las organizadas en Buenos Aires para la defensa del Río de la Plata contra las invasiones inglesas. Aparte de éstas, al comienzo de las guerras producidas por la Revolución francesa y hasta el comienzo de la revolución hispanoamericana, sólo se crea un regimiento de dos batallones para la defensa de la isla de Chiloé en el virreinato del Perú. Ya iniciada la guerra y en el marco del esfuerzo bélico realista, se crean unidades asimiladas a veteranas en el Perú, se elevan a este tipo unidades de milicia y se aumentan los efectivos de otras preexistentes [15].

[15] Se ha afirmado en ocasiones que los oficiales de las fuerzas veteranas en América no eran los mejores del ejército por haber sido enviados allí como castigo. Esto

Por lo demás, con contadas excepciones y aun éstas sin afectar a unidades completas, casi todas las unidades veteranas existentes en el momento inicial de la revolución tomarán partido a favor de la causa realista, como tendremos ocasión de ver.

En ese momento existen en toda la América española unos 25 regimientos de infantería y unas 100 compañías independientes de la misma arma.

c) Las fuerzas de la milicia provincial, también llamadas milicias regladas o disciplinadas. Se trata en realidad del grueso de las fuerzas de la Corona en las provincias americanas. Formadas, al menos en teoría, por personal reclutado entre todos los habitantes útiles para el servicio, constituyen unidades cuyos componentes en tiempo de paz se entregan a sus ocupaciones habituales, haciendo alguna instrucción en períodos limitados de tiempo, y en época de guerra u otras contingencias pueden ser movilizados con rapidez. Como veremos, durante los primeros momentos de la contienda constituirán la gran mayoría de las fuerzas realistas y aun de sus oponentes que, o bien contarán con las unidades que se suman a la rebelión en aquellos puntos en que ésta triunfa —o se pasan a ellas, en menor número— o bien organizan sobre su modelo sus primeros contingentes militares, que, por su nivel de instrucción, armamento y mandos, no se diferenciarán de forma apreciable de las unidades milicianas anteriores al inicio de la revolución. Sin embargo, teniendo en cuenta que durante los primeros meses de la lucha la mayor parte de las fuerzas de ambos bandos son cualitativamente similares (aparte del caso especial de México), se mantendrá desde este punto de vista una cierta paridad de fuerzas. Posteriormente ambos bandos irán tratando de regularizar sus fuerzas militares y, cuando lo logran, lo que no siempre es el caso, las unidades de milicia se irán asimilando a fuerzas veteranas o bien serán disueltas o reducidas a la categoría de urbanas.

puede ser cierto en algunos casos. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que muchos de esos castigos no se debían a una mala conducta militar propiamente dicha, y, por tanto, el haber sido impuestos a un oficial no implica necesariamente su incompetencia desde aquel punto de vista. Un ejemplo de lo que antecede es el caso del coronel Figueroa, de los Dragones de la Frontera en Chile, destino al que se le envió por su conducta con personas del sexo opuesto, conducta que siguió observando en aquel reino, hasta que fracasada una tentativa de derribar a la Junta revolucionaria, organizada por él, fue fusilado en 1811.

En cualquier caso, las unidades de milicia provinciales, además de las misiones bélicas en que participan en mayor o menor medida, tienen la importante utilidad de ser empleadas como centros de reclutamiento y selección de los futuros componentes de fuerzas veteranas, así como para el reemplazo de bajas, la creación de unidades nuevas —asimiladas a aquéllas— e incluso, como veremos, la de unidades «peninsulares» creadas en América sobre la base de una pequeña fracción —tipo compañía— de las realmente expedicionarias y completadas con fuerzas americanas.

Al comienzo de las insurrecciones americanas existen, en muchos casos sólo sobre el papel, alrededor de 100 regimientos de infantería de milicia, unas 140 compañías independientes y cerca de 90 cuerpos de caballería, la mitad de dragones. Más adelante veremos con más detalle cuáles de estas unidades tienen más valor militar y pueden ser empleadas en alguna misión bélica. Un hecho que en algunas zonas de América tuvo cierta importancia en la contienda es la ubicación inicial, en tiempo de paz, de las unidades de milicia, que, por ello, pudieron actuar a veces decisivamente en los primeros momentos del alzamiento, determinando en ocasiones la suerte de ciudades o territorios de importancia.

De todas formas la adscripción inicial a un bando o a otro de estas unidades obedece generalmente a razones complejas, de las que apuntaremos alguna al referirnos a los aspectos «ideológicos» del conflicto.

Sí puede, por el contrario, afirmarse desde ahora que, sin la lealtad a la causa realista de buen número de unidades de milicia, como sabemos casi absolutamente americanas, en los primeros meses o incluso años de la guerra, los diversos movimientos revolucionarios hubieran podido triunfar sin oposición alguna en todo el continente aun si se hubiese dado el caso de que las muy escasas unidades veteranas o fijas, por otra parte también formadas en buena proporción por americanos, no hubieran secundado los alzamientos independentistas, cosa que como veremos no siempre ocurrió [16].

d) La siguiente categoría de fuerzas americanas es la de las milicias urbanas o no regladas. Se trata de unidades locales destinadas al servi-

[16] *V. J. Albí op. cit.* pp. 38-43.

cio de vigilancia de ciudades o zonas concretas a las que están adscritas, organizadas a veces sobre una base territorial o por gremios, categorías de ciudadanos o según el origen de éstos. La utilidad militar, como puede suponerse, de estas unidades es en principio muy baja, aunque lo mismo puede decirse sobre ellas que sobre las disciplinadas en cuanto a centros de reclutamiento, o bien en tiempo de guerra para misiones de vigilancia de la retaguardia y otras similares. De hecho, nos encontraremos con muchos jefes de las fuerzas militares de ambos bandos que, antes del comienzo de la insurrección, pertenecían de forma más o menos honoraria a la oficialidad de unidades de este tipo, donde adquirieron, por tanto, sus primeros conocimientos militares.

Ya veremos por lo demás cómo, dadas las características de la guerra en algún área de América, sobre todo en México, las unidades de la milicia urbana y aun otras de creación meramente local pudieron desempeñar un papel de cierta entidad en la actividad bélica.

e) Se podría hablar de un último tipo de fuerzas: las que existen en las zonas de la frontera norte y sur de las posesiones españolas para la defensa móvil de las mismas. Consideradas como veteranas y formadas por unidades montadas, constituyen en la práctica un grupo diferenciado de aquéllas.

En la frontera norte de Nueva España, las llamadas provincias internas que se extienden hasta las regiones meridionales de Texas, Arizona, la costa de California y buena parte de Nuevo México, existen antes del inicio del proceso revolucionario unidades con el nombre de compañías presidiales y volantes, en número y fuerza variable, debido básicamente a la situación que mantenían en el territorio en cuestión. Cuentan usualmente como infantería auxiliar, con contingentes proporcionados por tribus de indígenas más o menos intregados en el sistema virreinal.

En el extremo sur de las provincias españolas, en los países del Plata, existen unas fuerzas de caballería ligera, los llamados «blandengues», agrupadas en los Cuerpos de Buenos Aires y Montevideo, con un total de 15 compañías —una independiente en Santa Fe— de 100 hombres cada una, cuya misión consiste en patrullar las zonas fronterizas, combatir contra pequeñas bandas de indios no asimilados y reprimir el contrabando. Igualmente cuentan en ocasiones, como auxiliares, con formaciones de indios de esas áreas.

Mencionaremos por último siquiera, como dato curioso, dado que no llegó a tener virtualidad alguna a los efectos de nuestro estudio, al cuerpo de Texas, creado en la Península para prestar servicio en aquella provincia de la Nueva España sin llegar a ser enviado a ella, que participó en la guerra de Independencia española, entre otras acciones en la batalla de Bailén [17].

Fortificaciones

Mención especial en este capítulo sobre la defensa de la América española merece la fortificación de plazas y puntos estratégicos del hemisferio, algunos de los cuales jugarán un papel importante en la contienda independentista como lo habían jugado anteriormente en los conflictos con Inglaterra y Francia.

El desarrollo de la artillería a lo largo de los siglos XV y XVI hace que pronto las fortificaciones medievales queden obsoletas por la posibilidad de abrir rápidamente brecha en ellas, lo que motiva que, a partir de fines del siglo XVI y principios del XVII, aparezca en diferentes países de Europa una escuela de ingenieros militares que idea nuevos sistemas de fortificación acordes con las nuevas necesidades. En Holanda Coehorn, en Francia Vauban y en España, Fernández de Medrano sistematizan los principios con los que se construyen a lo largo de esos siglos las fortalezas que defenderían las ciudades fronterizas o costeras de Europa o de las posesiones europeas en otros continentes. La fortificación alcanza pronto la categoría de un auténtico arte y todavía en nuestros días quedan muchas muestras de las obras producidas por sus artífices.

El desarrollo de los sistemas de fortificación hace que, como es sabido, las principales acciones de las guerras europea de la época estén constituidas por sitios y ataques, dándose casos como el del general inglés Marlborough, que, durante diez campañas en la guerra de Sucesión de España, participó en sólo cuatro batallas y sostuvo cerca de treinta sitios.

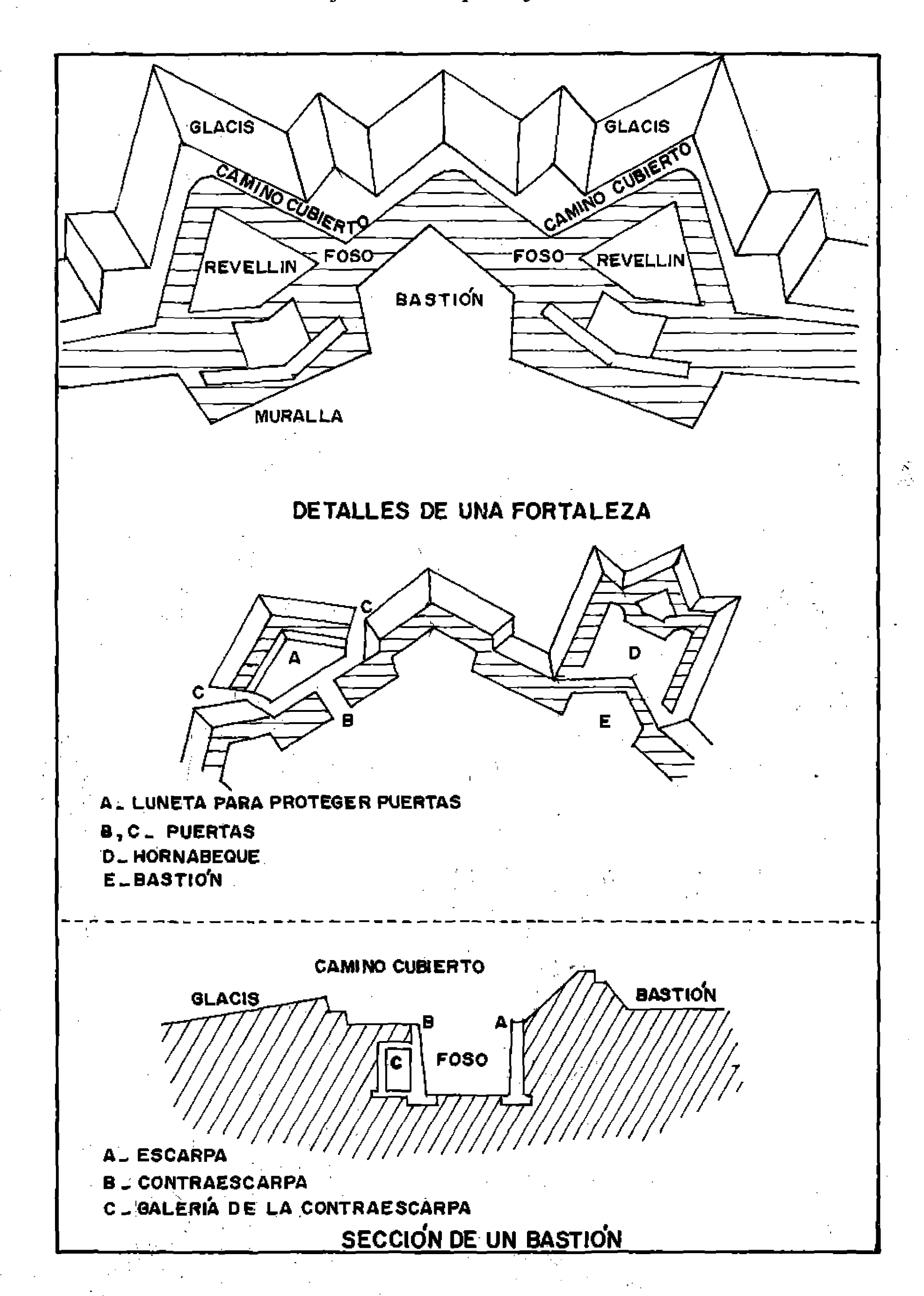
[17] *Esdaile «The spanish army in the Peninsular War»*, p. 208.

El objetivo de toda fortificación es el de impedir acercarse a una fuerza atacante mediante el fuego de la artillería y armas portátiles de los defensores de la fortaleza, cuya disposición les permite batir eficazmente todos los ángulos de posible aproximación de las fuerzas enemigas.

Las fortificaciones de una plaza pueden constar de una muralla con bastiones y fosos, que luego describiremos, que la rodeen completamente, o bien de una fortaleza o sistema de fortalezas que con sus fuegos cruzados impide el acceso a la misma. Con unas exigencias de guarnición y artillería de plaza mucho mayores se da una forma mixta, es decir, ciudad con recinto fortificado y con fortalezas en algunos de sus puntos estratégicos. El primer caso de los enunciados, la muralla, llamada de contravalación, se extiende de manera lógicamente irregular según la forma de la ciudad, con los salientes (bastiones) que luego describiremos. Las fortalezas, por el contrario, suelen ser de forma regular, normalmente de planta geométrica, triangulares —caso del Castillo de Omoa—, cuadradas, pentagonales, hexagonales —aunque de este tipo no hay ejemplo en América— heptagonales..., con los bastiones situados en los ángulos. También se da el caso de fortificaciones de planta cuadrada sin bastiones. En lo que podríamos llamar el corte vertical de una fortificación, nos encontramos usualmente con las siguientes partes de fuera a dentro: en primer lugar, una pequeña pendiente, el glacis, que llega hasta un llamado camino cubierto, a salvo del fuego enemigo; a continuación existe un foso, cuyas paredes más próximas y más alejadas de la plaza reciben el nombre de escarpa y contraescarpa respectivamente, y después ya comienzan las fortificaciones propiamente dichas.

Las puertas principales de la fortaleza estaban protegidas por pequeños bastiones llamados medias lunas o lunetas, y el sistema de bastiones y otras obras de la fortaleza, por su disposición y proporciones, aseguran que sea materialmente imposible aproximarse a cuerpo limpio a las primeras obras de defensa sin ser fusilado a mansalva por los defensores protegidos por ellas.

En la época objeto de este trabajo las principales fortificaciones de la América española son: en la América del Norte, Central y las Antillas las fortalezas de San Juan de Ulua en Veracruz; Acapulco, San Francisco de Campeche, Omoa en Honduras; La Habana y Matanzas en la isla de Cuba; Santo Domingo, San Juan de Puerto Rico y San


GLACIS
GLACIS
CAMINO CUBIERTO
CAMINO CUBIERTO
REVELLIN
FOSO
FOSO
REVELLIN
BASTIÓN
MURALLA
DETALLES DE UNA FORTALEZA
A
B
C
C
D
E
A_ LUNETA PARA PROTEGER PUERTAS
B, C_ PUERTAS
D_ HORNABEQUE
E_BASTIÓN
CAMINO CUBIERTO
GLACIS
BASTIÓN
B
A
C
FOSO
A_ ESCARPA
B_ CONTRAESCARPA
C_ GALERÍA DE LA CONTRAESCARPA
SECCIÓN DE UN BASTIÓN

Agustín y Pensacola en Florida. En la América del Sur, las plazas de Panamá y Portobelo, el castillo de Chagres, las formidables de Cartagena y Puerto Cabello, La Guaira, Cumaná, Montevideo, Colonia del Sacramento, Valdivia, Concepción y Talcahuano en Chile; Lima, Guayaquil y el Callao con su castillo del Real Felipe, que verá la última resistencia realista en la América continental.

Como se habrá comprendido, cada plaza o fortaleza tiene asignada una guarnición en principio fija y una dotación importante en medios artilleros. El coste del mantenimiento puede ser tan alto que la de Cartagena de Indias supone 500.000 pesos anuales (el peso equivalía a veinte reales, por tanto a cinco «pesetas»; en esa época tiene un valor igual al dólar y cinco veces menos que la libra esterlina). Entre los gastos de mantenimiento de una fortaleza figura el de los víveres suficientes para varios meses de posible asedio. En otro punto de este trabajo se ha hecho una breve descripción de los sistemas que se emplean en la época para la toma de fortalezas enemigas.

Otros ejércitos coloniales

Curiosamente el sistema defensivo de las grandes áreas de posesiones europeas en el continente americano en la época no es diferente del descrito. En el Canadá, posesión francesa hasta la derrota de Montcalm en Quebec en 1759, la defensa del territorio en la etapa de dominio francés está asegurada por las «tropas de la marina», fuerzas regulares coloniales. En Francia existe una tradición de denominar tropas de marina a las coloniales que se prolonga hasta nuestros días, dado que, al no existir oficialmente colonias francesas, las fuerzas originalmente coloniales han recuperado aquel nombre.

También existen fuerzas regulares metropolitanas destacadas en la colonia, equivalentes, por tanto, al ejército de refuerzo en las posesiones españolas, que, por otra parte, llegan por primera y última vez para participar en la guerra contra Inglaterra, en la campaña de Montcalm, y, por último, la auténtica fuerza militar canadiense, la milicia, similar en muchos aspectos a la hispanoamericana. Reglamentada a partir de 1669, su gran organizador fue el gobernador de Frontenac. En principio debe formar parte de ella todo varón apto entre 16 y 60 años. Sus jefes, los *capitaines de milice*, gozan de gran prestigio social y son prefe-

ridos para el desempeño de puestos de gobierno en la colonia. Cada año los miembros de aquélla pasan por períodos de entrenamiento de hasta dos meses de duración e igualmente, a veces, para trabajos de fortificación y construcción de caminos estratégicos; en caso de guerra con los indios o los ingleses, son movilizados con rapidez [18].

Debe tenerse en cuenta que las colonias inglesas superan en quince a uno a la población de las francesas, si bien en éstas el porcentaje de varones es superior al de aquéllas y, por otra parte, las posesiones francesas sólo tienen límites efectivos con las colonias inglesas de Nueva Inglaterra.

En cuanto a la defensa de éstas y las demás colonias inglesas en Norteamérica, desde el primer momento se organizan unidades en la milicia colonial para combatir a los indios y, llegado el caso, a las fuerzas de otras potencias europeas con posesiones en la región. Sin embargo, debido a la gran autonomía de que gozan las colonias británicas y al hecho de la poca coordinación entre ellas, la eficacia de dichas milicias es mucho menor que la de las canadienses. Las unidades de milicia son votadas y organizadas por las asambleas coloniales. En principio, el servicio en ellas es obligatorio aunque con numerosos casos de exención y con la posibilidad de pagar sustitutos. Cada miembro debe aportar armas y equipo, y la organización se basa en compañías y regimientos de base territorial. Los oficiales superiores son nombrados por el gobernador de acuerdo con la asamblea, y los jefes menores elegidos por los componentes de la unidad.

Para operaciones fuera de los límites de la colonia, o simplemente de cierta envergadura, se asignan ciertas cuotas de tropas a cada unidad, que debe enviar a participar en ellas. Ello suele dar lugar a que estos cupos estén formados por voluntarios a sueldo, individuos normalmente de baja extracción y cuyo comportamiento en las campañas deja mucho que desear, lo que, por cierto, inducirá a error a los oficiales de las tropas reales inglesas sobre la calidad que debían esperar de las fuerzas americanas con las que se enfrentarían en la guerra de la revolución, al creer que todas serían similares en disciplina o motivación. Por lo demás, en algunas colonias en los últimos tiempos antes de la Independencia existe una tendencia a sustituir la milicia obliga-

[18] G. Stanley, *Canadas soldiers 1605-1954,* Toronto, 1954.

toria exclusivamente por fuerzas de voluntarios permanentes, tendencia iniciada por Pensilvania en 1755 [19].

En cualquier caso, estas milicias fueron la base del ejército continental que sostendría la guerra de Independencia y durante mucho tiempo después la base de las fuerzas armadas americanas, habida cuenta de lo reducido en tiempo de paz del ejército regular federal.

En cuanto al sistema de las milicias canadienses, subsistió con escasas modificaciones en ese país mucho tiempo después de su anexión por Inglaterra en la paz de París (1763).

En las posesiones portuguesas en América, es decir, en el Brasil, el sistema seguido para el reclutamiento y organización de las fuerzas armadas es igualmente equivalente al de las posesiones españolas: milicias locales, reglamentadas por el gobernador Freire, y dependientes de los gobiernos de Río (que contaba con cuatro tercios en 1770), Pernambuco, São Paulo, Bahía, normalmente organizadas en tercios auxiliares y de *ordenança*, nombre empleado en Portugal y sus posesiones para denominar sus milicias y milicias regladas, organizadas en regimientos, muchos de ellos existentes solamente sobre el papel en tiempo de paz.

También naturalmente, en caso de necesidad para la guerra con los españoles o, mejor dicho con los castellanos, son transportadas desde Portugal tropas metropolitanas —por primera vez en 1773 llegan tres regimientos— equivalentes al «ejército de refuerzo» español [20]. De especial interés en relación con la contienda hispanoamericana es la milicia de São Paulo, la llamada «Legión», que en 1812 está formada por dos batallones y tres escuadrones y que constituye la base de las fuerzas que participan en la campaña de la Banda Oriental en 1811 junto con contingentes de dragones de la frontera, milicias gauchas y lanceros guaraníes.

No vamos a mencionar aquí a los ejércitos coloniales de las potencias europeas en sus posesiones asiáticas o africanas, por tener un carácter muy diferente de las americanas, ya que su administración está,

[19] Para las fuerzas militares en las colonias norteamericanas véase, *M. Matloff.*, *American military history*, Washington 1969, *History of american wars*, Baton Rouge, 1985.

[20] Para las fuerzas coloniales en el Brasil vid. *Historia do exercito brasileiro*, Brasilia, Estado maior do exercito, 1972 (3 vols.) L. Freitas. *Historia militar do Brasil* Sao Paulo, s.a.; G. Vasconcelos, *Historia militar do Brasil*, Río, 1941.

en la época a que nos referimos, en manos de compañías privadas que tienen sus propios ejércitos con personal metropolitano y, sobre todo, importantes contingentes de mercenarios nativos, al mando de oficiales europeos.

Capítulo II

(1809-1815)

Resumen histórico

Entre el proceso que conduce a la Independencia de las posesiones españolas en la América continental y la lucha en la Península contra la invasión napoleónica, existe una concatenación tan estrecha, cronológica y de causa-efecto, que resulta difícil mencionar uno de los acontecimientos sin hacer referencia al otro.

Conocidas son las circunstancias que condujeron a la invasión francesa de España en 1808: aspiraciones de Napoleón de unir la Península a su sistema continental más allá de la más o menos estrecha alianza que existía entre España y el Imperio francés, creciente intervención en los asuntos internos de España (juego entre Godoy y el partido fernandino), necesidades o pretextos estratégicos para la lucha con Inglaterra con la ocupación y satelización de Portugal, aliado tradicional de aquélla, todo lo cual pone en dificilísima situación al gobierno español de aquel momento. La ocupación disfrazada de parte del territorio peninsular por los ejércitos franceses a partir del invierno de 1807 a 1808 y la actividad de los enemigos del primer ministro Godoy conducen al motín de Aranjuez, la abdicación del rey Carlos IV y la reacción de Napoleón, que decide acelerar el proceso de su intervención en España. Sabido es cómo se lleva a cabo la entrevista de Bayona y la forzada cesión de la Corona española a Napoleón, el cual a su vez la adjudica a su hermano José, hasta aquel momento rey de Nápoles. A esto siguen casi inmediatamente alzamientos en todas las provincias españolas, que triunfan en los puntos no ocupados por las fuerzas francesas, sorprendidas por la amplitud de un movimiento que

tratan rápidamente de reprimir. Sin embargo, se trata de fuerzas inferiores en número y calidad a la tarea que se les presenta —Napoleón no pensaba que se produjeran más que pequeños motines o asonadas— y, aunque actúan con decisión, no obtienen el éxito apetecido. Atacan inútilmente Valencia, ponen sitio a Zaragoza, Bessières derrota al ejército español de Galicia y Castilla la Vieja en Medina de Rioseco, pero días más tarde el general Dupont, que se dirige a Cádiz para liberar a la escuadra francesa del almirante Rosilly, es derrotado y obligado a capitular con todo su ejército en Bailén, derrota que causa un gran efecto psicológico en toda Europa. Al mismo tiempo, un ejército inglés ha desembarcado en Portugal y, tras derrotar en Roliça y Vimieiro al general Junot, le hace aceptar la capitulación de Cintra por la que debe evacuar Portugal. A todo esto, en el territorio sublevado de España se han constituido Juntas Provinciales —que según veremos, servirán en cierto modo de modelo para las primeras juntas insurrectas en América— para la dirección de la lucha, que, en el verano de aquel año, crean la Junta Suprema Central Gubernativa. Estos hechos no dejarán de tener profundas consecuencias políticas en el proceso revolucionario que entonces comienza. Por su parte, Napoleón decide poner rápido fin a la guerra en la Península empleando grandes medios, y en el otoño de 1808 invade la zona insurrecta a partir del Ebro, donde sus tropas han debido retirarse tras los fracasos del verano, y derrota en una campaña fulminante a los poco aguerridos y mal mandados ejércitos españoles. Ocupa Madrid (4 de diciembre), y sale hacia Castilla la Vieja y Galicia en persecución del ejército inglés del general Moore, que se retira rápidamente y reembarca en La Coruña tras librar una batalla en la que muere su general. Poco después, el emperador debe abandonar la Península por la amenaza de guerra con Austria y por la existencia de conspiraciones contra su régimen en Francia. En España queda un numeroso ejército francés al mando de brillantes mariscales (Ney, Soult, Victor, Mortier, Lannes), que, sin embargo, actúan con poca coordinación y que deben enfrentarse no sólo con las fuerzas regulares españolas, portuguesas y británicas, sino sobre todo con la insurrección de la nación en armas, que practica una guerra de guerrillas y fuerzas irregulares de efectos desastrosos para el invasor. Éste obtiene victorias por otra parte de escasa importancia estratégica: Oporto, Uclés, Medellín, Ciudad Real, Almonacid y, tras un largo y duro asedio, logra tomar Zaragoza (febrero de 1809). Un ejército inglés, al

mando del general Wellington, que opera desde Lisboa, expulsa a los franceses del norte de Portugal, y en julio, unido a fuerzas españolas derrota al rey José en la batalla de Talavera. Vuelto Wellington a Portugal, los ejércitos españoles, que obtienen una victoria en Tamames, son derrotados en Alba de Tormes y, sobre todo, en la decisiva batalla de Ocaña, tras lo cual los franceses ocupan toda Andalucía, resistiendo únicamente Cádiz, salvada *in extremis* por el repliegue que a esa ciudad hace el ejército de Extremadura al mando del duque de Alburquerque.

Napoleón, que ha vencido nuevamente a Austria en Wagram, puede enviar nuevos refuerzos a sus ejércitos en la Península, que continúan absorbidos en una guerra irregular y sin cuartel en la que difícilmente pueden obtener éxitos decisivos. La ocupación de Andalucía por los ejércitos franceses y la caída de la Junta Central, sustituida por una regencia en enero de 1810, tendrá como veremos consecuencias importantes en el proceso insurreccional americano. Mientras tanto, la Junta Central ha convocado la reunión de unas Cortes, que, elegidas con métodos bastante irregulares, en parte por estar amplias zonas del territorio ocupadas por el invasor, se reúnen en septiembre de 1810 y casi inmediatamente dan comienzo a la elaboración de una legislación de tipo liberal y de una constitución que responde a los mismos principios. En dichas Cortes participan representantes de las provincias americanas, no siempre por cierto en el sector progresista.

Mientras tanto, sigue la guerra en la Península. El mariscal Massena, tras conquistar Ciudad Rodrigo, invade Portugal pero no puede tomar Lisboa, defendida por el ejército de Wellington tras las líneas de Torres Vedras. Mientras, en el este, los franceses, que han logrado tomar Gerona tras una heroica defensa, van ocupando metódicamente las ciudades de la costa: Tarragona (1811), Tortosa, Sagunto y Valencia (enero de 1812). En el sur toman Badajoz (marzo de 1811), pero son derrotados por Beresford en la Albuera. A comienzos de 1812, la contraofensiva de Wellington reconquista las plazas de Ciudad Rodrigo y Badajoz, llaves de la frontera oeste de España, y, en junio de ese año, derrota decisivamente a Marmont en la batalla de los Arapiles. Favorecido por la retirada de importantes fuerzas que Napoleón se ve en la necesidad de destinar a su campaña de Rusia, Wellington ocupa temporalmente Madrid, y los franceses deben abandonar todas sus conquistas al sur del Tajo. En mayo de 1813 las fuerzas anglo-españolas inician su contraofensiva final. El rey José abandona Madrid por ter-

cera vez y es derrotado de forma decisiva en Vitoria, batalla que decide la participación de Austria en la coalición antibonapartista. Tras ello tiene lugar una difícil campaña en torno a los Pirineos (julio-diciembre de 1813), a la que sigue la invasión del territorio francés por las fuerzas aliadas, que obtienen las victorias de Orthez (febrero de 1814) y de Tolosa (abril), cuando ya la abdicación de Napoleón, derrotado en el norte de Francia por los aliados, pone fin a la contienda.

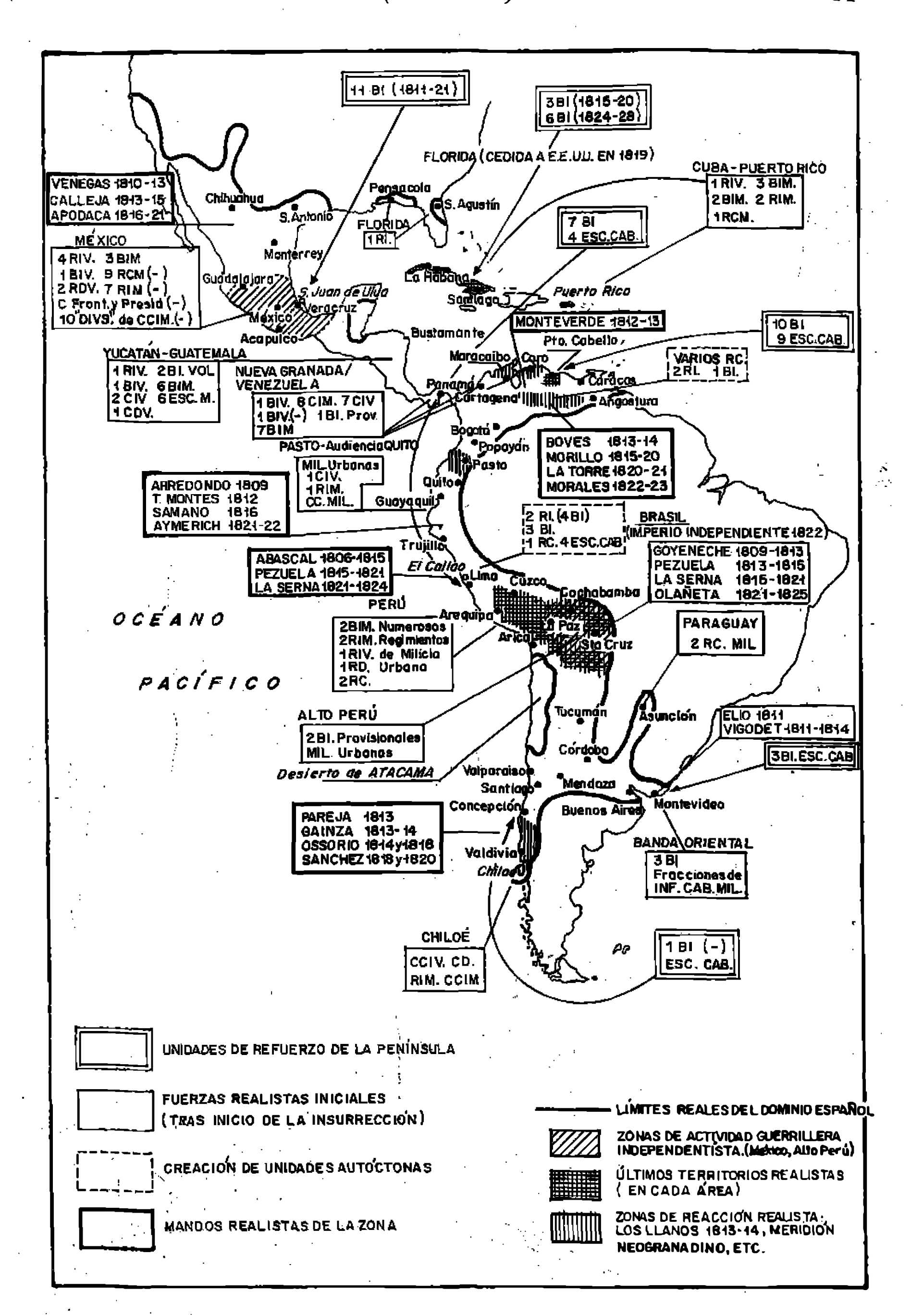
Las consecuencias políticas, económicas y militares de una contienda de tanta duración y amplitud son para España de una gravedad suma, como puede suponerse. Políticamente el proceso revolucionario que comienza con el motín de Aranjuez llega a lo largo de la guerra a su máximo grado, con la constitución de las Cortes, las reformas que éstas llevan a cabo y la promulgación de la Constitución. En lo económico, no es necesario describir sus desastrosos efectos, agravados por la insurrección americana, y, por último, militarmente, además de ocasionar la ruina final de la marina, hace que tenga lugar una auténtica revolución en las fuerzas armadas: improvisación de tropas, unidades, mandos, número excesivo de éstos e inicio del proceso de politización partidista del ejército, cuyas consecuencias se sentirán en todo el siglo posterior. En una palabra, el conjunto de circunstancias acentuarán hasta el paroxismo los defectos del sistema militar vigente antes del comienzo de la contienda. Todo ello, como se verá, a cambio de muy pocas de las ventajas que cabría esperar de la participación en una guerra de esa amplitud y duración contra la primera potencia militar en Europa.

Sin mencionar los primeros movimientos que podríamos llamar precursores y de escasa importancia de Quito, La Paz y de la misma Venezuela durante las tentativas de Miranda en 1806, el primer movimiento revolucionario de importancia en la América española estalla en Caracas en abril de 1810, constituyéndose una Junta, representante sobre todo de la aristocracia criolla, la cual convoca un Congreso que proclama la Independencia en marzo de 1811. Sin embargo, no todas las provincias siguen a la capital, y los realistas conservan Coro, Maracaibo y la Guayana y poco después recuperan Valencia. Las fuerzas insurgentes al mando del marqués de Toro no pueden imponerse, como tampoco las escasas fuerzas realistas hasta la llegada de Monteverde con algunas tropas (marzo de 1812), quien imprime una gran actividad a la lucha contra las fuerzas patriotas, ahora al mando de Miranda, que ha

regresado de Europa. En julio éstas se ven obligadas a capitular entregando a su jefe, mientras Bolívar y otros líderes independentistas escapan a Nueva Granada. A ello sigue una severísima represión que exacerba los ánimos y delimita las posiciones de los partidos, aún más de lo que estaban antes, ya que el movimiento insurreccional había tenido muy poco eco popular, y posibilita el reinicio de la lucha.

Como consecuencia del movimiento de Caracas ha estallado uno similar en Santa Fe, capital del virreinato de Nueva Granada (al cual más o menos nominalmente pertenece Venezuela), en julio del mismo 1810, que se impone con facilidad en todo el territorio a excepción de Pasto, Popayán y Santa Marta. Sin embargo, cunde la división entre los insurgentes, centralistas en Bogotá, federalistas en Cartagena, con las correspondientes luchas y constitución de Juntas rivales, a pesar de lo cual los patriotas logran algún pequeño éxito contra Popayán y temporalmente contra Santa Marta. Tras la caída de la primera República venezolana, Bolívar se refugia en Nueva Granada y, tras participar en diversas campañas contra los realistas locales, organiza una expedición para la liberación de Venezuela que comienza en mayo de 1813, proclamando la «guerra a muerte», que endurece aún más el tono de la lucha. En julio, tras derrotar repetidamente a los realistas, se apodera de Caracas y sitia a Monteverde en Puerto Cabello. Pero los jefes realistas Boves y Morales levantan un ejército reclutado entre los llaneros, muy hostiles a la aristocracia criolla, e inician una feroz campaña contra los insurgentes. A pesar de diversos fracasos, terminan por derrotar a Bolívar en La Puerta (junio de 1814), tras lo cual se apoderan de casi todo el país llevando a cabo una terrible política de represalias. En diciembre muere Boves en la batalla de Urica y para entonces sólo resisten algunas unidades de guerrillas y la isla Margarita. En abril de 1815 llega a Costa Firme la expedición del general Morillo, a partir de lo cual se inicia otro período de la contienda. Entre tanto, en la Nueva Granada continúa el régimen de la «patria boba» con la rivalidad entre Santa Fe y Cartagena y la lucha contra los realistas de la región. Los insurgentes obtienen algún éxito local pero no pueden dominar la zona realista de Pasto y pierden nuevamente Santa Marta. Bolívar, tras su derrota en Venezuela contra Boves, lleva a cabo una breve campaña contra aquella ciudad y contra los revolucionarios de Cartagena, pero abandona temporalmente la lucha, exilándose a Jamaica y a Haití. Así pues, al final del período a que nos referimos, los realistas dominan

RIV	Regimiento de Infantería Veterana
BIV	Batallón de Infantería Veterana
RDV	Regimiento de Dragones Veteranos
CIV	Compañía de Infantería Veterana
RIM	Regimiento de Infantería de Milicias
C. FRONT	Cuerpos de Frontera y Presidiales
CDV	Compañía de Dragones Veteranos
VOL	Voluntarios
BIM	Batallón de Infantería de Milicias
CC MIL.	Compañía de Milicias
MIL	Milicias
RC	Regimiento de Caballería
RCM	Regimiento de Caballería de Milicias
CC IV	Compañías de Infantería Veterana
ESC	Escuadrón
CAB	Caballería
INF	Infantería
PROV	Provisional
(–)	Unidad incompleta


11 BI (1811-21)
3 BI (1815-20)
6 BI (1824-28)
FLORIDA (CEDIDA A E.E.UU. EN 1819)
CUBA - PUERTO RICO
1 RIV. 3 BIM.
2 BIM. 2 RIM.
1 RCM.
VENEGAS 1810-13
CALLEJA 1813-15
APODACA 1816-21
Chihuahua
S. Antonio
Pensacola
S. Agustín
FLORIDA
1 RI.
7 BI
4 ESC.CAB.
MÉXICO
4 RIV. 3 BIM
1 BIV. 9 RCM (-)
2 RDV. 7 RIM (-)
C Front. y Presid (-)
10 DIVS. de CCIM.(-)
Monterrey
Guadalajara
S. Juan de Ulúa
Veracruz
México
Acapulco
La Habana
Santiago
Puerto Rico
MONTEVERDE 1812-13
10 BI
9 ESC.CAB.
Bustamante
Pto. Cabello
YUCATÁN-GUATEMALA
1 RIV. 2 BI. VOL
1 BIV. 6 BIM.
2 CIV 6 ESC. M.
1 CDV.
NUEVA GRANADA/
VENEZUELA
Maracaibo
Coro
VARIOS RC.
2 RI. 1 BI.
Panamá
Caracas
Cartagena
Angostura
1 BIV. 8 CIM. 7 CIV
1 BIV.(-) 1 BI. Prov.
7 BIM
Bogotá
Popayán
PASTO-Audiencia QUITO
BOVES 1813-14
MORILLO 1815-20
LA TORRE 1820-21
MORALES 1822-23
MIL. Urbanas
1 CIV.
1 RIM.
CC. MIL.
Pasto
Quito
ARREDONDO 1809
T. MONTES 1812
SAMANO 1816
AYMERICH 1821-22
Guayaquil
2 RI. (4 BI)
3 BI.
1 RC. 4 ESC. CAB.
BRASIL
(IMPERIO INDEPENDIENTE 1822)
Trujillo
ABASCAL 1806-1815
PEZUELA 1815-1821
LA SERNA 1821-1824
El Callao
Lima
Cuzco
GOYENECHE 1809-1813
PEZUELA 1813-1815
LA SERNA 1815-1821
OLAÑETA 1821-1825
Cochabamba
PERÚ
Arequipa
La Paz
OCÉANO
2 BIM. Numerosos
2 RIM. Regimientos
1 RIV. de Milicia
1 RD. Urbana
2 RC.
Arica
Sta Cruz
PARAGUAY
2 RC. MIL
PACÍFICO
ALTO PERÚ
Tucumán
Asunción
ELIO 1811
VIGODET 1811-1814
2 BI. Provisionales
MIL. Urbanas
Córdoba
3 BI. ESC. CAB
Desierto de ATACAMA
Valparaíso
Santiago
Mendoza
Concepción
Buenos Aires
Montevideo
PAREJA 1813
GAINZA 1813-14
OSSORIO 1814 y 1818
SANCHEZ 1818 y 1820
BANDA ORIENTAL
Valdivia
3 BI
Fracciones de
INF. CAB. MIL.
Chiloé
CHILOÉ
CCIV. CD.
RIM. CCIM
1 BI (-)
ESC. CAB.
UNIDADES DE REFUERZO DE LA PENÍNSULA
FUERZAS REALISTAS INICIALES
(TRAS INICIO DE LA INSURRECCIÓN)
CREACIÓN DE UNIDADES AUTÓCTONAS
MANDOS REALISTAS DE LA ZONA
LÍMITES REALES DEL DOMINIO ESPAÑOL
ZONAS DE ACTIVIDAD GUERRILLERA INDEPENDENTISTA. (México, Alto Perú)
ÚLTIMOS TERRITORIOS REALISTAS (EN CADA ÁREA)
ZONAS DE REACCIÓN REALISTA: LOS LLANOS 1813-14, MERIDIÓN NEOGRANADINO, ETC.

Pasto y Popayán (perdida esta última a principios de 1815) y Panamá. En julio de 1815 llega la expedición de Morillo y da comienzo a su campaña contra los insurgentes.

En el virreinato de Nueva España, el primer pronunciamiento, todavía claro está no independentista, es llevado a cabo por los peninsulares que destituyen al virrey Iturrigaray en septiembre de 1808. Meses más tarde, como en el resto de la América española, la ocupación casi total de la Península por las tropas napoleónicas motiva el comienzo de una insurrección de gran envergadura. Iniciada por el cura Hidalgo en septiembre de 1810 con el célebre «grito de Dolores», pronto alcanza gigantescas proporciones, con un carácter marcadamente indigenista, a diferencia de la mayor parte de los alzamientos en el resto de América. Los insurrectos se extienden como mancha de aceite, se apoderan de Guanajato, Valladolid, Zacatecas y Guadalajara, avanzando sobre la ciudad de México. Sin embargo, las masas índigenas, numerosas pero mal equipadas y sin mandos competentes aunque ya cuentan con algunos oficiales entre sus filas, son vencidas por el ejército realista de Calleja en el Puente de Calderón, tras lo cual son hechos prisioneros y ejecutados Hidalgo y otros jefes insurgentes. Sucedido en el mando por otro cura, Morelos, que toma el título de «Siervo de la Nación» y da a la lucha un carácter más moderado, la insurrección va tomando poco a poco el carácter de una lucha de guerrillas y fuerzas dispersas. Morelos se apodera temporalmente de Acapulco (1813), y poco después un Congreso insurgente proclama la Independencia de México. No obstante, las fuerzas realistas van logrando éxitos cada vez más frecuentes, recuperan casi todas las ciudades perdidas y derrotan a una expedición organizada con apoyo norteamericano, que ocupa Texas, nominalmente a nombre del México independiente, pero, en realidad, para anexionarla a los Estados Unidos.

En 1815, Morelos es hecho prisionero y ejecutado en México, con lo cual se puede dar por finalizada la primera fase de la insurrección en el virreinato de Nueva España.

En la América Central no se producen de momento movimientos independentistas de importancia, aunque tienen lugar algunos motines y constitución de juntas, reprimidos con facilidad por el capitán general José de Bustamante, que permanece en el cargo hasta 1817.

En Cuba no tiene lugar movimiento alguno y Santo Domingo vuelve a poder de España en 1809 tras un alzamiento contras las fuer-

zas de ocupación francesas, que, como se recordará, se han visto obligadas ya en 1803 a abandonar la zona de Haití, vencidas por la rebelión de los ex-esclavos de esa colonia, que establecen rápidamente una situación independiente con diversas repúblicas y reinos [1], normalmente enfrentados entre sí y que constituyen una amenaza permanente contra la zona española de la isla.

En el extremo sur de las posesiones españolas, el Río de la Plata se mantiene tranquilo y fiel a la Regencia de Cádiz hasta mayo de 1810. No obstante, ya se perciben signos de la tormenta que se avecina. La rivalidad entre peninsulares y criollos, la conciencia de su fuerza, que éstos han adquirido al rechazar las invasiones inglesas de 1806-1807, hace que se vaya creando, por así decirlo, sendas facciones de partidarios de la metrópoli y de la Independencia o de una amplísima autonomía [2]. La primera encuentra su valedor en el gobernador de Montevideo, Javier Elio, y la segunda rodea al virrey Liniers, que ha sustituido a Sobremonte tras dirigir la resistencia contra las fuerzas británicas.

Aquí, como en otras zonas de América, la señal para la insurrección es la llegada de las noticias de la ocupación de Andalucía por los ejércitos franceses, lo que hace suponer el final de la guerra en la Península con la victoria de las armas napoleónicas, que, además, pronto obtendrán la victoria sobre Austria en Wagram, lo que reforzará aquella impresión en América. Los revolucionarios se hacen con el poder el 25 de mayo de 1810 formando una Junta Patriótica todavía teóricamente fiel al Rey, pero con un objetivo claramente independentista. Con las excepciones que luego veremos, las fuerzas bonaerenses dominan rápidamente el interior del territorio del virreinato. La resistencia de Liniers en Córdoba es vencida fácilmente y una expedición al Alto Perú, actual República de Bolivia, dirigida por el político radical Castelli vence a los realistas en la batalla de Suipacha, tras un fracaso inicial en Cotagaita, lo que complementado con una insurrección en varias ciudades del Alto Perú, iniciada en Cochabamba, que impide la concentración y coordinación eficaz de las escasas fuerzas realistas, logra la ocupación de prácticamente todo el territorio hasta el Desaguadero, actual límite entre Bolivia y el Perú.

[1] Para la historia de Haití, ver Placid-Justin, *Histoire d'Hayti*, París, 1826.
[2] P. Groussac, *Santiago Liniers*, Buenos Aires, 1953, pp. 266 y ss.

No obstante, la revolución bonaerense tropieza con dos dificultades importantes. La primera es la gobernación del Paraguay donde se imponen los realistas en el primer momento. Una expedición bonaerense destinada a dominarla, dirigida por el general Belgrano, es vencida por las fuerzas paraguayas, todavía realistas, en Paraguari y Tacuarí. Sin embargo, la intervención portuguesa en el Río de la Plata precipita la proclamación sin encontrar resistencia de la Independencia del Paraguay, aunque separado de Buenos Aires [3]. Se constituye así la primera provincia rebelde a la autoridad porteña en la región, lo que durante los siguientes sesenta años se reproducirá en diversas formas y momentos.

El Paraguay, aislado prácticamente por los acontecimientos, aparecerá poco en las contiendas de la Independencia suramericana. Dominado, a partir de 1814, por el dictador Gaspar Rodríguez de Francia, éste lleva a cabo una política de estricto aislamiento.

El otro foco de resistencia a la revolución porteña es la plaza de Montevideo, dominada desde el inicio de los acontecimientos por las autoridades realistas, a pesar de alguna tentativa de motín. En 1811 estallan sublevaciones en el interior, dirigidas entre otros por Artigas, apoyado inicialmente por un ejército de Buenos Aires que pone sitio a Montevideo. Sin embargo, el gobernador Elio consigue la ayuda del gobierno portugués exilado en el Brasil, y un ejército lusitano, cuyo verdadero objetivo es la ocupación del Uruguay, hace que se llegue a un armisticio, al cual sigue el «éxodo del pueblo oriental», dirigido por Artigas y enfrentado a los tres bandos en lucha: españoles, portugueses y rioplatenses, que se transforma así en el primer caudillo provincial enfrentado a Buenos Aires. Nuevamente reanudadas las hostilidades, Montevideo vuelve a ser cercada por los argentinos (diciembre de 1812) y, tras diversas alternativas y a pesar de los refuerzos enviados por la metrópoli, capitula tras la derrota de la pequeña escuadra realista por la argentina del almirante Brown. Esta victoria, además de liberar un frente a los insurrectos de Buenos Aires, tiene otras consecuencias en el resto del continente, una de las cuales es la insurrección de Cuzco en el Perú [4].

[3] Para la historia de Paraguay, R. Alan White, *Paraguay autonomous revolution*, Albuquerque, 1978.

[4] No acaban aquí los avatares del pueblo oriental: Artigas se enfrenta enseguida

En cualquier caso, a todo lo largo de este período y hasta el cambio de estrategia preconizado por San Martín, el teatro más importante de la lucha por la Independencia argentina es el Alto Perú. Dejamos anteriormente al ejército de Castelli y Balcarce situado ante el Desaguadero, esperando la ocasión de derrotar a las fuerzas realistas peruanas y avanzar sobre Lima, lo que hubiera puesto un rápido fin a la dominación realista en el continente. Sin embargo, la realidad es muy otra. El ejército del virrey Abascal, formado en su práctica totalidad por elementos autóctonos y reforzado por irregulares indios, al mando del general Goyeneche, derrota con facilidad a las fuerzas bonaerenses y altoperuanas en la batalla de Guaqui, recobra rápidamente todo el Alto Perú e invade el norte argentino. Este vaivén de expediciones argentinas al Alto Perú e invasiones realistas del Tucumán constituirá durante los años siguientes el esquema de las operaciones en este área. No menos de tres expediciones argentinas y otras tantas contraofensivas realistas tendrán lugar ajustándose al mismo: tras una derrota o fracaso de las fuerzas realistas en el Tucumán, los ejércitos argentinos invaden el Alto Perú ocupándolo fácilmente con la colaboración de insurrecciones autóctonas. En una zona más o menos próxima a la frontera con el Perú son derrotados por las fuerzas realistas, las cuales recuperan el Alto Perú, e invaden el norte argentino, donde a su vez son derrotadas, lo que propicia la siguiente expedición argentina al Altiplano. Así, tras la batalla de Guaqui, las fuerzas realistas que han invadido el Tucumán son derrotadas por Belgrano en Tucumán y Salta. La segunda expedición argentina es derrotada por Pezuela en Ayohuma y Vilcapugio. La segunda contraofensiva realista fracasa ante Tucumán y la tercera expedición argentina que acude en socorro de los sublevados de Cuzco es destrozada por Pezuela en Viluma ya en 1815.

Tras esta última, este teatro de operaciones pierde importancia; se llevan a cabo ofensivas en ambas direcciones, pero con escasas fuerzas y con objetivos limitados. La estrategia realista se dirige a la reconquista de Chile y la de los insurrectos a la nueva ocupación de esta capitanía general para desde allí atacar por mar el corazón del territorio realista, el virreinato del Perú.

con los gobernantes porteños y, poco después, se produce la intervención portuguesa que ocupa todo el país, exiliándose el caudillo oriental al Paraguay. Años más tarde se inicia una nueva insurreción contra el Brasil, que, tras una guerra con las Provincias Unidas, acabará reconociendo la Independencia de la República Oriental.

La revolución en Chile comienza igualmente en 1810 y en estrecha conexión con la de Buenos Aires. De una forma algo más gradual se lleva a cabo el establecimiento de una junta (octubre de 1810) de carácter independentista, aunque también en teoría realista, dominada por la aristocracia local, iniciando la etapa conocida en Chile como la «Patria Vieja». La política interior de dicho régimen se ve pronto condicionada por la lucha entre partidos, que, en realidad, responden a los intereses de las grandes familias, como los Larrain, y por la dictadura de José Miguel Carrera, oficial ex-combatiente de la guerra de Independencia española, y de sus turbulentos hermanos. Excedería a los límites de este trabajo describir con detalle la compleja serie de luchas, treguas, regímenes dictatoriales..., que salpican la historia de la Patria Vieja; baste decir que se prolongará hasta la reconquista realista y que obviamente la favorecerán.

A todo esto, la autoridad realista con apoyo de las clases populares y de los indios araucanos se ha sostenido en el sur, y una expedición enviada por el virrey Abascal domina rápidamente Valdivia y Concepción con su puerto de Talcahuano, iniciándose una guerra que, dadas las características sociales de la misma y el hecho de que se lleve a cabo con numerosas fuerzas irregulares, pronto alcanza niveles de gran ferocidad. Carrera recobra Concepción y Talcahuano pero, a principios de 1814, el jefe realista Gainza inflige a los insurgentes varias derrotas y recupera Concepción, llegándose en mayo de aquel año al tratado de Lircay en el que se hacen amplias concesiones a la causa insurgente, tratado que no llegará a ser aplicado. En octubre del mismo año, una ofensiva realista derrota a los patriotas en Rancagua y ocupa la totalidad del territorio chileno. Los rebeldes que pueden escapar se refugian en Argentina bajo la protección de San Martín, que ya para entonces diseña su nueva estrategia contras las fuerzas realistas.

En el virreinato propiamente dicho del Perú no se producen por el contrario movimientos apreciables de carácter insurreccional. La fidelidad a la causa realista de importantes capas de la población, el recuerdo en las clases altas de la insurrección indígena de Tupac Amaruc, el temor a que la revolución pueda degenerar en «la anarquia» (más que una oposición específica a la Independencia) y, por supuesto, la eficaz acción del virrey Abascal hacen que el virreinato se transforme en el principal bastión realista de la América meridional y base para

la represión de los movimientos insurreccionales o invasiones de fuerzas rebeldes en zonas colindantes.

Esto no quiere decir que no se dé algún caso de rebeliones de carácter más o menos separatista o conspiraciones en ese sentido, pero de muy escasa importancia y que serán reducidas sin dificultad. Sin embargo, en 1814 se produce una insurrección de cierta gravedad en el Cuzco, dirigida por los hermanos Angulo, a la cual se suma el hasta entonces realista cacique Pumacagua. La insurrección se extiende hacia Arequipa en una dirección y hacia La Paz en el Alto Perú por otra, ocupando ambas ciudades, en la última de las cuales tiene lugar una gran matanza de prisioneros realistas. No obstante, las fuerzas virreinales al mando de Ramírez Orozco toman la ofensiva y aplastan metódicamente la rebelión llevando a cabo una dura represión en la que son ejecutados los Angulo, Pumacagua y otros jefes. Además, la expedición argentina que acude en su socorro es aplastada por el general Pezuela en la batalla de Viluma.

El Alto Perú, hoy República de Bolivia, perteneciente en aquella época al virreinato de Buenos Aires, es una zona de disputa entre esta metrópoli insurrecta y Lima, bastión realista. Ya vimos cómo a partir del inicio de la contienda la suerte de esta región la hizo ser el teatro de las expediciones argentinas, y las reconquistas realistas y de diversas insurrecciones de carácter marcadamente indigenista (en general puede decirse que esta región y México fueron las únicas zonas donde la actividad patriota tuvo este carácter), que serán eficaces auxiliares de la acción de las fuerzas de Buenos Aires y que, tras la retirada de éstas, actuarán como guerrillas en la retaguardia de las fuerzas realistas.

En mayo de 1809 se había producido un primer movimiento en La Paz, dirigido por Pedro Murillo, en teoría o como pretexto para oponerse a las pretensiones de la infanta Carlota Joaquina de anexionar aquel territorio al Brasil, pero de objetivos reales bastante más radicales. El virrey Abascal, a pesar de que este territorio no se encontraba bajo su jurisdicción, envió un ejército al mando del brigadier Goyeneche, que venció a los rebeldes y llevó a cabo una severa represión.

En la Audiencia de Quito, hoy República del Ecuador, perteneciente al virreinato de Nueva Granada, estalla un movimiento en agosto de 1809 que establece una Junta presidida por el marqués de Selva Alegre que actúa desde los primeros momentos como independentista,

aunque con las habituales protestas de fidelidad al rey [5]. El movimiento halla poco eco popular y no es seguido por numerosas provincias de la Audiencia (Guayaquil, Cuenca). Una situación similar a la de las «repúblicas bobas» de Venezuela, Colombia y Chile. En noviembre del mismo año tropas de Lima al mando del coronel Arredondo sofocan el movimiento, pero la dureza de la represión y las tropelías de las tropas peruanas provocan una nueva sublevación en agosto de 1810, que entre este momento y finales del año inicia un proceso independentista similar en tantos aspectos al de otras regiones de América: lucha de partidos, organización de expediciones contra ciudades realistas de la misma audiencia, etc... Todo ello favorece la reconquista realista por las fuerzas de Abascal en noviembre de 1812, tras lo que tiene lugar una severa represión contra los alzados que han sido hechos prisioneros, mientras otros, como Carlos Montufar, escapan a Nueva Granada, donde este último será fusilado durante la reconquista realista de 1816.

Estrategia

En el capítulo anterior hemos visto el desarrollo de los movimientos revolucionarios iniciales en la América española y cómo, vencidos los que podemos llamar «prehistóricos» (tentativas de Miranda, alzamientos de Quito y el Alto Perú), a lo largo de 1810 el movimiento insurreccional alcanza proporciones gigantescas: alzamientos en prácticamente todo el virreinato de Nueva Granada, Buenos Aires y Chile, que triunfan casi sin resistencia, e insurrección indigenista en México, que en poco tiempo se extiende como mancha de aceite por las zonas medias de la Nueva España. Así pues, a finales de 1810 la situación estratégica de las fuerzas que responden a la Corona española es la siguiente: en América del Norte y Central, conservan firmemente las Antillas, la capitanía general de Guatemala y algunas de las zonas poco pobladas y de escasa importancia del norte del virreinato de Nueva España. En las zonas central y del sur de este virreinato, las fuerzas insurreccionales ocupan, aunque no de forma continua, un amplio territorio que se extiende progresivamente. Las fuerzas del Rey controlan

[5] V. A. Ponce Ribadeneira, *Quito 1809-1812*, Madrid, 1960.

ciudades y territorios aislados dentro de este área y combaten en forma más o menos inconexa a la insurrección creciente.

Al sur de Panamá la situación es aún peor. Triunfante el alzamiento en las capitales de Venezuela, Nueva Granada y Quito, los realistas conservan en el territorio dependiente al menos en teoría del virreinato de Santa Fe, una zona al oeste de la capitanía general de Venezuela, con Coro y Maracaibo, y al este la Guayana. Por otra parte, la zona de Los Llanos, todavía en poder de las autoridades revolucionarias de Caracas, va a convertirse pronto en un foco de resistencia contra la rebelión.

En Nueva Granada las fuerzas realistas controlan Santa Marta en la costa del Caribe, y, en el Meridión, Popayán, que pronto perderán, y la fidelísima región de Pasto. Más al sur, en el territorio de la audiencia de Quito, tras la pérdida de la capital en la segunda insurrección que tiene lugar en ella (agosto de 1810), conservan las ciudades provinciales de Guayaquil, Cuenca y otras de importancia.

La capitanía general de Chile está enteramente en poder de los insurrectos, aunque el movimiento no encuentra un eco excesivo entre la masa de la población. Por otro lado, los gobernantes de la «Patria Vieja» se encuentran progresivamente entregados a una lucha de partidos [6] que no hace presagiar nada bueno para la consolidación de su régimen.

Al otro lado de la cordillera la insurrección de Buenos Aires ha dominado, casi sin resistencia, todo el territorio de la actual República Argentina y, tras una poco costosa expedición, la totalidad del Altiplano, donde sus fuerzas se encuentran en el límite con el Perú. Los realistas conservan en el estuario del Río de la Plata la plaza de Montevideo, donde va a tener lugar una lucha a varias bandas durante los siguientes años, y, de momento, el territorio del Paraguay, prácticamente aislado en el interior, y donde enseguida se va a producir un movimiento insurreccional que conseguirá un fácil éxito. La verdadera fuerza de los realistas en la América meridional está en el Perú, donde no sólo no ha tenido lugar ningún movimiento subversivo, sino que se prepara para la defensa contra las fuerzas rebeldes que lo circundan

[6] Para los partidos durante la «Patria Vieja» ver S. Collier, *Ideas and politics of chilean independence*, Cambridge, 1968, pp. 82 y ss.

y, la ocasión llegada, a reprimir los movimientos de las zonas adyacentes, como ya hizo en 1809 en Quito y La Paz.

Veamos a continuación con qué fuerzas cuentan ambos bandos y las posibilidades operativas que les ofrece la situación estratégica creada tras los primeros enfrentamientos, que se pueden considerar parte de los movimientos insurreccionales iniciales.

En el virreinato de Nueva España, donde como se ha repetido la insurrección tiene un carácter popular e indigenista muy acusado, a diferencia de casi todas las demás revoluciones americanas, las fuerzas insurrectas están formadas por masas de muchos miles de campesinos indígenas, sin armamento adecuado, mandos, disciplina o entrenamiento militar de ninguna clase. Cuentan con el número y también con algunas unidades de milicias y fracciones de otras que se han ido sumando a la rebelión. Entre ellas, cuatro regimientos de dragones, uno de milicia provincial de infantería y un batallón del mismo tipo. El virrey cuenta con todas las tropas veteranas y con las de milicias que no se han pasado a los rebeldes, pero su número es escasísimo para combatir una insurrección de tal intensidad. Sin embargo, las fuerzas que pasan a la rebelión en poco tiempo pierden toda su eficacia, mientras que las realistas cuentan con mandos capacitados, entre ellos Calleja, calificado por un historiador norteamericano como el «Tamerlán español» [7], que con decisión se lanzan a la lucha infligiendo graves derrotas a los rebeldes y organizando al mismo tiempo con sus limitados recursos otras unidades de milicia para reforzar a las existentes y suplir a las que han pasado a la insurrección. Dadas las circunstancias, puede afirmarse que en esta época los realistas crean y organizan sus fuerzas mientras que Hidalgo pierde las que se le incorporan.

En la capitanía general de Guatemala, donde no se ha producido ningún movimiento revolucionario, las fuerzas realistas siguen siendo las poco numerosas de tiempo de paz: dos batallones de tropas veteranas y alguna compañía independiente, unos ocho batallones de milicia provincial y media docena de escuadrones de dragones de la milicia. En las Floridas se encuentra el regimiento de Luisiana que guarnece las plazas de Pensacola y San Agustín.

En las islas de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, se encuentran un regimiento y dos batallones de infantería veterana, dos regi-

[7] C. Ferguson, *The Spanish Tamberlaine.*

mientos, tres batallones de infantería y un regimiento de caballería de milicias y algunas unidades sueltas, además de varios batallones de pardos y morenos.

Ya en la América meridional, como hemos visto, en el virreinato de Nueva Granada, la situación es grave para la causa realista. Perdidas las tres capitales y gran parte del territorio de Nueva Granada y Venezuela, los insurgentes cuentan con aquellas unidades ex-realistas que se han sumado al movimiento y con las que, sobre el modelo de aquéllas, tratan de organizar. Sin embargo, en esta fase de la guerra en el virreinato, las fuerzas veteranas o de milicias regladas son muy escasas y tampoco se logran crear nuevas unidades eficaces por ninguno de los bandos. No será hasta dos o tres años después cuando los insurgentes puedan crear en Venezuela un ejército digno de este nombre y que los realistas puedan oponerles fuerzas regulares, normalmente llegadas como refuerzo desde fuera, sea desde la Península o desde las Antillas (a Venezuela o Santa Marta) o del Perú (al Meridión neogranadino). En cualquier caso, el verdadero ejército realista en esta región y época será el que organice Boves en Los Llanos de Venezuela.

Más al sur, el virrey Abascal se apresta a la lucha contra los insurrectos con las fuerzas veteranas y de milicia, todas ellas autóctonas, con que cuenta; numerosísimas en teoría [8], no tanto en la práctica. Entre las primeras tiene al que será célebre Regimiento Real de Lima y pronto podrá movilizar cierto número de unidades de milicia que combatirán con alguna eficacia mientras se organiza un ejército regular.

En Chile y Buenos Aires la insurrección ha triunfado sin apenas resistencia y las autoridades insurgentes cuentan con las fuerzas que han organizado a partir de las unidades ex-realistas existentes. Las de Chile, al no tener un frente abierto, adoptan una actitud un tanto pasiva y participan en cambio en diversos movimientos revolucionarios internos.

Por el contrario, las fuerzas de Buenos Aires actúan, con más o menos fortuna, en todas las direcciones en que encuentran al enemigo realista: contra el Paraguay, de donde son rechazadas; contra Montevideo que no logran tomar, pero sí asediar de manera intermitente, y,

[8] L. Campbell, *Military and society in colonial Perú*, p. 218.

sobre todo contra el Alto Perú, que ocupan fácilmente, teniendo como objetivo último, que no podrán alcanzar, la Ciudad de los Reyes, Lima, cuya caída conllevaría seguramente la de toda la Suramérica realista. Vemos que la estrategia seguida por los insurrectos de Buenos Aires es correcta, procurando anexionar a su dominio las zonas periféricas del antiguo virreinato (Montevideo y el Paraguay) y dirigiendo el esfuerzo principal contra el Alto Perú donde cabe esperar un ambiente favorable a la insurrección y que pertenece, en el momento de la insurrección de mayo, a la misma entidad administrativa. El proseguir la operación hacia Lima mientras se crea posible, como creen los gobernantes revolucionarios y el «comisario político» de la expedición, Castelli (célebre se hizo su frase poco antes de la batalla de Guaqui: «quiera Dios o no lo quiera venceré a Goyeneche»), es un objetivo que plantea graves problemas logísticos, pero se cuenta con que la presencia de fuerzas insurrectas en el territorio peruano encontrará todo tipo de facilidades por razones políticas en la lucha contra las aterradas autoridades de Lima.

Por lo que respecta a Chile, no tiene los medios ni militares ni navales para siquiera colaborar en operaciones ofensivas fuera de su territorio, ni lo permiten sus circunstancias políticas internas.

A las fuerzas realistas del Perú se les ofrecen varias alternativas estratégicas. Una, claro está, la meramente defensiva en las fronteras de Guayaquil y del Desaguadero (el desierto de Atacama hace que no exista posibilidad de contacto con los insurgentes de Chile). Sin embargo, la debilidad de la insurrección de Quito aconseja, sin duda alguna, la ofensiva contra ella, antes de que pueda establecer contacto con las zonas rebeldes de Nueva Granada. En el Alto Perú, supuesta la derrota —como de hecho ocurrió— de las fuerzas de Buenos Aires, una estrategia de desarrollo fácil y poco costoso consiste en la reconquista, al menos del territorio del Altiplano. Más dudosa, dadas las escasas fuerzas militares disponibles, los problemas logísticos y el riesgo de operar con las espaldas no aseguradas por la posibilidad de nuevas revoluciones en el Alto Perú, es la conveniencia de invadir el Tucumán e, incluso, pensando a lo grande, emprender la marcha sobre Buenos Aires. Abascal se muestra remiso a estas últimas alternativas en 1811-1812, pero las peticiones de Vigodet desde Montevideo en ese sentido —que obviamente aliviarían su situación e incluso le ofrecerían posibilidades ofensivas en caso de que las fuerzas de Lima obtuviesen éxitos

de importancia en su campaña—, y la creencia, cierta aunque algo desenfocada, del virrey de que Buenos Aires es la casa madre de la revolución suramericana, la nueva Babilonia rebelde, cuya reducción tendría unas consecuencias obviamente decisivas en el desarrollo de la guerra, hace que la operación se intente cada vez que las derrotas de un ejército bonaerense en el Alto Perú lo permiten. No debe olvidarse, por otra parte, el atractivo que esta región ejerce sobre los «doctores de Chuquisaca» encumbrados al poder en Buenos Aires, que, por otra parte, la consideran naturalmente perteneciente al área de influencia del naciente Estado rioplatense.

Otra posible alternativa de las fuerzas de Lima es la de intentar desde los primeros momentos la reconquista de Chile. Pero el costo de una expedición naval de gran envergadura es como mínimo tan grande como el de una caída en fuerza sobre el Tucumán y Córdoba. Además, un observador clarividente como Abascal puede valorar adecuadamente la conveniencia de dejar que la situación interna chilena se vaya pudriendo y, pasado algún tiempo, dar el golpe de gracia, como de hecho se hará a partir de 1813 con la expedición Pareja. Por último, abandonando total o parcialmente las alternativas antes mencionadas, las fuerzas limeñas pueden dedicar su esfuerzo principal al norte, sobre los insurrectos de Santa Fe, con la ayuda de las fuerzas leales de Pasto y Popayán. Sin embargo, todo aconseja lo contrario: una actividad defensiva en el sur de Nueva Granada y el esfuerzo principal sobre los rebeldes bonaerenses, con gran diferencia los de más posibilidades militares, estratégicas y económicas de todo el continente. Parece obvio que la victoria total sobre Buenos Aires tendría unos efectos mucho más decisivos que la toma de Santa Fe o Cúcuta.

Tal vez estos comentarios sobre la estrategia de ambos contendientes en esta fase de la lucha puedan parecer excesivamente conformistas, pero entendemos que aquélla es la que las circunstancias geográficas, militares y políticas aconsejan como más eficaz que sus alternativas.

En las otras áreas de América del Sur la estrategia ofrece menos posibilidades. La escasa fuerza de ambos contendientes en Venezuela durante la primera fase de la contienda no permite la planificación de operaciones de importancia, hasta la llegada de un pequeño refuerzo

que resultará decisivo [9]. En cuanto a la Nueva Granada, las fuerzas realistas pueden llevar a cabo poco más que una defensa elástica, y sus oponentes, desgarrados por una auténtica guerra civil, tampoco pueden pensar más que en ataques intermitentes sobre las ciudades realistas.

En la América del Norte las características de la insurrección mexicana sólo permiten la estrategia que llevan a cabo ambos contendientes: para los insurgentes extenderse de forma aleatoria, si las circunstancias lo permiten, hacia la zona que se pueda, y en caso de derrota pasar a la guerra de guerrillas, posibilidad aquí más fuerte que en la América meridional. Para sus oponentes, que en los primeros tiempos de la insurrección no pueden saber en qué momento puede ésta extenderse a tal o cual ciudad o área hasta ese momento fiel, no cabe otra posibilidad que procurar dominar los alzamientos en las zonas de mayor interés estratégico, como líneas de comunicación con áreas vitales, y destruir los ejércitos enemigos en campo abierto, para después llevar a cabo las clásicas operaciones de contraguerrilla. En ellas, por cierto, a lo largo de los años, puede decirse que conseguirán la victoria [10], con fuerzas relativamente poco numerosas, cosa que no siempre ha ocurrido en contiendas de estas características. Por último, ambos bandos deben contar, y de hecho lo hacen, con la vecindad de los Estados Unidos para todo planteamiento de tipo político o estratégico.

En cualquier caso, se habrá entendido que estas reflexiones sobre las posibilidades estratégicas de los contendientes van referidas a los primerísimos años de la contienda, cuando ciertas consideraciones políticas, por ejemplo, posibilidad de nuevos alzamientos o contrarrevoluciones por la simple presencia de fuerzas de un partido en una región, deben ser objeto de suma atención por parte de los dirigentes de cada bando. Por su lado, los jefes realistas saben que, mientras dure la guerra en la Península contra la invasión napoleónica, no podrán recibir más que muy limitado apoyo externo, sea del tipo que sea, y que deben planificar sus operaciones contando con sus solas fuerzas o con las que puedan allegar en sus mismos lugares de actuación y excepcionalmente en zonas realistas próximas.

[9] J. Albi, *Banderas olvidadas*, p. 73.
[10] L. Alaman, *Historia de Méjico*, Tomo IV, pp. 713 y 719-720.

Para terminar con los aspectos generales de la guerra durante el período que nos ocupa, habría que hacer alusión a los controvertidos aspectos de la represión y trato dado a los vencidos. Efectivamente, como luego veremos, en general puede afirmarse que los momentos de mayor crueldad en los métodos bélicos tuvieron lugar en este período inicial, y no resulta difícil establecer algunas de las causas, aunque sujetas a muchos matices de tiempo, lugar y circunstancias peculiares.

Resulta en cambio bastante ocioso, a nuestro entender, tratar de establecer a qué bando corresponde el haber iniciado la política de represión contra el enemigo vencido. Ya desde los primeros momentos, debido a decisiones que no tuvieron entre sí relación alguna, ni seguramente conocimiento, se llevan a cabo, en puntos alejadísimos entre sí, todo tipo de actividades de represión. Por los insurgentes inmediatamente después del triunfo, en las zonas en que lo logran, contra autoridades o simples partidarios de la causa realista, o simplemente españoles, incluso contra personas originarias de regiones a las que se atribuye un apoyo más declarado a aquélla. Ya en 1809, se dan casos de este tipo en Quito y en el Alto Perú, que se repiten en los primeros tiempos de la insurrección mexicana, a escala muchísimo mayor, por la misma época en Buenos Aires y el Alto Perú (fusilamiento de Liniers, Córdoba y sus compañeros por orden de Castelli) y, obviamente, por los realistas al capturar a personas consideradas rebeldes al gobierno del rey y, por tanto, reos de alta traición. Ni más ni menos que lo que suele ocurrir en cualquier insurrección europea o americana, o de cualquier parte del mundo.

A continuación, lógicamente, estos hechos se hacen más frecuentes y graves en aquellos momentos y lugares en que la guerra adquiere un carácter social o racial. Así, por ejemplo, en México y, en menor medida, en el Alto Perú, en que los insurgentes suelen proceder de las masas indígenas o los sectores más bajos de la población. Por el contrario, se dan casos como Venezuela o Chile donde en algunos momentos ocurre el fenómeno contrario; son las clases altas, ilustradas y de origen español las que sostienen la causa revolucionaria.

Otra razón fundamental que explica el fenómeno es que para vincular a la población a su causa, el bando insurgente se ve en la necesidad, independientemente de sus deseos iniciales, de llevar a cabo una

fuerte represión contra sus oponentes. Esta es la principal causa, evidentemente no la única, de la política represiva de Castelli, de la ejecución de Barreiro y otros jefes y oficiales realistas prisioneros en la batalla de Boyacá o de la guerra a muerte de Bolívar [11].

En definitiva, este aspecto de la contienda no hace sino confirmar el carácter fundamental de guerra civil que tuvo la lucha por la Independencia de las naciones hispanoamericanas, como la había tenido ya, anteriormente, especialmente en algunas zonas, la guerra de Independencia de los Estados Unidos [12].

Por otra parte, estos aspectos, que podríamos llamar crueles, de la guerra no se dan de una forma homogénea en todos los teatros y momentos de la misma. A partir de la segunda fase de ella, los prisioneros empiezan a ser, en general, correctamente tratados, se organizan intercambios, se lleva un acuerdo entre Morillo y Bolívar en Tierra Firme para la regularización de la guerra, en México se conceden indultos a los jefes de guerrilla que se presentan, etc. Esta línea de conducta continúa progresivamente hasta encontrar su punto más alto en los momentos finales de la campaña del Perú en que ambos contendientes se tienen mutuamente consideraciones propias de la guerra en la Europa anterior a la Revolución.

Por el contrario, en aquellas áreas donde la guerra continúa revistiendo un carácter irregular, incluso en esa época (Pasto, Sur de Chile, etcétera) se siguen empleando por ambos bandos los procedimientos de guerra a muerte ya conocidos. En el frente alto-peruano los realistas

[11] Albí, *op. cit.*, p. 87.

[12] En la guerra de Independencia de los Estados Unidos se dieron muchos elementos que después, con las naturales diferencias, se repetirán en la de Hispanoamérica. Efectivamente, en aquélla, en la que los insurrectos, en un primer momento al menos, no combatían por la Independencia (hasta 1776), la metrópoli contó con el apoyo de importantes sectores de la población (acaso la tercera parte en las colonias del norte y casi la mitad en las del sur), los llamados *loyalists*. Ello permitió la recluta de importantes contingentes de tropas, más de 25 unidades tipo batallón, y la acción de guerrillas y fuerzas irregulares, lo que se tradujo como en América del Sur en matanzas y todo tipo de atrocidades.

Es también notable la similitud de la postura de las tribus indígenas en ambas contiendas y, por último, es curioso, aunque relativamente lógico si bien se mira, el hecho de que estos aspectos de la lucha (guerra civil entre realistas e independentistas) sean bastante ignorados.

conceden cuartel a los prisioneros rioplatenses, no así a los peruanos a los que consideran especialmente traidores. Casos relativamente aparte, son los de las matanzas de prisioneros realistas de Chile en San Luis (Argentina) [13] y otros similares.

El ejército realista

Nueva España

Como hemos visto, la revolución de México comienza en septiembre de 1810 con el «grito de Dolores» y la insurrección que prende con violencia en amplias zonas de la Tierra Caliente amenazando seriamente el poder virreinal. Éste, en el momento del inicio de las hostilidades, cuenta con las siguientes fuerzas militares: como tropas de infantería veterana, además de la simbólica unidad de alabarderos de la guardia virreinal, los regimientos de la Corona, Nueva España, México y Puebla, el batallón fijo de Veracruz y algunas compañías independientes situadas en los puertos más importantes (Acapulco, San Blas...). Existen, además, tres regimientos de dragones: España, México y el Carmen, formados cada uno por cuatro escuadrones. Las milicias provinciales cuentan con las siguientes unidades: regimientos de infantería de México, Tlaxcala, Puebla, Tres Villas, Toluca, Celaya y Valladolid, todos ellos a dos batallones de cinco compañías, con una plantilla teórica de 1.250 hombres en tiempo de guerra; batallones de infantería de Guanajuato, Oajaca y Guadalajara y dos compañías independientes.

La caballería de las milicias disciplinadas está formada por los regimientos (a cuatro escuadrones cada uno) de Santiago, Príncipe, Puebla, San Luis, San Carlos, Reina, Nueva Galicia, Michoacán y Lanceros de Veracruz.

Unas llamadas Compañías fijas de Blancos y Pardos se encuentran agrupadas en nueve «divisiones», de cinco a ocho compañías cada una. Por último, el virreinato completa su defensa con unas formaciones peculiares, los llamados Cuerpos fijos de la Frontera, en número de tres,

[13] Campos Harriet, *Los defensores del rey*, pp. 92-95.

y compañías presidiales que se despliegan en pequeñas unidades a lo largo de la «frontera» norte para la vigilancia de las tribus indias a veces hostiles de los hoy estados norteamericanos de Texas, Arizona, Nuevo México y California, por entonces pertenecientes al virreinato aunque sin que la ocupación fuera efectiva más que en algunas pequeñas zonas de los mismos.

Por otra parte, en Nueva España, como en toda la América española, existen numerosas unidades de milicias urbanas, no disciplinadas y que, en principio, no serían aptas para una guerra regular. Sin embargo, como veremos, dadas las circunstancias de la lucha que se desarrollará en el virreinato, las autoridades podrán contar con ellas para buen número de misiones de guerra. Constituirán, por tanto, un refuerzo apreciable para las fuerzas realistas.

Debe insistirse que en Nueva España, como en otros puntos de América, una grandísima proporción de las tropas veteranas y la práctica totalidad de las milicias estaban formadas por americanos, criollos o mestizos, y aun de los peninsulares habría que matizar la condición de muchos de ellos por ser personas establecidas mucho tiempo atrás en México sin proyectos de regresar a la Península.

Todas las tropas mencionadas anteriormente constituyen los efectivos militares del virreinato al comenzar las hostilidades. Sin embargo, una vez iniciada la insurrección y de una manera progresiva, a diferencia de muchos puntos de Suramérica, donde a las insurrecciones iniciales se suelen unir casi automáticamente las fuerzas allí destacadas, numerosas unidades pasan a la rebelión, bien completas, bien por fracciones que lo van haciendo sucesivamente. Por esta razón, tras las primeras semanas de la lucha las fuerzas virreinales se verán considerablemente reducidas. [14]

[14] Entre las fuerzas virreinales mencionadas hemos incluido solamente a las que se encuentran en los territorios de la Nueva España propiamente dicha en los que tuvo lugar la contienda. En zonas pertenecientes al virreinato, al menos jurídicamente, pero con total independencia del mismo en la práctica, se encuentran las fuerzas de Yucatán y Centroamérica —capitanía general de Guatemala—, formadas por dos batallones veteranos, ocho de milicias disciplinadas, media docena de escuadrones de dragones del mismo tipo y alguna compañía independiente, unidades todas ellas muy por debajo de sus efectivos de ordenanza. Las de ambas Floridas, guarnecidas por el Regimiento de Luisiana, con dos batallones. Y por último los de las Antillas, Cuba, Santo Domingo (recobrada tras un alzamiento contra los franceses en el año 1809) y Puerto Rico; respectivamen-

A las fuerzas rebeldes se les han ido sumando [15], a veces tras haberles ofrecido alguna resistencia, gran parte o la totalidad de los regimientos de milicia provincial de Dragones de la Reina —sublevado por los oficiales criollos Allende y Aldama—, el batallón de Guanajuato, el regimiento de Valladolid, los regimientos de Tres Villas y Celaya, otros tres regimientos de Dragones de milicia provincial y algunos de las fuerzas de los cuerpos de frontera. Sin embargo, debe hacerse la matización de que estas unidades, una vez integradas en el ejército insurgente, formado en su abrumadora mayoría por masas de indígenas sin instrucción militar, al poco tiempo se asimilan a éstas, relajándose la disciplina y perdiéndose en gran parte la organización y eficacia que cabría esperar de fuerzas militares regulares.

Por su parte, las fuerzas realistas, una vez sufrida la merma en sus efectivos a que hemos aludido, se aprestan en cualquier caso con decisión a la lucha contra los insurgentes. Gozan, en general, del apoyo, a diferencia de otros puntos de América, de las clases altas e ilustradas del virreinato, dado el carácter acusadamente indigenista de la insurrección. Apoyo que durará durante toda la contienda y que, incluso, en el momento de la Independencia dará a ésta un carácter peculiar.

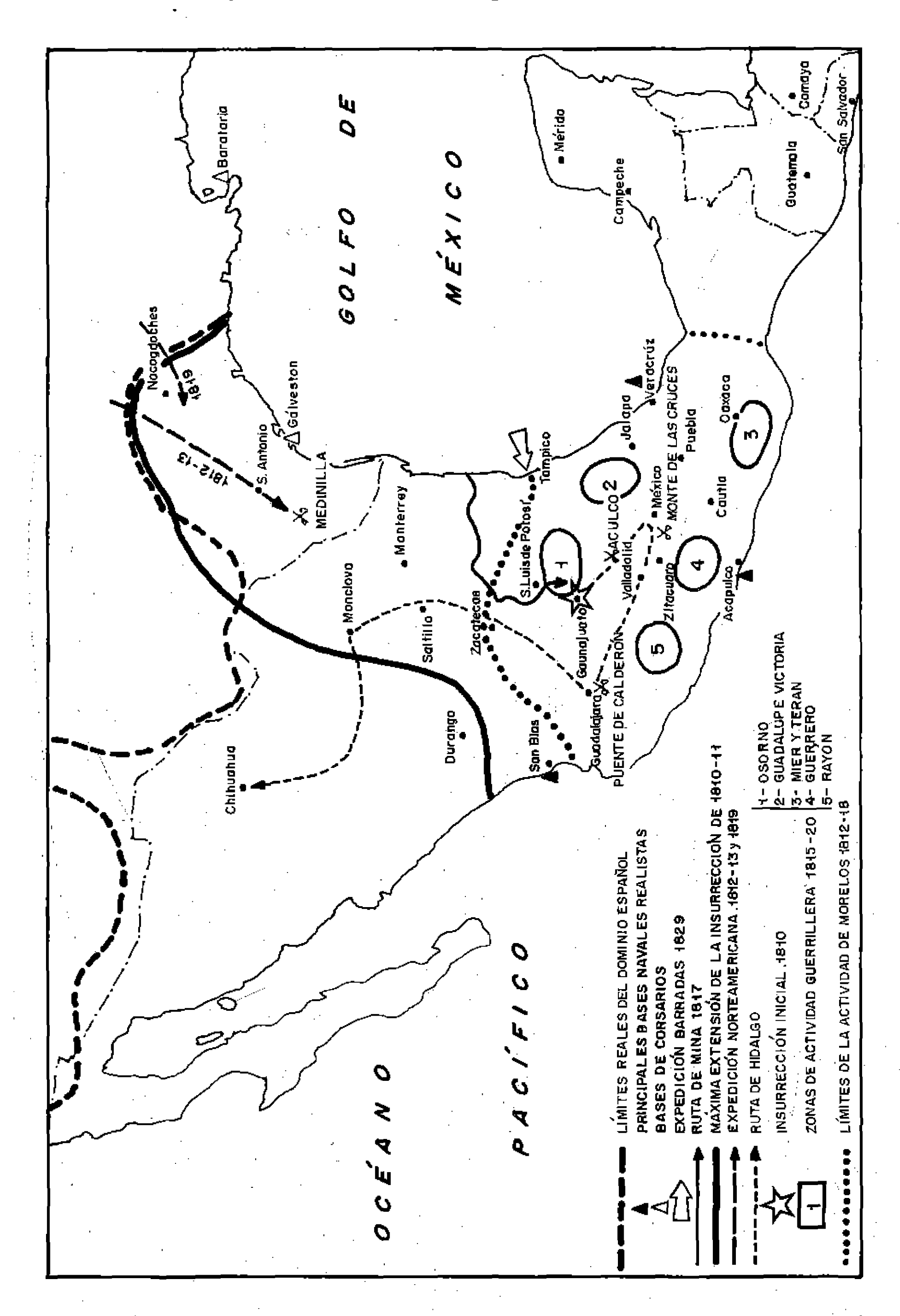
Las fuerzas realistas se agrupan en formaciones que irán combatiendo a la insurrección donde ésta se va extendiendo de una forma un tanto anárquica.

En enero de 1811, una columna realista al mando del brigadier Calleja derrota a las huestes de Hidalgo en el puente de Calderón, tras lo cual la situación experimenta una importante mejoría. Las fuerzas realistas obtienen éxitos en el norte y, en marzo de 1811, el estado mayor de la revolución es hecho prisionero en Chihuahua siendo poco tiempo después ejecutados Hidalgo, Aldama, Allende y otros. Sin em-

te, dos regimientos veteranos, cinco batallones de milicias de infantería y dos de milicias de caballería; unidades de milicias (poco organizadas) y un batallón veterano, otro de milicias de infantería y otro de caballería.

Todas estas fuerzas no tuvieron apenas participación en la contienda y su papel fue, por tanto, simplemente disuasorio, si bien en el caso de Centroamérica debieron reprimir, con toda facilidad por otra parte, algún pequeño alboroto o conato de insurrección.

[15] Albí, *op. cit.*, pp. 71-72.


GOLFO DE MÉXICO
OCÉANO PACÍFICO
Barataria
Mérida
Campeche
Camaya
San Salvador
Guatemala
Nacogdoches
1819
Galveston
S. Antonio
1812-13
MEDINILLA
Monterrey
Tampico
Jalapa
Veracrúz
MONTE DE LAS CRUCES
Puebla
Oaxaca
México
ACULCO
Cautla
S.Luis de Potosí
Valladolid
Zitacuaro
Acapulco
Gaunajuato
Zacatecas
Saltillo
Monclova
Durango
Chihuahua
San Blas
Guadalajara
PUENTE DE CALDERÓN
LÍMITES REALES DEL DOMINIO ESPAÑOL
PRINCIPALES BASES NAVALES REALISTAS
BASES DE CORSARIOS
EXPEDICIÓN BARRADAS 1829
RUTA DE MINA 1817
MÁXIMA EXTENSIÓN DE LA INSURRECCIÓN DE 1810-11
EXPEDICIÓN NORTEAMERICANA 1812-13 y 1819
RUTA DE HIDALGO
INSURRECCIÓN INICIAL 1810
ZONAS DE ACTIVIDAD GUERRILLERA 1815-20
1- OSORNO
2- GUADALUPE VICTORIA
3- MIER Y TERAN
4- GUERRERO
5- RAYON
LÍMITES DE LA ACTIVIDAD DE MORELOS 1812-15

bargo, la bandera de la insurrección ha sido recogida en el sur por el cura Morelos, que consigue algunos éxitos y domina, aunque de forma discontinua, ciertas regiones en la parte meridional y occidental del virreinato.

Las fuerzas realistas que, como acabamos de ver, han conseguido un respiro tras la derrota de Hidalgo, tratan de reclutar nuevas tropas para sustituir a las que pasaron a la insurrección. Para ello, se eleva a regimiento al Batallón fijo de Veracruz, en el cual serviría como oficial Antonio López de Santa Anna, e igualmente al batallón de milicia provincial de Guanajuato, reorganizado tras la derrota de Hidalgo. Asimismo, se crean tres batallones de infantería ligera y se despliega el batallón auxiliar de la isla de Santo Domingo con nueve compañías, asimilado a tropas veteranas. Creado para guarnecer dicha isla tras su recuperación en 1809, fue enviado a México tras la gravedad de la situación en el virreinato. Por otra parte, la experiencia bélica que van adquiriendo en una lucha tan dura las demás unidades de milicias disciplinadas hace que éstas alcancen pronto una calidad comparable a la de aquéllas.

En cuanto a las milicias urbanas, como antes mencionamos, dadas las características de guerra irregular que toma la contienda en muchas zonas del virreinato, pueden actuar como unidades combatientes reforzando las unidades de choque para servicios auxiliares o relevándolas de misiones como vigilancia de ciudades o líneas de comunicación. Para ello son combinadas con unidades de las milicias disciplinadas y agrupadas en «brigadas» en número de diez, adscritas a la actuacción en diferentes zonas del virreinato. Además, se crean nuevas unidades. Entre ellas, el Cuerpo de Patriotas de Fernando VII con tres batallones de cinco compañías en México y, el regimiento de infantería de Voluntarios de Fernando VII, a 10 compañías en Veracruz. Por último, las cinco «divisiones» de Compañías de Pardos del sur son elevadas a siete.

Ya en 1813, se crean tres nuevas unidades de caballería: los Dragones del Rey, los Fieles de Potosí y los de Moncada, que se distinguirán en las campañas posteriores, así como tres batallones de infantería ligera: Zacatecas, Provisional del Sur y Fernando VII. Además, se movilizan milicias locales que actuarán a modo de policía rural contra las partidas menores de guerrilleros insurgentes. Las fuerzas realis-

tas en Nueva España, contando las tropas de todos estos tipos, llegan a alcanzar un número bastante elevado por comparación con otros territorios de América. Entre los mandos de estas fuerzas figuran diversos oficiales que tendrán papeles importantes en el México independiente: Santa Anna, Filísola, Urrea, Arista, Gómez Pedraza, Bustamante, Cos.

Por otra parte, a partir de 1811 comienzan a llegar unidades peninsulares de refuerzo. Ya aludimos al criterio con que aquéllas son enviadas a las diferentes áreas en conflicto. Entre 1811 y 1813, llegarán al virreinato, al que acceden por el puerto de Veracruz, un total de ocho regimientos peninsulares con un total de siete a ocho mil hombres. Dichas unidades son las siguientes: batallón del Primero Americano; Tercer Batallón de Asturias (está unidad inmediatamente después de su llegada a Nueva España perdió en combate prácticamente el total de los efectivos, resultando 215 muertos y 370 prisioneros en poder de los insurgentes; posteriormente, se reorganizó, como era frecuente en todas las poblaciones americanas, con personal de recluta local, americanos o españoles allí residentes aunque se les seguirá considerando como unidad peninsular a todos los efectos); Segundo Batallón de Tiradores de Castilla; Batallón de Lobera; Tercer Batallón de Zamora; Batallón de Fernando VII; Primer Batallón de Extremadura y Batallón de Saboya.

A todo esto, insurgentes y realistas prosiguen con gran actividad sus operaciones a lo largo de los años siguientes. El nuevo jefe supremo de aquéllos, Morelos, trata por un lado de organizar un ejército digno de tal nombre y por otro, de dar a la lucha una apariencia más moderada (no por ello menos radical en sus objetivos) que su antecesor, con lo cual ganará el apoyo, o la no hostilidad, de ciertas categorías de la población. Los realistas toman Cuautla tras un largo asedio (mayo de 1812) y al año siguiente Morelos ocupa Acapulco pero fracasa ante Valladolid (hoy Morelia). En 1814, las fuerzas realistas obtienen éxitos en todos los sectores, recuperan Oajaca y Acapulco, y en 1815 es derrotado el mismo Morelos, siendo poco después capturado y ejecutado, lo que marca el inicio de una nueva fase, que durará hasta 1821, en el desarrollo de la contienda en Nueva España.

Venezuela

En la Capitanía General de Venezuela, como resultado directo de la ocupación de Andalucía por las fuerzas de Soult, se constituye una Junta que destituye al capitán general Emparán y que se impone sin apenas resistencia en gran parte del territorio: Cumaná, Mérida, la isla Margarita, que será uno de los bastiones rebeldes en casi toda la contienda, etc. Los realistas, tras las primeras semanas en que se clarifican algunas posiciones, dominan en la Guayana y la región próxima a la bahía de Maracaibo, esta ciudad y Coro, que será la principal base realista en esta primera fase de la contienda. Por otra parte, el alzamiento de Caracas encuentra muy poco eco popular y ningún entusiasmo, y muchas regiones, como por ejemplo Los Llanos, de donde saldrá la formidable reacción realista de 1813-1814, lo siguen de una forma pasiva sin participar en la revolución.

En cualquier caso, las fuerzas con que inicialmente cuentan ambos bandos son muy exiguas. Como fuerzas veteranas, los realistas cuentan con cuatro compañías de infantería en Maracaibo y tres en Guayana. Posteriormente, se les unirá un fracción del Batallón de Caracas. De milicias provinciales tienen, el batallón de Blancos de Valencia con nueve compañías, cuatro compañías en Guayana, un batallón con nueve compañías (cinco de Blancos, cuatro de Pardos) en Maracaibo y un batallón de Pardos en Valencia.

Por su parte, los independentistas organizarán desde el primer momento un pequeño ejército al mando del marqués de Toro, para tratar de imponerse a las provincias «rebeldes» (a la supremacía de Caracas). Para ello, contarán con las fuerzas veteranas y de milicias existentes en las zonas en que triunfó el movimiento de abril y con los voluntarios que puedan allegar. Son aquéllas, como tropas veteranas, un batallón incompleto en Caracas, tres compañías en Cumaná y uno en la isla Margarita. De milicias, los batallones de Blancos de Caracas y Aragua, la caballería de Caracas y Cumaná (tres escuadrones) once compañías de infantería y dos de caballería de esta última ciudad y los batallones de Pardos de Caracas y Aragua.

Con estos elementos, el marqués de Toro se entrega a unas pequeñas operaciones contra Coro y Valencia, sin éxito alguno. Poco después, llega a Venezuela el «precursor» Francisco de Miranda que, tras la proclamación de la Independencia en julio de 1811, se hace car-

go del mando del ejército con el que logra tomar Valencia. Pero la debilidad de ambos bandos y el escaso entusiasmo que despierta la «república boba», en manos de la aristocracia caraqueña, hace que las operaciones militares tengan un tono menor y se llegue a una situación de tablas que será rota cuando en marzo de 1812 el capitán de fragata Monteverde, llegado de Puerto Rico con un exiguo refuerzo para los realistas de Coro y Maracaibo, inicie la reconquista de los territorios en poder de los republicanos.

Cuenta para ello con tan escasos elementos como 130 hombres de infantería de marina, unos 400 de las fuerzas veteranas de Maracaibo y otras, que antes enumeramos, y hasta un millar de milicianos entre ellos urbanos de Coro y otras poblaciones [16].

Pero aun así, conseguirá fácilmente vencer a las fuerzas insurgentes que en gran parte se pasarán a sus banderas. Caen una tras otra las ciudades en poder de los republicanos, se sublevan los esclavos de la región de Barlovento y un grave terremoto destruye Caracas, lo que se considera como castigo divino: «en Jueves Santo (la insurrección de 1810) la hicieron, en Jueves Santo la pagaron». Una insurrección en Puerto Cabello y la capitulación de Miranda ponen fin a la campaña.

Cuerpos	Oficiales	Cirujanos	Plazas	Totalidad
Real Cuerpo de Artillería	5		24	29
Compañía de la Real Marina	3	1	124	128
Infantería de la Reina	3		90	93
Veteranos de Maracaibo	6		93	99
Compañías Americanas	12	1	285	298
Milicias, Inf. Blancos de Coro	2		88	90
Milicias, Inf. Blancos de Casicure	5		149	154
Mil., Inf. Blancos de Paraguaná	3		97	100
Milicias, Caballería de Casicure	1		45	46
Mil., Caballería de Paraguaná	5		66	71
Milicias, Pardos de San Luis	1		25	26
Milicias, Pardos de Casicure	3		47	50
Milicias, Pardos de Pedregal	2		80	82
Milicias, del Pedregal			24	24
Total	60	2	1.488	1.550

16 Publicado por J. I. Zabala: *Resumen de la campaña...*, Cádiz, 1813, con una intenció algo polémica, para resaltar la participación de fuerzas locales en la campaña, cuyo pes llevó, aun dado su escaso número, la unidad de infantería de marina.

Algunos oficiales insurgentes, entre ellos Bolívar, detienen a su general y lo entregan a Monteverde el cual lo envía a España donde será encarcelado en Cádiz hasta su muerte, varios años después.

Sin embargo, Monteverde, que asume las funciones de capitán general, lleva a cabo una, acaso, excesivamente dura represión, lo que posiblemente le enajena a algunos sectores de la población hasta entonces próximos a la causa realista o neutrales, favoreciendo el recomienzo de la guerra en 1813, dirigida esta vez por Bolívar, que lleva a cabo su «campaña admirable» partiendo desde la Nueva Granada insurrecta.

Para entonces las fuerzas realistas en la capitanía general están formadas por antiguas unidades veteranas y de milicias disciplinadas de la provincia que han sido reorganizadas por Monteverde, aunque sus efectivos no están completos ni mucho menos; a ellas hay que añadir las unidades llamadas de Voluntarios de Fernando VII, creadas tras la derrota de la primera insurrección y que defenderán Caracas contra Bolívar, y dos unidades formadas en la zona de la provincia que permaneció fiel durante la primera insurgencia, bautizadas con los nombres de Sagunto y Numancia (no deben ser confundidas con otras unidades realistas que tuvieron el mismo nombre). Por último, en septiembre de 1813 las fuerzas realistas recibirán el primer refuerzo en número apreciable procedente de la Península (ya hemos visto cómo antes había llegado el pequeñísimo aunque muy eficaz refuerzo de la infantería de marina de Monteverde); se trata del tercer batallón del Regimiento de Granada, formado por un total de unos 1.000 hombres, que llegan a Puerto Cabello en septiembre de ese año y que entran inmediatamente en combate contra las tropas de Bolívar. Sin embargo, y como veremos, no serán estas fuerzas peninsulares o regulares las que acabarán con la segunda república venezolana.

Antes de que comience la reacción dirigida por Boves con las fuerzas reclutadas en Los Llanos, las tropas regulares realistas han sido derrotadas por Bolívar y sus generales en repetidos encuentros, haciéndolas refugiarse en contadas fortalezas de la costa. En las zonas dominadas por las fuerzas rebeldes, éstas practican la «guerra a muerte» proclamada por Bolívar al inicio de su campaña, llevando a cabo matanzas indiscriminadas y atrocidades de todo tipo tanto contra los peninsulares como contra los venezolanos partidarios de la causa realista. Por ejemplo, en febrero de 1814 tiene lugar la ejecución, por orden de

Arismendi, de 800 españoles prisioneros en Caracas y la Guaira, mientras el propio Bolívar ejecuta a otros tantos en Valencia. Cuando al año siguiente, Boves y sus llaneros derroten a las fuerzas insurgentes y lleven ellos, a su vez, su peculiar guerra a muerte contra los patriotas, Bolívar ofrecerá, con el escaso éxito que es de suponer, una suspensión de dicho sistema de guerra. La consecuencia, entre otras, de estas prácticas será la ruina de Venezuela durante largos años, especialmente de sus clases dirigentes, ruina que se reproducirá nuevamente, no mucho después de la Independencia, durante la guerra federal de 1859 a 1863, lo cual, unido a otras razones de tipo económico, hace que la clase superior de Venezuela, con contadas excepciones, tenga unas características peculiares diferentes de las que tuvieron prácticamente hasta nuestros días las de otros países suramericanos, como Perú, Colombia o Chile.

Las fuerzas de Boves

En la primavera de 1813 Bolívar invade Venezuela, lanza su célebre decreto de guerra a muerte, lleva a cabo su «campaña admirable», y en poco tiempo derrota a las fuerzas realistas de Monteverde que sólo conservan las plazas de Puerto Cabello, Coro y Maracaibo. La actividad realista, además de las salidas de dichas plazas, queda inicialmente reducida a la de partidas dispersas de muy escasa efectividad. Figuran entre ellas restos del ejército realista de Monteverde, fugitivos de las represalias de Bolívar y sus lugartenientes o esclavos de las haciendas que obtuvieron su libertad dándose a la fuga a favor de las circunstancias. Pero mientras tienen lugar estos acontecimientos, se gesta en Los Llanos del Orinoco la tremenda reacción revolucionaria, valga la aparente contradicción, que dará al traste con la segunda república venezolana.

Los Llanos son un territorio semidesértico en esa época, con vegetación y características climáticas propias de la sabana, que se extiende a todo lo largo del Orinoco. Poblados por un pueblo seminómada y en un grado de civilización muy primitivo, los llaneros son descendientes de los indígenas que poblaban la zona en el momento de la conquista europea con alguna mezcla de elementos españoles, que se dedican fundamentalmente al pastoreo extensivo de grandes rebaños de

reses y caballos. Muy pocas poblaciones, y ninguna importante, en las cuales residen comerciantes y pequeños funcionarios, a veces de origen peninsular o canario, salpican el territorio.

Ya en tiempos de la colonia, los llaneros aterrorizaban a los habitantes de Caracas. En el siglo XVIII y principios del XIX, se llevarán a cabo tentativas, más o menos fallidas, de controlarlos (creación del «Juez de Los Llanos», ordenanza republicana de 1811).

Es este pueblo, al que un hombre dotado de carisma y genio militar, José Tomás Boves, conducirá a la lucha contra los insurgentes republicanos. En 1811, al producirse la revolución que triunfa en Caracas y en otras ciudades de Costa Firme, es seguida también en el territorio de Los Llanos. Sin embargo, al poco tiempo, visto el carácter del régimen que se establece, en poder de los «mantuanos», el entusiasmo por el mismo decrece notablemente, por otra parte como en toda Venezuela, a pesar de las medidas coercitivas tomadas por las autoridades caraqueñas. La reacción dirigida por Monteverde se impone, por tanto, sin dificultad alguna en Los Llanos del Orinoco y, al volver a triunfar en 1813 los revolucionarios y apoderarse de las principales ciudades de la capitanía general, se inicia lenta pero inexorablemente una fortísima reacción contra el nuevo orden de cosas. José Tomás Boves, encargado de la recluta de voluntarios, sabrá, revelándose como un jefe de extraordinario carisma, canalizar y organizar esa reacción. Conviviendo con los llaneros, entre los que se había establecido desde varios años atrás, compartiendo con ellos los malos y buenos momentos de la guerra, es pronto seguido por un número incontable de ellos a los que organiza y conduce a una guerra sin cuartel. Efectivamente, teniendo en cuenta el aspecto sociológico de los partidos en lucha en Venezuela de aquel momento, la guerra adquiere pronto un carácter de guerra social y racial que lógicamente tiene como consecuencia las atrocidades que cabe esperar en una contienda de estas características.

De un lado, los aristócratas de Caracas, la alta burguesía, todos ellos de origen español, viviendo en la opulencia y con una gran conciencia de ser la elite de la provincia. De otro, los mestizos de Los Llanos que viven en una existencia seminómada y no disfrutan de bienes materiales de ninguna clase y que son llamados a una guerra por su misma esencia irregular, en la que se pueden llevar a cabo acciones de pillaje, matanzas, etc., con mucha más facilidad que en cualquier

otro tipo de contienda. Son fáciles de imaginar las circunstancias en que se lleva a cabo la lucha.

Encargado por Cagigal, del que se separa tras la pérdida de Maturín, de la recluta de voluntarios de caballería en la región de Los Llanos, el en esa época comandante en la milicia de caballería urbana de Calabozo se entrega a la labor con tal actividad que poco después cuenta con un contingente de 700 hombres[17], casi todos a caballo. Su recluta se lleva a cabo por todos los medios; los hay voluntarios, atraídos por el carisma del jefe o por la alegría de participar en los combates y pillaje de este tipo de guerra, y también los hay que se alistan por temor a las medidas draconianas con que Boves amenaza a los prófugos. Sus fuerzas crecen como una bola de nieve e inquietan a los jefes revolucionarios que lanzan expediciones contra ellos, incendiando alguna de las poblaciones de Los Llanos y llevando a cabo otras acciones de represalia. En octubre, Boves tiene ya más de 800 hombres, de ellos sólo unos 60 europeos, y es derrotado por el insurgente de origen peninsular Campo Elías. Sin embargo, ya en diciembre derrota a su vez a los patriotas, ocupando Calabozo, y poco después cuenta ya con más de 3.000 combatientes de caballería y algunos de infantería, que va organizando con rapidez a lo largo de los primeros meses de 1814 con su segundo en el mando, Morales. Depende en teoría del capitán general Cagigal pero actúa con plena independencia titulándose «comandante del Ejército Real de Barlovento». En febrero, derrota a los patriotas en la primera batalla de la Puerta y poco después combate contra el mismo Bolívar en la de San Mateo. En junio, tras la derrota de Cagigal en la primera batalla de Carabobo, destroza al ejército insurgente en la segunda batalla de la Puerta, tras lo que escribe al capitán general Cagigal: «He recobrado las armas y el honor de las banderas que su excelencia perdió en Carabobo»; y marcha sobre Caracas, que ocupa sin resistencia en julio. Para entoces el ejército de Boves está formado por unos 20.000 hombres, de ellos unos 7.000 u 8.000 operativos, la mayor parte de caballería, organizados en unidades llamadas un tanto arbitrariamente escuadrones y regimientos de nombres locales (Calabozo, Apure, Guardatinaja) al mando de jefes llaneros y unos 2.000 ó 2.500 hombres de infantería, articulados en dos regimien-

[17] Valdivielso Montanaro, *José Tomás Boves*, p. 64.

tos a tres batallones mandados por Manuel Machado y Guía Calderón, y el «batallón de preferencia» de Cazadores al mando de Rafael López [18].

Los jinetes armados con lanzas, los infantes con fusiles, todos sin uniformes; vestidos con un calzón corto y sandalias o descalzos, tocados con el sombrero típico de Los Llanos, del que llevan colgando, a guisa de escarapela, una oreja humana. Se comprenderá el efecto psicológico de una carga de miles de estos jinetes lanzados al galope tendido sobre las formaciones patriotas. Años más tarde, veremos a combatientes de esta misma procedencia integrados en sus filas y tomando parte contra los realistas en las últimas campañas de la contienda. Pero durante la lucha contra la segunda república venezolana, siguen con fe ciega a su caudillo y se entregan a las más salvajes represalias contra los elementos insurgentes, sospechosos de serlo o simplemente pertenecientes a las odiadas elites económicas o sociales.

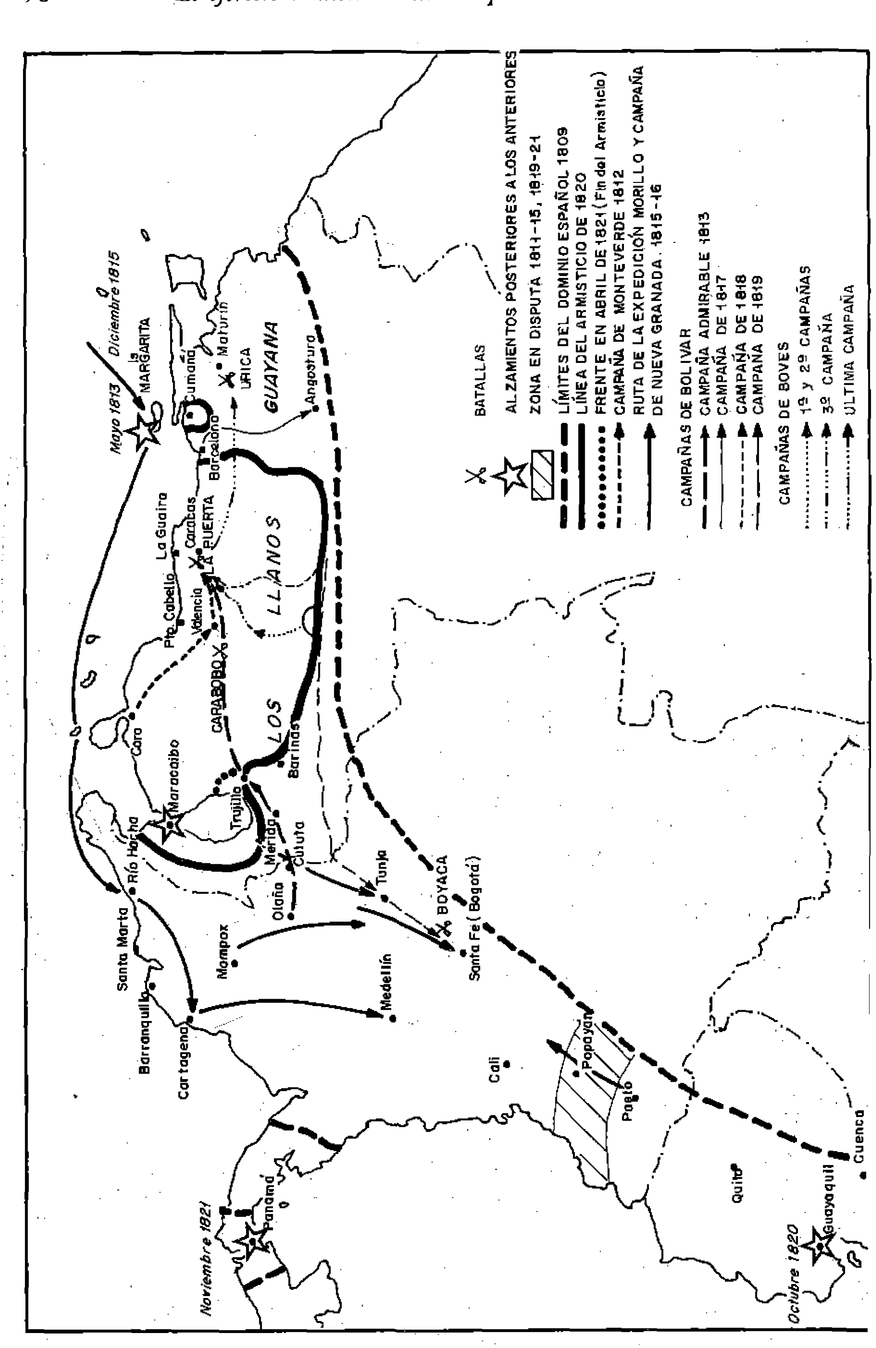
No es asunto de este estudio más que incidentalmente y, además, no quisiéramos que se dijera que lo comentamos «con fruición», como acusa el biógrafo de Boves, Pérez Tenreiro, a su otro biógrafo, Bermúdez de Castro [19] pero, aun así, no deben dejarse de mencionar las crueles medidas que las fuerzas de Boves tomaron tras su victoria y casi total ocupación del territorio venezolano (en aquel país, todavía se oyen frases como «corre que te coge Boves», o «más malo que Boves», o «Boves se escribe con uve de vesania»): ejecuciones a mansalva, saqueos de los preciados bienes de las familias insurgentes, orgías en las que Boves y sus oficiales se divierten haciendo bailar a las damas caraqueñas el piquirico y otros hermosos bailes locales y que terminan con el fusilamiento de insurrectos. A veces, sin embargo, el jefe llanero es generoso con los vencidos [20].

Como era de esperar, se han manejado cifras de víctimas, por otra parte, como suele ocurrir en estos casos (recuérdese el «millón de muertos» de la guerra civil española), agrandadas hasta lo fantástico. Bermúdez de Castro habla de 60.000, sobre un total de 200.000 para toda la guerra en Venezuela. Naturalmente esta cifra es sencillamente

[18] L. Bermúdez de Castro, *Boves, el león de Los Llanos*, pp. 82 y ss., Valdivielso, *José Tomás Boves*, pp. 58 y ss.; 112.

[19] T. Pérez Tenreiro, *Boves, primera lanza del rey*, p. 92.

[20] J. E. Casariego, *Reivindicación del mariscal asturiano Boves, 1982.*


BATALLAS
ALZAMIENTOS POSTERIORES A LOS ANTERIORES
ZONA EN DISPUTA 1811-15, 1819-21
LÍMITES DEL DOMINIO ESPAÑOL 1809
LÍNEA DEL ARMISTICIO DE 1820
FRENTE EN ABRIL DE 1821 (Fin del Armisticio)
CAMPAÑA DE MONTEVERDE 1812
RUTA DE LA EXPEDICIÓN MORILLO Y CAMPAÑA DE NUEVA GRANADA. 1815-16
CAMPAÑAS DE BOLIVAR
CAMPAÑA ADMIRABLE 1813
CAMPAÑA DE 1817
CAMPAÑA DE 1818
CAMPAÑA DE 1819
CAMPAÑAS DE BOVES
1ª y 2ª CAMPAÑAS
3ª CAMPAÑA
ULTIMA CAMPAÑA
Mayo 1813
Diciembre 1815
Is MARGARITA
Cumaná
Maturín
URICA
GUAYANA
Angostura
Barcelona
La Guaira
Caracas
LA PUERTA
LOS
LLANOS
Pto. Cabello
Valencia
CARABOBO
Coro
Maracaibo
Barinas
Trujillo
Mérida
Cúcuta
Río Hacha
Ocaña
Tunja
BOYACA
Santa Fe (Bogotá)
Santa Marta
Mompox
Medellín
Barranquilla
Cartagena
Cali
Popayán
Pasto
Quito
Guayaquil
Cuenca
Panamá
Noviembre 1821
Octubre 1820

inverosímil, ya que, según los censos de población de Venezuela, ésta tenía 767.000 habitantes en 1812 y 637.000 en 1825 [21], terminado el proceso emancipador. En cualquier caso, el número de víctimas de la contienda fue muy elevado y, entre ellas, no hay que olvidar las causadas por los insurgentes en los diversos períodos de guerra a muerte a que se entregaron.

Por lo demás, Boves, desde su victoria sobre los insurgentes en el verano de 1814 hasta su muerte en diciembre de este año, actuó en Venezuela como el auténtico capitán general ignorando en todo al titular y estableciendo un régimen de «democracia directa» dirigido contra la hasta entonces clase dirigente.

Fuera como fuere, tras la ocupación de Caracas, las fuerzas realistas vencen a las de Bolívar en Aragua, toman Cumaná, hacen huir hacia Nueva Granada a los jefes insurgentes y derrotan a los últimos restos de su ejército en la batalla de Urica. Desgraciadamente para la causa realista, Boves muere de una lanzada en esa batalla siendo sucedido por su lugarteniente, el canario Morales, que continuará la guerra hasta el final en 1823, pero sin el mismo carisma ni capacidad de su jefe.

Los llaneros en gran parte y por causas diversas, irán abandonando la causa realista y en 1816-1817 van pasando a engrosar las filas de los insurgentes, donde un nuevo jefe, José Antonio Páez, los conducirá. Este cambio de bando, tan importante para la guerra en la zona, se debe a varias causas: la desaparición del líder, la regularización de la guerra tras la llegada, pocas semanas después, de la expedición de Morillo (que en su afán pacificador inicial llegó a prohibir toda forma de homenaje póstumo a Boves), con lo cual la guerra pierde para los llaneros gran parte de los atractivos que había tenido hasta entonces: botín, ascensos rápidos, dominio sin control alguno de las zonas conquistadas o posibilidad de tomar represalias a voluntad. Por otra parte, como es más o menos lógico desde el punto de vista de los mandos del ejército regular, no se cumplieron las promesas de Boves a sus hombres de convalidar los grados ganados en el campo de batalla. Todo ello favorece el cambio de bando antes mencionado, con consecuencias negativas para la causa realista. En cualquier caso, la figura del «León de Los Llanos» es una de las más originales producidas por la

[21] J. Uslar Pietri, *Historia de la Revolución popular de 1814*, pp. 219 y ss.

contienda independentista de América. Su capacidad organizativa, tenacidad para volver al combate una y otra vez en caso de ser derrotado tras reorganizar sus fuerzas en Los Llanos, su carisma con las masas incultas de Tierra Firme a las que supo movilizar para la guerra y, por último, su genio militar, que le permitió vencer a Bolívar y a otros ilustres jefes independentistas sin tener previamente conocimientos ni experiencia militar de ninguna clase e, incluso, aplicar tácticas innovadoras en la guerra en que participó, sacando el máximo partido de las tropas de caballería que componían mayoritariamente sus ejércitos: desplazamientos a la máxima velocidad, dispersión y reunión rápidas, envolvimiento a distancia de las fuerzas enemigas y, por último, en las batallas, las cargas terroríficas, llevadas a cabo con extraordinario ímpetu por las masas de lanceros. En una palabra, según frase de un historiador venezolano, Boves fue el pedernal en que se afilaron las espadas de los libertadores que años más tarde obtendrían la victoria sobre las fuerzas realistas.

Nueva Granada

En el virreinato de Nueva Granada, básicamente la actual República de Colombia, el alzamiento triunfa sin apenas resistencia en la capital, Santa Fe, y es seguido inmediatamente por las principales ciudades del país a excepción de Santa Marta en el norte y Pasto y Popayán en el sur, firmemente controladas por los realistas y que, sobre todo las tres primeras, constituirán sendos baluartes de resistencia a la insurgencia a lo largo de todo el período. Igualmente, los realistas logran controlar el istmo de Panamá perteneciente al virreinato. En su capital y en Santa Marta fija su sede el virrey español mientras dura la rebeldía de la capital. A lo largo de los cuatro años siguientes, hasta la llegada de la expedición restauradora de Morillo, tienen lugar luchas indecisas entre insurgentes y realistas; afortunadamente para éstos, los independentistas se dividen rápidamente en federales y unitarios, como ocurrirá, por otra parte, en otras zonas de América en diferentes momentos, con la particularidad de que aquí la escisión es casi inmediata y las hostilidades entre ellos, por otra parte igualmente enfrentados a los realistas, intermitentes a lo largo del período que nos ocupa, conocido en la historia colombiana como la «patria boba».

No debe olvidarse que, como en otros puntos de América, la insurrección no es al menos teóricamente independentista y pretende acatar al rey. Esto, a muchos efectos y para muchos de sus dirigentes, no es tal vez sino un pretexto y una ficción meramente jurídica. Sin embargo, en determinados momentos de la contienda tiene alguna virtualidad, al permitir que, al menos en teoría, se llegue a ciertas treguas o acuerdos con las fuerzas realistas. A ello ayuda evidentemente el que el establecimiento de la Junta insurrecta se llevara a cabo en la más absoluta calma sin resistencia alguna por parte de la autoridad virreinal.

Lógicamente, dadas las circunstancias antedichas, los insurrectos contarán de forma completamente natural con las unidades veteranas o de milicias provinciales y urbanas situadas en las zonas en que triunfan inicialmente, mientras que lo propio ocurrirá con los realistas. Ambos bandos inmediatamente, dado lo exiguo de aquéllas, tratarán de organizar nuevas fuerzas en base a las preexistentes y con una estructura similar, siguiendo el modelo de las unidades de milicia. Las fuerzas realistas en el norte, contarán, como veremos, con el refuerzo de algunas escasas fuerzas peninsulares llegadas al cabo de varios años de comenzada la lucha y en el sur, zona de Pasto y Popayán, una vez reducida la segunda revolución de Quito con algunas, muy escasas por otra parte, unidades de fuerzas locales de esta Audiencia y algunas veteranas del virreinato del Perú.

Las tropas en Nueva Granada, antes de iniciarse los primeros alzamientos, eran éstas: como fuerza veterana, además de la simbólica de la guardia de alabarderos y de caballería del virrey (que por cierto, subsistirá bajo la situación insurreccional), el Regimiento de Cartagena con dos batallones, un batallón en Panamá con ocho compañías y el llamado Batallón Auxiliar, con cinco, en Santa Fe. Además, hay una compañía en Popayán y otras unidades menores en la costa de Panamá. Como fuerzas de milicias disciplinadas, un regimiento en Cartagena con dos batallones, un batallón en Panamá con 800 hombres, otro en Santa Marta con nueve compañías, los Cazadores de Río Hacha (dos compañías de infantería y dos de caballería), y otro batallón en Portobelo. También hay dos batallones de Pardos (mestizos) con nueve compañías cada uno, en Cartagena y Panamá, y dos escuadrones de dragones.

De estas fuerzas, casi todas se suman a la causa independentista a excepción de las destacadas en Panamá, Santa Marta, Río Hacha y Popayán, es decir, una parte muy pequeña del total. Por otra parte, los realistas no podrán contar con las fuerzas destacadas en el istmo para operar fuera de él, por la necesidad de que permanezcan en su mayor parte en una zona de importancia estratégica tan grande y en una región donde la causa independentista ganaría fácilmente adeptos. Por el contrario, podrán utilizar como fuerzas de choque, aunque claro está, de bajo nivel para la guerra regular, las unidades de milicia de Pasto y Patia, a las que veremos sostener la guerra en el bando realista en todas las fases de la misma y aun después de la retirada definitiva de las fuerzas regulares de ese bando.

En cualquier caso, se observará que una vez repartidas entre ambos bandos, en realidad entre tres, si dividimos el independentista en centralista y federal, estas fuerzas son de una debilidad extrema teniendo en cuenta lo extenso y abrupto del territorio. No es de admirar que las operaciones militares a lo largo del primer año de guerra sean de muy escasa envergadura.

Los líderes independentistas intentan rápidamente acrecentar sus fuerzas y, al menos sobre el papel, lo consiguen. Habrá que esperar a ver los resultados de los primeros enfrentamientos para comprobar la debilidad de dicho contingente.

En cuanto a los realistas en la zona norte, Santa Marta, Río Hacha, organizan rápidamente un batallón de Voluntarios de Fernando VII destinado a reforzar a las milicias locales. También participan en la defensa de Santa Marta fuerzas del regimiento Fijo de Panamá y fracciones, replegadas a esta ciudad, de los regimientos Auxiliar de Santa Fe y Fijo de Cartagena. A éstas se les refundirá en un «batallón provincial» en 1813. En el sur, a las milicias se suman la compañía veterana de Popayán y, lo que es más importante, las milicias irregulares de Pasto, región de acendrados sentimientos realistas que conservará hasta muchos años después de la ocupación definitiva de la ciudad por las fuerzas de Sucre y Bolívar en 1822. En la época que estudiamos, en 1812, derrotado el gobernador realista de Popayán, que se retira con sus muy escasas fuerzas a Guayaquil, las fuerzas irregulares de Pasto recuperan su ciudad, derrotan rápidamente al jefe insurgente Caicedo que será fusilado, no sin que antes sufra la suprema vejación de que le

sean afeitadas las patillas [22] y mantienen abierta la resistencia realista en el Meridión. En el norte, por el contrario, las fuerzas insurgentes de Cartagena ocupan Santa Marta, recuperada enseguida por las fuerzas realistas, que se retiran de la ciudad, con el apoyo de los indígenas de la región, los guajiros.

Al año siguiente, en el sur los realistas logran ocupar temporalmente Popayán, en cuya zona proseguirán las hostilidades a todo lo largo de 1814. Para entonces, las fuerzas realistas, vencida la rebelión de Quito, cuentan con el refuerzo de algunas unidades de Lima y Guayaquil con lo que sus efectivos de línea, si se les puede calificar de esta manera, están formados por una compañía de cazadores, otra del regimiento Real de Lima, dragones, españoles de la misma ciudad, pardos de Lima y Guayaquil (con un total inferior a 200 hombres) y la llamada división de Cuenca con dos batallones de milicias de Pasto (unos 700 hombres) [23], dos compañías de Patia con unas 150 y otros tantos voluntarios de Quito. Nótese que todavía no actúa en esta región ninguna unidad expedicionaria peninsular. A pesar de algún fracaso frente a las fuerzas de Cundinamarca, éstas no pueden tomar Pasto por la resistencia masiva de sus habitantes. En el combate es hecho prisionero el jefe independentista Nariño, como lo había sido Caicedo. Más afortunado que éste, puede salvarse de la ejecución, que exigían los habitantes de Pasto, y, tras unas poco claras por su parte tentativas de negociación con los jefes realistas, será enviado a Cádiz, donde permanecerá en cautiverio hasta ser liberado por el triunfo de la revolución de 1820.

Por lo demás, la guerra entre realistas e independentistas en el sur continuará intermitentemente y sin que ningún bando consiga resultados decisivos a todo lo largo de 1814 y 1815, hasta que la llegada a Nueva Granada del grueso del «ejército pacificador» de Morillo obligue

[22] Trémulo de indignación, y seguramente de contradictorio orgullo racista, el biógrafo de Caycedo, Alberto Carvajal, describe la escena en que un jefe «negro, de repulsivo semblante» de las milicias de Patia, «bandidos triunfantes,» ordena dicho proceder contra el jefe revolucionario: A. Carvajal, *Joaquín Caycedo y Cuero, libertador y martir*, Cali, 1916, p. 113.

Con Caycedo fue fusilado el jefe de origen norteamericano Macaulay y la décima parte de los soldados revolucionarios prisioneros.

[23] C. Riaño, *El teniente general don Antonio Nariño*, pp. 178-180.

a los insurgentes a enviar contra aquél la mayor parte de sus poco numerosas fuerzas disponibles. Por parte realista, las unidades que mantienen el frente son con escasas diferencias las ya mencionadas, alguna (muy poco numerosa) fuerza veterana del regimiento real de Lima, unidades de milicia de Quito, Cuenca, Guayaquil, etc., y locales de Popayán y Pasto. Además actúan las guerrillas y fuerzas irregulares de los indómitos pastusos.

En el sector norte del virreinato en poder de los realistas (zona de Santa Marta y Río Hacha) actúan ya desde 1811 unidades expedicionarias peninsulares. En noviembre de ese año llega el segundo batallón del Regimiento de Albuera que participa en la lucha contra los independentistas y en la recuperación de esa ciudad tras su efímera ocupación por las fuerzas insurgentes de Cartagena. Al mando de Bolívar, huido de Venezuela tras su derrota ante Boves, éstas logran la victoria frente a las de Cundinamarca (Bogotá), lo cual facilitará la unificación bajo una sola bandera de los insurgentes del virreinato (diciembre de 1814).

Sin embargo, pocas semanas después llega a Tierra Firme la expedición destinada a su conquista, mandada por el general Morillo, con el que se inicia una nueva fase en la historia de la contienda en la zona.

Perú. El ejército de línea

En el virreinato del Perú no se produce movimiento alguno de carácter independentista en la fase inicial de la contienda. Las fuerzas virreinales, por tanto, permanecen fieles a la causa realista y pueden ser empleadas en reprimir los movimientos en zonas adyacentes y en rechazar las invasiones procedentes de Buenos Aires, que ocupan repetidas veces el Alto Perú alcanzando el Desaguadero, ya en la línea de demarcación con el virreinato de Abascal.

Las fuerzas con que éste cuenta inicialmente son las siguientes: como tropa veterana, además de la guardia del virrey, unidad de efectivos simbólicos (alabarderos y caballería), el Regimiento Real de Lima, formado por tres batallones a siete compañías, con unos efectivos en tiempo de paz de 1.500 hombres y al que veremos combatir en numerosos teatros de la guerra, desde Quito y Pasto a Tucumán; la ca-

ballería de Tarma y Cuzco, muy escasa, y alguna unidad en Chiloé. Como milicias disciplinadas, el batallón de españoles de Lima, los regimientos de Cuzco, Arequipa y Castro —en Chiloé este último—, y alguna compañía independiente. Además, el Batallón de Pardos de Lima, de extraordinaria lealtad, y cuatro compañías de Morenos con más de 1.500 hombres.

La caballería miliciana está formada por los regimientos de Arequipa, Cuzco y los escuadrones de Castro y Pardos de Lima y del regimiento de dragones de la misma capital. Existen, además, unas 25 unidades de infantería, 20 de caballería y 19 de dragones de milicia urbana; es decir, de milicia no disciplinada y de utilización meramente local. Además, no está organizada más que sobre el papel, a excepción de algunas unidades en lugares importantes o próximos a Lima. Sin embargo, veremos que la capacidad organizativa de Abascal y los jefes de su ejército (Goyeneche, Pezuela, Ramírez) les permitirán, por lo pronto, el empleo en campaña de estas unidades y, en un segundo tiempo, su utilización como reserva y centro de reclutamiento de los componentes del ejército de línea que a lo largo de la contienda se irá creando en el virreinato.

Por tanto, los efectivos teóricos de las tropas virreinales son altos: 70.000 hombres, si bien esta cifra incluye a milicias urbanas y a unidades existentes sólo en teoría.

Estas fuerzas ya han tenido ocasión de combatir antes del inicio de la cadena de alzamientos de 1810. Efectivamente, el año anterior, la constitución de juntas rebeldes de diferentes caracteres y pretextos en Quito y el Alto Perú había dado ocasión a que Abascal, con su característica energía y diligencia y a pesar de no pertenecer a su jurisdicción (Quito pertenece al virreinato de Nueva Granada y el Alto Perú ha sido segregado de Lima al constituirse el de Buenos Aires), organice la lucha contra ambos focos insurgentes. Contra el Alto Perú se reúne un pequeño ejército sobre el Desaguadero que toma el nombre de «Ejército de operaciones del Collado», al mando del brigadier Goyeneche y formado por tres divisiones: Vanguardia, Centro y Retaguardia y un «cuerpo de guerrilla», con un total de unos 3.500 hombres, todos de milicias a excepción de 300 pertenecientes a dos compañías del Regimiento Real de Lima que inicia así sus campañas. El resto pertenece a los regimientos de milicia de Cuzco, Lampa, Azangaro, caballería de

Tinta[24], etc. Con estas tropas Goyeneche derrota a los rebeldes en Chacaltaya y ocupa La Paz (octubre 1809).

Contra los rebeldes de Quito, Abascal envía por mar a Guayaquil unos 400 hombres al mando del coronel Arredondo, que, sumados a las unidades de milicias de aquella ciudad, Cuenca y Popayán, dan pronto buena cuenta de la revolución. Por lo demás, la permanencia de aquellas fuerzas peruanas en la capital serrana motivan incidentes de todo tipo y, en definitiva, el motín que estallará en julio de 1810, cuya consecuencia poco tiempo después es el establecimiento de la segunda junta insurgente del llamado por Abascal «país imbécil».

Ese mismo año dan comienzo las grandes insurrecciones suramericanas. Triunfantes en Buenos Aires, Quito —como acabamos de mencionar—, Chile y Nueva Granada, el Perú queda aislado como único bastión realista en la zona. Sin embargo, las autoridades virreinales no se arredran y con gran presencia de ánimo atienden a organizar la represión contra las regiones circundantes en que la insurrección ha triunfado hasta donde lo permiten sus fuerzas que, por otra parte, movilizan con toda presteza.

La rapidez de los acontecimientos impide auxiliar a Liniers en Córdoba y a Nieto y Córdoba en el Alto Perú, donde la insurrección de Cochabamba y la derrota de la pequeña columna del coronel Piérola en Aroma frente a los insurgentes de esta ciudad dificulta las comunicaciones de las fuerzas realistas; aquéllos son vencidos y pasados por las armas por la columna bonaerense de Castelli, que, ayudada por la insurrección de Perú, se sitúa a finales de 1810 sobre el Desaguadero. Sin embargo, en junio de 1811, el general Goyeneche con un pequeño contingente de fuerza veterana del Regimiento Real de Lima (un batallón) y milicias provinciales (batallones primero y segundo de Cuzco, batallón de Fernando VII, batallones de Puno, Paruro, Paucartombo y Abancay y escuadrones de Tinta y Arequipa con seis piezas de artillería), derrota a las fuerzas bonaerenses en Guaqui y recupera rápidamente el Alto Perú. Una nueva insurrección de Cochabamba hace que Abascal lance contra los rebeldes, además de fuerzas regulares y milicias, un contingente de indios leales dirigidos por el cacique Pumacagua —de origen quechua— que, enemigos ancestrales de los aymaraes del Antiplano, aplastan sin contemplaciones la rebelión.

[24] L. Herreros de Tejada, *El teniente general José Manuel de Goyeneche*, p. 206.

Mientras tanto, se repite en cierto modo la historia de dos años antes: la vanguardia realista, formada por un batallón del Regimiento Real de Lima y las milicias de Chinchas, Fernando VII, Cochabamba, Abancay y la caballería de Tarija, que ha alcanzado Tucumán, ve sus comunicaciones interrumpidas por la nueva insurrección altoperuana, es derrotada junto a esa ciudad por las fuerzas bonaerenses de Belgrano y debe retirarse más al norte, a Salta, donde en febrero de 1813 sus fuerzas son nuevamente derrotadas y obligadas a capitular.

Tras ello Belgrano invade nuevamente el Alto Perú, siendo a su vez derrotado en Ayohuma y Vilcapugio en octubre de ese año. Pero ya para entonces, el «déspota» Abascal, nombre con que le conocen los insurgentes, ha creado un nuevo ejército virreinal con fuerzas que merecen el calificativo de regulares, que se enfrentará a los insurgentes en el Alto Perú durante los siguientes años.

Hasta el momento, como hemos visto, las fuerzas realistas del Perú que se enfrentan a los insurgentes en las regiones limítrofes tienen la estructura propia del ejército español en América anterior al inicio de la contienda: fuerzas veteranas en escaso número, unidades de milicias provinciales, que, en el caso de este virreinato, responden casi siempre con lealtad a la Corona y con relativa eficacia en el servicio y, por último, las milicias urbanas normalmente de poca utilidad y actividad limitada. También hemos visto cómo el Perú es militarmente autosuficiente, es decir, puede llevar el peso de las campañas contra los insurgentes con sus solas fuerzas sin recibir, hasta 1814, ni una sola unidad peninsular e incluso entonces en muy escaso número. Incluso gran parte de los oficiales y aun de los jefes de mayor graduación son nativos del virreinato. Por otra parte, tanto el sucesor de Goyeneche, Pezuela, como otros oficiales de origen peninsular, como Olañeta, llevan ya muchos años destinados o establecidos en el virreinato.

A lo largo de los primeros años de guerra en este teatro de operaciones, como a distinto ritmo en todos los demás, se asiste, fenómeno lógico y obligado, a una progresiva regularización de la guerra y, por tanto, de las unidades que toman parte en ella. Efectivamente, no son lo mismo las improvisadas fuerzas mixtas, regulares e irregulares, con que los gobernantes insurgentes de Buenos Aires invaden reiteradamente el Alto Perú, o resisten a las invasiones realistas procedentes del mismo que las que llevan a cabo el paso de los Andes para la liberación de Chile en 1817. Por tanto, es necesario que en el campo

realista se produzca un fenómeno simétricamente equivalente. La diferencia con otros territorios de América es que en éste se produce de forma autóctona. Es decir, no se debe a la llegada progresiva de unidades regulares peninsulares, que, de mejor o peor calidad, aportan en Costa Firme o México un estilo diferente de organización y actuación. Dicho de otra forma, en este aspecto radica otro de los méritos, desde el punto de vista realista, de los dirigentes políticos y militares del virreinato. Abandonados a sus propios recursos, en el punto más alejado de la Península, logran transformar en relativamente poco tiempo un ejército, formado a base de milicias, en una tropa regular que sostendrá hasta el final la bandera de España en aquellas tierras.

El proceso de creación de unidades regulares comienza ya en 1811 cuando el virrey Abascal crea el Regimiento de Voluntarios Distinguidos de la Concordia, que, en 1813, es incluido entre las fuerzas veteranas. Este regimiento, formado mayoritariamente por españoles, es dedicado sobre todo a tareas de guarnición, mientras que el regimiento peruano por antonomasia, el Real de Lima, toma parte en casi todas las campañas de América meridional. El proceso de formación de nuevas unidades de línea, normalmente a partir de unidades de milicias preexistentes o con base de personal existente de esas unidades, continúa a lo largo de 1813 y 1814, y estará prácticamente terminado en el momento de recibir la primera unidad peninsular que llega al virreinato. Las unidades creadas son las siguientes: primero y segundo regimientos de línea, cada uno con dos batallones; Batallón de Cazadores, inicialmente al mando de Olañeta, al que veremos como comandante en jefe del ejército del Alto Perú en los momentos finales de la contienda; Batallón de Partidarios y Batallón del Centro, este último organizado con personal procedente del regimiento de milicias de Azangaro, uno de los más activos en los primeros momentos de la lucha contra las fuerzas de Buenos Aires.

En caballería se organiza el Escuadrón de Dragones del Perú con una plantilla de cerca de 400 hombres, uno de Dragones Americanos y otro de «Partidarios».

Casi todas estas unidades son destacadas en el período que nos ocupa en el frente más activo de los que tienen abiertas las fuerzas virreinales, es decir, el Alto Perú. En él participan en las campañas contra la segunda y tercera expediciones argentinas y en la reducción de la sublevacion de Cuzco en 1814. A partir de 1817, tras la recon-

quista de Chile, con la llegada de fuerzas de la Península, la organización de unidades locales y el desarrollo de alguna de ellas, aquellas fuerzas serán reorganizadas en diversos momentos, como veremos más adelante.

Por lo demás, la base del ejército del virrey sigue siendo en esta época el Regimiento Real de Lima, verdadero cuerpo de elite omnipresente en todos los teatros de operaciones (Quito, Alto Perú) desde los primeros tiempos de la insurrección. En cuanto al primer regimiento creado, el de la Concordia, al ser empleado como guarnición de Lima y otras ciudades peruanas, libera de estas misiones a fuerzas que pueden ser empleadas como tropas de línea en los fuertes.

La participación de estas unidades de creación puramente americana en las campañas que tienen lugar en la época que nos referimos, es decisiva, y también podríamos mencionar que a diferencia, como por otra parte es lógico, de las unidades milicianas del período inmediatamente anterior, éstas no experimentan derrotas equivalentes a las de Suipacha, Salta o Tucumán. Cuando años más tarde combatan en las últimas campañas de su país contra fuerzas insurgentes al lado de unidades peninsulares, no desmerecerán de éstas, ni tampoco de las de sus oponentes. Es este un caso, uno más desde luego, que debería dar que pensar a numerosos «historiadores» que se refieren a las fuerzas realistas globalmente como «españolas». A no ser, claro está, que entiendan que tanto peninsulares como americanos eran españoles, como hasta aquel momento se les había considerado.

Esta época conoce el ocaso de las unidades de milicias que habían llevado inicialmente el peso de la campaña. Esto no quiere decir que sean disueltas, y hasta el final de la contienda actúan, incluso como tropas de línea, algunas unidades de esa categoría, pero normalmente las que continúan existiendo —no hablamos de las que existen meramente sobre el papel—, suelen ser empleadas como unidades de vigilancia urbana y otras misiones de retaguardia.

Reducido el foco insurgente de Quito y desplegadas las más importantes fuerzas virreinales en el Alto Perú, donde esperan el momento de emprender la marcha sobre el Tucumán, Córdoba y Buenos Aires, en octubre de 1813, combaten en Vilcapugio[25] los batallones de

[25] F. Díaz Venteo, *Campañas militares del virrey Abascal*, p. 319 y ss.

cazadores y partidarios y el Primer Regimiento de Cuzco, además de unidades de milicias. Poco después, en Ayohuma, está presente el segundo regimiento de línea. Y en 1815, en la batalla de Sipe-sipe o Viluma, en la que es deshecha la tercera expedición bonaerense al Alto Perú, ya participan casi todas las unidades del ejército virreinal, muy pocas unidades de milicias y, por supuesto, ninguna unidad expedicionaria de la Península. En esta época la fidelidad a la causa realista de estas tropas es bastante alta. En 1814, el comandante Castro, que hasta aquel momento ha tenido un comportamiento ejemplar distinguiéndose en la batalla de Vilcapugio, intenta sublevar el regimiento de Cuzco. No tiene éxito, y es condenado a muerte y fusilado por soldados de ese regimiento que se ofrecen voluntarios.

No debería ponerse fin a estas páginas sobre el ejército virreinal peruano sin aludir al personal del mismo dedicado a la obtención de información sobre los efectivos y propósitos de los ejércitos insurgentes, a los que Pezuela denomina «compañías de capa y disfraz» y que usualmente actúan con eficacia, aunque a veces la información obtenida no sea valorada adecuadamente.

Debe recordarse que la práctica totalidad de los efectivos realistas está formada por nativos o, en algunos casos, por españoles establecidos en aquellas regiones desde largo tiempo, dándose la circunstancia de que, como acabamos de ver, incluso los jefes supremos de los ejércitos de operaciones, Goyeneche y Tristán, son naturales del Perú, de familias establecidas en aquel virreinato desde varias generaciones.

En cuanto a los oficiales, según el estudio de Campbell sobre el ejército colonial peruano, al comienzo de la insurrección en las tropas fijas, hay 250 oficiales peninsulares y 208 criollos, de ellos veinte de otros territorios de América. En la milicia, como es lógico, la proporción de oficiales americanos es mucho mayor: sobre 416 estudiados, 263 son criollos peruanos, 127 peninsulares y 16 de otras provincias de América [26].

[26] L. Campbell, *op. cit.*, p. 68.

Chile

La revolución independentista, en sus comienzos todavía no de forma declarada, da comienzo en Chile con la constitución de juntas de una forma especialmente pacífica en septiembre de 1810. Tan tranquila es la forma en que se lleva a cabo, que las fuerzas militares de aquella capitanía general pasan de forma casi automática y sin resistencia de ninguna clase a disposición de la Junta insurgente. Son, en ese momento, las siguientes: como fuerza veterana, los batallones de Concepción y Valdivia, y la llamada Asamblea de Caballería (unidad para la instrucción de las milicias). Además, existen el cuerpo de Dragones de la Frontera, destinado a la vigilancia de los territorios del sur y la Compañía de la Reina Luisa.

Como milicias disciplinadas existen el Regimiento del Rey, con 14 compañías y 800 hombres, las cuatro compañías de Valparaíso, los regimientos de caballería del Príncipe y de la Princesa, a cuatro escuadrones cada uno, y las doce compañías de Coquimbo.

Naturalmente, hay además los correspondientes cuerpos de milicia urbana que proporcionarán cuadros y reclutas a las unidades de línea de ambos bandos.

Ya hemos señalado que casi todas estas unidades pasan sin resistencia a las órdenes de la Junta insurgente. Sin embargo, tal vez por ello, el entusiasmo de las mismas por aquélla no es en modo alguno desbordante. La Junta organiza, desde los primeros momentos, sus propias tropas para las que adopta una bandera azul, blanca y amarilla, en franjas horizontales y, si bien en la primera etapa no se produce tentativa realista alguna —a excepción de la protagonizada por el coronel Figueroa del Cuerpo de Dragones, original personaje que tras fracasar es ejecutado— en 1812 comienzan los pronunciamientos realistas. Éstos tienen éxito sobre todo en el sur, donde cuentan, por paradojas de la historia, con el apoyo decidido de los indios araucanos —cuya resistencia a la colonización española es un mito que cultivan los insurgentes, no sólo de Chile—, donde disponen además de la fidelísima isla de Chiloé, firmemente controlada por las autoridades realistas y dependiente del virrey de Lima. En primer lugar se pronuncia Valdivia y poco después llega a Chile la expedición Pareja con cuadros para organizar a los partidarios del Rey (llamados sarracenos por sus adversarios) y algunas fuerzas de Chiloé. Todo ello en muy escaso número

pero suficiente para sostener la campaña. Pareja avanza rápidamente y ocupa Concepción, donde se le suma sin resistencia el batallón de dicha ciudad que, con el de Valdivia, constituye, como sabemos, casi la única fuerza veterana a disposición de la Junta rebelde. De manera que a finales de 1813 los realistas han puesto firmemente el pie en Chile controlando una importante zona, alzado en armas a los araucanos en apoyo a su causa y organizado un ejército sin contar casi con ayuda de fuera ni, por supuesto, con la más mínima presencia de peninsulares. Pocas semanas después del inicio de la campaña ya cuentan con más de 3.000 combatientes.

En 1814 Abascal envía refuerzos al mando de Gainza, al principio, escasos en número aunque suficientes, para, unidos a las fuerzas locales, hacer que los insurgentes acepten el tratado de Lircay, en realidad poco más que una tregua. En julio de ese año Gainza es sustituido por el brigadier Osorio, llegado de la Península, que pasa a Chile con algunas unidades de caballería, varias compañías de tropa veterana del regimiento Real de Lima, y el —posteriormente— célebre batallón, a veces llamado regimiento, de Talavera. Con estas fuerzas y las existentes en Chile, inicia la ofensiva final. En octubre derrota decisivamente a los patriotas en la batalla de Rancagua, tras lo cual ocupa Santiago y el resto del territorio en poder de los insurgentes. De éstos, los que no caen en poder de Osorio, huyen al otro lado de los Andes bajo la protección de San Martín, gobernador en aquel momento de Mendoza, y que ya planifica su gran maniobra estratégica sobre el Perú. Algunos, como O'Higgins, volverán a su país de origen en 1817; otros, como dos de los hermanos Carrera, son fusilados, en el marco de una de las disputas internas entre insurgentes, en abril de 1818; otro de los hermanos, José Miguel, intervendrá en la política del Río de la Plata con la misma turbulencia que lo hizo en la de su país y tendrá el mismo final que sus hermanos en septiembre de 1821 [27]. El territorio de la capitanía general queda abandonado a los realistas, que llevan a cabo una dura represión, acaso excesiva y contraproducente. Osorio organiza el régimen de ocupación y algún tiempo después regresa al Perú,

[27] Sobre los Carrera y otros aspectos de la guerra de Independencia de Chile, ver J. Alemparte, *Carrera y Freire*, Santiago, 1963, y P. Lira, *Jose Miguel Carrera*, Santiago, 1983.

donde contraerá matrimonio con la hija del virrey Pezuela y regresará más tarde a Chile, a la cabeza de la expedición destinada a combatir a las fuerzas de San Martín, tras la derrota realista en Chacabuco.

Río de la Plata

Montevideo y las ciudades próximas en la costa norte del Río de la Plata constituyen la única zona del virreinato de Buenos Aires en que la actividad realista puede sostenerse desde el inicio de la revolución de mayo de 1810. Efectivamente, triunfante la revolución en Buenos Aires, derrotado y fusilado Liniers en Córdoba [28], insurreccionadas Mendoza, Tucumán y Salta, y ocupado el Alto Perú tras la derrota de Nieto y Córdoba en Suipacha, la causa realista solamente se sostiene en el Paraguay, que rechaza una expedición bonaerense dirigida por Belgrano para proclamar poco después la Independencia, y en Montevideo, ya bastión españolista desde los tumultos del año anterior en contra del partido criollo de Liniers, triunfante en Buenos Aires.

Dominada fácilmente una tentativa de motín en algunas unidades del ejército, los realistas controlarán Montevideo durante los cuatro años siguientes en lucha intermitente con los patriotas, a su vez divididos en varios bandos, fundamentalmente bonaerenses y federalistas. Además, diversas intervenciones portuguesas desde el Brasil terminarán de complicar el panorama político-militar del estuario del Plata en aquellos años.

Las fuerzas realistas inicialmente destinadas en Montevideo están formadas por unidades de milicias: el batallón de infantería de voluntarios de Montevideo con nueve compañías y una plantilla de 700 hombres, el regimiento de caballería a cuatro escuadrones, y el de la Colonia a dos. A estas fuerzas se suman algunas veteranas formadas por destacamentos del Regimiento Fijo de Buenos Aires, situadas en la zona y algunas fracciones del de dragones de la capital porteña. También participan en la defensa de la plaza, en algunos momentos, fracciones de unidades de las milicias del interior del virreinato que, por una u otra razón, no siguen a los revolucionarios y se refugian en la

[28] P. Groussac, *op. cit.* pp. 367 y ss.

plaza realista. Entre ellas, figuran los voluntarios de Entre Ríos, llegados en marzo de 1811 al mando del teniente coronel Urquiza, uno de cuyos componentes no es otro que el posteriormente célebre Francisco Ramírez [29], caudillo de las luchas contra Buenos Aires. Igualmente, cabe mencionar las unidades de milicia urbana de Montevideo a las cuales están asimiladas las anteriormente citadas, dado que las características de guerra en esa zona (casi siempre defensa de la plaza), les permitirán actuar como fuerzas combatientes. También actuarán en tierra en multitud de ocasiones las fuerzas de marina de la flotilla que opera desde el apostadero de Montevideo.

Todas estas tropas sostendrán la campaña a partir de 1811 en que, a la llegada del nuevo virrey Elío, que ya estuvo al frente de la plaza donde fue uno de los líderes del partido peninsular opuesto a Liniers, se inicia una actividad militar hasta entonces evitada por compromisos tácitos entre las autoridades de las dos ciudades ribereñas del Plata. Por otra parte, en esa fecha se inician igualmente las actividades insurgentes de Artigas, apoyado en un principio por Buenos Aires pero que no tardará en enfrentarse con dicha metrópoli.

Elío consigue la colaboración del gobierno portugués exilado en Brasil por la invasión napoleónica y, con el apoyo de un ejército lusitano, obliga a los insurgentes de Buenos Aires a aceptar un armisticio en octubre de 1811 que implica la evacuación del territorio por bonaerenses y portugueses. Artigas y los suyos, no incluidos en él, llevan a cabo «el éxodo del pueblo oriental», que no será el último que tenga lugar a lo largo de la contienda. Poco después, Elío es sustituido como capitán general por Vigodet, que reinicia la guerra contra Buenos Aires y procede a una reorganización de sus fuerzas al tiempo que solicita importantes refuerzos a la Regencia. Esto hace que, a medida que vayan llegando, la guarnición de la Banda Oriental adquiera un carácter predominantemente peninsular, a diferencia, como hemos visto, de casi todas las demás zonas del hemisferio.

Ya en 1811 llegan unos pequeños contingentes de Voluntarios de Madrid, a los que Vigodet refuerza con personal procedente de las milicias urbanas y locales de Montevideo y zonas adyacentes, a las que antes aludíamos, alcanzando así efectivos de unos 450 hombres.

[29] A. Fernández, *Las milicias entrerrianas*.

En 1812, llega el primer batallón de la Albuera, con tan mala fortuna que 400 de sus componentes se pierden en el naufragio del transporte en el que viajaban, con lo cual el refuerzo efectivo es de poco más de un centenar. Al año siguiente, en cambio, se reciben fuerzas en número más importante: salidas de Cádiz el 22 de febrero llegan a Montevideo el Batallón Provincial de Lorca, uno de los creados para la guerra con Napoleón, el Tercero Americano con unos efectivos de unos 800 hombres cada uno y una unidad de granaderos a caballo, según los datos del conde de Cleonard. Todos ellos se incorporan a la defensa de la plaza (la lucha durante este año y el siguiente será poco más que el asedio de la misma con los correspondientes ataques bonaerenses y salidas de las fuerzas defensoras que cuentan con el apoyo de una pequeña flotilla).

Debe mencionarse el hecho de que muchos habitantes de los campos o pequeñas poblaciones de la zona se refugian en la ciudad, huyendo de las incursiones *—malones* en lenguaje local— de los indios nómadas, que se recrudecen por las facilidades que encuentran por causa de la guerra. Esto, naturalmente, agrava las condiciones de abastecimiento de la plaza.

El asedio de ésta continúa, como indicamos al principio del capítulo, con algunos cambios en cuanto a los bandos contendientes. Efectivamente, tras una sucesión de crisis políticas a lo largo de 1813, en enero de 1814 Artigas, erigido en líder de los federalistas enfrentados a Buenos Aires, se declara en rebelión abierta contra ésta, abandona el sitio de Montevideo e inicia la lucha contra los gobernantes de la metrópoli porteña.

No obstante, las fuerzas de esta última, tras la derrota de la flotilla española por la argentina de Brown, prosiguen el ataque a Montevideo, que se ve obligado a capitular ante las fuerzas de Rondeau y Alvear en junio de 1814.

Naturalmente, en la capitulación, el gobierno argentino, que todavía no ha proclamado oficialmente la Independencia, hace las consabidas protestas de fidelidad a la monarquía española. Por lo demás, la capitulación es violada por Alvear. Los miembros de la guarnición son considerados prisioneros de guerra o alistados a la fuerza en el ejército bonaerense. Son aquéllos, en el momento de la capitulación, algo más de 3.000 veteranos y peninsulares y unos 2.000 miembros de las milicias. Ya hemos mencionado cómo, debido a lo exiguo del terri-

torio controlado a lo largo de la campaña por los realistas, lo que impide reclutar personal autóctono en número importante, la mayor parte de sus fuerzas han estado compuestas, tras los primeros meses de lucha, por unidades metropolitanas llegadas como refuerzo.

En otros puntos del virreinato de Buenos Aires, la resistencia realista a la revolución es efímera o rápidamente vencida. Liniers y Concha tratan de establecer un centro de resistencia en Córdoba con algunas fuerzas provinciales y contando con los refuerzos que les enviaría Abascal desde el Perú. Éste, con su característica diligencia, los apresta en el Desaguadero y prepara su avance por Salta y Tucumán hacia la capital porteña. Para ello, a falta de armamentos para grandes masas de infantería, preconiza el uso de la caballería armada de lanzas y espadas, eficaz en las grandes llanuras argentinas. Sin embargo, el avance de la columna rebelde de Ocampo y Castelli hace que casi todas las fuerzas de Liniers, unos centenares de milicianos, deserten o se pasen al enemigo. Los jefes realistas son capturados cuando tratan de retirarse y fusilados por orden de Castelli.

Las provincias rioplatenses se sublevan una tras otra: Mendoza (julio), Salta (junio), Oruro y Santa Cruz de la Sierra (octubre), Potosí, Charcas y La Paz (noviembre). Las fuerzas realistas en la región altoperuana son unos 900 hombres pertenecientes a fuerzas de milicias al mando de Nieto y Córdoba y organizados en dos batallones (Provisional de la Plata y Voluntarios de Borbón con cuatro piezas de artillería y milicias de caballería). Tratan de resistir en el sur del Alto Perú, y derrotan a la columna porteña en Cotagaita, pero son vencidas poco después en Suipacha y con sus comunicaciones con el Perú cortadas por la insurrección altoperuana, se disuelven rápidamente. Sus jefes son hechos prisioneros y fusilados en Potosí. En cuanto al ejército de Lima, perdido todo el Alto Perú se atrinchera sobre el Desaguadero y al año siguiente derrotará en Guaqui y Sipe-Sipe a los independentistas.

Poco puede decirse de las fuerzas realistas del Paraguay. En esta región no triunfa ni se sigue la revolución de mayo de 1810, en parte por la tradicional rivalidad entre Asunción y Buenos Aires. Las fuerzas militares de la provincia, que quedan aisladas en el interior del continente (aunque con comunicación por vía fluvial con Montevideo), organizan la defensa contra la expedición del general Belgrano, en noviembre de 1810, a la cual derrotan en las batallas de Paraguarí y Tacuarí.

El ejército realista en esa zona, muchos de cuyos mandos han participado en la defensa de Buenos Aires contra las invasiones inglesas, está formado en tiempo de paz por los dos regimientos de caballería de Costa Abajo y Costa Arriba, con unos 1.500 hombres muy mal armados y equipados. A estas unidades se sumarán gran cantidad de voluntarios (en Paraguarí y Tacuarí participan unos 6.000, con sólo 500 fusiles, 200 sables y cuatro cañones), aunque sin formación militar ni equipo de ninguna clase.

En cualquier caso, son suficientes para derrotar a la expedición porteña. Hecho lo cual, proclaman sin mayor dificultad la Independencia frente a España y Buenos Aires el 15 de mayo de 1811 [30].

Expediciones de refuerzo

Vimos en páginas precedentes la extraordinaria amplitud alcanzada por las insurrecciones americanas a lo largo de los años 1810 y 1811, y cómo en aquellos puntos en que se mantienen las autoridades fieles al rey cuentan con escasas fuerzas militares, apenas suficientes para defender sus territorios contra los ataques insurgentes y para, excepcionalmente, llevar a cabo alguna tentativa de represión de las rebeliones en zonas próximas.

La solución militar del problema planteado por la insurrección pasa, pues, necesariamente por el refuerzo en tropas, mandos y medios de guerra a las fuerzas realistas en América. Dicho refuerzo sólo puede venir de la metrópoli (difícilmente puede considerarse «refuerzo» a las operaciones portuguesas contra los insurgentes en la zona de Montevideo), pero recordemos cuál es su situación en esos momentos.

Un aforismo en boga en las islas Británicas a lo largo de varios siglos y que resume las relaciones anglo-irlandesas dice: *England difficulty is Ireland opportunity*, «las dificultades de Inglaterra son la oportunidad de Irlanda», para sacudir el yugo anglosajón, se entiende. Apli-

[30] El país queda en poder del dictador Gaspar Rodríguez de Francia —un Robespierre sin Termidor—, que tendrá la habilidad de mantenerlo aislado de las contiendas argentinas de la época, lo cual permitirá la consolidación de la Independencia y la nacionalidad paraguayas, que podrán sobrevivir a la terrible guerra de la Triple Alianza de 1864 a 1870.

cándolo a la época y acontecimiento que nos ocupa, podríamos decir que las dificultades de España son la oportunidad para los rebeldes americanos y, efectivamente, no se dejará de notar la relación causa-efecto entre ambas.

La metrópoli de 1810 se encuentra en uno de los momentos más difíciles de su historia. Ocupada casi en su totalidad por fuerzas invasoras, con sus ejércitos, por otra parte, improvisados, vencidos o dispersos. Absolutamente desorganizado el aparato del Estado en el seno del cual por si fuera poco se está llevando a cabo una auténtica revolución. Por último, sujeta por una alianza con Inglaterra, imprescindible para la lucha contra la invasión francesa pero sin olvidar los intereses encontrados en tantos campos, entre ellos el marítimo y colonial, de ambas potencias, lo que hace que no sea difícil imaginar la reticencia de la potencia aliada en proporcionar ayuda de ninguna clase que sirva, desviándola de la lucha contra el enemigo principal, para defender unos intereses en abierta pugna con los suyos.

Sin embargo, desde el inicio de la insurreción, las autoridades metropolitanas, en aquella época la Regencia de Cádiz, comprenden la necesidad de reforzar en la medida de lo posible a las fuerzas que defienden el pabellón español en tierras de América. Para ello, se crea una llamada Comisión de Reemplazos que actuará desde septiembre de 1811 hasta poco después de la revolución de 1820, en que por otra parte cesarán las expediciones de refuerzo a América.

Evidentemente, no se inician inmediatamente las actividades para el refuerzo de las fuerzas realistas americanas, por la situación de la metrópoli y del gobierno de la misma, sitiado en Cádiz, y los efectos de las derrotas de 1809 y 1810, que han supuesto la pérdida de casi todo el territorio peninsular y aun, la invasión de Portugal. Además, durante los primeros meses de la insurrección, puede pensarse que la gravedad de la misma no es excesiva y que no se trata sino de simples algaradas que serán rápidamente reducidas por las fuerzas locales o cuyos dirigentes volverán a la obediencia de forma espontánea en cuanto las autoridades metropolitanas les den a conocer su actitud y midan las consecuencias de sus actos. Algo equivalente a lo que ya había ocurrido en numerosas ocasiones a lo largo del dominio colonial español en América: insurrecciones indígenas más o menos fácilmente dominadas, motines de elementos criollos en demanda de reformas o contra determinada política y, últimamente, las tentativas insurgentes dirigidas por

Miranda que habían sido reducidas con toda facilidad ante la falta de apoyo del elemento local.

En cualquier caso, a partir de septiembre de 1811 se inicia el envío de fuerzas a América. En el período que estudiamos hasta el final de la guerra en la Península, que permitirá el apresto de más poderosas formaciones, entre ellas la del general Morillo, se llevará a cabo el alistamiento de buen número de expediciones de variada fuerza y composición a diferentes puntos de la América española.

La identificación y el número de componentes de las unidades expedicionarias puede ser objeto de cierta controversia, según el origen de los datos que se utilicen. Las principales fuentes para el estudio de las expediciones son los informes de la antes nombrada Comisión de Reemplazos, los datos globales del informe del marqués de las Amarillas sobre el ejército español, al que aludiremos en otro lugar del presente estudio y, por último, los que proceden de los historiales de los regimientos, publicados, entre otras obras, por la del conde de Cleonard *Historia orgánica de las unidades de infantería y caballería.* Los evidentes errores de ésta, en cuanto a los componentes de las unidades (los datos que da son casi siempre los de las plantillas, es decir, los efectivos teóricos de las unidades expedicionarias), y algún otro menor, y los errores sobre algunas de las expediciones en los datos de la Juntas de Reemplazos, probablemente debidos al punto de embarque de las unidades —aquélla actuaba fundamentalmente en Cádiz y numerosas expediciones parten de Vigo—, además de las casi inevitables equivocaciones a que puede llevar el hecho de que algunas unidades cambian su nombre al llegar a su destino o poco después, y que algunas sean conocidas por diferentes denominaciones, sean éstas oficiales u oficiosas, hacen que la posible controversia sobre el número y composición de las unidades expedicionarias no esté cerrada todavía. Por ello, sin pretender en modo alguno que nuestros datos sean los definitivos, se puede establecer, manejando unas y otras fuentes, el siguiente inventario de fuerzas expedicionarias.

En noviembre de 1811 parten las primeras expediciones: a Montevideo, según Cleonard, el tercer batallón del Regimiento de León con 600 hombres; sin embargo, dado que según la Comisión de Reemplazos sólo parten unos 90 hombres a Montevideo con aquella fecha y en ninguno de los estados de fuerza de dicha guarnición figura el ba-

tallón con aquellos efectivos, parece obvio que es una cifra muy exagerada.

Para Veracruz, pasan en 1811 y 1812, según Cleonard, y todos en 1811, según la Comisión de Reemplazos, los batallones primero y segundo americanos, con unos efectivos de unos 1.200 hombres (1.700 según la Comisión de Reemplazos); a Puerto Rico pasan dos compañías con unos efectivos de algo más de 200 hombres.

Un batallón de Asturias es enviado a Veracruz. Otro batallón del mismo regimiento y los batallones de Fernando VII y Lobera con un total de 2.400 hombres, según la Comisión de Reemplazos, llegan a esa ciudad de Nueva España en 1812, y en otra expedición el mismo año, llega el segundo batallón de Tiradores de Castilla. Por último, en junio de ese año, parte con el mismo destino un batallón del Regimiento de Zamora y algunos efectivos de artillería, con un total de unos 1.200 hombres.

Parten, igualmente el mismo año, los batallones primero y segundo de Albuera. El primero, con destino a Montevideo con unos efectivos de 600 hombres, si bien el naufragio del transporte en que viajaban hizo que se perdieran más de 400. El segundo es destinado a Santa Marta, en la costa de Nueva Granada, bastión realista en la región.

Por último, algunas fuerzas pasan a Maracaibo y una compañía denominada de Voluntarios de Madrid a Montevideo. Según Cleonard, los efectivos de ésta superan los 400 hombres pero esta cifra, con seguridad, es muy exagerada y, desde luego, la de 100 que establece la Comisión de Remplazos debe estar más próxima a la realidad. En aquella cifra, probablemente deben incluirse refuerzos locales para esta unidad.

No deben olvidarse los primeros refuerzos llegados a la América continental. Se trata de los 120 soldados de infantería de Marina que llegan a Coro con Monteverde, aunque estas fuerzas parten de Puerto Rico, no de la Península. Su actuación, como vimos, resulta decisiva en la lucha contra la «república boba» de Caracas.

Ya en 1813, llegan a Montevideo el Tercer Batallón Americano y el Batallón Provincial de Lorca, además de fuerzas de artillería y un escuadrón de granaderos a caballo, con unos efectivos totales de 3.400 hombres, según la Comisión de Reemplazos (cifra seguramente exagerada ya que las plantillas completas de estas unidades no pasan de 2.000).

Un batallón de Saboya y otro de Extremadura llega a Veracruz y el Tercer Batallón de Granada, con efectivos reforzados hasta unos 1.200 ó 1.400 hombres, a Puerto Cabello. Además, pasarán dos compañías a Santa Marta.

En diciembre de ese año parten con destino a Lima, donde llegarán en mayo de 1814, el Batallón de Talavera, del que nos ocuparemos ampliamente, y unidades de artillería.

El historial y las actividades de estas unidades en tierras americanas será objeto de mención cuando nos refiramos a las fuerzas realistas en cada zona pero antes parece necesario hacer algunas observaciones sobre ellas y las circunstancias que establecieron su destino.

Como se supondrá, la mayor parte de las unidades expedicionarias pertenecen al ejército metropolitano que, en su época, combate a la invasión francesa; por tanto, muchos de sus miembros, aunque en diferente proporción, tienen la experiencia bélica adquirida en los campos de batalla de la Península en lucha nada menos que con los ejércitos napoleónicos.

No debemos, sin embargo, sacar de este hecho conclusiones apresuradas. Los ejércitos españoles que combaten contra los franceses, derrotados o dispersos los que lo hicieron en los momentos iniciales, son sobre todo fuerzas improvisadas a toda prisa, con mandos de escasa o nula formación militar y con un elenco de altos jefes raramente competentes. Esto no solamente no les quita mérito alguno sino que, a nuestro juicio, se lo aumenta, ya que sabido es cómo combatieron valerosa y tenazmente, reagrupándose rápidamente para volver a la lucha tras sufrir alguna derrota, a diferencia de otros ejércitos europeos de la época, y resistiendo con energía incomparable cuando no se trataba de combatir en campo abierto y, por tanto, maniobrar con eficacia, es decir, en la defensa de plazas y aun de ciudades abiertas como Zaragoza.

Por tanto, la experiencia militar adquirida por estos combatientes está, como mínimo, sujeta a ciertas matizaciones. Por otra parte, el tipo de guerra en que van a participar es en muchos momentos y lugares tan diferente del que tuvo lugar en la Península que la experiencia adquirida en ésta resulta difícilmente extrapolable e, incluso, en algunos casos contraproducente.

No hay que olvidar que la motivación de los combatientes es diferente en una y otra contienda. Para decirlo gráficamente no es lo mismo la motivación de un aragonés defendiendo el Pilar contra los

franceses que combatiendo una insurrección en el Tucumán o en la Tierra Caliente de México.

Respecto a los oficiales y mandos lo mismo puede decirse. Valerosos y decididos en el combate, pero sin demasiados conocimientos de la técnica militar. Algunos de ellos, ya entonces muestran la afición a la política que les distinguirá a lo largo del siglo, lo cual evidentemente no favorece la dedicación plena al cumplimiento de sus deberes militares. No mencionamos a los oficiales que, abandonando el ejército por su ideología liberal tras 1814, pasaron a América a combatir en las filas insurgentes.

Oficiales y soldados de las fuerzas expedicionarias coinciden en el desprecio hacia las cualidades militares de las unidades realistas americanas. Evidentemente, el aspecto externo de alguna de ellas, de carácter irregular, podía reforzar esas opiniones al menos en una primera impresión. Poco a poco, muchos de aquéllos irán conociendo lo injusto de sus apreciaciones.

Tampoco debe caerse en una idea negativa sobre la capacidad de las tropas expedicionarias. La mayor parte de ellas, casi siempre superarán o estarán a la altura de las mejores fuerzas americanas, realistas o rebeldes, que tienen la ventaja de actuar en su país de origen, por no referirnos al «regalo» que las fuerzas insurgentes irán recibiendo en diferentes momentos de la contienda de oficiales con experiencia en la guerra de la Península, al cambiar de campo por diversas razones: San Martín, los Carrera, La Mar, Santa Cruz...

Por lo que respecta a las unidades en sí, parece de menor interés, a nuestro juicio, el examen de su historial, sea de unidades antiguas o de creación reciente, en la guerra de Independencia española. Una unidad de creación reciente puede tener una proporción de veteranos importante y viceversa; una unidad veterana participante en Bailén, La Albuera, Vitoria y San Marcial, puede tener una proporción altísima de reclutas recién incorporados. Por otra parte, una vez en América (donde en pocos meses las fuerzas más novatas adquieren un buen grado de veteranía) muchas unidades son desdobladas; es decir, que con la base de alguna de sus compañías se crean unidades mayores, tipo batallón, con fuerzas locales. Y, como las bajas experimentadas por esta causa y en los combates o por deserción son completadas, igualmente, por reclutas locales, al cabo de algún tiempo la unidad expedicionaria

tiene la misma proporción de americanos que otra creada inicialmente en Ultramar. Así, veremos cómo en el último ejército del Perú, sobre un total de siete batallones «peninsulares» con unos efectivos teóricos de 5.000 ó 6.000 hombres, apenas unos 500 ó 600 de sus miembros son de origen peninsular.

En cualquier caso, no debe olvidarse que, en ocasiones, cierto número de miembros de los cuerpos expedicionarios está formado por indeseables de diversos tipos: delincuentes, condenados por faltas militares, desertores detenidos, etc. Son frecuentes las deserciones y el que oficiales pidan otros destinos o presenten la dimisión de sus grados para evitar ser enviados a combatir a América, lo que en última instancia redundará a favor de la calidad de las unidades al no contar con mandos de tan poco espíritu. Por el contrario, se dan los casos de los que piden voluntariamente, a veces moviendo influencias familiares [31] ser destinados a Ultramar donde, en principio, hay más posibilidades de hacer carrera o simplemente de ejercerla, ya que estamos hablando de militares profesionales a los que cabe suponer un mínimo de afición a la vida de campaña.

En cuanto al destino que llevan dichas expediciones, es decir, a la concepción estratégica que inspira la decisión sobre aquél, obviamente es materia de controversia inacabable como toda argumentación que se base en establecer las ventajas e inconvenientes de algo que de hecho se hizo, por oposición a algo que se pudo hacer.

Sin embargo, a nuestro parecer, la política seguida durante los primeros años de la contienda, hasta la salida de la expedición de Morillo, excluida ésta, es correcta. Vemos que se trata fundamentalmente de reforzar algunos bastiones realistas que podrían servir para posteriores operaciones de reconquista (Santa Marta, Montevideo), de un refuerzo pequeño pero muy oportuno para las fuerzas realistas de Venezuela (Monteverde y su infantería de marina) y, sobre todo, de refuerzos importantes para Nueva España. Este virreinato era, con gran diferencia, el de mayor interés económico para el imperio y no se olvide la cercanía de otro imperio, con su proclamación de derechos inalienables a la libertad y a la búsqueda de la felicidad y, sobre todo, un ansia notable de extender la benéfica influencia de dichos derechos: el de los

[31] R. Sevilla, *Memorias de un oficial*, p. 21 y ss.

Estados Unidos. En otros puntos, el envío de refuerzos es innecesario (el Perú de Abascal se muestra autosuficiente), o bien se requieren en una escala mucho mayor que la permitida por las posibilidades de la España de aquel momento, caso de Nueva Granada o Buenos Aires. Más dudoso de establecer es el acierto del destino de la expedición Morillo.

Terminada la guerra contra Napoleón, España puede dedicarse con más posibilidades a poner orden a sus dominios en América. Para ello, poco después del regreso de Fernando VII se constituye en Madrid un organismo militar, la Junta Militar de Indias, destinado a planificar la lucha contra los insurgentes de América, organizar el envío de refuerzos y demás. Dicho organismo está presidido por el infante don Carlos y sus miembros son otros seis generales, entre los que figuran, inicialmente, Palafox y el conde de La Bisbal. Inmediatamente, se inician los trabajos para enviar a América una gran expedición que se supone tendrá un papel decisivo en la represión de los movimientos independentistas tanto por su actuación militar cuando fuese necesario, como por el efecto psicológico que producirá en los rebeldes, lo que, acompañado por las correspondientes medidas políticas y de represión, indultos y otras sometería en poco tiempo los todavía existentes focos de insurrección.

Ya en el otoño del mismo año, la expedición se encuentra en fase avanzada de preparación y, por otra parte, es de dominio público, tanto el hecho en sí, como el punto al que se dirige: el Río de la Plata.

Para jefe de la misma, por recomendación del general Castaños que lo tuvo a sus órdenes en Bailén y en otros momentos de la guerra de Independencia, es nombrado el general Pablo Morillo. Le acompañan algunos oficiales que ganarán nombre en América: La Torre, Espartero, Ricafort.

En noviembre de 1814 quedan acuarteladas las fuerzas para evitar deserciones y el 17 de febrero la expedición se hace a la vela, desde Cádiz, a bordo de 42 transportes escoltados por un navío, dos fragatas y otras naves de la marina de guerra. Ya en el mar, se abren las órdenes que señalan el destino de la expedición y se conoce por sus miembros, que reciben en general la noticia con desencanto y aprensión, que el destino ya no es el Río de la Plata sino la Tierra Firme. Las órdenes que lleva Morillo, que se deben a una decisión que data de octubre de 1814, son las de dirigirse a Venezuela, pacificar este territorio, ocupar

Cartagena de Indias, dominar el resto de Nueva Granada y, hecho esto, reforzar el ejército del Perú y el de México.

Como antes apuntamos, la decisión estratégica del destino de la expedición puede ser objeto de controversia. Acaso su destino inicial, el Río de la Plata, hubiera sido más acertado. Operando desde Montevideo, tal vez hubiera obtenido fáciles éxitos contra las fuerzas de Buenos Aires, contra cuyo gobierno, por otra parte, se encontraban varias provincias en abierta rebelión sin contar la más grave aún de Artigas. No hace falta ponderar el éxito que supondría para las armas realistas la reducción de la rebeldía bonaerense, en caso de que ésta se lograse. Reconquistado Chile, como vimos, prácticamente sin emplear fuerzas peninsulares por la misma época, la rebelión hubiera quedado reducida, en un primer tiempo, al virreinato de Nueva Granada, sin posibilidades ofensivas de ninguna clase.

De todas formas, es difícil llegar a una conclusión sobre un asunto futurible. Baste decir que todas estas reflexiones se las hicieron tanto los altos jefes que organizaron la expedición como los simples oficiales que formaron parte de la misma. El testimonio de uno de ellos, Rafael Sevilla, nos da cuenta del desencanto producido por la noticia del cambio de destino a una tierra donde las condiciones climáticas y de salubridad eran tan difíciles, en lugar del Río de la Plata donde, como dice algo ingenuamente, «un partido alzado contra otro no esperaba más que nuestra llegada para unirse a nosotros».

No debe olvidarse, en cualquier caso, que ésta no era la última expedición prevista y que los mandos de Madrid no podían prever en aquel momento las dificultades y dilaciones que se producirían para el envío de la siguiente gran expedición, ésta sí proyectada para el Río de la Plata, ni la finalidad para la que sería empleada llegado el momento. Por lo demás, un hecho estratégico importante debió pesar en la decisión del cambio de destino de la expedición: la caída del punto de apoyo realista en esa zona, Montevideo, en junio de 1814. Por otra parte, para operar en un área de las características del Río de la Plata sería necesario disponer de numerosos caballos, imposibles de transportar desde la Península. Por ello, los expedicionarios deberían conseguirlos en el punto de destino o, alternativamente que, previo acuerdo con Portugal, éste los proporcionase en el sur del Brasil, invirtiéndose en ello el tiempo correspondiente.

Sea como fuere, la expedición Morillo sigue su ruta y llega a las costas americanas a mediados de mayo de 1815. Está formada por unos 12.000 hombres (otros autores manejan cifras más o menos próximas a éstas), encuadrados en las siguientes unidades: de infantería de línea, batallones de León, de la Unión, Voluntarios de la Victoria, y de Extremadura; de infantería ligera, el primero de Tiradores de Castilla, el de Barbastro y el de Cazadores del General, al que Cleonard llama de Cazadores de O'Doyle por haber sido formado con 600 hombres proporcionados por el general O'Donnell, conde de La Bisbal; de caballería, Dragones de la Unión y los Húsares de Fernando VII. Además, forman parte de la expedición, unidades de artillería y otras auxiliares.

Dichas fuerzas no eran ni mejores ni peores que otras que fueron enviadas a América antes o después de ellas. Ya nos hemos referido al escaso entusiasmo con que acogieron el cambio de destino y las medidas de precaución para evitar deserciones que tuvieron que tomarse antes de su partida. Pero esto era frecuente en operaciones de este tipo y, en definitiva, no se dejará de valorar el efecto selectivo que las deserciones de individuos de bajo espíritu puede tener en el tono moral general del cuerpo expedicionario, formado por unidades pertenecientes a antiguos regimientos (León y Extremadura), o creados durante la guerra de Independencia o exprofeso para la expedición. Ya hemos comentado, no obstante, cómo el comportamiento general de las unidades no permite establecer diferencias cualitativas por esta razón. Por ejemplo, no hay gran diferencia en cuanto a la proporción de desertores y oficiales que piden el traslado o dimiten, entre los componentes de los distintos cuerpos.

Las instrucciones que lleva el general prescriben en un primer tiempo una política de conciliación e indulgencia para con los insurgentes que depongan las armas. De hecho, ésta será la conducta que Morillo observe con los insurgentes que, capitaneados por el feroz Arismendi, capitulan inmediatamente al llegar la expedición a la isla Margarita, bastión insurgente que volverá a insurreccionarse a la primera ocasión favorable.

Poco después, tiene lugar un contratiempo: la voladura, seguramente por accidente o tal vez por sabotaje, del navío insignia de la expedición y en el que se encuentra el polvorín flotante de la misma, fondos, parque de artillería de sitio, etc. Poco después, el Batallón del General, a cuya creación aludimos hace un momento, es enviado a

Puerto Rico, donde sustituye a uno de los batallones de guarnición en dicha isla que es agregado a la expedición. Tres de los batallones expedicionarios son adscritos a prestar servicio en Venezuela (Barbastro, Unión y Castilla), además de los Dragones de la Unión (menos un escuadrón). Allí se les suman parte de las fuerzas locales de Venezuela al mando de Morales, entre las que figuran los combatientes del ejército de Boves que han derrotado a Bolívar el año anterior, y un batallón peninsular en sus orígenes, el tercero de Granada, para esa época compuesto mayoritariamente por americanos alistados para sustituir a las bajas experimentadas en la campaña.

Con estos cambios en su estructura y completamente pacificada Venezuela, la expedición sigue rumbo de acuerdo con las órdenes, para «pacificar» Nueva Granada, no sin antes enviar al Perú, vía Panamá, al Batallón de Extremadura y dos escuadrones de caballería (uno de cada regimiento), donde más tarde tendremos ocasión de encontrarlos.

También examinaremos la trayectoria de las unidades que siguen a Nueva Granada y regresan poco después a Venezuela donde participarán en las campañas con Bolívar y donde experimentarán cambios dignos de mención, tanto en sus denominaciones como en su composición.

Las fuerzas insurgentes

Ya hemos aludido al carácter y desarrollo de la rebelión en México a partir de septiembre de 1810. Las fuerzas insurgentes en ese virreinato están formadas, desde los primeros momentos, por masas muy numerosas pero sin cualificación militar, que siguen a improvisados jefes, curiosamente muchos de ellos sacerdotes, y que se enfrentan de forma anárquica a las escasas fuerzas realistas que van encontrando en su camino. Parte de las fuerzas virreinales, en lugar de hacerles frente, se suman a la lucha independentista, pero pronto pierden su inicial capacidad militar, absorbidas por la masa indisciplinada a la que se incorporan.

Ya en el ataque a Guanajuato, a los pocos días del Grito de Dolores, Hidalgo cuenta con más de 20.000 hombres y, probablemente, su ejército está formado por 80.000 un mes más tarde en el combate del Monte de las Cruces. En enero de 1811, cuando es derrotado en

el puente de Calderón, cuenta con una hueste innumerable, tal vez de 100.000 hombres, de ellos 20.000 de caballería, que disponen, aunque no pueden utilizarlos eficazmente, de cerca de un centenar de piezas de artillería que han ido capturando en los meses anteriores.

Tras la derrota, los insurgentes se dispersan y, en poco tiempo, en el norte del virreinato quedan muy pocas formaciones rebeldes de importancia. La insurrección, cuya jefatura principal pasa a Morelos, entra en una nueva fase: las fuerzas insurrectas ya no son huestes tan numerosas como antes y sus jefes procuran que adquieran el máximo de disciplina y armamento. Por ejemplo, Cuautla es defendida inicialmente por unos 5.000 rebeldes y, para entonces, Morelos trata de articular sus fuerzas en unidades remedo de las regulares, regimientos y batallones normalmente adscritos a alguna ciudad o región de la que toman el nombre, además del de los «50 pares», su escolta personal.

En el ataque a Valladolid son unos 20.000 hombres, parte de ellos organizados en una docena de unidades tipo regimiento. Tras el fracaso ante esta ciudad, comienza un proceso de dispersión progresiva de las fuerzas patriotas que, con altibajos, continúa hasta el momento mismo de la Independencia en 1821. Primero ejércitos en retirada, después unidades irregulares y de guerrilla que poco a poco van perdiendo importancia. Al final sólo continúan la lucha unas pocas bandas.

Las fuerzas insurgentes en Venezuela, en 1810, están formadas inicialmente por las unidades veteranas y de milicia existentes en la zona de esa capitanía general en que triunfa el movimiento de abril de 1810, que ya se han inventariado al hablar de las fuerzas realistas en esa región. Además, las autoridades revolucionarias crean algunas unidades de voluntarios con las que llevan a cabo limitadas operaciones contra las provincias «rebeldes» a Caracas y que no pueden impedir su fulminante derrota frente a la pequeña fuerza de Monteverde en 1812.

Por el contrario, para su «campaña admirable» y la lucha de la segunda República venezolana, Bolívar, esta vez general en jefe, cuenta con un ejército de mayor eficacia. Organizado inicialmente en el «exilio» en Nueva Granada, está formado al comienzo de su campaña por unos cuatro batallones venezolanos y otros tres «prestados» por Nueva Granada. A lo largo de esta etapa de la lucha, Bolívar crea tres batallones regulares más, además de seis escuadrones de caballería y unidades de milicia; las fuerzas regulares totalizan a fin de año unos 7.000 hombres aptos para el servicio que se duplican contando los auxiliares.

Todo esto, sin embargo, no será suficiente para contener el formidable empuje de los llaneros de Boves, que, a lo largo del año siguiente, 1814, pondrán fin a la segunda República venezolana. Sin embargo, Bolívar es hombre tenaz que sabe sacar lecciones de los fracasos. Volveremos a encontrarle, y esta vez será la definitiva.

Tras el triunfo de la insurrección en la mayor parte del territorio de Nueva Granada, donde pronto surgen dos tendencias enfrentadas, las nuevas autoridades organizan rápidamente algunas unidades a partir de las ya existentes, veteranas o de milicia, que, por su parte, se han sumado al alzamiento sin mayores dificultades. El Batallón Auxiliar de Santa Fe, unidad veterana, se transforma en el de Granaderos de Cundinamarca (nombre que recibe el nuevo estado a partir de la proclamación de Independencia), y poco después se organiza un segundo batallón, llamado de la Guardia Nacional, y otro con la denominación de Patriotas. En octubre de 1812, Leiva, uno de los jefes militares sumados a la insurrección, establece un plan para la fuerza veterana que juzga necesaria para el estado de Cundinamarca: un batallón provincial, otro de voluntarios nacionales, una compañía veterana de artillería, un escuadrón de caballería y una compañía de ingenieros.

Bajo el mando de Nariño sostendrán diversas campañas, tanto contra los realistas de Popayán y Pasto, como contra la ciudad rebelde de Cartagena, bastión del partido federalista, y de otras ciudades igualmente bajo efímeros regímenes «rebeldes» a la capital. Todas estas fuerzas no son por lo general más que las antiguas milicias provinciales, locales y urbanas, activadas con mejor o peor éxito por los jefes independentistas y de las que evidentemente no puede esperarse una extraordinaria conducta desde el punto de vista militar. Ahora bien, no debe olvidarse que con las excepciones mencionadas, sus oponentes realistas no cuentan tampoco con ninguna fuerza veterana y sus milicias son aún menos numerosas y organizadas que las rebeldes. Ya hemos visto cómo las fuerzas veteranas realistas se componen, todo lo más, de unidades tipo compañía y que no actúa en el sur ninguna unidad peninsular y sólo una en la zona de Santa Marta.

Según testimonio del propio Nariño, tras su derrota y captura en Pasto, ante unidades en su mayor parte irregulares, el ejército de Santa Fe apenas cuenta en ese momento como fuerzas útiles con los tres ba-

tallones antes mencionados [32]. El resto son unidades de milicia de escaso valor y muy poco armamento. Efectivamente, sólo podrán oponer a Bolívar, que manda las fuerzas de Cartagena en 1814, unos 500 veteranos y 900 milicianos.

Lo mismo puede decirse de las fuerzas del régimen rival de Cartagena que, por ejemplo, en su campaña contra Santa Fe, en 1813, están formadas por dos «brigadas» con un batallón de infantería cada una y fuerzas de caballería. Por lo demás, ambos regímenes neogranadinos cuentan en algún momento, en los años 1814 y 1815, con el refuerzo de las fuerzas de Bolívar refugiadas en su territorio tras las derrotas de los realistas en la capitanía general de Venezuela. A cambio de eso, el Libertador puede utilizar algunas unidades neogranadinas en sus campañas de 1813 y 1814.

En cualquier caso, todas las tropas insurgentes de Nueva Granada son aniquiladas en las campañas realistas de 1815 y 1816, y ya no habrá fuerzas independentistas, a excepción de alguna guerrilla en el virreinato hasta el inicio de la campaña de Bolívar y Santander, en 1819.

En el virreinato del Río de la Plata, la creación de los ejércitos insurgentes tiene unas características especiales. En primer lugar, el triunfo inmediato en casi todo el territorio, a excepción de Montevideo y el Paraguay, hace que a difencia de otros puntos del hemisferio, los insurgentes puedan contar de forma automática con la casi totalidad de las fuerzas existentes y con los medios para crear y organizar nuevas. Muchas de estas fuerzas son de reciente creación organizadas por las autoridades, realistas, por tanto, para resistir a las invasiones inglesas de 1806 y 1807.

Al comienzo del siglo, antes de que empiece el proceso de organización de dichas fuerzas, las existentes en el virreinato eran, como unidades veteranas, el Regimiento de Buenos Aires, de tres batallones, con efectivos muy mermados, un regimiento de dragones y dos cuerpos de blandengues (fuerzas de caballería ligera destinadas a patrullar las zonas fronterizas), con un total de quince compañías. De milicias disciplinadas, hay dos batallones de voluntarios y trece regimientos de voluntarios de caballería, existentes, estos últimos, muy poco más que sobre el papel.

[32] Albi, *op. cit.* p. 131 y ss.

Durante la lucha contra las invasiones inglesas se crean diversos cuerpos, unos americanos y otros formados por peninsulares residentes en el Río de la PLata, si bien estos últimos son disueltos durante la crisis de 1809[33]. Los demás son organizados en cinco batallones de línea que vertebrarán el ejército de la revolución de mayo. Los insurgentes disuelven las unidades veteranas que quedan bajo su control y crean cinco regimientos numerados sucesivamente, a dos batallones cada uno, a partir de los batallones de línea antes aludidos, de los cuales los dos primeros recibieron el nombre de «Patricios», además del Regimiento de «Castas» (pardos). Otro conserva el nombre de Granaderos de Fernando VII durante varios años, tras el inicio del proceso revolucionario (no se olvide que hasta la proclamación de la Independencia argentina por el congreso de Tucumán, en 1816, los revolucionarios, en teoría, acatan al Rey). En noviembre de 1810 se crean dos regimientos más, uno en Tucumán y otro en el Alto Perú, un octavo en 1813 (alto-peruano, disuelto poco después), otro al año siguiente y, por último, otro más en 1815. Además, los insurgentes cuentan con las unidades de blandengues de caballería (posteriormente Regimiento de Voluntarios de Caballería de la Patria), los regimientos de milicia provincial de ese arma antes mencionados (los Dragones de Buenos Aires toman el nombre de Dragones de la Patria) y en 1813 se crea el famoso Regimiento de Granaderos a caballo con 400 plazas.

Por último, debe recordarse a las unidades más o menos irregulares de alto-peruanos que apoyan a las expediciones bonaerenses a su país, disolviéndose para continuar a veces alguna actividad guerrillera cuando aquéllas se retiran del Altiplano.

No mencionaremos al ejército paraguayo tras la proclamación de la Independencia de ese país, ya que no participará prácticamente en ninguna otra acción durante la contienda. Por otra parte, los recursos de la región no permiten unas fuerzas armadas numerosas y, aunque a ellas habría que sumar las fuerzas de milicia características de Suramérica, el ejército que podemos llamar regular está formado por sólo 850 hombres en 1815, y 1.800 en 1820, articulados en compañías de fusileros, infantería de línea, caballería de línea y granaderos a caballo.

[33] Algunas de estas fuerzas, todavía realistas, participaron a las órdenes del general Nieto en la represión del movimiento revolucionario en el Alto Perú en 1809, organizadas en tres «divisiones», con Dragones, alguna fuerza veterana del Fijo de Buenos Aires y compañías de marina, patricios, arribeños, montañeses, andaluces, etc.

El ejército de la «patria vieja» chilena está formado, inicialmente (recuérdese que la Junta insurgente se establece en Santiago sin encontrar resistencia), por las unidades allí destacadas: dos batallones de infantería veterana (Concepción y Valdivia), nueve compañías de dragones, la Asamblea de Caballería, un regimiento de milicias de infantería y dos de caballería, y algunos regimientos independientes. A continuación, las autoridades insurgentes organizan nuevos cuerpos de voluntarios para completar los efectivos de esas fuerzas cuya lealtad a la Junta es cuando menos dudosa. Para ello, pretenden organizar unidades regulares y activar las milicias locales. En noviembre de 1810, el brigadier McKenna prepara un plan para la defensa del reino.

La turbulenta historia externa de la «patria vieja» con sus pronunciamientos y contiendas civiles —en determinado momento el río Maule sirve como línea de demarcación de dos facciones opuestas—, no facilita evidentemente la tarea. Así, al comienzo de las operaciones realistas —que, por otra parte, cuentan con el apoyo de numerosos chilenos, criollos o indígenas y a los que se sumarán casi todas las fuerzas militares pre-revolucionarias en las zonas en que van actuando—, el ejército con que O'Higgins y los Carrera tratan de resistir, está formado por unos 4.000 hombres mal organizados y equipados, articulados en tres divisiones al mando de O'Higgins y de dos de los hermanos Carrera. La infantería está formada por el Batallón de Granaderos de Chile, organizado en los primeros tiempos de la Junta insurgente, cuatro batallones de infantería y unidades de milicia, casi todos ellos con efectivos muy por debajo de lo previsto. La caballería creada inicialmente en torno a la Compañía de Dragones de la Reina cuenta con los Húsares Nacionales y los antiguos dragones. Sabido es cómo estas fuerzas no pueden contener a las de Pareja en 1813 y Osorio al año siguiente. Tras la derrota de Rancagua y la reconquista total realista, quedan en Chile algunos núcleos de guerrilleros independentistas como el de Manuel Rodríguez, fiel partidario de los Carrera (cuya actuación inicial curiosamente, en la época de las primeras Juntas, tuvo un carácter moderado y españolista), sin que, por otra parte, constituyan en ningún momento un serio peligro para el régimen restaurado.

Mencionemos siquiera a los contingentes de las primeras juntas insurrectas, aunque su importancia no fuera decisiva en la lucha.

En el Alto Perú, durante la insurrección de La Paz y Chuquisaca en 1809, Álvarez Arenales organiza en esta última ciudad unas fuerzas

de milicia compuestas por nueve compañías de artillería agrupadas por gremios, mientras en La Paz se arman igualmente algunos contingentes de milicias que no pueden ofrecer resistencia alguna a las fuerzas de Goyeneche y a las enviadas desde el virreinato de Buenos Aires.

En cuanto a la Junta de Quito, constituida ese mismo año y presidida por el marqués de Selva Alegre, organiza para la «defensa del reino» unas denominadas «Falanges de Fernando VII», formadas por tres batallones de infantería de «pie de ordenanza» [34] y con un total de 3.000 hombres, por supuesto muy mal equipados, y que no podrán resistir el ataque concéntrico de las fuerzas realistas de ese reino y las del virrey Abascal, que pronto darán buena cuenta de la rebelión.

[34] M. Torrente, *op. cit.*, p. 43.

Capítulo III

(1815-1820)

Resumen histórico

El segundo período netamente diferenciado en el desarrolllo de la contienda independentista en América es el que va desde 1814 a 1820; es decir, desde el final de la guerra de Independencia hasta la revolución liberal, iniciada precisamente por una parte del ejército expedicionario destinado a operar contra los insurgentes americanos. Dicha etapa es la conocida en toda Europa como la Restauración, es decir, como la época en la que, caído Napoleón y derrotada al menos formalmente la revolución iniciada en 1789, se recompone el mapa de Europa en el Congreso de Viena y se restauran en mayor o menor medida las monarquías absolutas, repúblicas aristocráticas y otros regímenes anteriores al inicio de la Revolución francesa que, a su vez, forman la Santa Alianza destinada a mantener el orden político en la Europa nuevamente reorganizada.

En España, donde la guerra llamada de Independencia da fin en abril de 1814 con la abdicación de Napoleón, y sin que se consiga ventaja alguna como consecuencia del importante papel jugado en esa contienda, la llegada del rey Fernando VII de su destierro en Valençay ocasiona poco después el pronunciamiento del general Elío en Valencia y la vuelta al régimen absoluto. Las Cortes son disueltas y sus decretos declarados nulos y como si no hubieran tenido lugar. Se restablece la Inquisición y la Compañía de Jesús y se establece la censura de prensa. Los políticos liberales son perseguidos, encarcelados o deportados o bien deben exilarse. Sin embargo, no por ello cesan en su empeño de establecer en España un régimen constitucional basado en

los principios de las Cortes de Cádiz. Para ello, desde los primeros meses de la nueva situación absolutista comienza una sucesión de conspiraciones civiles y militares con la finalidad de provocar un pronunciamiento del sector liberal de la oficialidad del ejército; varias de ellas fracasan y son duramente reprimidas: así, las de Mina, Porlier, Ricart, Lacy, Vidal (quien pretende la restauración de Carlos IV como monarca constitucional), cuyos jefes son detenidos y ejecutados cuando no logran escapar al extranjero.

Sin embargo, el descontento en algún sector de la población —burguesía ilustrada, oficialidad del ejército, etc.— crece sensiblemente. Por fin, en enero de 1820 se inicia en Cabezas de San Juan, provincia de Cádiz, la sublevación, al principio poco importante pero que, combatida con escasa eficacia, acaba por imponer al Rey la proclamación de la Constitución de Cádiz (marzo de 1820), con lo cual se inicia un período decisivo en el proceso de Independencia de las posesiones americanas.

En México, la contienda en este período continúa con los caracteres de guerra irregular de la anterior. Partidas guerrilleras, cada vez menos numerosas y más dispersas, con un total de unos 6.000 a 8.000 combatientes, son perseguidas por las fuerzas realistas que, por otra parte, dadas las características de ese tipo de guerra, deben emplear gran número de hombres.

A lo largo del período de 1815-1820, la actividad de los insurgentes va decayendo, algunos jefes se rinden, otros se acogen a indultos —posibles en esta época—, otras unidades se disuelven y, en 1818, cae el último resto del gobierno revolucionario. Hacia 1818-1819 apenas quedan en el sur algunas partidas mandadas por Guadalupe Victoria, Guerrero —ambos futuros presidentes de la República— y otros de menos importancia.

En 1817 había ocurrido un hecho significativo desde varios puntos de vista: la expedición en apoyo de los insurgentes organizada en Europa y dirigida por Javier Mina, ex guerrillero en Navarra durante la guerra de Independencia (sobrino de Espoz y Mina) y que, por su ideología liberal, no duda en pasar a América a combatir el absolutismo de Fernando VII. La expedición desembarca en el Soto de la Marina y consigue algunos éxitos iniciales, pero atacada por fuerzas realistas bajo el mando de Arredondo, es vencida y su jefe hecho prisionero, tras lo cual es fusilado.

Cabría mencionar, por último, la expedición en 1819 del filibustero Long, formada, mayoritariamente, por norteamericanos con el propósito de apoderarse de Texas, que ocupa Nacogdoches, término del viejo «camino comanche» [1]. La expedición es vencida con facilidad. Pero ya para entonces, México se alejaba de Dios y se acercaba a los Estados Unidos. En 1836-1845, éstos conseguirán su propósito de extender sobre gran parte del territorio de Nueva España el «destino manifiesto», que, por otra parte, ya se había hecho sentir en 1819 en La Florida, ocupada por el general norteamericano Jackson, que dirigía una campaña contra los semínolas, indígenas del interior de dicha península.

En cuanto a la América Central y las Antillas, no conocen apenas actividad revolucionaria a lo largo de este período.

Dejamos la sucinta relación de los acontecimientos bélicos en Venezuela y Nueva Granada en el capítulo anterior en el momento en que llega a sus costas la expedición de fuerzas peninsulares del general Morillo, que constituye un punto de inflexión en el desarrollo de la contienda en esa zona.

La política de Morillo y demás autoridades realistas es inicialmente de clemencia con los rebeldes que se someten. Pacificada totalmente Venezuela, la expedición parte para Nueva Granada reforzada por las fuerzas de Morales donde, en agosto de 1815, pone sitio a Cartagena que capitula el 7 de diciembre tras un mortífero asedio, a lo cual sigue una severa represión.

Posteriormente las fuerzas expedicionarias avanzan sobre diversos puntos de la zona insurgente derrotando a los rebeldes, apoderándose de Santa Fe en mayo de 1816 y poniendo fin al régimen de la «patria boba». A ello sigue una dura represión contra los insurgentes, que pue-

[1] Ya en 1812-1813 se había producido una invasión de Texas por voluntarios americanos al servicio (teórico) de la revolución independentista, que, tras ocupar toda la provincia y ejecutar al gobernador español, no tuvieron tanta suerte como los de 1819. Vencidos en agosto de 1813 en la batalla de Medinilla por las fuerzas realistas del coronel Arredondo, los 112 prisioneros capturados en la acción fueron fusilados inmediatamente. Recuperado poco después San Antonio, se hicieron otros 215 prisioneros, casi todos norteamericanos, que fueron encerrados en el fuerte de El Álamo en un calabozo de reducidas proporciones, versión local del Black Hole de Calcuta, donde la mayor parte de aquéllos murieron por asfixia. Los supervivientes fueron fusilados.

den ser capturados. Poco después, Morillo regresa a Venezuela quedando en el país Sámano como virrey y Barreiro como jefe militar.

Mientras la expedición de Morillo sitia Cartagena y ocupa Nueva Granada, se reanuda la lucha de los insurgentes en Venezuela. Bolívar con algunas fuerzas desembarca en mayo de 1816 y con la colaboración de Páez, uno de los jefes de los llaneros, ahora pasado a la causa de la revolución, se establece en Angostura, donde recibe ayudas procedentes de Inglaterra y Estados Unidos y buen número de voluntarios ex combatientes de las guerras de Europa. La guerra contra Morillo, tras su vuelta de Nueva Granada, sigue sin resultados decisivos para ninguno de los bandos; por ello Bolívar decide llevar la guerra al otro lado de los Andes al virreinato de Santa Fe, plan al que se da Comienzo tras el congreso de Angostura, en el que se establece la Constitución republicana y se elige presidente al mismo Bolívar. En mayo-julio de 1819, el ejército insurgente cruza Los Llanos de Venezuela y los Andes y, sorprendiendo al ejército realista al que vence en el pantano de Vargas, ocupa Tunja y, a continuación, obtiene la victoria de Boyacá, poco importante militarmente pero de decisivo alcance en el desarrollo de la contienda, ya que supone la caída del régimen realista en casi todo el virreinato de Nueva Granada. Las fuerzas insurgentes ocupan Santa Fe, llamada desde entonces Bogotá, aunque los realistas retienen todavía Cartagena, Santa Marta y Pasto. Poco después, Bolívar regresa a Venezuela mientras, por su parte, las fuerzas realistas llevan a cabo en 1820 una tentativa fracasada contra el territorio insurgente en el que pierden, como consecuencia, Santa Marta y Popayán. Pueden conservar Pasto, bastión realista del Meridión. Poco después, las consecuencias de la revolución de Riego en la Península hacen que la contienda entre en tierras americanas en una nueva y decisiva fase.

Días antes, precisamente, del inicio de aquélla, el congreso de Angostura ha proclamado la República de la Gran Colombia que comprende Venezuela, Nueva Granada y el territorio de la Audiencia de Quito. Por lo demás, en el territorio de esta audiencia, la actividad insurgente es prácticamente nula a lo largo de todo este período.

Terminada la guerra en el estuario del Río de la Plata por la capitulación de Montevideo, territorio que pronto será ocupado por los portugueses, y fracasada la tercera expedición al Alto Perú con el desastre de Viluma, las operaciones militares en los países del Plata serán en este período mucho más limitadas que en el anterior. La actividad

bélica en los límites del Alto Perú se va a reducir a acciones de menor importancia, aunque las fuerzas realistas lleven a cabo alguna expedición hasta Jujuy o Salta, quedando, por parte argentina, asegurada la defensa de la zona fronteriza por las fuerzas de Güemes, compuestas sobre todo por unidades más o menos irregulares de gauchos.

Por lo demás, a lo largo de este período, cae la Argentina en un período de creciente anarquía en manos de caudillos militares que gobiernan las provincias en guerra frecuente de unos contra otros y opuestos, por igual, al gobierno de Buenos Aires: Estanislao López, Ramírez, Artigas, son nombres que suenan con frecuencia en esta etapa histórica, en la cual el congreso de Tucumán proclama la Independencia formal de las Provincias Unidas en 1816.

Ya antes de la reconquista realista de Chile, el general José de San Martín, nombrado en 1814 gobernador de Cuyo, junto a los Andes, había concebido su plan de llevar la guerra al Perú virreinal por mar. La reconquista de Chile por el ejército realista hace que obviamente sea necesario el paso previo de la liberación de esa capitanía general. Para ello, en los dos años siguientes [2], organiza metódicamente la expedición que cruzará los Andes formada por tropas argentinas y fugitivos chilenos. Evita mezclarse en la turbulenta política caudillística del momento y consigue el apoyo del «Director» Pueyrredón de Buenos Aires.

En enero de 1817, las tropas de San Martín cruzan los Andes, derrotan a Maroto en Chacabuco y ocupan Santiago y Valparaíso. Los jefes del ejército insurgente cometen el error de no explotar inmediatamente el éxito ocupando con rapidez todo el territorio, y los realistas, fuertes en el Sur, defienden la plaza de Talcahuano donde reciben un refuerzo de tropas del Perú con el brigadier Osorio a la cabeza, que vence a San Martín en Cancharrayada pero es decisivamente derrotado en Maipú. Tras ello, aquél se retira nuevamente al Perú dejando un pequeño núcleo de fuerzas para resistir en el sur con apoyo de los indios araucanos. En 1820, los insurgentes toman Valdivia y la resistencia realista queda reducida a la actividad de algunas guerrillas y unidades irregulares y al archipiélago del Chiloé, que resistirá hasta 1826.

En Perú, por el contrario, la autoridad realista, vencida la rebelión de Cuzco, apenas encuentra dificultades aunque tenga lugar alguna

[2] V. Gerónimo Espejo, *El paso de los Andes*, Buenos Aires, 1953.

tentativa independentista de escasísima entidad. En el Altiplano, tras el fracaso y retirada de la última expedición bonaerense, la guerra de resistencia a la Metrópoli [3] adopta en esta época la forma de guerrillas, «las republiquetas» de los jefes Lanza, Warnes y Padilla, entre otros, vencidos progresivamente. Al final del período que examinamos, la actividad insurgente es casi nula y el orden interno, así como la estabilidad de los frentes, puede ser mantenido por muy exiguas fuerzas realistas.

Estrategia

Del pequeño resumen histórico del capítulo anterior, podemos inducir cuál es la situación estratégica al comienzo de la segunda fase de la contienda, cuyos puntos de inflexión son prácticamente simultáneos en las principales áreas: derrota de Morelos en México, llegada de la expedición de Morillo a Venezuela y Nueva Granada, fracaso de la tercera expedición argentina al Alto Perú y fin de la lucha en Chile y Montevideo por las derrotas insurgente y realista respectivamente, acontecimientos todos ellos producidos entre junio de 1814 (capitulación de Montevideo) y noviembre de 1815 (captura de Morelos y derrota bonaerense en Viluma).

La situación estratégica de la América española es, pues, la siguiente: en el virreinato de Nueva España, la insurrección, formidable durante los primeros años, está en franco proceso de retirada. Vencidos sus principales ejércitos, perdidas las ciudades y posiciones estratégicas importantes que llegaron a ocupar en los tiempos iniciales de la insurrección, repuestas de su sorpresa y temores iniciales las autoridades realistas, que han organizado unos contingentes armados de varios tipos, tropas veteranas y peninsulares, milicias disciplinadas y fuerzas locales de gran eficacia en ese tipo de guerra, los insurgentes se ven obligados, cada vez más, a llevar a cabo una guerra de guerrillas. Pronto, por otra parte, comenzarán a desaparecer paulatinamente, mientras muchos de sus jefes son capturados o se acogen a indulto. En una pa-

[3] La lucha en el Alto Perú en *La guerra de los republiquetas*, Buenos Aires, 1965 (extracto de las biografías de San Martín y Belgrano de B. Mitre).

labra, al norte del itsmo la situación de las fuerzas realistas ha mejorado extraordinariamente con relación a los primeros años de la contienda.

En el virreinato de Nueva Granada, la situación es igualmente halagüeña para los realistas. Vencida y aplastada la segunda República venezolana por la tremenda reacción dirigida por Boves, reducidas las fuerzas insurgentes a la isla Margarita, que perderán en el momento de la llegada de la expedición del general Morillo; sofocada igualmente, ya hace tiempo, la insurrección quiteña, y contenidos los ataques de las fuerzas insurgentes de Nueva Granada contra las zonas realistas del norte y del sur de ese virreinato, bastará la inminente llegada de la «expedición pacificadora» para, en poco tiempo, dar buena cuenta de los restos de la rebelión.

Más al sur, a pesar del contratiempo de la insurrección de Cuzco, rápidamente vencida, Abascal tiene firmemente para la causa realista el virreinato del Perú incluyendo los extensos territorios del Altiplano, hasta los confines de Salta y Jujuy. Además, en el último año, ha recuperado Chile en una campaña brillante y relativamente poco costosa. Por lo demás, la República Argentina, único territorio de importancia en rebelión y que por esos días en el congreso de Tucumán proclamará formalmente su Independencia, se encuentra en un proceso de franca descomposición interna y creciente anarquía. Las provincias están en poder de caudillos y jefes de montoneras enfrentados a Buenos Aires [4], donde los gobiernos se suceden sin poder imponer su autoridad más allá de los límites de esa provincia.

No obstante, los realistas se enfrentan a ciertas dificultades, reales unas, potenciales y más o menos inminentes las otras, que, ensombrecen relativamente el panorama, en principio, halagüeño que tienen ante ellos. En primer lugar, la situación de la metrópoli bajo la reacción absolutista regida por gobernantes que obviamente no están a la altura que las circunstancias exigirían, en una situación de poca estabilidad política, lo que posibilita cualquier revolución que haría replantearse tantos aspectos de la contienda. En dificultades de orden moral por el escaso interés y motivación de la nación para participar, siquiera sea

[4] Para las guerras civiles argentinas, entre otros, véase *Memorias póstumas del General Paz*, Buenos Aires, 1912 (2 vols.).

pasivamente, en la contienda para mantener la integridad de la monarquía, y de orden simplemente económico y técnico, que hacen que el envío de tropas y medios de guerra se lleve a cabo con una parsimonia extraordinaria. Y, por último, los oídos de mercader que las potencias, en principio solidarias, de la Santa Alianza, hacen a las peticiones de ayuda al gobierno español.

Ya en el continente americano, las fuerzas realistas tienen frente a ellas, en primer lugar, la tenacidad y el genio de Bolívar que, vencido una y otra vez, vuelve a reiniciar la guerra impidiendo a las fuerzas victoriosas la explotación del éxito en otros territorios; a continuación, la insurrección, vencida progresivamente, de las «republiquetas» altoperuanas, que, mientras tenga cierta envergadura, impide o dificulta enormemente las operaciones contra el norte argentino, donde un general, muy capacitado para la guerra irregular, crea un frente con sus gauchos, difícil de romper como no sea con fuerzas más importantes de las que se pueden asignar, de momento, a la operación.

Por último, dos hechos ensombrecen el panorama realista en el cono sur: uno, la capitulación en un momento inoportuno de la plaza de Montevideo, que, sobre liberar cierto número de fuerzas enemigas para emplear en otros frentes, supone la pérdida de un punto de apoyo utilísimo para actuar contra la metrópoli insurrecta de la zona. El otro es la capacidad militar y estratégica —y política en el sentido de saber evitar verse envuelto en contiendas partidistas— de San Martín que, en su gobierno de Mendoza, planifica incansable la operación contra Chile y el Perú, que tan negativas consecuencias tendrá para la causa realista antes de que pase mucho tiempo.

En cuanto a las fuerzas de que dispone cada bando, son las siguientes. En Nueva España, un numeroso ejército realista, formado por tropas peninsulares, veteranos locales y milicias provinciales y urbanas, con un total en efectivos superior a los 80.000 hombres, se enfrenta con unas fuerzas insurrectas en franco proceso de decadencia. Todavía numerosas, pero sin sus jefes más importantes y carismáticos y sin contar con bases permanentes, se ven obligadas a llevar a cabo una guerra de guerrillas de incierto resultado y que, sin embargo, desde un punto de vista estratégico global, cumplen el papel de fijar a esas numerosas fuerzas realistas en el virreinato.

En la América meridional, la situación es diferente. Dos principales ejércitos por cada bando continúan la lucha iniciada en 1810. En

el área Venezuela-Nueva Granada actúa, por parte realista, el ejército del general Morillo formado por las fuerzas que le acompañaron en su expedición, las ya existentes en la zona —fundamentalmente las que organizara Boves y otras menores— y las que va a organizar a lo largo de la campaña, por ejemplo, tras la rápida ocupación de Nueva Granada en 1816. Los insurgentes, sin mencionar a las fuerzas neogranadinas existentes al principio de la campaña y rápidamente vencidas, contarán muy pronto con las que Bolívar y otros jefes insurgentes vayan levantando en la zona a partir de los cuadros con que llegan de su exilio en Haití y con las que, al compás de los acontecimientos bélicos, irán creando. Recibirán, igualmente, avanzada la campaña, la aportación de voluntarios europeos ex combatientes de guerras napoleónicas, que tendrán un papel de relativa importancia en sus filas.

El segundo ejército realista en la América del Sur es el del virrey del Perú, desplegado en este virreinato, el Alto Perú y norte argentino y Chile, un ejército relativamente numeroso y bien organizado, casi totalmente con fuerzas autóctonas. Efectivamente, al comienzo de la etapa a que nos referimos, las peninsulares se componen solamente de unos 800 hombres del batallón de Talavera y, aunque a lo largo del período llegarán otras, serán siempre muy minoritarias en el conjunto del ejército de Lima. Sin contar con las milicias —ahora en fase de decadencia y que ya no son empleadas en operaciones militares de importancia—, el ejército virreinal está formado por las unidades de línea creadas en la etapa anterior sobre su base. El ejército está desplegado, pacificado casi totalmente Chile, el Perú o el Altiplano, apéndice de aquél. Las tropas que llevaron a cabo la operación de reconquista de aquel reino, han regresado al Perú y en él han quedado unas fuerzas relativamente importantes para las tareas de ocupación y para la defensa contra operaciones que puedan iniciarse al otro lado de la Cordillera, como efectivamente ocurrirá, con lo que aquéllas se encontrarán en situación de inferioridad. Sin embargo, el dominio del mar en esta época por la escuadra española hace que sea relativamente fácil el transporte de tropas de Chile al Perú y viceversa en caso necesario, aunque a lo largo de cierto espacio de tiempo. Frente a las fuerzas realistas, el ejército insurgente está formado por el que opera en el norte argentino al mando de Güemes y el marqués del Tojo, constituido, en su mayor parte, por fuerzas irregulares y provinciales que defienden el territorio contra las invasiones realistas procedentes del Alto Perú, y el

que organiza San Martín en su gobierno de Mendoza para llevar a cabo la invasión de Chile y posteriormente del Perú, con unos efectivos crecientes de unos 4.000 hombres que llegarán a ser 5.000 en el momento del inicio de la operación en los Andes.

Respecto a los demás ejércitos de la República Argentina, cuentan poco en un planteamiento estratégico. Formados por fuerzas provinciales en lucha frecuente unas con otras, no serían obstáculo difícil para una expedición realista en número y con los pertrechos adecuados y, en cualquier caso, no se puede contar con ellos para operaciones ofensivas de ninguna clase.

En cuanto a las alternativas estratégicas de ambos bandos para la etapa por venir, pueden ser, en un brevísimo análisis las siguientes.

En Nueva España, parece claro que ningún bando tiene otra posibilidad de acción que la que, de hecho, lleva a efecto: continuar la lucha de guerrillas por parte de los insurgentes y combatirla con la mayor eficacia posible por parte realista. Acaso pueda discutirse la utilización en ese área, contra unas fuerzas enemigas en franco retroceso, de unos contingentes peninsulares y veteranos, susceptibles de ser empleados en otros puntos del Continente, en número tal vez más importante del necesario. Ya comentamos antes, en cualquier caso, el interés del virreinato de Nueva España, tanto económico como estratégico, con costas a los dos océanos, llave de la América Central y fronterizo con los Estados Unidos.

En Venezuela y Nueva Granada, puede decirse prácticamente lo mismo. Las posibilidades de Bolívar durante mucho tiempo se reducirán a las que pone en práctica: una guerra tenaz y de desgaste contra su oponente Morillo, operando en la zona en que mayores dificultades pueda encontrar éste. Muy oportuna es su operación sobre Nueva Granada, que le supondrá en poco tiempo la ocupación de casi todo lo perdido en 1815 y 1816 en ese virreinato. En cuanto a su oponente, simplemente no puede hacer otra cosa que combatirle con sus debilitadas fuerzas en un medio tan hostil [5], en espera o bien de conseguir algún éxito decisivo en campo abierto o de recibir refuerzos importantes de la metrópoli.

En las áreas meridionales del continente, ambos bandos tienen en cambio diferentes posibilidades operativas. Para empezar, los insurgen-

[5] V. Lecuna, *Crónica de las Guerras de Bolívar*, vol. II, pp. 100 y ss.; 266-268.

tes tienen la de intentar —¡por cuarta vez!— su viejo sueño de llegar a Lima por La Paz y Cuzco. Para ello, en los primeros tiempos de esta etapa, contarían con el apoyo que les puedan dar los insurrectos altoperuanos de las «republiquetas». Sin embargo, emprender una vez más lo que tantas otras acabó en fracaso y teniendo en contra en este momento el que gran parte del territorio argentino está en poder de fracciones enfrentadas, es poco aconsejable. Más indicada es, en cambio, la operación que prepara San Martín: cruzar los Andes y ocupar rápidamente Chile para, desde allí, operar contra el Perú realista. Esta operación requiere una preparación minuciosa, a la que se dedica el que será su comandante en jefe y, también, que el frente norte esté cubierto contra las posibles incursiones de fuerzas realistas del Alto Perú, a lo que se aplica abnegadamente el general Güemes.

Por su parte, los realistas tienen, a su vez, diversas posibilidades. Ocupado Chile pueden, una vez reducidas las guerrillas altoperuanas, o bien invadir el norte argentino operando como otras veces sobre Salta, Tucumán y Córdoba para caer sobre Buenos Aires, o bien —previa, por supuesto, una preparación minuciosa, como la que San Martín lleva a efecto—, cruzar los Andes desde Chile y marchar sobre Mendoza y Córdoba. Existe, de hecho, un proyecto realista en ese sentido. Por lo demás, las dos posibilidades pueden combinarse en diferentes proporciones dividiendo el peso de la operación entre ambos ejércitos, Chile y el Alto Perú [6].

Perdido Chile nuevamente, se presentan dos alternativas a los realistas. Una, la que de hecho intentarán y que terminará en la batalla de Maipú: reforzar a las tropas realistas en esa región e intentar su reconquista y el restablecimiento de la situación de 1815-1816. Otra, abandonar Chile a su suerte y, como propone La Serna en contra de la opinión de Pezuela que prevalecerá, intentar con medios importantes la operación sobre Tucumán, cuyo desarrollo en caso de tener éxito obligaría, entre otras cosas, a la vuelta a suelo argentino del ejército de San Martín. No debe olvidarse, en cualquier caso, al enjuiciar la estrategia seguida por Pezuela, que, en la época a que nos referimos, se preperaba «para enseguida» una gran expedición en la Península que, destinada al Río de la Plata alteraría de manera radical la situación

[6] Para el proyecto realista sobre los Andes, ver Albí, *op. cit.*, p. 181.

estratégica en el cono sur del continente, posibilidad que, lógicamente, sería tenida muy en cuenta al planificar las operaciones de las fuerzas del virreinato peruano. Sabido es el destino final de dicha expedición.

El ejército realista

Nueva España

En Nueva España, el período que estudiamos se extiende desde la derrota y ejecución de Morelos, en diciembre de 1815, hasta los primeros meses de 1820, en que la revolución de Riego hace replantear radicalmente el sentido de la contienda. La insurrección, al menos en su fase de lucha organizada, ha recibido un fortísimo golpe con la derrota del generalísimo revolucionario y, a partir de entonces, toma un carácter de lucha de guerrillas, por otra parte de intensidad decreciente. No por ello las fuerzas realistas reducen la presión sobre sus oponentes ni cesa el esfuerzo para organizar a las tropas que las combaten.

Durante esta etapa, el peso de la lucha lo llevan unidades americanas organizadas en el mismo territorio y, aunque numéricamente mucho menos importantes, las unidades peninsulares que han llegado como refuerzo en años anteriores y otras que llegan a lo largo del período. Esto último confirma la importancia que tiene el virreinato a los ojos de Madrid, dado que continúa el envío de refuerzos cuando la insurrección, si no vencida, puede considerarse al menos perfectamente controlada.

A comienzos del período que nos ocupa, las fuerzas virreinales están formadas por cinco regimientos y un batallón de infantería veterana y nueve batallones de infantería expedicionaria —Saboya, posteriormente de la Reina, Castilla, Asturias, posteriormente Mallorca (formado en esta época casi totalmente por tropas autóctonas); Extremadura, Primero Americano, posteriormente denominado Murcia; Lobera, posteriormente Infante don Carlos; Fernando VII, y el batallón de infantería ligera de voluntarios de Navarra—, dos regimientos y dos compañías o escuadrones de dragones veteranos, trece regimientos de infantería de milicia provincial, a dos batallones cada uno, y tres batallones de infantería ligera, también de milicia. La caballería de la milicia provincial está formada por once regimientos de dragones y otros tres cuerpos

independientes. Ya señalamos cómo, después de tantos años de guerra, las tropas de la milicia provincial en poco se diferencian, en calidad, de las veteranas o peninsulares. Además, participan en la campaña las unidades de milicia urbana agrupadas con las provinciales en las diez brigadas a que antes hicimos referencia.

Estas fuerzas, relativamente numerosas en su conjunto y superiores a las de cualquier otra región del continente bajo control realista, no lo son tanto si se considera el tipo de guerra que deben llevar a cabo, es decir, combatir a las numerosas partidas y bandas de guerrilleros que actúan en un territorio extensísimo, prácticamente los límites de la actual República de México que, por necesidades de la campaña, tiene que estar cubierto por numerosas guarniciones y que, además, debe atender a la vigilancia de la frontera norte contra las incursiones de filibusteros norteamericanos.

Por otra parte, continúa el envío de unidades peninsulares al virreinato: en abril de 1815 sale de Cádiz con destino a Veracruz el Regimiento de Órdenes Militares, con dos batallones y un total de 1.300 hombres, y el Batallón de Voluntarios de Navarra con 800; este último recibe el nombre de Barcelona ya durante la campaña, aunque siga conociéndosele de forma oficiosa, y a veces en documentos, con su nombre inicial, lo que puede inducir a confusiones. En enero de 1817 sale de Cádiz con el mismo destino que los anteriores el Regimiento de Zaragoza, con dos batallones y 1.600 hombres.

Todas estas unidades, como es habitual a lo largo de la contienda, una vez en suelo americano, reponen bajas, completan efectivos con reclutas locales, a veces españoles allí residentes, pero muchas otras con personal americano; por ello, al cabo de cierto tiempo incluso las unidades peninsulares tienen una buena proporción de elementos autóctonos, como la inmensa mayoría de las unidades veteranas y de milicias ya existentes en el virreinato.

Estas son las fuerzas con que las autoridades realistas cuentan para llevar a cabo la batalla contra los restos del ejército insurgente. En otro lugar se ha hecho un sucinto relato de las incidencias de la misma, en la cual a las fuerzas insurgentes se unen por poco tiempo —serán rápidamente derrotadas— los componentes de la expedición de Mina, formada en gran parte por españoles enemigos del absolutismo de Fernando VII y que llevarán a cabo una campaña de cierta importancia en varias zonas del centro de México.

Los efectivos de las fuerzas realistas, casi podríamos decir fuerzas del orden, dadas las características de la lucha en estos momentos, son, en cifras aproximadas, de 8.000 a 9.000 hombres en las tropas inicialmente expedicionarias, 10.000 de tropas veteranas locales y 22.000 de milicias; un total, por tanto, superior a los 40.000 hombres, a los que habría que sumar 42.000 pertenecientes a las milicias urbanas, cifras realmente altas si las comparamos con las existentes en otras zonas. Por ejemplo, en esa época las fuerzas en el Perú, incluyendo Quito y el Alto Perú, están formadas por unos 23.000 a 25.000 hombres.

No debe olvidarse, sin embargo, que, si bien, como se ha dicho, las fuerzas pertenecientes a las tres primeras categorías (peninsulares, veteranas y milicia provincial) cuentan con una importante experiencia bélica y un buen nivel cualitativo, con escasas excepciones tienen un carácter marcadamente local y difícilmente podrían ser empleadas en otros puntos del continente americano, aun en caso de que se consiguiera la victoria total con la pacificación absoluta del territorio del virreinato. Es éste un aspecto que matiza cualquier reflexión especialmente de tipo estratégico que pueda hacerse sobre la base de las fuerzas realistas en México. Es decir, que la victoria sobre las últimas partidas insurgentes tendría unos efectos sobre todo políticos, morales, económicos (los recursos del virreinato no sufrirían las consecuencias de las operaciones militares de ambos bandos y, probablemente, parte de ellos podrían dedicarse a financiar la lucha en otras zonas del hemisferio). Sin embargo, desde el punto de vista militar, aquélla no tendría por qué tener grandes consecuencias en el conjunto de la lucha americana. En cualquier caso, sería necesaria la permanencia de un importante número de tropas expedicionarias en el virreinato al menos durante un tiempo y, como ya dijimos, muy difícil transportar fuerzas de recluta local a otras áreas en conflicto.

Por lo demás, no debe considerarse que la victoria militar, virtualmente lograda al final de este período, tenga unas consecuencias totalmente positivas para la causa realista, o mejor dicho, para la causa de la permanencia del virreinato bajo la Corona española. Efectivamente una, por supuesto no la única, causa de la adhesión de los criollos de México a la causa realista fue el carácter de la insurrección indigenista y populista, enemiga por igual del elemento blanco y de origen europeo del virreinato, independientemente de otras consideraciones de tipo político. Vencida ésta, desaparece una de las causas más importan-

tes de aquella adhesión y, a partir de ese momento, empieza a ser posible lo que en años anteriores hubiera sido muy difícil o casi impensable: la consecución de la Independencia dirigida por la elite criolla a semejanza de lo ocurrido en casi todos los demás países del Continente. Dicho fenómeno tendrá, como luego veremos, su detonante en la revolución liberal española de principios de 1820.

En las otras zonas del virreinato (Antillas, América Central) la actividad bélica es nula y las fuerzas militares no experimentan cambios en relación con los datos expuestos en otros momentos de este trabajo.

Venezuela

Tras la partida del grueso de la expedición de Morillo para Nueva Granada y de alguna de las unidades de dicha expedición para otros puntos de América y terminada la pacificación, como sabemos sólo temporalmente, de toda Venezuela, quedan en esta capitanía general tres batallones de los que formaban parte del ejército pacificador: Unión, Castilla y Barbastro, además de tres escuadrones de la Unión y uno de Húsares de Fernando VII. Además quedan en ella la mayor parte de las unidades veteranas y de milicias provinciales adscritas a la misma. Estas tropas, por esos días, en el marco de la regularización general del aparato bélico, proceso que se incrementa extraordinariamente por la llegada del importante contingente peninsular, van siendo reorganizadas, si bien no como unidades de línea. Por el contrario, muchas de las fuerzas más o menos irregulares creadas antes por Boves y que ya tuvimos ocasión de mencionar, parten para Nueva Granada al mando de su segundo, el canario Morales, donde participarán en las campañas que culminarán con la toma de Cartagena y la liquidación de la «patria boba».

Sin embargo, la pacificación de Venezuela es sólo aparente y temporal. La tenacidad de Bolívar, exilado nuevamente tras la derrota insurgente en Nueva Granada, donde se encontraba desde que fue vencido por Boves y refugiado en Haití, bajo la protección del presidente negro Petion (que controla una parte de dicha isla enfrentado al «rey» Cristophe), organiza con otros exilados la vuelta a su país para

reiniciar[7] la lucha, planteando nuevamente la campaña contra las fuerzas realistas.

Por su parte, Morillo envía desde Nueva Granada refuerzos a la capitanía general al mando de Morales, al que encarga reclutar ex combatientes de las fuerzas de Boves. Ya en julio de ese año, tienen lugar encuentros de importancia, que no cesarán hasta el final de la contienda en 1823. Los independentistas operan durante la primera fase de la guerra, preferentemente en zonas que se distinguieron por su hostilidad a dicha causa en épocas anteriores: Guayana, donde obtendrán éxitos por el alejamiento de las bases principales realistas, y Los Llanos, donde Páez comienza a ganar para la causa insurgente a sus habitantes, aunque nunca contará con ellos ni en el número ni con el entusiasmo con que siguieron a Boves. Por el contrario, las prematuras operaciones de independentistas contra ciudades importantes como Cumaná y Caracas fracasan repetidas veces (derrota de Clarines, enero de 1817). Además los insurgentes no dejan de tener serios problemas internos (fusilamiento de Piar, en octubre de 1817, por su oposición a Bolívar). En cuanto a los realistas, pronto comienzan a tener problemas de personal en su ejército. Esta vez no cuentan con el apoyo masivo de los llaneros y, en general, de las clases bajas de la provincia como durante la etapa anterior. Por otra parte, por órdenes de Madrid no se han reactivado adecuadamente las unidades de milicia provincial preexistentes por desconfianza sobre su fidelidad o eficacia en la campaña. Las relativamente numerosas fuerzas peninsulares llegadas con Morillo pronto serán insuficientes para llevar a cabo una guerra de las características de las planteadas por los múltiples focos insurgentes en las zonas, que hacen muy difícil conseguir éxitos decisivos. Por otra parte, las bajas en combate o por enfermedad, el clima y las numerosas deserciones hacen que pronto las unidades inicialmente peninsulares deban ser completadas con naturales del país, aunque en teoría conservan aquel carácter. Pronto el Batallón de Puerto Rico, al que vimos incorporarse a la expedición en 1815 en sustitución de los Cazadores del General, será incorporado al Regimiento de León. Igualmente es completado con autóctonos o residentes españoles el Regimiento de Granada que, como se recordará, fue uno de los primeros en llegar a

[7] V. Lecuna, *op. cit.*, tomo I, pp. 410-425.

la provincia ya en 1813 y que fue varias veces renovado por las numerosas bajas en combate durante la primera campaña y por enfermedad o deserción, posteriormente. También se crean dos nuevos batallones del cuerpo, ya inicialmente venezolano, de Numancia. Por su parte, al Regimiento de la Unión, que pronto cambiará su denominación por la de Valençay, en recuerdo del lugar de destierro de Fernando VII, y al que veremos distinguirse en Carabobo, llegado a América con un solo batallón, se le añadirá un segundo de creación local.

En cuanto a Morillo, regresa a Nueva Granada con el grueso del ejército que le acompañó en aquella campaña y se reincorpora a la lucha contra Bolívar.

Los insurgentes, sin embargo, obtienen un éxito de importancia al tomar Angostura, capital de la Guayana, y defienden la isla Margarita, atacada por fuerzas de una expedición peninsular destinada al Perú. Varias de esas unidades serán retenidas por Morillo en Venezuela, lo que evidentemente proporciona un alivio a la situación. En 1818 inflige varias derrotas a los insurgentes (batallas del Rincón de los Toros y de la Puerta). Sin embargo, no puede conseguir la decisión a su favor de la campaña; los éxitos que obtiene son de tipo local aunque, por otra parte, suponen, en definitiva, que tampoco sus adversarios puedan obtener la victoria en la capitanía general. En 1819, Bolívar toma una de sus brillantes decisiones. Tras otra campaña a principios del mismo año contra las fuerzas de Morillo, igualmente de resultados no decisivos, lleva a cabo la invasión de Nueva Granada sorprendiendo a su poco numerosa guarnición realista.

Poco después del regreso de Bolívar y del grueso de su ejército a Venezuela, estalla la revolución liberal en la Península cuyas consecuencias en Tierra Firme veremos en capítulos posteriores. Como consecuencia al —relativo— trasiego de unidades, creación de nuevos cuerpos, cambio de denominación en otros, etc., la composición de las fuerzas realistas en Venezuela es la siguiente: como fuerza expedicionaria se encuentran los cuerpos de León, con dos batallones (uno de ellos el antiguo Batallón de Puerto Rico), el de Valençay, igualmente con dos batallones, uno casi íntegramente americano y el de Navarra, también con dos batallones; y los batallones de infantería ligera de Hostalrich, Barbastro y Aragón. Además, está el Regimiento de Caballería de Húsares de Fernando VII. De las unidades formadas inicialmente en Venezuela, existen las siguientes: regimientos de infantería de

línea del Rey y Numancia a tres batallones cada uno; batallones de infantería ligera de Cachirí, Clarines, Barinas, Reina Isabel y Cazadores del Infante; de caballería local, toda ella formada por llaneros, existen los Dragones Leales de Fernando VII, los Cazadores del General y los Lanceros Venezolanos.

Además, existen algunos cuerpos de milicias provinciales, aunque su organización y capacidad bélica está muy por debajo de los otros existentes en otras zonas del continente. Sus efectivos serían los de tres batallones de blancos, dos de pardos, unidades de caballería y otras.

A excepción de estas milicias, se considera en general que la instrucción y disciplina de las demás unidades mencionadas alcanza un nivel bastante aceptable. Sin embargo, la situación de las tropas, debido a la falta de pagas y de abastecimientos de todo tipo (Morillo pide su relevo en un memorial que envía en enero de 1818, en el cual describe las condiciones de la lucha y, entre otras circunstancias, recuerda que desde un año antes no se reciben las pagas de la tropa), es cuando menos lamentable. Faltan, además, jefes superiores. En cuanto a los oficiales, para dar una idea de la situación económica del ejército, no reciben más que la cuarta parte de la paga si están en campaña y un octavo si se encuentran llevando a cabo servicios de guarnición. Y por lo que respecta a la tropa, apenas se le da una soldada que basta para alimentarse, hasta el punto de que se reduce cuando se encuentran operando en las zonas ganaderas de Los Llanos donde se puede procurar carne de las reses que allí abundan en régimen de ganadería extensiva [8].

Nueva Granada

En junio de 1815, la expedición Morillo llega a Santa Marta, como ya sabemos, base realista en el norte de Nueva Granada, desde donde marcha a Cartagena de Indias, plaza formidablemente fortificada a la que pone sitio en agosto del mismo año y logra rendir en diciembre.

[8] Marqués de las Amarillas, *Informe*... p. 50.

Tras ello, la suerte de Nueva Granada insurgente está echada. A partir de febrero de 1816, tres columnas, que parten del norte, formadas por las fuerzas de Morillo, y otra del sur con las que habían combatido en Pasto y Popayán desde 1811, las «divisiones» de Lima y de Pasto, ocupan de forma incontenible el territorio insurgente. En mayo del mismo año, puede darse por concluida la campaña con la caída de Santa Fe y Popayán. Esta vez no se repetirá la indulgencia de Morillo en Venezuela. Numerosos jefes independentistas neogranadinos que no pueden escapar son fusilados y, al menos momentáneamente, puede considerarse como terminada cualquier resistencia en el virreinato. A partir de entonces y hasta la expedición de Bolívar en 1819, la única actividad independentista será la acción de ciertos grupos de guerrilleros de importancia muy limitada.

Pacificado el país, Morillo vuelve a Venezuela con el grueso de su ejército a continuar la lucha nuevamente iniciada por Bolívar. Quedan en Nueva Granada, de las fuerzas expedicionarias, el batallón de León y el de la Victoria y otras unidades de las que se sumaron a Morillo a su paso por Venezuela. Por otra parte, durante la época de dominio realista, se crean algunas unidades con gentes del país, encuadradas por algunos americanos procedentes de unidades veteranas y con algunos peninsulares del ejército expedicionario o reclutados entre los allí avecindados. Figuran entre éstas, el Batallón de Cazadores de Tambó creado a partir de fuerzas de la milicia de Pasto y que sostendrá la campaña hasta 1822; el Batallón de Cachirí, sobre la base de algunas fuerzas expedicionarias y que será enviado a Venezuela, el tercer Batallón del Rey y un batallón de infantería ligera.

Las fuerzas que quedan en Nueva Granada constituyen la Tercera División, que permanecerá como fuerza de ocupación mientras Morillo se enfrenta a la interminable guerra en Venezuela con los insurgentes de Bolívar. Las unidades que componen la Tercera División son las siguientes: Batallón de Cazadores de Tambo, segundo y tercer batallones de Numancia, primero, segundo y tercer batallones del Rey, el Regimiento (con un solo batallón) de León, expedicionario, en Cartagena de Indias, el Batallón de Aragón, antes llamado de Victoria, igualmente expedicionario, en el sur; el Regimiento de Dragones de Granada, casi todo él de recluta local, y las unidades de milicia en las ciudades de la costa norte: Cartagena, Santa Marta, Río Hacha, todas ellas muy bajas

de efectivos. Las antiguas unidades de milicia en el resto del virreinato han sido o disueltas o reducidas a la categoría de milicia urbana.

Estas son las fuerzas con que deberá enfrentarse la expedición de Bolívar que cruza los Andes en junio de 1819. Dirigidas poco brillantemente por el jefe de la mencionada división, el coronel Barreiro, son repetidamente derrotadas por el ejército patriota y, finalmente, vencidas en el puente de Boyacá, el 7 de agosto de ese año. Participan en la batalla, frente a los 2.300 infantes y 500 jinetes de Bolívar, algo más de 2.700 hombres articulados en los batallones de Tambo, segundo y tercero de Numancia, los dos primeros con unos 500 hombres cada uno, el tercero con 350, el primer Batallón del Rey con 650 y los Dragones de Granada con 350 hombres.

Las pérdidas realistas en la batalla son cuantiosas, quedando sus fuerzas casi aniquiladas. Como consecuencia, se pierde nuevamente Bogotá y poco después casi toda Nueva Granada. Los realistas pueden conservar, de momento, la importante plaza de Cartagena y al sur, perdido Popayán, la fidelísima ciudad de Pasto. Por otra parte, Bolívar regresa a Venezuela con el grueso de su ejército, dejando a Santander como comandante en jefe de las fuerzas insurgentes en Nueva Granada con la misión de combatir a los restos del ejército realista en el virreinato.

Éstos constituyen, aún, un enemigo respetable. En la zona del Meridión, el coronel Calzada organiza su defensa con las fuerzas que puede reunir: el Cuerpo de Cazadores, el batallón expedicionario de Aragón, el de milicias de Pasto con unos 1.000 hombres y caballería. Desde Quito se le refuerza con 400 combatientes agrupados en el llamado «Batallón de los Andes». Con estas fuerzas, unos 3.000 combatientes, que cuentan con el apoyo decidido de la población de la zona que defienden, sobre todo la de Pasto, Calzada mantendrá una campaña a lo largo de los meses siguientes impidiendo realizar ningún avance más en esa dirección a las fuerzas insurgentes. Se reproduce así, en cierto modo, la situación estratégica de los años 1811 a 1815 en esa misma zona.

En el norte, los realistas de Cartagena y Santa Marta al mando del virrey Sámano cuentan con las fuerzas de milicias locales de esas ciudades y Río Hacha, reforzadas por algunos contingentes de las de igual clase de la región del istmo de Panamá y, sobre todo, con el Regimiento de León, uno de los expedicionarios, que forma la base de la guar-

nición de la primera de las plazas mencionadas durante el sitio de la misma por los independentistas, que se prolongará hasta 1821.

En pocas palabras, la situación estratégica general del virreinato recuerda a la que existió entre 1810 y 1815 con la diferencia de que, ahora, los realistas tienen en su poder la importante plaza de Cartagena. Por lo demás, esta vez no se enfrentarán con la «república boba» en plena guerra civil interna, sino con la determinación y los medios de Bolívar y Santander. Pocas semanas más tarde llegan las noticias del triunfo en España de la revolución de Riego y el restablecimiento de la Constitución.

Perú

El ejército realista en el Perú recibirá, a principio de 1814, el refuerzo de la primera unidad de procedencia peninsular: el segundo Batallón de Talavera que, tras una breve permanencia en el Perú, sale para Chile en julio del mismo año, participando en la última fase de la campaña de Osorio y distinguiéndose tanto en la misma como en las tareas de ocupación y represión, que llevará a cabo durante los meses siguientes antes de su regreso al Perú en 1815. Aquí sólo permanecerá unos meses en operaciones en el Altiplano, marchando a Chile en 1816, donde le encontraremos durante la campaña de San Martín al año siguiente. Por lo demás, en el marco de la organización de fuerzas veteranas llevada a cabo por Abascal y Pezuela a que antes aludíamos, con algunas tropas «extraídas» del batallón, se organiza otro, tercero de Talavera [9], completándolo con fuerzas reclutadas en el virreinato y en la isla de Chiloé que formarán su práctica totalidad. Ya en 1817, tras la nueva campaña de Chile contra San Martín, el vencido de Chacabuco, coronel Maroto, organiza a partir de dos compañías de esa unidad que quedaron de guarnición en Cuzco un tercer Batallón de Talavera, que tomará parte en las campañas del Perú en los años siguientes.

En septiembre de 1815 se incorpora al ejército realista del Perú el Batallón de Extremadura, enviado por Morillo, que en julio de 1816

[9] Albí, *op. cit.*, p. 395.

sale para el Alto Perú llegando a las posiciones de vanguardia en esa zona en noviembre. Poco después toma el nombre de Imperial Alejandro. Rápidamente, por el mismo procedimiento antes descrito, se crea sobre la base de una de sus compañías un segundo batallón, éste americano (aunque en teoría peninsular). Igualmente, se incorpora en 1816 al ejército del Alto Perú, el Batallón de Gerona que desembarca en Arica y los dos escuadrones que mencionamos al referirnos a la expedición de Morillo, que en agosto están ya en esa zona de guerra.

No termina con esto el proceso de refuerzo y organización del ejército que sostendrá, desde el bando realista, la última gran campaña de la contienda: en noviembre de ese año llegarán a Lima, donde permanecerán de momento los dos batallones del Regimiento del Infante don Carlos, a los cuales serán agregadas las unidades del Regimiento Real de Lima, al que vimos actuando como comodín de la causa realista desde los primeros momentos de la insurrección en 1809.

En agosto de 1817 llega el primer batallón de Burgos, que poco después parte para Chile, donde toma parte en la campaña de Osorio. Mientras, en el Perú se reorganizan los dos regimientos de línea de Cuzco que ya mencionamos, con los que se crea el nuevo de la Unión Peruana (no se confunda con el Regimiento de la Unión que actúa en Venezuela). Igualmente se reorganiza, a partir de unidades independientes, el Regimiento de Dragones del Perú y, poco después, el Regimiento de Granaderos de la Guardia de caballería.

Muchas de estas unidades, en esta época de la guerra, son destinadas, como hemos visto, al frente del Alto Perú, donde combaten entre 1815 y 1817 a las «republiquetas» guerrilleras y participan en más o menos efímeras invasiones del territorio argentino propiamente dicho. Así, en 1817, La Serna invade Salta y Jujuy provocando el «éxodo del pueblo jujuyano», aunque sin conseguir penetrar más profundamente hacia Tucumán y Córdoba. Según el general Valdés [10], las fuerzas montadas realistas no disponían de caballos adecuados, con la consiguiente desventaja frente a los gauchos argentinos.

En 1818 llega una fracción del Regimiento de Cantabria mientras el resto se pierde en el viaje o queda en Chile. Sin embargo, en poco tiempo es completado el batallón con efectivos locales por el procedi-

[10] *Documentos para la historia de la Guerra separatista del Perú*, vol. 2, p. 171.

miento conocido, y en 1820 está formado por unos 500 hombres. Igualmente, es completado el primer Batallón de Burgos, que, diezmado en Maipú y vuelto al Perú con Osorio, ya en 1819, se encuentra en un nivel de efectivos que permite su operatividad. Por lo demás, perdido Chile y, poco a poco, el dominio del mar por la creciente actividad de las flotas insurgentes al mando de Cochrane, las fuerzas realistas del Perú se ven abocadas a una estrategia defensiva en espera de la invasión que se producirá en septiembre de 1820. Pero para entonces ya habrá tenido lugar en España la revolución liberal (que, entre otras cosas, indirectamente permitirá que aquélla se lleve a cabo al impedir la partida de la expedición al Río de la Plata), y la contienda americana entra en su tercera y última etapa. En ella, el principal papel por parte realista, desaparecido el de México y vencido pronto el de Venezuela, corresponderá precisamente al ejército a que nos referimos, que sostendrá hasta el fin la bandera de España en la América meridional.

Chile

Reconquistado Chile en 1814, en la campaña dirigida por el brigadier Osorio, éste regresa al Perú y es sustituido en el mando de la provincia por el general Francisco Marcó del Pont, que extrema el rigor de las medidas represivas y que tendrá un comportamiento poco lucido frente a la expedición argentina en 1817.

Mientras tanto, de las fuerzas realistas regresan al Perú en los meses siguientes el Batallón de Talavera, el de Chiloé y el de Cazadores de Chile, estos dos últimos formados por chilenos. Los demás quedan en Chile como auténticas fuerzas de ocupación, lo que no facilita su tarea. Casi todos los autores coinciden en señalar los errores de este tipo cometidos por los jefes realistas en Chile y en otros puntos de América, especialmente en la represión contra los relativamente inocentes «regímenes bobos» (Juntas de Quito, Caracas, Nueva Granada...), lo que normalmente tendrá efectos contrarios a los buscados, al conseguir el paso a la insurgencia de personas o grupos sociales hasta entonces indiferentes o, incluso, de opiniones realistas.

Se distingue especialmente en la represión, con las tareas que hoy corresponderían a una policía política —unidad de contrainsurgencia—

el Batallón de Talavera antes mencionado, que alcanza tanta fama en sus dos estancias en la provincia que transfiere su nombre a sus miembros, «los talaveras» [11]. Se afirma, en diversos textos, que dichos miembros fueron escogidos por su carácter «especial» y que inspiraron un justificado temor a los patriotas que quedaron en Chile. Por lo demás, el batallón es tratado con excesivo mimo por las autoridades realistas en materia de sueldos y ascensos, con preterición de los cuerpos americanos que, como sabemos, llevaron casi todo el peso de la campaña.

De estos cuerpos, tras la partida de las unidades que antes enumeramos, quedan en la provincia los batallones veteranos que vimos formar parte de los primeros contingentes realistas en 1813, un batallón de milicias constituido en Chillán durante la campaña, la caballería venida del Perú y los Dragones de la Frontera, nuevamente reorganizados.

Estas fuerzas son las que deberán enfrentarse en 1817 a la expedición argentina de San Martín, destinada a la conquista de Chile para los insurgentes, como paso previo a la liberación del Perú, lo que aseguraría la victoria final de los patriotas. Efectivamente, tras una paciente preparación en su gobierno provincial de Mendoza, el ejército de los Andes cruza la Cordillera en una brillante operación a mediados de enero de 1817, presentándose en las proximidades de Santiago a principios del mes siguiente. Sus efectivos son unos 5.300 hombres, cuatro batallones de infantería, un regimiento de caballería y 18 cañones.

Algunos autores, especialmente chilenos, le dan el nombre de ejército «unido», dando a entender que se trata de un ejército argentino-chileno. En realidad, se puede considerar un ejército argentino aunque en él figuren oficiales y soldados huidos de Chile en 1814.

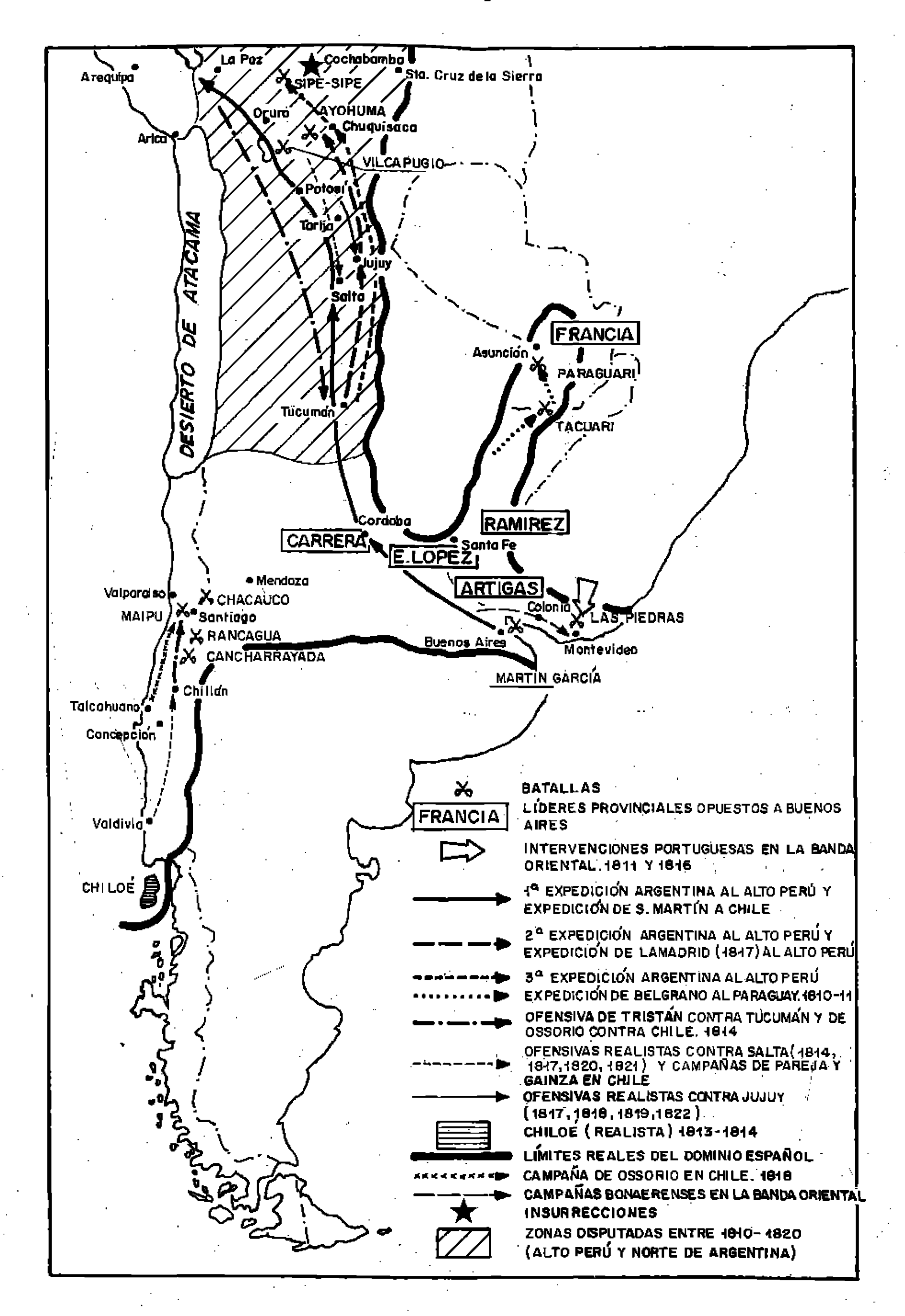
En ese momento, las fuerzas realistas en Chile, con un total de 5.200 hombres, se encuentran dislocadas a lo largo del dilatado territorio de la provincia, lo que evidentemente favorece los planes del enemigo. Además, deben hacer frente a algunas fuerzas guerrilleras: en la zona próxima a la invadida por el ejército de San Martín se encuentran los batallones —incompletos— de Talavera y Valdivia, el de Chi-

[11] Título incluso de una novela sobre la actuación; L. E. Férnandez, *Los talaveras*, Santiago, 1936.

llán y parte del de Chiloé. Al sur de Santiago se encuentran los regimientos de Dragones y Húsares de la Concordia y Carabineros de Abascal; el resto, en destacamentos de menor entidad. El gobernador realista Marcó ordena a Maroto que presente inmediatamente batalla a las fuerzas invasoras y, tras una rápida concentración de las unidades disponibles, el encuentro tiene lugar en Chacabuco, donde las tropas realistas son derrotadas por O'Higgins. Los restos del ejército realista en la zona se retiran apresuradamente abandonando Santiago y el territorio al norte del Maule, donde se constituye un gobierno chileno que procede rápidamente a levantar fuerzas militares. Por su parte, las derrotadas fuerzas realistas que pueden, embarcan en Valparaíso rumbo al Perú. Sin embargo, un jefe enérgico, Ordóñez, mantiene por el Rey los territorios del sur de la capitanía general con base en Talcahuano, contando para ello con los restos del ejército realista.

Los fugitivos de Chacabuco llegan a Lima a finales de febrero y principios de marzo con un total de poco más de 500 hombres, tal ha sido la amplitud de la derrota. Inmediatamente, Pezuela organiza desde Lima la defensa del sur de Chile enviando a Talcahuano material, armas y municiones, y a finales de marzo, a las fuerzas que llegaron de Chile, una vez reorganizadas y completadas con algunos efectivos: un total de 600 hombres. Con ello y la guarnición de que dispone, Ordóñez resiste en Talcahuano, mientras Pezuela, con refuerzos llegados de la Península y fuerzas de su ejército, organiza una fuerte expedición destinada a la reconquista de Chile, que completa con milicias locales. En diciembre de ese año (pocos días antes Pezuela ha recibido la noticia de que no llegarán más refuerzos por el momento, por haber sido destinados al ejército de Morillo), parte la expedición al mando del brigadier Osorio, al que ya vimos dirigir la campaña de reconquista de Chile en 1814. La expedición que tanto tiempo y medios ha costado organizar está formada por unos 3.500 hombres pertenecientes al segundo batallón del Infante, al segundo de Burgos, el segundo de Arequipa con cerca de 1.000 hombres cada uno, los escuadrones de Lanceros del Rey y de Arequipa, artillería y zapadores. En el capítulo referente al Perú vimos cómo entre los componentes de estas fuerzas hay ya una mayoría de personal americano.

Osorio llega, en enero de 1818, a Talcahuano y poco después inicia la campaña, reunidas sus fuerzas con las de Ordóñez, y aunque derrota a San Martín en Cancharrayada (15 de marzo), es vencido en la



Arequipa
La Paz
Cochabamba
Sta. Cruz de la Sierra
SIPE-SIPE
Oruro
AYOHUMA
Chuquisaca
Arica
VILCAPUGIO
Potosí
Tarija
Jujuy
Salta
DESIERTO DE ATACAMA
FRANCIA
Asunción
PARAGUARI
Tucumán
TACUARI
RAMIREZ
Córdoba
CARRERA
Santa Fe
E. LOPEZ
Mendoza
ARTIGAS
Valparaíso
CHACABUCO
Colonia
LAS PIEDRAS
MAIPU
Santiago
RANCAGUA
Buenos Aires
CANCHARRAYADA
Montevideo
MARTIN GARCIA
Chillán
Talcahuano
Concepción
Valdivia
CHILOE
BATALLAS
LÍDERES PROVINCIALES OPUESTOS A BUENOS AIRES
INTERVENCIONES PORTUGUESAS EN LA BANDA ORIENTAL. 1811 Y 1816
1ª EXPEDICIÓN ARGENTINA AL ALTO PERÚ Y EXPEDICIÓN DE S. MARTÍN A CHILE
2ª EXPEDICIÓN ARGENTINA AL ALTO PERÚ Y EXPEDICIÓN DE LAMADRID (1817) AL ALTO PERÚ
3ª EXPEDICIÓN ARGENTINA AL ALTO PERÚ
EXPEDICIÓN DE BELGRANO AL PARAGUAY. 1810-11
OFENSIVA DE TRISTÁN CONTRA TUCUMÁN Y DE OSSORIO CONTRA CHILE. 1814
OFENSIVAS REALISTAS CONTRA SALTA (1814, 1817, 1820, 1821) Y CAMPAÑAS DE PAREJA Y GAINZA EN CHILE
OFENSIVAS REALISTAS CONTRA JUJUY (1817, 1818, 1819, 1822)
CHILOE (REALISTA) 1813-1814
LÍMITES REALES DEL DOMINIO ESPAÑOL
CAMPAÑA DE OSSORIO EN CHILE. 1818
CAMPAÑAS BONAERENSES EN LA BANDA ORIENTAL
INSURRECCIONES
ZONAS DISPUTADAS ENTRE 1810-1820 (ALTO PERÚ Y NORTE DE ARGENTINA)

batalla de Maipú (5 de abril) frente a los ejércitos reunidos del general argentino y de O'Higgins, con resultados desastrosos, ya que pierde casi 4.000 hombres entre muertos y prisioneros, retirándose precipitadamente a Talcahuano, donde se reúne el resto de las fuerzas realistas en Chile.

En Lima, las noticias de la derrota causan tal impresión que se las cree falsas, e incluso se extiende un fuerte sentimiento de hostilidad hacia los marinos norteamericanos [12] que las han traído en primer lugar. Por otra parte, en Talcahuano, Osorio decide dar por terminada la campaña regular y abandonar Chile dejando solamente alguna guarnición en el extremo sur (Arauco y Valdivia) y algunas tropas para hostilizar a las insurgentes organizando fuerzas irregulares con los indios araucanos, firmes partidarios de la causa realista. Tras destruir las fortificaciones de Talcahuano, sale en agosto con destino a Lima con unos 800 hombres, resto de las unidades destruidas en Maipú (batallones del Infante, Burgos, Arequipa, caballería y material de artillería).

Quedan en Chile, al mando del coronel Sánchez, unos 1.500 hombres pertenecientes a las unidades inicialmente chilenas de los batallones de infantería de Valdivia y Concepción, caballería de los tantas veces mencionados Dragones de la Frontera y milicias locales. En octubre, esas tropas serán reforzadas por los restos de la expedición de Cantabria, unos 500 hombres en total, que quedan en Chile retenidas por Sánchez a pesar de la necesidad que Pezuela tiene de ellas en el Alto Perú, ahora que se ha perdido el resto de la expedición. El virrey no conocerá la noticia de este contratiempo hasta noviembre [13], con el efecto que puede suponerse.

Mientras tanto, en Chile, Sánchez y el coronel Benavides llevan a cabo su campaña contra los insurgentes. El primero se retira a Valdivia con la mayor parte de las fuerzas regulares de que dispone. Sin embargo, debido a circunstancias adversas de todo tipo, la mayor parte de sus tropas desertan o se pasan al enemigo. Así, al inicio de la retirada de Concepción (noviembre de 1818) cuenta con 2.500 hombres; en marzo de 1819 sólo le quedan 2.000, aunque algunos han sido destinados a las fuerzas del coronel Benavides para su guerra de guerrillas,

[12] Pezuela, *op. cit.*, p. 258.
[13] Pezuela, *op. cit.*, p. 378.

y, al llegar a Valdivia (mayo de 1819), poco más de 600. En tanto Benavides, con algo más de un millar de tropas regulares y varios miles de aliados indígenas, se entrega a una guerra de escaramuzas contra las fuerzas insurgentes que se prolongará durante varios años.

Sánchez, por su parte, organiza la defensa del extremo sur del país con base en la plaza de Valdivia y con sus diezmadas fuerzas organiza dos batallones de infantería y una unidad de caballería, los Cazadores-Dragones. Por lo demás, en febrero de 1820, al final de la fase de la contienda a que nos referimos, la plaza de Valdivia se pierde «ignominiosamente» (según Pezuela), atacada por Cochrane con sus habituales tretas y defendida sin decisión alguna, perdiéndose la guarnición formada en esta época por un millar de hombres: batallones de Valdivia, restos de Cantabria y otras unidades o fracciones menores con un centenar de cañones.

Por lo demás, en el extremo sur de Chile, resiste firmemente desde el comienzo de la contienda en apoyo de la causa realista la gran isla de Chiloé, que sirve de punto de apoyo a las fuerzas de la Corona que continúan la lucha en aquel área del Pacífico, en tierra y mar.

Expediciones de refuerzo

A lo largo de esta segunda etapa de la contienda, continúa con altibajos la política de refuerzo de los defensores de la causa realista en América. Como hemos visto, al comienzo del período las perspectivas realistas son relativamente buenas, pero en Madrid se comprende bien que con las fuerzas existentes en Ultramar no se podrá dar un final victorioso al conflicto, ya que no se ha conseguido la pacificación de Venezuela ni la ocupación de Buenos Aires, y las fuerzas disponibles están ya adscritas a sus propios teatros de actuación pudiendo, con sus propios medios, muy difícilmente llevar a cabo ofensivas decisivas contra los santuarios insurgentes.

Ya en abril de 1815, parte para América, con destino a Veracruz, el Regimiento de Órdenes Militares y el batallón de infantería ligera de Navarra, con unos efectivos de casi 3.000 hombres. Pocos días más tarde sale para Panamá otro batallón, el primero de Voluntarios de Cataluña, con 400. Su destino a la estratégica zona del istmo le permitiría ser desplegado a continuación en cualquiera de los importantes teatros

de operaciones próximos: Venezuela, México, Nueva Granada o Perú. Este último virreinato es el destino de otro batallón con unos 1.300 hombres, el primero de Extremadura, que llega a las costas americanas con la expedición de Morillo. Por otra parte, cuando llegue al campo de batalla en el Alto Perú, su presencia será temporalmente innecesaria por la reciente derrota de la tercera expedición argentina en la batalla de Viluma.

En diciembre del mismo año sale de Cádiz otro batallón, el de Gerona, con unos 700 hombres, según Cleonard, y casi 1.500, según la Comisión de Reemplazos. Probablemente, en esta cifra, demasiado alta, se incluye a personal de otras unidades que salen con ese destino en febrero del año siguiente: dos batallones del Regimiento del Infante don Carlos. El batallón de Gerona se incorpora a las fuerzas realistas en el Alto Perú, vía Panamá, como es usual en esta fase de la contienda. Efectivamente, esta ruta, más incómoda que la directa marítima doblando el cabo de Hornos, tiene la ventaja de ser más segura, según tendremos posteriormente ocasión de ver. La misma sigue el Regimiento del Infante don Carlos que ha sido organizado sobre un batallón de Cantabria. También parten para el Nuevo Mundo dos batallones del Regimiento de Granada con unos 1.900 hombres, según la Junta de Reemplazos (algo menos según Cleonard), que, vía La Habana, rinden viaje en Puerto Rico y Venezuela, respectivamente, tras haber salido de Cádiz en abril de 1816.

A pesar de las dificultades de toda clase ya apuntadas, España hace un gran esfuerzo para la restauración del orden en sus posesiones americanas. En la Junta Militar de Indias, que debe dirigir la estrategia general y el envío de refuerzos al Nuevo Continente, se encuentran varios generales distinguidos en la guerra contra la invasión napoleónica o con experiencia en la contienda americana: Castaños, Ballesteros, Blake, Venegas, ex virrey de México; y Goyeneche, al que hemos visto como general en jefe de las fuerzas realistas en el Alto Perú. Más tarde, se incorpora Álava, marino que durante la guerra de independencia ha actuado como oficial de enlace español con Wellington y que ha tenido el raro privilegio de asistir a las dos grandes batallas de tierra y mar: Trafalgar y Waterloo.

Por otra parte, continúa sin pausa la reunión en España de fuerzas para su envío a América y en 1817 sale para Nueva España el Regimiento de Zaragoza, con dos batallones y unos 1.700 hombres, según

Cleonard (algo menos según la Comisión de Reemplazos). También salen, entre marzo y mayo de 1817, los regimientos de Burgos y Navarra, a dos batallones cada uno, y un total de más de 3.000 hombres, además de tres escuadrones de caballería. El destino de estas unidades es reforzar al ejército de Pezuela en el Perú y Chile, amenazado por la expedición de San Martín y desde donde se podría lanzar la prevista ofensiva final sobre Buenos Aires. Sin embargo, a su llegada a América las circunstancias generales de la guerra han cambiado de cariz. La nueva expedición de Bolívar sobre Venezuela, iniciada el año anterior y que a lo largo de éste obtendrá sus primeros éxitos (toma de Angostura en julio), hace que al llegar a Tierra Firme se introduzcan modificaciones respecto a su destino final. Quedan en Venezuela el Regimiento de Navarra y uno de los dos batallones del Regimiento de Burgos y dos de los escuadrones de caballería. El otro batallón de Burgos sigue viaje al Perú, donde llega en septiembre de 1817. Allí su marcial aspecto hace concebir grandes expectativas a los jefes realistas, hasta el punto de que el general La Serna atribuye a esta circunstancia la decisión de Osorio y Pezuela de intentar con él —y otras unidades— la reconquista de Chile, en lugar de continuar con la vieja alternativa estratégica de presionar sobre el Tucumán.

Por lo demás, en España se considera que, virtualmente terminadas las operaciones en México —efectivamente está en curso muy avanzado el programa de pacificación— y virreinato de Nueva Granada, donde combate Bolívar pero sólo en algunas zonas de Venezuela, e inexpugnable para los insurgentes el Perú con su prolongación del Altiplano, llega el momento de preparar la expedición sobre el último —que por aquellos días deja de serlo por los éxitos insurgentes en Chile y Venezuela— territorio insurgente: la recientemente independizada y en curso de anarquización república de las Provincias Unidas del Sur. Sin embargo, dificultades de todo orden, económico en primer lugar, y falta de una clara voluntad política y estratégica en los menos que mediocres dirigentes de la España de la Restauración hace que la gran expedición se vaya retrasando. En su lugar, parten expediciones menores con fuerzas que van a reforzar ejércitos ya existentes en el terreno, en espera del momento más favorable. A todo esto, no debe olvidarse que, en España, tanto algunos liberales como también algunos absolutistas, creen de más o menos buena fe y con más o menos buena información que la insurgencia en América podría dominarse con medi-

das de tipo político, concesiones, amnistías y reformas de todas clases. Ya hemos visto cómo esta fue la política preconizada por ciertos dirigentes de la España liberal de 1812 a 1814, pero también la que el general Morillo en pleno período de acción absolutista tenía órdenes de aplicar a su llegada a Tierra Firme y de hecho aplicó en los tiempos inmediatos a su llegada. Por lo demás, este fenómeno no es nada extraño ni nuevo y, desde luego, no será el último en situaciones similares, tanto en España como en cualquier país europeo que se haya enfrentado a crisis análogas: Inglaterra, en los Estados Unidos o en la India; Francia, en Argelia; Italia frente a los senusíes; y la misma España, en Cuba o Marruecos.

Los conflictos coloniales suelen tener características comunes. No es casualidad que grandes potencias hayan experimentado fracasos —que obviamente habrían podido superar si hubieran empleado todos sus efectivos disponibles para ello— como, por poner sólo algunos ejemplos, Italia en Abisinia en 1896, Inglaterra en la primera guerra de los bóers en 1881, y así sucesivamente.

No se olvide, por último, que la España de Fernando VII tiene la esperanza o el desiderátum de conseguir la ayuda de las potencias de la Santa Alianza para reducir la rebelión americana, objetivo difícil de conseguir habida cuenta de la oposición de Inglaterra, pero que el gobierno español no pierde de vista en ningún momento.

Sea como fuere, en mayo de 1818 sale de Cádiz en otra expedición el Regimiento de Cantabria, con destino al Perú, formado por dos batallones y acompañado por un escuadrón de cazadores-dragones, con un total de unos 2.000 hombres. La expedición, esperada con impaciencia en Lima por Pezuela, que cuenta con ella para reforzar a su ejército en Chile o el Alto Perú, ahora que la pérdida de aquella capitanía general es una amenaza cierta tras la derrota de Maipú, hace el viaje en once transportes escoltados por la fragata «María Isabel», de 50 cañones, una de las adquiridas a Rusia. A la altura de las islas Canarias, una de las fragatas de transporte debe ser abandonada, repartiendo las tropas y material que lleva entre las demás naves de la expedición. Más adelante, ya en el Atlántico sur, habiéndose dispersado varias de ellas, estallan motines debido a la incomodidad del viaje y escasez de alimentos, que pueden ser dominados, excepto en el *Trinidad*, donde los amotinados, tras asesinar a varios oficiales, ponen rumbo a Buenos Aires y entregan a las autoridades los datos sobre rutas y

puntos de recalada de la expedición, rápidamente transmitidos a los insurgentes de San Martín y O'Higgins en Chile. Gracias a ello, la flota insurgente puede capturar rápidamente a la fragata *María Isabel* y, posteriormente, a cinco de los transportes (octubre de 1818). Este es uno de los primeros éxitos de la naciente marina chilena que, por otra parte, puede utilizar a las unidades navales capturadas [14].

En cuanto al resto de la expedición, cuatro de los transportes pueden llegar a Talcahuano, donde desembarcan a unos 500 hombres de infantería y caballería de las tropas expedicionarias, a las que retiene en Chile contra la voluntad del virrey de Lima, el coronel Francisco Sánchez, comandante realista en la zona tras la derrota de Maipú. Dichas tropas participarán en las campañas del sur de Chile, por otra parte con poca fortuna, hasta la rendición de Valdivia en febrero de 1820. Por último, uno de los transportes, sin hacer escala, pone rumbo al Callao donde desembarca 200 hombres, en definitiva, los únicos que recibe como refuerzo Pezuela de todos los componentes de la expedición. Recuérdese que en esos momentos las fuerzas peninsulares de Perú y Chile son solamente cuatro batallones de infantería y muy poca caballería, ya para entonces con un fuerte componente de americanos, y que, por otra parte, acaban de experimentar grandes bajas en las últimas campañas de Chile.

En España, el fracaso al intentar conseguir la ayuda de las potencias de la Santa Alianza, tras reprimir la insurrección americana, hace que nuevamente se revitalice a base de grandes sacrificios el proyecto de la gran expedición al Río de la Plata. Para ello, hay que intentar superar las dificultades que han supuesto las anteriores expediciones: económicas, por supuesto, pero también político-ideológicas y morales, estos últimos, por el avance que, por tantas razones, experimentan las ideas liberales en amplios estratos de la sociedad española ante los errores y fracasos del restaurado absolutismo, representado en el poder, con pocas excepciones, por los peores elementos de dicho sector ideológico. Por lo demás, aun sin contar con este aspecto, que podríamos llamar doctrinal, se verán aumentados con el paso del tiempo los problemas en relación con la moral de las tropas y oficialidad expedicio-

[14] Para la expedición de Cantabria vista desde su punto de destino, ver Pezuela, *op. cit.*, pp. 294, 376, 383.

narias, que ya se han producido en las anteriores, como la de Morillo, y cuyas consecuencias hemos visto al conocer la suerte de la última, la de Cantabria. Todo ello se debe a muchas razones, casi todas ellas dirigidas en ese sentido, desde la dureza de la lucha en zonas de clima tan adverso hasta lo prolongado del servicio en filas, lo escaso de las pagas y medios de vida —cuando hay pagas—, el escaso espíritu de cuerpo de los oficiales, la mayor parte de ellos improvisados durante la guerra de Independencia, y así sucesivamente. En cualquier caso, aunque sea aventurado emitir juicios sobre lo que pudo haber sido, parece claro que la llegada, en caso de producirse efectivamente, de una gran expedición a la zona del Río de la Plata en un momento de especial anarquía en esa región y con su único ejército digno de ese nombre en Chile, puede tener consecuencias serias para los insurgentes. Como mínimo, deberán aplazar *sine die* la expedición libertadora al Perú (que de hecho no parte hasta que se confirman las noticias en la Península del triunfo de la revolución y la suspensión del envío de fuerzas del Río de la Plata), lo que obviamente permitiría al ejército de Pezuela operar sobre el norte argentino. Alternativamente podría reforzar a las fuerzas realistas en Nueva Granada, en difícil situación tras la derrota de Boyacá.

Mientras se apresta la expedición a Buenos Aires, salen en julio de 1819 con destino a La Habana el segundo batallón de Cataluña y el segundo batallón del Regimiento de Málaga, con un total próximo de unos 1.500 hombres (3.000 según la Comisión de Reemplazo). El primero de ellos pasa posteriormente a Nueva España donde toma parte en la defensa de San Juan de Ulúa, como veremos más adelante.

En cuanto a la expedición a Buenos Aires, el segundo «ejército pacificador», que no llega a partir, se organiza en Cádiz al mando del conde de La Bisbal. Posteriormente será nombrado como jefe efectivo de la expedición el general Calleja, al que vimos actuar en Nueva España en los primeros tiempos de la revolución. Está formada por un importante número de tropas, entre las que figuran las siguientes unidades: los regimientos del Príncipe, Soria, Corona, Sevilla, España, Asturias y Canarias, todos ellos formados por dos batallones, y los batallones de América y segundo de Aragón. Cuenta, además, con fuerzas de caballería formadas por catorce escuadrones, un total muy próximo a los 20.000 hombres, cifra que, aun en el caso de haber sido trans-

portada en sucesivas oleadas, hubiera constituido en su punto de destino un contingente como jamás se había visto en el continente.

A partir de ese momento, claro está, todo es futurible. Posiblemente su lugar de desembarco sería algún punto del territorio ocupado por los portugueses en la Banda Oriental, donde, tras proveerse de caballos, iniciaría sus operaciones sobre las Provincias Unidas. Una estrategia, preconizada en Madrid, consiste en avanzar en dirección noroeste hacia Santa Fe, aislar y cercar Buenos Aires sin tomarlo por el momento y proseguir la ofensiva sobre Córdoba y las provincias interiores del virreinato. Otra alternativa prevista es la contraria: atacar inicialmente Buenos Aires y, tomada la metrópoli porteña, llevar a cabo el avance hacia el interior, estrategia similar a la seguida por Morillo en Nueva Granada en 1815, con el sitio y toma de Cartagena y avance con varias columnas que, en poco tiempo, ocupan el resto del territorio insurgente.

Las fuerzas insurgentes

En México, a lo largo de todo este período no puede hablarse propiamente de ejércitos insurgentes. Derrotado y ejecutado Morelos, en 1815, la lucha independentista es sostenida a continuación por jefes de guerrillas que actúan en diferentes regiones del virreinato, si bien a partir de 1817 muchos de ellos son vencidos o se acogen a indulto. Los principales son Osorno, que opera en la zona próxima a Querétaro, López Rayón en Michoacán, donde llega a ocupar por algún tiempo Zitacuaro, Mier y Terán en Tehuacán, vencido en Cerro Colorado en 1817, Félix Fernández, que toma el nombre de Guadalupe Victoria, en Veracruz y Vicente Guerrero en la región montañosa del estado que hoy lleva su nombre.

Por lo demás, ya se ha mencionado la expedición del español Mina en auxilio de los insurgentes que llega a México con unos 600 hombres llevando además armas y material de guerra para equipar a voluntarios del país y cuyo destino ya hemos tenido ocasión de relatar. En cualquier caso, vencidas ya las principales formaciones guerrilleras en 1817, continúan la lucha bandas menores, que siguen actuando al final del período y, por tanto, muy próximo ya el movimiento que conduciría a la Independencia del virreinato, si bien con unos caracte-

res y matices muy distintos de los que hubieran deseado en general los combatientes del período insurreccional.

Por último, en el contexto de lo que antecede, puede recordarse la existencia de una auténtica colonia de corsarios al servicio teórico de varios gobiernos insurgentes, que durante algún tiempo actúa en la isla de Galveston, en la costa de Texas. Está dirigida por el célebre aventurero de origen francés Lafitte, que desaparecerá años más tarde, probablemente en combate con fuerzas navales españolas. También se da, a veces, el caso de acciones bélicas en esa región, provocadas por ataques de tribus de indios semisalvajes.

En mayo de 1816, Bolívar regresa a Tierra Firme desde Haití para reiniciar la lucha. Trae consigo armas y cuadros para organizar con reclutas locales, siete batallones y dos escuadrones de caballería, con las denominaciones de los que ya combatieron en su «campaña admirable» y en la lucha contra Boves. Con esas fuerzas inicia, con suerte varia, la campaña. Esta vez cuenta con la posibilidad, por las causas que ya se han apuntado, de reclutar cierto número de llaneros, con los que forma unidades de caballería que ahora son empleadas contra los realistas y que, para 1817-1818 serán unos 3.000 hombres, contando también con un batallón de infantería. Para 1818, Bolívar dispone ya de unos 5.000 hombres, organizados en cinco batallones de infantería, el de la Guardia de Honor y dieciocho escuadrones de caballería. Sin embargo, en ese mismo año sufrirá las graves derrotas de la Puerta, Rincón de los Toros. Y otras, en las que sus pérdidas son tan grandes que se ve obligado a refundir a sus unidades de infantería en el llamado *Batallón Sagrado*. Durante los meses siguientes, con su tenacidad característica, Bolívar procederá a reorganizar sus maltrechas fuerzas mientras continúa la guerra contra Morillo. Ya en 1819 puede organizar su expedición a Nueva Granada atravesando Los Llanos y cruzando los Andes en una operación de gran brillantez. Para esa expedición cuenta con seis batallones de infantería y fuerzas de caballería, con un total de 3.500 hombres. Entre ellas, figuran las unidades organizadas por el general Santander en el territorio neogranadino con reclutas locales a partir del inicio de su campaña en la región de Casanare. En total, el ejército de Bolívar en Venezuela en el momento que inicia esta campaña es de seis batallones y veinticinco escuadrones. Para entonces ya cuenta con un batallón formado por voluntarios ingleses de la «legión británica», que han ido llegando para sumarse a la lucha in-

dependentista y que ya participan en la campaña de Boyacá, en número, en cualquier caso, no superior a 200 hombres. En total, pasaron por las fuerzas de Bolívar a lo largo de toda la campaña un total de 5.800 voluntarios extranjeros.

No hace falta aclarar la importancia desproporcionada que algunos autores han dado a la actuación de los voluntarios. La magnificación del número y la importancia de contingentes extranjeros en cualquier conflicto en que participen [15], debido a razones propagandísticas, de política interior o exterior, historiográficas o simplemente por un regusto por el exotismo, es casi una regla general. Así, podríamos recordar a la Varsovia de 1920, salvada por los hábiles consejos del general francés Weygand; la revolución americana, igualmente llevada al triunfo por los también franceses Lafayette y Rochambeau; y no hablemos de la decisiva presencia de exilados polacos en cualquier revolución decimonónica digna de tal nombre, por citar sólo unos pocos ejemplos.

Por lo demás, no fue aquélla, al menos en teoría, la única legión británica que actuó en la guerra de Suramérica. En 1818, un coronel británico que respondía al equívoco nombre de Goldstone Fucker [16] sometió al gobierno español el proyecto de crear una «legión anglohispana» de 10.000 a 20.000 hombres para combatir a los insurrectos americanos, proyecto que no se llevó a la práctica.

Las fuerzas insurgentes argentinas a lo largo de este período pueden dividirse en tres grandes grupos. Las del interior, en franco proceso de disolución y asimilación a las milicias provinciales, con las que actúan en la sucesión de pequeñas guerras civiles entre unas y otras, pronunciamientos y asonadas, en el marco último de la lucha entre federalistas y unitarios. Representantes éstos de Buenos Aires y los primeros de una autonomía amplísima para las provincias, que, por otra parte, en esta época, bajo el mando de caudillos locales, sencillamente se la toman sin más trámites. Esto hace que su aportación al esfuerzo de guerra contra los realistas sea mínimo. Se comprenderá, pues, que el grueso del ejército argentino está en plena descomposición. Por el

[15] Para los voluntarios extranjeros, ver A. Hasbrouck, *Foreign legionaries in the liberation of spanish South America*, Nueva York, 1938 (reedición, 1969).

[16] E. Heredia, *Planes españoles* pp. 358-361.

contrario, el segundo grupo de fuerzas argentinas constituido por el ejército de los Andes bajo el mando de San Martín tiene un papel decisivo en el desarrollo de la contienda. Ya mencionamos la labor de organización de aquel jefe en su gobierno de Mendoza. Así al comienzo de la expedición a Chile, en el verano (austral) de 1817, según el estado de fuerzas del 31 de diciembre de 1816, su ejército está formado por los batallones primero de cazadores, séptimo, octavo y undécimo de infantería, batallón de artillería, con 240 hombres y el regimiento de granaderos a caballo con 750. En total, 3.800 hombres entre los que figuran oficiales y voluntarios chilenos [17]. Estas serán las fuerzas que combatirán en las campañas de Chile y que ya, en un período posterior, participarán en las del Perú y el Ecuador.

Por último, el que podríamos llamar ejército defensivo es el que dirige el general Güemes en el norte argentino, en los límites con los territorios realistas del Alto Perú. Estas tropas, cuyo importante y desproporcionado papel dada la modestia de sus medios ha sido ya comentado, están formadas en su práctica totalidad por combatientes irregulares, especialmente gauchos que combaten a caballo, por lo demás, como las fuerzas de otras provincias argentinas de la época. Éstas tienen su base en Salta, donde Güemes es gobernador, y combaten las tentativas realistas sobre la zona. En épocas de mayor tranquilidad del frente, se entregan a combates de pequeñas patrullas con la caballería realista, a cuyo mando está un oficial, Marquiegui, oriundo precisamente de aquella región. Durante algún tiempo, actúa igualmente por parte insurgente el llamado «Regimiento peruano», especie de milicia privada mandada por don Juan José Fernández Campero, autotitulado marqués de Yavi, auténtico señor feudal de la región que es hecho prisionero por los realistas en noviembre de 1816 [18], muere en el cautiverio.

Vencidas las fuerzas realistas del norte de Chile en Chacabuco, a principios de 1817, y ocupadas por los insurgentes Santiago y Valpa-

[17] La organización del regimiento de Granaderos a Caballo fue una de las obras predilectas del general San Martín, que se ocupó no sólo del nivel técnico de los componentes sino también del moral. Así, por ejemplo, estableció que sería expulsado del mismo el oficial que no aceptase un duelo o que siendo insultado no se desafiase, o bien el que jugase con gente (socialmente) baja, etc.

[18] B. Mitre, *op. cit.*, p. 79.

raíso, proceden como es lógico a levantar un ejército autóctono para combatir a los realistas, que aún dominan todo el territorio al sur del río Maule y que van a recibir importantes refuerzos de Lima. A lo largo de 1817 y los primeros meses de 1818, es decir, hasta el momento de la ofensiva realista dirigida por Osorio, se organizan unos 5.000 hombres en tres batallones de infantería, uno de cazadores y el Regimiento de Cazadores a caballo. Poco después de la derrota de Cancharrayada, se incorporarán al ejército chileno otros dos batallones de infantería, el número cuatro y los Infantes de la Patria. Más tarde se organiza el Regimiento de Dragones de Chile. Estas fuerzas son las que, tras tomar parte en la victoria de Maipú, sostendrán la campaña contra los realistas en el sur del país hasta 1820, y algunos de ellos participarán en la expedición libertadora del Perú.

En cuanto al Alto Perú, terminada la época de las expediciones bonaerenses, la lucha será mantenida durante algún tiempo por las «republiquetas», zonas dominadas por guerrillas independentistas y que serán progresivamente vencidas a lo largo de los primeros años del período que nos ocupa. Entre los jefes de guerrillas más importantes figuran Lanza en Ayopaya, Padilla y su esposa, la famosa Juana Azurduy, en Laguna, y Warnes en la zona de Santa Cruz de la Sierra.

Capítulo IV

(1820-1824)

Resumen histórico

En capítulos anteriores hemos mencionado cómo a partir de 1818 se preparaba una segunda gran expedición pacificadora a Ultramar y cómo su destino probable sería los territorios del Río de la Plata. Por dificultades administrativas de toda índole y la falta de medios de transporte, las fuerzas permanecían ya desde largo tiempo acantonadas en las proximidades de Cádiz esperando el momento de embarcar. Así las cosas, en enero de 1820 estalla en alguna de las unidades un pronunciamiento de carácter liberal a cuya preparación no han sido ajenos agentes de los rebeldes hispanoamericanos que actúan con base en Gibraltar, que, jugando con el avance de las ideas liberales y con la renuencia de las tropas a embarcar para participar en la contienda americana, consiguen al poco tiempo el triunfo no sin pasar por momentos difíciles (en realidad, el movimiento triunfa más que por su actividad por la pasividad de las fuerzas gubernamentales). El Rey acepta la nueva proclamación de la Constitución de 1812 y rápidamente se instaura un régimen liberal gobernado por los autores de aquélla en las Cortes de Cádiz. Sin embargo, ya desde sus primeros momentos aparece la división entre ellos: moderados y exaltados se enfrentan con violencia durante los años siguientes lo que, sumado a la actividad de los partidarios del absolutismo y la política hostil al nuevo régimen de las potencias de la Santa Alianza, acabará dando al traste con él.

Mientras tanto, los gobiernos que se suceden sobre la base de las Cortes elegidas en julio de 1820 llevan a cabo las consabidas reformas, como la supresión de la Compañía de Jesús y de la Inquisición. Se

intenta, como ya sabemos, dar fin por medios políticos de todo tipo a la rebelión americana. Tentativa ésta condenada al fracaso, que muy difícilmente hubiera resultado ocho o diez años antes pero que, en el punto a que se ha llegado en el desarrollo de la lucha independentista, no pasa de ser el fruto de una ilusión sin base real alguna.

En cuanto al poder legal, durante los dos primeros años del proceso revolucionario suele estar en manos de políticos moderados (Argüelles, Martínez de la Rosa), pero, por un fenómeno muy frecuente en situaciones revolucionarias similares (Francia 1789-1792, Rusia tras la revolución de febrero de 1917, Portugal de 1974-1975), el poder real o importantísimas parcelas del mismo está en manos de organizaciones, legales o no, que controlan la calle y ejercen una creciente coacción moral contra los políticos en el gobierno: sociedades secretas, patrióticas y la milicia nacional (casi toda ella bajo el mando del partido exaltado), instrumento de alzamientos de signo cada vez más radical. Todo ello configura la situación que estalla en el verano de 1822. En julio de ese año tiene lugar el pronunciamiento de la Guardia Real, que suele ser considerado absolutista aunque, tal vez, su objetivo inicial no fuera otro que restablecer el orden bajo una situación moderada. Tras su fracaso, el poder real queda en manos del sector más exaltado apoyado por la oficialidad radicalizada del ejército dirigida por el general Evaristo San Miguel. Esto provoca la aparición, o mejor dicho la extensión, de un poderoso movimiento guerrillero de carácter realista cuya expresión política será la Regencia de Urgel, que las fuerzas gubernamentales serán impotentes de dominar. Por lo demás, las monarquías absolutistas de Europa, temerosas de la extensión de la revolución española a otros puntos del continente (de hecho en 1820 se han producido movimientos similares en Portugal y Nápoles), deciden en el Congreso de Verona (octubre de 1822) la invasión de España para poner fin al sistema liberal. En abril de 1823 las tropas francesas, al mando del duque de Angulema, «los Cien mil Hijos de San Luis», invaden España y, con el apoyo activo de las fuerzas realistas y la pasividad de la práctica totalidad de la nación, ocupan con muy escasa resistencia el territorio español, mientras en Portugal por aquellos días se produce una reacción absolutista. En octubre de 1823 Fernando VII recobra la plenitud de sus poderes [1].

[1] Para una historia del período 1820-1823, ver, entre otros, *Historia general de España y América*, tomo XI, Madrid, 1981.

Sigue a esto la segunda restauración que ya se prolongará hasta la muerte del Rey en 1833 y el comienzo de la guerra carlista. Se lleva a cabo una fuerte represión contra los revolucionarios y se restaura el poder absoluto pero, sin embargo, esta vez la política gubernamental será en general más moderada, por así decirlo, que en la etapa de la primera Restauración, en una línea más o menos próxima a la de ciertos regímenes «ilustrados» de Europa, lo cual hará que en poco tiempo el sector ultrarrealista vaya pasando a la oposición. Todo ello, contando con la presencia de las tropas francesas, que durará aún varios años más. Esta será la situación política de la Península que presidirá los últimos tiempos de la contienda americana y las tentativas de reconquista a que más tarde tendremos ocasión de referirnos.

No hace falta ponderar la importancia decisiva que el proceso revolucionario de la metrópoli tendrá en el capítulo final de la contienda americana. Desde las razones puramente militares (supresión de envíos de refuerzos para las fuerzas realistas) hasta las políticas (independencias e insurrecciones en cascada de 1820-1821), e ideológicas (la Constitución española y otros aspectos doctrinales del liberalismo peninsular será empleada como referencia en múltiples ocasiones por los insurrectos americanos durante y después de su guerra de independencia).

En ninguno de los territorios americanos, aún bajo soberanía española, se dejan sentir tan decisivamente los efectos de la revolución liberal como en la Nueva España. Como vimos en anteriores capítulos, desde un punto de vista estrictamente militar, la guerra contra los insurgentes en esa región está prácticamente decidida a favor del bando realista, mientras que el elemento criollo no ha mostrado ninguna inclinación revolucionaria, en parte por el carácter que ha tenido la insurrección en sus primeros momentos. Sin embargo, el hecho de la derrota militar de las fuerzas rebeldes no es tan favorable a la causa realista como pudiera parecer, ya que permite desde ese momento el proyecto de un movimiento independentista de las clases altas del virreinato, similar a las producidas en América del Sur, que antes, en plena guerra con la insurrección indígena, hubiera sido impensable.

Así las cosas, triunfa en España la revolución liberal; los elementos realistas de México, el ejército, la iglesia, las clases acomodadas, incluso los peninsulares, temen con razón que las nuevas autoridades de Madrid inicien un proceso democratizador y revolucionario en el vi-

rreinato al mismo tiempo que busquen, al precio de concesiones de tipo político o social a los insurgentes, el apoyo de éstos para la consolidación del nuevo estado de cosas. En una palabra, el triunfo de la revolución en todo menos en el nombre, y aún en éste, después de un proceso que llevaría fatalmente al virreinato a la Independencia. Inmediatamente comienzan proyectos y conspiraciones para evitar ese previsible desarrollo de los acontecimientos. En un primer momento, es el plan de la «Profesa» de diversos personajes vinculados a la causa absolutista local con el objeto de impedir la aplicación de la Constitución y demás reformas liberales en el virreinato. Poco después, sin embargo, como corolario en cierto modo lógico del anterior, gana adeptos una idea de independencia de España manteniendo en todo las estructuras socio-políticas de la situación anterior e instaurando una monarquía bajo un príncipe de la casa reinante en España o el mismo Fernando VII. Es un precedente, salvando tantas diferencias, de la independencia de la colonia inglesa de Rodesia llevada a cabo por Ian Smith (1965) con el apoyo unánime de los colonos europeos cuya finalidad no era otra que adelantarse a una independencia gobernada por la mayoría negra del país.

El proyecto a que aludimos se concreta en el «plan de Iguala», que establecen el jefe realista Iturbide y alguno de los jefes de guerrillas independentistas, Guerrero, Guadalupe Vitoria, etc. El plan que establece los tres principios o garantías en que se resume la situación que preconiza (de ahí el apelativo de ejército trigarante que se aplica a las fuerzas que lo apoyan y los tres colores que se adoptan para la bandera del naciente nuevo Estado) gana, como es de esperar, numerosos adeptos, y en principio contenta a todos los partidos. En poco tiempo, marzo-septiembre de 1821, las fuerzas que responden a él se hacen con el país casi sin lucha, a la manera de un pronunciamiento, lo que es en realidad. Las tropas peninsulares, como sabemos muy escasas, apenas se oponen a las trigarantes o se suman a ellas en buen número y, en septiembre de 1821, aquéllas hacen su entrada en Ciudad de México y poco después se rinden casi todas las últimas posiciones que responden al gobierno de Madrid y que, dadas las circunstancias que aludimos, difícilmente se podrían considerar realistas; efectivamente, realistas a su modo lo son los que en abrumadora mayoría forman un ejército insurgente. Los españoles conservan, sin embargo, el fuerte de

San Juan de Ulúa en el puerto de Veracruz a cuya defensa aludiremos más adelante.

Por otra parte, el nuevo enviado con poderes de virrey por el gobierno español, O'Donoju, no tarda en reconocer el nuevo estado de cosas en el tratado de Córdoba. Rechazado éste, como era de esperar, por el gobierno metropolitano, se proclama emperador al general Iturbide. Las fuerzas mexicanas al mando del general Filísola ocupan con poca resistencia toda la capitanía general de Guatemala (América Central), a la que anexionan al Imperio (1822). Sin embargo, al año siguiente un pronunciamiento derriba a Iturbide. Se proclama la república y da comienzo una época de inestabilidad de gobiernos casi siempre derribados por revoluciones del ejército, que se prolongará durante mucho tiempo. Tras la caída de Iturbide, se separa de México la mayor parte de América Central a excepción de la provincia de Chiapas[2] que, a su vez, se va dividiendo progresivamente en el habitual carrusel de revoluciones y golpes de estado en los cinco Estados que hoy la componen, y en 1825 capitula el fuerte de San Juan de Ulúa. Al calor de la lucha de partidos, tienen lugar algunas conspiraciones españolistas reprimidas severamente. En 1829 se lleva a cabo la más seria tentativa de reconquista de las emprendidas por España tras la Independencia de América: la expedición Barradas que, por otra parte, fracasa en Tampico y, tras capitular con el general Santa Anna (figura que dominará la política mexicana durante más de un cuarto de siglo), regresa a Cuba. Por lo demás, pronto conocerá México nuevas invasiones procedentes esta vez de otro punto cardinal.

En las Antillas españolas, a excepción de Santo Domingo, no se producen en esta época movimientos independentistas de importancia, si bien existen varios proyectos mexicanos o gran colombianos para llevar a cabo alguna expedición que terminara con el poder español en ellas. La rivalidad entre estas dos potencias de la zona, los refuerzos que España envía a partir de 1824, las eficaces campañas navales de la flota española al mando de Laborde y, por último, la oposición de momento de que Cuba pase a otro poder (la razón es fácil de enten-

[2] Para la historia de América Central, ver *Memorias por la Revolución de Centro América por «Un Guatemalteco»*, Jalopa, 1832; M. Rodríguez, *The Cadiz experiment in Central America*, Berkeley, 1978.

der) por parte de los Estados Unidos, hace que la presencia española se prolongue en las Grandes Antillas que, por otra parte, en los primeros años siguientes serán base para las operaciones o tentativa de reconquista de los territorios perdidos en la América continental.

En cuanto a Santo Domingo —nos referimos a la parte española de la isla—, donde como vimos en capítulos anteriores no existía apenas guarnición más que fuerzas de milicias locales, proclama su Independencia en noviembre de 1821 y anuncia su adhesión a Gran Colombia para protegerse contra un posible ataque del vecino Estado negro de Haití, que, efectivamente, invade su territorio en febrero de 1822 ocupándolo por entero y anexionándolo, situación que se prolongará hasta 1844, en que una insurrección conseguirá la separación de la actual República Dominicana.

En la América del Sur también se dejan sentir con fuerza las consecuencias de la revolución liberal española. Habíamos dejado, en el capítulo correspondiente, el desarrollo de la contienda en el momento en que al norte los realistas conservan gran parte de Venezuela y zonas de la costa del Caribe, y el Meridión de Nueva Granada, tras la pérdida de la capital de ésta en 1819. Mientras, en la costa del Pacífico, el Perú con sus apéndices de Quito y el Alto Perú se apresta a la resistencia contra la expedición independentista de San Martín, que espera el momento favorable para zarpar en dirección a las costas del virreinato.

En Nueva Granada prosigue la guerra entre las fuerzas realistas de Sámano, que han perdido varias de sus bases en el norte (Santa Marta, Barranquilla) y las independentistas de Santander. Al sur, el jefe realista Basilio García dirige la campaña de los fieles pastusos que cierran el paso a los insurgentes en aquella dirección. Como consecuencia de la implantación del régimen liberal en España se producen deserciones importantes entre las fuerzas realistas, sobre todo oficiales de origen americano, y por la política de pacificación preconizada por Madrid, Morillo y Bolívar acuerdan (noviembre de 1820) un armisticio, que dura hasta abril del año siguiente. Tal armisticio apenas se seguirá. Además, permitirá que ambos bandos se preparen cómodamente para el momento de la reanudación de la lucha. Las tentativas de llegar a un acuerdo de carácter político que ponga fin a la lucha, fracasan por el rechazo de los insurgentes de ninguna solución que no parta del reconocimiento de su independencia. Esta es reafirmada por los insurrectos en forma de república unitaria en el congreso de Cúcuta (junio

de 1821), mientras se reanuda la guerra tras el fin del armisticio. En octubre de 1821 cae la plaza de Cartagena en poder de los insurgentes y al mes siguiente Panamá se adhiere a la república, lo que supone, en la práctica, el final de la presencia realista en la costa del Caribe. En el sur, Bolívar, que el año anterior ha derrotado a los realistas de Venezuela y Sucre, dirige una campaña contra Pasto y Quito. Aquél derrota a Basilio García en Bomboná (abril de 1822) y éste, que ha desembarcado en la plaza de Guayaquil sublevada contra la autoridad realista en octubre de 1820, avanza hacia Quito y derrota a Aymerich en la batalla del Pichincha. Tras ello las tropas realistas capitulan en la región, incluyendo Pasto, y quedando, por tanto, todo el territorio de la Gran Colombia en poder de los insurgentes. Sin embargo, los realistas de Pasto prosiguen su resistencia, en forma de lucha de guerrillas, y tienen lugar varias insurrecciones (1823-1824), lo que obliga a los independentistas a nuevas campañas llevando a cabo duras represalias. El coronel de origen indio Agualongo se mantiene en la lucha guerrillera hasta 1824, en que es capturado y ejecutado, aunque la lucha se prolonga durante mucho tiempo después.

No se producen en este área (actuales repúblicas de Colombia y el Ecuador) tentativas serias de reconquista realista. Por lo demás, como es sabido, el proyecto de Bolívar de un Estado unitario que comprendiese estos territorios y su país natal fracasa plenamente. En 1830, tras su apartamiento del poder, se consuma formalmente la separación de los tres núcleos principales de la gran Colombia: Venezuela, Nueva Granada, que en 1861 tomará el nombre de Colombia y que incluye Panamá (que perderá en 1903 a consecuencia de un golpe del *big stick* de Theodore Roosevelt), y, por último, la República del Ecuador, bajo la presidencia del general Flores, que años más tarde proyectará, sin éxito, una restauración monárquica en la persona de algún príncipe de la casa reinante en España [3].

En la capitanía general de Venezuela, entre tanto, da fin la lucha con la derrota de las fuerzas realistas. Vuelto Bolívar a ella, tras su campaña de 1819 en Nueva Granada, prosigue sus operaciones contra Morillo sin que ninguno de los bandos obtenga triunfo decisivo alguno hasta que el armisticio antes mencionado, interrumpa por unos me-

[3] V. L. Martínez Delgado, *Las traiciones a la Independencia*, Bogotá, 1915, 2 vols.

ses las hostilidades. Durante la vigencia del mismo, Morillo regresa a España y el mando es asumido por el antiguo defensor de Angostura, Miguel de la Torre. Por otra parte, también durante la vigencia del armisticio, los realistas pierden una de sus plazas más fieles, Maracaibo (enero de 1821). Tras el final de aquél, fracasadas las negociaciones para una eventual cesación de hostilidades, éstas recomienzan con una gran ofensiva de las fuerzas de Bolívar que avanzan sobre Caracas y derrota decisivamente a los realistas en la batalla de Carabobo (24 de junio de 1821), tras lo cual éstos no conservan más que la plaza de Puerto Cabello que los insurgentes no pueden tomar. Bolívar, con la mayor parte de sus fuerzas, parte para Nueva Granada, donde lleva a cabo sus campañas contra Pasto y Quito y, posteriormente, el Perú, y en Venezuela queda Páez para proseguir la lucha contra los últimos reductos realistas y las guerrillas que responden a este bando. La Torre es sustituido por Morales, el antiguo segundo de Boves, que partiendo de la plaza de Puerto Cabello, obtiene varios éxitos a lo largo de los meses siguientes recuperando Coro y Maracaibo. Sin embargo, en la campaña posterior alrededor de esta ciudad, la derrota de la flotilla realista por la insurgente, hace que se establezca pronto una capitulación por la que los realistas evacuan la plaza (agosto de 1823) y poco después capitula la de Puerto Cabello en octubre del mismo año. La lucha de guerrillas realistas se prolonga durante varios años, así como las campañas de la escuadra española con base en Cuba contra las fuerzas navales de la república. Por lo demás, se estudiarán diversos proyectos para la reconquista de Tierra Firme en los que interviene activamente el general La Torre, en esa época capitán general de Puerto Rico, muy atento a los acontecimientos en el territorio que estuvo bajo su mando, donde, por otra parte, la lucha de partidos y las tentativas revolucionarias crean un clima favorable. En 1826-1829 tiene lugar la campaña del coronel realista Arizabalo, que coordina la acción de las guerrillas en la región de Caracas infligiendo reveses a las fuerzas de Páez y que capitula en esas fechas al no poder recibir auxilios desde las Antillas. Tras ello, como hemos visto, Venezuela se separa definitivamente de la Gran Colombia en 1830 —ya lo estaba de hecho desde 1826-1827— e inicia una agitada historia interna que se prolongará durante todo el siglo.

En las regiones australes del Continente, la lucha en esta época, al menos la regular, entre independentistas y realistas puede darse por

concluida. Ocupada la Banda Oriental por los portugueses, independiente y aislado el Paraguay bajo el régimen absoluto del doctor Francia, terminada la lucha regular en Chile por la toma de Valdivia por Cochrane en febrero de 1820, el único frente abierto de lucha es el norte argentino, fronterizo —en el sentido que a esta palabra se daba en tiempos de la Reconquista— con el del Alto Perú; la actividad realista en él es escasa por haberse desplazado el centro de gravedad más importante de la lucha a la campaña contra la expedición libertadora del virreinato limeño dirigida por el general argentino San Martín, que cuenta con un importante contingente de tropas de su país. Mientras, en él, donde se ha visto con alivio esfumarse el riesgo de una expedición de reconquista realista por la revolución de Cádiz y donde se rechaza cualquier posibilidad de acuerdo con el régimen establecido por aquélla, prosigue con intensidad la lucha de partidos, unitarios y federales, aquéllos con base en Buenos Aires y éstos en las provincias, por otra parte sometidas a caudillos que se disputan con las armas en la mano el gobierno central, que, como puede suponerse, no tiene virtualidad alguna. Situación que se prolongará con diversas alternativas durante largos años hasta la dictadura de Rosas, lo que hace que la participación argentina en esta fase de la contienda de emancipación quede reducida a la ya mencionada expedición de San Martín al Perú y la posterior campaña en este país, que culminará con las victorias de Junín y Ayacucho.

En Chile, como sabemos, ha terminado la guerra regular con la rendición de Valdivia. Sin embargo, prosigue la lucha de guerrillas realistas dirigida por Benavides [4] hasta su captura y ejecución en 1822, y por el coronel Senosiaín hasta 1827, en que capitula. En cuanto a la historia interna de la república chilena, es esta época menos turbulenta que la de la mayor parte de sus homólogas. Gobernada desde Chacabuco, hasta 1823, por el dictador O'Higgins, éste es derribado por el general Freire con el apoyo de las clases aristocráticas, las cuales a lo largo de un transitorio período de inestabilidad (luchas de «pipiolos» contra «pelucones»), se hacen con el poder, que conservarán en diversas formas hasta épocas muy posteriores.

Suspendido por la revolución liberal el envío del segundo «ejército pacificador» cuyo destino se suponía era Buenos Aires, las fuerzas

[4] V. Vicuña Mackenna, *La guerra a muerte*, que describe vívidamente este período.

insurgentes de Chile al mando de San Martín pueden dar comienzo a la expedición libertadora al Perú. Dominado el mar en las campañas navales de los años anteriores, ésta puede zarpar y llegar a su destino sin novedad, desembarcando junto a Pisco, en septiembre de 1820, sus 4.500 hombres, argentinos y chilenos principalmente. Por aquellos días se promulga en el Perú la Constitución española y, como en otros territorios del Continente, se abren negociaciones con los insurgentes que fracasan rápidamente, lo que favorece los planes de San Martín por el tiempo que le proporciona. Éste proclama la Independencia del Perú en octubre de ese año, y, en los meses siguientes, como en otras zonas de América, numerosos criollos, autoridades, jefes militares y miembros de las clases altas, recelosos ante el cariz de los acontecimientos revolucionarios en la Metrópoli, van sumándose a la causa independentista, entre ellos el gobernador de Trujillo, marqués de Torre Tagle, lo que permite a los rebeldes adquirir unas bases amplias de operaciones en el norte del país.

En enero de 1821 tiene lugar el pronunciamiento de Aznapuquio en el cual los oficiales superiores del ejército virreinal deponen a Pezuela [5], al que consideran absolutista y acusan de pasividad militar, sustituyéndole por el liberal La Serna sin que esto se traduzca, en modo alguno, en el fin de la lucha, aunque se lleven a cabo nuevas negociaciones con San Martín, igualmente fracasadas. El ejército realista, todavía numeroso, evacua Lima (julio de 1821), aunque dejando una guarnición en El Callao que poco después capitula ante San Martín (su jefe La Mar se suma a los rebeldes) y se retira hacia el sur estableciéndose en Cuzco mientras los insurgentes se apoderan de los «puertos intermedios», los situados al sur de Lima. No obstante, el ejército realista sigue casi intacto y en 1822 derrota repetidas veces a los insurgentes obteniendo, entre otras, la victoria de Ica. Tras la entrevista de Guayaquil con Bolívar, San Martín deja el mando del ejército (1822). Poco después (finales de 1822-enero de 1823), los realistas infligen a los insurgentes las derrotas de Torata y Moquegua e incluso recuperan fugazmente Lima (junio de 1823), mientras graves disensiones de tipo político entorpecen la acción de los independentistas hasta el punto que, tras la llegada de Bolívar (septiembre de 1823), y por la hostilidad

[5] Pezuela, *op. cit.*, pp. 840 y ss.

que desata en el país su dictadura, se produce un motín entre las fuerzas patriotas, mayoritariamente argentinas, de El Callao, plaza que entregan a los realistas, que por aquellos días ocupan nuevamente Lima, convirtiéndose aquella ciudad en lo que será último reducto realista en la América continental.

Entretanto, los realistas experimentan el contratiempo de un pronunciamiento de carácter absolutista del jefe del ejército en el Alto Perú, Olañeta, en el que se dan igualmente confusos elementos independentistas. Esto obliga al ejército de La Serna a combatirle con las correspondientes bajas y distracción de fuerzas, y poco después, el ejército insurgente derrota en Junín a Canterac, donde éste pierde gran parte de su caballería (agosto de 1824). Sigue a esto la campaña en la que las fuerzas realistas acabarán derrotadas, a pesar de sus aparentes buenas perspectivas, en la batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824). Tras la derrota, el ejército del Perú capitula en términos por lo demás muy favorables, lo que facilita que los elementos realistas de zonas próximas se acojan a la capitulación, dándose prácticamente por terminada la campaña y con ella virtualmente la contienda independentista americana.

Estrategia

Nuevamente en 1820 y 1821 asistimos, a lo largo y ancho del territorio todavía en poder de las fuerzas realistas, a una cascada de desastres, debidos, en primer lugar, a razones políticas y a continuación, en algunos casos, a derrotas militares causadas o propiciadas por aquéllas, y a un avance tanto territorial como psicológico y moral de las fuerzas independentistas, similar, en muchos aspectos, a los producidos en los primeros meses de la revolución de 1810 y 1811. Aun en las diferencias que se aprecian en una dirección y otra, muchas de ellas lo son a favor de la causa independentista. Así, por ejemplo, los insurgentes de este momento no son los muchas veces desorientados respecto a los objetivos y medios para conseguirlos, que triunfaban en tantos casos por la sorpresa para que la situación volviera a su cauce en cuanto se establecía con claridad el alcance de lo acaecido y que instauraban «regímenes bobos» con líderes a menudo incapaces o poco a la altura de las circunstancias. O bien se trataba en algunos casos de mo-

vimientos de carácter indigenista formados por masas, aunque muy numerosas, sin capacidad para enfrentarse a un ejército disciplinado aunque fuese muy inferior en número.

Ahora la causa independentista, que ya puede clasificarse sin reservas como tal y no como en los primeros momentos, en que todavía se manejaban con más o menos sinceridad conceptos de lealtad al Rey y a la metrópoli, ha realizado formidables avances no sólo materiales sino sobre todo en las conciencias de muchos americanos. Unos han comprendido la relativa viabilidad del proyecto, otros han pasado irremisiblemente a la insurrección como resultado de las medidas adoptadas en la represión bien por su bando, al no poder, por tanto, volver atrás, bien por el enemigo, por la animosidad producida por dichas medidas. Por su parte, los realistas, que hasta este momento mantienen con más o menos convicción y éxito sus banderas, comprenden en gran número que éstas, como resultado de las circunstancias políticas a las que aludimos, están poco menos que inevitablemente perdidas. Y tal vez algo más importante, van aceptando la idea, acaso con razón, de que su causa o algún importante aspecto de la misma estará mejor defendida, por paradójico que pueda parecer, en las filas de cierto independentismo que en las de unas fuerzas que responden a un gobierno en tantos órdenes mucho más liberal que la insurgencia.

Por todo esto, resulta difícil, especialmente al referirnos a los primeros meses del período, establecer cuál puede ser la estrategia que las fuerzas realistas pueden desarrollar y, en cierto modo, también la de sus contrarios, ya que los resultados de insurrecciones, motines o políticas impuestas desde la metrópoli, si bien muchas veces favorables a la causa de éstos, son casi siempre imprevisibles y son precisamente los que determinan nuevas estrategias no previstas con anterioridad.

En las primeras semanas de 1820, mientras en España tiene lugar el alzamiento del ejército cuya misión era participar en la contienda americana, la situación, al menos desde el punto de vista militar, no es excesivamente desfavorable a la causa realista con relación a los inicios del período anterior (principios de 1815). Se ha perdido Chile, y la superioridad naval en el Pacífico, en Venezuela se prolonga interminablemente la guerra reiniciada poco después de aquella fecha, y en Nueva Granada, tras los reveses del año anterior, se ha perdido la capital y amplias zonas del virreinato. En contrapartida, la situación interna de la República Argentina hace que se la pueda considerar prácticamente

fuera de juego, la insurrección en México está virtualmente extinguida al igual que las guerrillas del Altiplano, lo que permitiría operar desde él con comodidad, y el Perú sigue siendo un bastión realista como desde el principio de la lucha. Por lo demás, se espera con impaciencia la llegada del ejército pacificador de cuya acción cabe inferir resultados decisivos.

Pocos meses más tarde, la situación ha cambiado dramáticamente. México y América Central están perdidos para la metrópoli. En Tierra Firme, las fuerzas realistas sólo conservan la plaza de Puerto Cabello, y en Nueva Granada, la fidelísima región de Pasto. Guayaquil se ha pronunciado poniendo en dificilísima situación a Quito, y en el Perú, donde ha desembarcado la expedición de San Martín, éste domina la capital y los territorios al norte de la misma, mientras que el ejército realista se ha retirado a la sierra, a la zona del valle de Jauja, para librar sus últimas campañas.

Frente a tal cantidad de acontecimientos desastrosos, pocas alternativas quedan a las fuerzas realistas. Se ha afirmado que en México las fuerzas que respondían a la metrópoli —cabe imaginar que por contar con más proporción de soldados peninsulares—, podrían haber sofocado el pronunciamiento de Iturbide actuando con rapidez y decisión. Esto es evidentemente opinable, pero parece muy poco verosímil. En definitiva, el pronunciamiento de Iturbide [6] no era causa sino resultado de un estado de espíritu del que participaban numerosísimos jefes de las fuerzas realistas, entre ellos un elevado número de peninsulares. Aun en el caso de que se hubiera obtenido algún éxito local contra él, poco después, con absoluta seguridad se hubiera reproducido de forma incontenible. Por supuesto, triunfante el alzamiento de México, es cuestión de pocas semanas la adhesión del mismo a la América Central, virtualmente indefensa. En el sector septentrional del continente suramericano, el armisticio impuesto por Madrid es de todo punto favorable, en sus consecuencias, a los insurgentes. No sólo porque durante el mismo ocupan Maracaibo y otros puntos, sino por la preparación y despliegue de fuerzas que pueden tranquilamente llevar a cabo con vistas a la ofensiva final contra las fuerzas de La Torre en Venezuela. Claro está que, desde el punto de vista del gobierno liberal de

[6] Vid., *Memorias*, de Iturbide, Madrid, 1919, pp. 241 y ss.

Madrid, el armisticio puede ser considerado imprescindible para llevar a cabo las negociaciones por las que piensa se puede llegar a alguna forma de acuerdo con los insurgentes, posibilidad que, dado su proyecto político, debe ser por lo menos agotada.

Por lo demás, en estos momentos las fuerzas de ambos bandos son las siguientes: en Venezuela, algo más de 10.000 hombres defienden la causa realista controlando la mayor parte del territorio. Sus adversarios, dirigidos por el propio Bolívar, se disponen a actuar de forma decidida para liberar al país de origen de la revolución en ese área; cuentan para ello con unas fuerzas similares a las realistas. En la zona de la audiencia de Quito y Nueva Granada, las fuerzas realistas son escasas, dos batallones peninsulares, uno de ellos en Cartagena, unidades de milicias, entre ellas las de Pasto, y los pequeños refuerzos que llegan de Panamá. Sus adversarios, mientras el grueso de las fuerzas grancolombianas está ocupado en la campaña de Venezuela, no son tampoco numerosos. Entre ellos, se encuentran los recién llegados a su bando de la región de Guayaquil [7].

En el Perú, las fuerzas virreinales tras las primeras semanas del desembarco de San Martín están formadas por unos 14.000 hombres, de ellos 4.000 en el Alto Perú, ya que en los primeros choques con aquéllas, más las deserciones, han perdido del orden de 8.000 combatientes. Aun así, constituyen un ejército de respetables proporciones y que sigue siendo superior en número, aunque tenga que defender un territorio muy amplio, al desembarcado en Paracas, que, con nuevos refuerzos y reclutas locales, reúne en este momento unos 10.000 hombres.

En Chile, la estrategia de las fuerzas realistas del coronel Benavides es, evidentemente, la de llevar a cabo y extender la lucha de guerrillas contra las del gobierno insurgente con la mayor intensidad posible y prolongar la resistencia mientras se pueda en espera de un eventual socorro desde el exterior.

Así pues, en las tres grandes zonas que los realistas conservan todavía en los primeros meses de 1821, de todo lo que antecede puede deducirse que la alternativa estratégica de las fuerzas realistas, conside-

[7] Algunas fuerzas de estas últimas pasaron nuevamente al bando realista en julio de 1821.

rando a éstas como un todo, es meramente defensiva tanto en Venezuela —norte de Nueva Granada, Quito— Pasto o el Perú al sur de Lima. Es decir, el objetivo primero que tienen es el de conservar sus posiciones en la medida de lo posible en espera de que se estabilice la situación en la metrópoli y puedan recibirse refuerzos de ella. No se considera la posibilidad de lograr un acuerdo político con los insurgentes, a no ser una simple capitulación ante ellos, cosa que ni los gobiernos liberales de Madrid están en condiciones de aceptar. En cualquier caso, aun para llegar a una solución negociada, resulta conveniente el mantenimiento, como baza para la misma, del máximo de territorios bajo su control.

En México y la América Central, dado que son las propias tropas realistas las que se pronuncian contra la metrópoli —ya hemos aludido a las circunstancias que crean las condiciones para el rápido triunfo del movimiento y cuáles son fundamentalmente los objetivos de éste—, no puede hablarse de estrategia para las escasas e inicialmente dispersas unidades todavía fieles a la metrópoli, que muy difícilmente podrían llevar a cabo una acción coordinada contra sus compañeros de armas de la víspera. También resulta muy difícil valorar la posibilidad de que la autoridad virreinal se hubiera sostenido siquiera en una parte apreciable del territorio hasta la caída del régimen constitucional en España, tras lo cual podría pensarse en expediciones metropolitanas de socorro.

Es, por tanto, en la América meridional donde puede hablarse de alternativas estratégicas para la causa realista, y aun éstas pueden resumirse en dos: defensa elástica hasta el momento de sufrir, como resultado de fracasos o derrotas en la campaña, la pérdida de la mayor parte de la fuerza operativa de sus ejércitos en la zona y, a partir de ese momento, defensa estática del máximo número de plazas y puntos fortificados, naturalmente en la costa, en espera de más o menos hipotéticas expediciones de socorro. La primera de estas estrategias se lleva a cabo plenamente en el Perú y hasta principios de 1824, y la defección de Olañeta, con las consecuencias estratégicas que conlleva, obtiene un resultado plenamente satisfactorio habida cuenta de lo difícil de la situación general del bando realista en este momento en el virreinato peruano. En definitiva, los jefes realistas mantienen hasta los últimos meses unas bases territoriales amplias, realizan ofensivas desde ellas, a veces con resultados espectaculares y de importantes efectos políticos,

e infligen derrotas a las ofensivas patriotas contra su zona de operaciones. Todo ello mientras organizan y equipan nuevas fuerzas ciñéndose a sus solos recursos locales, de manera que, al menos cuantitativamente, el ejército realista de 1824 no es muy inferior al de cuatro años antes cuando dominaba todo el virreinato. Ciñéndonos a este momento, se ha acusado de derrotismo y falta de actividad al virrey Pezuela por no haber procedido con decisión contra la «expedición libertadora» durante las primeras semanas después de su desembarco en Paracas, cuando las fuerzas virreinales son muy superiores a las expedicionarias [8]. Realmente, es ésta una consideración digna de ser tenida en cuenta.

En cuanto a otras alternativas, no tiene ya en esta época sentido alguno el realizar ofensivas importantes fuera del territorio inicialmente realista (Perú y el Altiplano). Efectivamente, para lograr resultados apreciables en el norte argentino son necesarias fuerzas más importantes que las disponibles y, aun en caso de conseguir aquéllos, su utilidad práctica, dada la situación general de la contienda y la interna de las Provincias Unidas, no hubiera sido remuneradora del esfuerzo y medios empleados. Por supuesto, tras las derrotas en el interior del país en la segunda mitad de 1824, la única posibilidad de las fuerzas realistas en el Perú es la de tratar de resistir lo más posible en la plaza fortificada que conservan, El Callao.

En la zona de Quito —Meridión neogranadino, que pocos meses más tarde del inicio de la etapa que nos ocupa quedará aislada del virreinato del Perú por el pase a la disidencia de la zona norte—, la debilidad de las fuerzas realistas no ofrece evidentemente las mismas posibilidades operativas. Sin embargo, en definitiva, aquéllas llevan a cabo una estrategia del tipo de la descrita —ofensivas contra Popayán y Guayaquil— hasta ser sumergidas por la superioridad de las fuerzas insurgentes.

Tienen aquí, en cambio, la posibilidad de practicar, contando con la fidelidad de la población de Pasto y otras zonas de la región, una campaña de guerrillas, que posiblemente hubiera logrado resultados apreciables y acaso se hubiera debido planificar y potenciar con mayor interés por los mandos realistas en la zona.

[8] V. Torata, *op. cit.*, tomo I, pp. 33 y ss. Es ésta una idea recurrente en todo el resto de la obra.

Por último, en Tierra Firme, zona donde las fuerzas realistas sufren igualmente las consecuencias de la situación política —alzamiento de ciudades, deserción de tropas, armisticios netamente favorables a los insurgentes—, las posibilidades de éstas son claramente las mismas: defensa elástica del territorio mientras se pueda, y resistencia en las plazas de la costa a continuación. Lo primero, no puede llevarse a cabo eficazmente debido al genio militar de Bolívar que, con la rapidez del rayo, abate sus fuerzas sobre todos los puntos de la capitanía general sin dar tiempo a sus adversarios de llevar a cabo maniobra alguna eficaz, aunque, durante los primeros momentos de la campaña, éstos tienen la posibilidad, al menos teórica, de, actuando con rapidez desde posiciones centrales, tratar de derrotar por separado a las diversas formaciones patriotas. Tras la derrota de Carabobo, poco más pueden hacer que resistir en Puerto Cabello y, no obstante, aprovechando la ausencia de los más importantes ejércitos rebeldes, se pudieron realizar, o al menos intentar, unas operaciones de reconquista, que consiguieron, antes del fracaso final, debido fundamentalmente a la derrota naval de Maracaibo unos resultados casi inimaginables pocos meses antes.

Por lo que respecta a la estrategia de las fuerzas rebeldes, la realidad es que, dadas todas las coordenadas militares, políticas y económicas de la situación en 1820 y 1821, la alternativa más conveniente para sus fines es la que de hecho llevan a cabo: dominio de la Costa Firme, donde se encuentra un ejército realista que podría todavía llevar a cabo operaciones de envergadura si sus adversarios se trasladan en proporción importante a otro teatro de operaciones; reducción a continuación del foco realista de Pasto y Quito, y refuerzo posterior a los ejércitos insurgentes que operan en el Perú, que, mientras tanto, sin haber vencido al grueso del ejército realista en la zona, se han apoderado de importantes áreas de ésta. Alternativamente, se pueden dejar las operaciones contra el enclave de Quito para después, terminada la campaña del Perú, todo ello aprovechando las ventajas derivadas de las circunstancias políticas en que se debaten sus adversarios desde el pronunciamiento de Maracaibo hasta la crisis La Serna-Olañeta.

Debe recordarse, en cualquier caso, que también los insurgentes conocen dificultades importantes de aquel carácter. Recuérdense las que se producen con ocasión de la campaña del Perú, debido a rivalidades «políticas-nacionales», y que, sobre causarles importantes contratiempos, por ejemplo la recuperación de la plaza de El Callao por los rea-

listas, estuvieron a punto —crisis con Riva Agüero en 1823— de llegar a tener consecuencias verdaderamente serias para la causa insurgente en la zona.

No se escapará a la perspicacia de los lectores que hayan seguido el proceso independentista los diferentes matices ideológicos entre los líderes insurgentes y, por tanto, la lucha, en el mejor de los casos solapada, para hacer triunfar sus peculiares ideas sobre la organización de los Estados sucesores del Imperio español. Así, por ejemplo, los proyectos republicanos de Bolívar frente a los monárquicos de San Martín, que de haber triunfado hubieran colocado a Nueva Granada en una posición incómoda entre el imperio mexicano, al norte, y las monarquías peruana y brasileña, al sur. De ahí, lógicamente, el interés primordial de Bolívar, con las correspondientes consecuencias en cuanto a sus planes militares prescindiendo de consideraciones puramente técnicas, de participar activamente en la campaña contra el Perú realista, a partir de 1821-1822.

Podrían, sin duda, hacerse diversas consideraciones sobre las últimas resistencias de los realistas en América desde un punto de vista estratégico. En primer lugar, debe entenderse que desde la óptica de sus protagonistas, ellos no tienen por qué ser los «últimos» exponentes de la presencia realista en el Continente, sino simplemente los defensores de unas posiciones de mayor o menor valor militar que pueden servir eventualmente para una operación de reconquista, basada o bien en expediciones de socorro enviadas desde la Península (ya para el momento difícilmente podrían llegar desde otros puntos de América a excepción de las Antillas) o en eventuales reacciones producidas en los propios territorios en poder de las fuerzas insurgentes. Esta última posibilidad podía darse por organización de fuerzas realistas propiamente dichas, a partir evidentemente de fuerzas de guerrillas o movimientos populares de aquel carácter, por el cambio de campo de algunos de los líderes o fuerzas hasta aquel momento en el bando independentista al calor de la lucha de partidos, o por rivalidades «nacionales» que les desgarran. Esta circunstancia puede ser obviamente considerada, por ejemplo, entre los defensores de El Callao, teniendo en cuenta que la plaza que defienden, en definitiva, ha vuelto a poder realista por un motín entre las propias fuerzas americanas, debido a razones político-nacionales y económicas. Sin ir más lejos, uno de los refugiados en la plaza no es otro que el marqués de Torre Tagle (o ciudadano Tagle

según su nombre posterior a 1821), expresidente de la República del Perú.

La primera y más aparentemente lógica posibilidad, la de recibir refuerzos de la Península que permitirían prolongar la resistencia e, incluso, llevar a cabo operaciones de reconquista de los territorios inmediatos —en los que, por otra parte, existen en casi todos ellos importantes núcleos de guerrillas realistas o simplemente opuestas al poder insurgente—, es perfectamente digna de consideración a partir de la restauración de Fernando VII a finales de 1823. Aunque en el mejor de los casos se hubieran necesitado meses para la organización y el envío de las fuerzas, en definitiva, es lo que se llevará a cabo, aunque con muchísimo retraso, para poder socorrer a los reductos que resisten tras las derrotas de 1821-1824. Así pues, estas expediciones tendrán que limitarse a la defensa disuasoria de las Antillas y, tiempo más tarde, a intentar operaciones, esta vez de reconquista, sin disponer de un inicial punto de apoyo en el territorio objeto de la misma, lo que hubiera significado la correspondiente ventaja.

Todo esto viene a cimentar la idea de que los defensores a ultranza de la causa realista no son simplemente unos tercos incapaces de aceptar un hecho evidente prolongando artificialmente una resistencia inútil, ni siquiera la idea de que combaten exclusivamente para salvar el honor de las armas. Éste está más que a salvo tras la lucha de tantos años de unas fuerzas aisladas de la metrópoli combatiendo y obteniendo tantas victorias en circunstancias adversas. Simplemente, defienden hasta el límite de sus posibilidades unas posiciones que pueden servir de base para unas más que posibles operaciones de reconquista. Efectivamente, si éstas se hubieran llevado a cabo —lo que como sabemos ahora no tuvo lugar—, la situación de los defensores de Puerto Cabello, El Callao o Chiloé, no hubiera sido diferente de los que en las primeras etapas de la guerra defendieron posiciones igualmente aisladas de casi todo el resto del territorio en poder de los insurgentes: Montevideo, Coro o Santa Marta.

Por otra parte, de hecho se dio el caso de que los defensores de una de las plazas, Puerto Cabello, contando, es cierto, con unas fuerzas de cierta importancia, pudieron, algún tiempo después del comienzo del sitio de la plaza, operar en la zona adyacente e incluso llevar a cabo una importante operación de reconquista, que, de no haber sido

por la derrota naval de Maracaibo, hubiera sin duda logrado importantes éxitos.

Otro, desde luego, es el caso de los defensores de las fortalezas de El Callao y de San Juan de Ulúa y del archipiélago austral de Chiloé, pero, en cualquier caso, todos ellos pueden ser objeto de las consideraciones que anteceden.

Respecto a las tentativas de reconquista posterior a la pérdida de los territorios de la América Central, de las que la más importante es, sin duda, la expedición Barradas a México, podrá tenerse en cuenta, en cierto modo, lo dicho en otros capítulos de esta obra al referirse a los envíos de tropas de refuerzo durante el desarrollo de la contienda propiamente dicha. Una expedición al Río de la Plata como preconizaba, entre otros, el plan del general Valdés, hubiera tenido la ventaja de contar con un enemigo en pésima situación política interna y en guerra con el imperio del Brasil, del que, sin duda, se hubiera podido conseguir apoyo. Sin embargo, la distancia entre la Península y el punto de desembarco, sin punto de apoyo intermedio alguno, la importancia del número de fuerzas necesarias para conseguir los resultados apreciables, el escaso valor político y económico de la zona y el hecho de que, supuesto se consiguiera el primer objetivo, es decir, la ocupación de todo el territorio argentino seguirían abiertos al menos dos frentes contra Chile y Alto Perú, que exigirían inmediatamente el envío de nuevos refuerzos, hacen que, al menos con un criterio selectivo, la expedición rioplatense no sea aconsejable. Una expedición de importancia a cualquier punto de las costas del Pacífico doblando el cabo de Hornos es totalmente imposible. Por tanto, como objetivo primero a considerar, quedan las áreas ribereñas del mar Caribe y golfo de México. En Venezuela, independiente de hecho de la Gran Colombia desde 1826, existe buen número de guerrilleros realistas y un estado de opinión entre ciertos sectores de la población decepcionados por la continua situación de anarquía y las luchas internas entre los diferentes partidos de la república, más o menos favorable a una restauración española, hasta el punto de que un solo oficial peninsular que coordine algunas de aquéllas, se puede permitir el mantenimiento de una campaña de importancia y poner en serio peligro a los gobernantes republicanos. Todo ello sin recibir ayuda alguna del exterior. Sin embargo, la antigua capitanía general es un país arruinado por la guerra, y la auténtica revolución social que supuso la acción de Boves y, en el primer

tiempo, una eventual campaña de reconquista a gran escala no ofrece los mismos atractivos que el otro gran objetivo posible: México.

Efectivamente, en este país, en definitiva, la Independencia no se produjo por la derrota de las fuerzas realistas [9], sino más bien al contrario. Por otra parte, la situación de extrema agitación interna de la república con la caída del Imperio, la separación de la América Central y la sucesión de revoluciones supone que, desde este punto de vista, se pueda esperar encontrar en este territorio, por lo menos, las mismas condiciones que en cualquier otro de los recién emancipados. Como es sabido, además, el interés económico del antiguo virreinato es muy superior al de los otros. Por último, no dejará de considerarse que, en caso de tener éxito la operación de reconquista, ocupado todo el territorio de la república y con toda facilidad el de la América Central, no quedará abierto frente alguno terrestre con otros territorios insurgentes, lo que permitirá planificar las ulteriores expediciones de reconquista con total tranquilidad sin tener que atender a las urgencias y costos de un frente activo. Parece obvio que la expedición, que de hecho se intentó, no contó con los efectivos necesarios para actuar con eficacia y conseguir logros importantes antes de que pudiera producirse alguna reacción, y realmente no hubiera sido de una dificultad insalvable el envío de algunas unidades militares suplementarias. Pero, claro está, es fácil juzgar a toro pasado una operación como la mencionada.

Por lo demás, estas consideraciones sobre las posibilidades de reconquista se refieren al período que virtualmente termina en 1830. Desde ese momento, hasta 1833, la crisis que se avecina en España y las dificultades del régimen fernandino (caída de la monarquía francesa, recrudecimiento de la actividad subversiva) hacen que las posibilidades de continuar activamente con esa política desciendan considerablemente para desaparecer, como es lógico, en el período de la guerra carlista y la situación posterior, al menos hasta la caída de Espartero en 1843. Más tarde, la independencia de las repúblicas hispanoamericanas está tan consolidada —aunque muchas aún no han sido reconocidas por España— que desaconsejan absolutamente cualquier operación en ese sentido. Sí hubiera sido posible, en cambio, y de hecho se

[9] T. Anna, *La caída del gobierno real en Méjico*, citado por Albí, *op. cit.*, pp. 301 y ss.

llevó a cabo, alguna intervención con participación española, con medios, apoyos económicos y logísticos o fuerzas armadas en alguna de las muchas revoluciones y luchas de partidos en las repúblicas americanas, con el objeto no ya de lograr una anexión, pero sí la instauración de regímenes hispanófilos. En cualquier caso, éste es un tema que excede notablemente a los límites de este trabajo.

El ejército realista

Nueva España

La primera dificultad, en una aproximación al ejército realista en el virreinato de Nueva España en el período que nos ocupa, es decir, hasta la proclamación de la República de México, con la instauración y caída del Imperio, es precisamente su definición, o en otras palabras, a quién se considera «ejercito realista». Es evidente cuáles son las fuerzas que podríamos llamar «insurgentes históricas»: en aquel momento, unas escasas guerrillas que languidecen en diversas partes del territorio, sobre todo en el sur. Sin embargo, respecto a las fuerzas que se pronuncian con Iturbide en apoyo del plan de Iguala y las no demasiado numerosas que se oponen a ellas, la calificación es más difícil. Efectivamente, al menos en un primer momento, estas fuerzas combaten por la conservación en México de todos y cada uno de los elementos que han confirmado la ideología y la motivación de la causa realista hasta aquel momento, incluyendo la persona y dinastía [10] a la que en principio se reservaba el trono del virreinato; todos los principios, claro está, menos el de la unión con la metrópoli, pero aun éste si no se mantiene es precisamente porque se considera que la metrópoli no responde a los demás.

Por otra parte, las fuerzas que se oponen con más decisión al pronunciamiento iturbidista, tras las primeras semanas en que se van decantando posiciones, están formadas en su mayoría por peninsulares, en gran parte adictos a la causa liberal de la metrópoli. Es decir, que

[10] Ver entre otros W. Robertson, *Iturbide of Mexico*, Nueva York, 1968, pp. 52 y ss.

si estuvieran en ésta, su deber sería combatir precisamente a los «realistas». Tantas paradojas en una: realistas rebeldes y «realistas» —en el sentido de defensores de la metrópoli— que no son realistas hacen que, repetimos, sea difícil definir más o menos categóricamente a los partidos que intervienen en esta fase de la contienda.

Al comienzo de los acontecimientos que culminarían, en definitiva, con la pérdida por España de los territorios continentales al norte del istmo, es decir, en el momento del triunfo de la revolución gaditana, las fuerzas virreinales todavía indiscutiblemente realistas están formadas por diez unidades expedicionarias, los regimientos de Zaragoza y Órdenes Militares, a dos batallones cada uno, y los regimientos, en realidad batallones, de Fernando VII, Mallorca, infante don Carlos, tercer batallón de Zamora, tercer batallón de Murcia, que así vimos con el nombre de Primero Americano, primer batallón de Extremadura, Voluntarios de Castilla —cuyo coronel Francisco Hevia será uno de los que resistan con más decisión al pronunciamiento trigarante hasta su muerte en acción— y el llamado Batallón ligero de Barcelona, cuya denominación inicial en el virreinato fue el de Voluntarios de Navarra. Además, hay tres compañías de tropas de marina. El resto de los efectivos de fuerzas virreinales, tanto de infantería y dragones veteranos del país, milicia provincial de infantería y caballería y casi todos los cuerpos de la milicia urbana, son con muy pocas variantes los mismos que existían al comienzo del período anterior. La única adición importante a aquellas fuerzas son las unidades expedicionarias llegadas entre 1815 y 1817. Naturalmente, las unidades de procedencia peninsular, al cabo de varios años de permanencia en el virreinato y de su intervención en operaciones militares, han experimentado las bajas correspondientes entre sus componentes, en combate, por enfermedad, deserción, paso a destinos no propiamente militares, o a unidades locales, veteranas o de milicia. Por tanto, sus efectivos iniciales han sufrido mermas muy importantes; recuérdese, por ejemplo, aunque no sea, por otra parte, más que un caso especial, el del Regimiento, en realidad un sólo batallón, de Asturias, que fue capturado casi íntegramente a poco de su desembarco e inicio de operaciones y reorganizado localmente con el nombre de Mallorca. Ahora bien, como es lógico y al no recibirse de la Península personal específico para el reemplazo de bajas, éste se lleva a cabo en las unidades inicialmente expedicionarias con nativos del país o españoles allí residentes, que éstos, en su mayor parte, tras lar-

gos años de estancia, sin proyectos de regresar a la Península, con familia y medios de vida en el virreinato, en poco se diferencian de los criollos de origen europeo ya nacidos en él. Por ello, en las unidades llamadas y consideradas a efectos oficiales como expedicionarias, existe un componente muy fuerte de americanos.

Por lo demás, en el período que nos ocupa no llega al virreinato ninguna unidad peninsular de refuerzo hasta que, años más tarde, en que ya ha culminado el proceso de independencia, se releve a la guarnición del fuerte de San Juan de Ulúa.

Los efectivos de aquellas unidades, según los datos del marqués de las Amarillas, pocas semanas después del triunfo de la revolución de Riego, y muy pocas, por tanto, antes del plan de Iguala que dará comienzo al proceso final de la Independencia de México, son las siguientes: 8.500 hombres en las fuerzas expedicionarias, muchos de ellos no peninsulares; 10.600 en las fuerzas veteranas del virreinato; 22.000 en las milicias provinciales y 44.000 en la milicia urbana, de ellos 19.000 de caballería y 1.700 de artillería [11].

En cuanto al papel jugado por dichas tropas en el proceso antes mencionado, es, lógicamente, el que cabría esperar en base a todas las razones antedichas.

El pronunciamiento comienza entre las fuerzas del sur del virreinato, sector a cargo de Iturbide, entre las que se encuentran dos unidades peninsulares, el Regimiento de Murcia y el de Fernando VII, que en su mayor parte abandonan pronto a las fuerzas pronunciadas, las cuales crean enseguida un nuevo batallón con el nombre del Rey. Poco a poco se van sumando a éstas otras fuerzas, sobre todo las de carácter local, tanto veteranas como de milicias. Las unidades de origen peninsular, en cambio, no se suman al alzamiento aunque tampoco lo combaten con decisión. Van cayendo en poder de las fuerzas trigarantes las principales plazas del virreinato, Zitácuaro, Guanajuato, posteriormente Valladolid y Guadalajara. Mientras, las fuerzas peninsulares que no se han plegado al movimiento van siendo derrotadas en pequeñas escaramuzas y capitulan o bien se van retirando hacia la capital del virreinato, donde también protagonizan un alzamiento en junio del mismo año para sustituir al virrey por el general Novella. Todavía quedan nu-

[11] Marqués de las Amarillas. *Informe...*, cuadro 45.

merosas guarniciones y unidades, muchas de ellas americanas, que, al menos en teoría, siguen respondiendo a la causa de la metrópoli, pero parece claro que es cuestión de poco tiempo el que se sumen a la disidencia. Por otra parte, el nuevo representante del gobierno español O'Donoju comprende que el movimiento ha llegado a un punto en que, al menos de momento, es imparable y, tras unas negociaciones con Iturbide, firma con él el tratado de Córdoba en agosto, que, si bien será recusado por el gobierno español, hará que las últimas fuerzas que resisten a las trigarantes depongan la lucha y, en el caso de las americanas, con muy contadas excepciones, se sumen a ellas. En cuanto a las unidades peninsulares, muchos de sus componentes americanos e incluso buen número de los de origen español se han sumado al movimiento. Como sabemos, una gran cantidad de oficiales de origen europeo, Filísola y Castrillón, entre otros, desempeñarán altos cargos en la milicia en el nuevo imperio mexicano y después de la caída de éste.

Tras la firma del tratado de Córdoba, se da por terminada la lucha en el virreinato. Las fuerzas trigarantes ocupan la capital abandonada por las fuerzas, ya sobre todo peninsulares, que la defendían, que inician a continuación la evacuación del territorio con destino a Cuba. A lo largo de este año y del siguiente, en el que algunas de las todavía estacionadas en México intentarán una contrarrevolución, rápidamente vencida, salen del virreinato algo más de 3.000 hombres, en varias expediciones. Quedan en él, de las fuerzas de origen peninsular, además de las que se han sumado a la nueva situación, las que guarnecen el fuerte de San Juan de Ulúa, cuya resistencia, a la que nos referiremos más tarde, se prolongará durante cuatro años más. Respecto al nuevo ejército mexicano y al papel de las fuerzas procedentes de uno y otro bando en el mismo, tendremos ocasión de referirnos en el capítulo referente a los ejércitos independentistas en esta época.

Por lo que hace a las fuerzas que guarnecen Centroamérica (capitanía general de Guatemala), no participan hasta después del triunfo de Iturbide en movimiento alguno de carácter independentista, si bien se suman sin apenas resistencia a las del imperio mexicano, que, al mando del general Filísola, ocupan el territorio en los meses siguientes.

Antes del comienzo de estos acontecimientos, las tropas, todavía por tanto realistas, en esa región, están formadas por un batallón veterano a cinco compañías, otras cinco compañías independientes de

fuerzas veteranas y seis batallones de infantería y seis escuadrones de caballería de la milicia provincial. Todas estas fuerzas, como se comprenderá, teniendo en cuenta que ocupan una región donde apenas han tenido lugar movimientos ni luchas de ninguna clase, están en un estado de instrucción y organización muy bajo y con medios y equipos insuficientes. Obviamente no hubieran podido permitirse, en el caso de haberlo deseado, hacer resistencia alguna eficaz al imperio mexicano, así como tampoco las fuerzas de la federación de Centroamérica, tras la caída de aquél, hubieran tenido medios de ninguna clase para resistir a cualquier eventual tentativa de reconquista por parte de España.

Lo mismo puede decirse de las fuerzas destacadas en la provincia del Yucatán, semiindependiente del virreinato propiamente dicho de Nueva España. Sus fuerzas, que se suman a las de Iturbide sin resistencia alguna, eran poco antes del pronunciamiento de aquél un batallón y dos compañías de infantería veterana, un escuadrón de dragones de igual clase, dos batallones de milicias disciplinadas y algunas otras unidades de milicia urbana, todas ellas, muy por debajo de sus efectivos de ordenanza, bajo nivel de instrucción y escaso armamento y medios.

Mientras en la zona continental del virreinato tienen lugar los acontecimientos que relatamos, en la insular, es decir en las islas de Cuba y Puerto Rico, no se dan movimientos de importancia. Las fuerzas militares en esas islas son las siguientes: en Cuba hay dos batallones expedicionarios [12] (Málaga y Cataluña), cinco veteranos de dicha isla (dos regimientos a dos batallones, el fijo de La Habana y el de Cuba, y el batallón de Tarragona, ex Segundo Americano, independiente), dos escuadrones veteranos (Dragones de América y Compañía de Cazadores), un regimiento, el de La Habana, y tres batallones de la infantería de milicia (Voluntarios de Cuba, Puerto Príncipe y las Villas), así como dos cuerpos de caballería de este tipo (el de Voluntarios de La Habana y el de Dragones de Matanzas, éste con sólo dos escuadrones). Además, existen dos batallones de Pardos Libres (La Habana y Cuba, y Bayamo). Los efectivos, según Amarillas, son de cerca de 11.000 hombres.

[12] El Batallón de Infantería ligera de Tarragona se organizó en Cuba en base al Segundo Batallón Americano (expedicionario) ya mencionado y las compañías de fusileros de montaña existentes en la isla. Por ello se puede considerar como un batallón veterano de la isla o como «peninsular».

En Puerto Rico existen en esos momentos dos batallones expedicionarios (el regimiento de Granada, con menos de 500 hombres en total), uno de milicias —el de Puerto Rico— y cuatro compañías de morenos, además de un regimiento de milicia urbana y un regimiento de caballería de milicias sin virtualidad alguna. La instrucción, armamento (en 1820 la milicia sólo dispone de menos de un millar de fusiles) y vestuario de las fuerzas de Puerto Rico son muy deficientes. Por lo demás, será una de las bases de las campañas navales y proyectos de reconquista de áreas continentales próximas, bajo su capitán general Miguel de la Torre, antes jefe supremo del ejército realista en Venezuela tras la marcha de Morillo.

En la isla de Santo Domingo, es decir, en la parte de dicha isla en poder de España, sí se produce, en cambio, un movimiento insurreccional que proclama la Independencia, casi sin oposición, en noviembre de 1821. Ya hemos relatado, en el resumen histórico de este período, los avatares del nuevo Estado en las pocas semanas que durará su existencia. Para el momento en que se inicia ese proceso, las fuerzas presentes en la isla son, según informe del marqués de las Amarillas, un batallón veterano con sólo 89 hombres y, en teoría, formado por cuatro compañías [13]; un regimiento de milicias disciplinadas a doce compañías y un batallón de morenos con tres; además, hay un cuerpo de dragones con seis compañías. El número total de los componentes de la guarnición es de 3.300 hombres, cifra, por supuesto teórica. En realidad, su número es muy inferior y, en cuanto al estado de organización, armamento, vestuario y moral, deja muchísimo que desear. Lo mismo cabe decir de sus fortificaciones, pero, por lo demás, poco las van a echar de menos sus habitantes, durante los más de veinte años de gobierno de los ex esclavos de Haití a que van a estar sometidos.

Restablecido el gobierno absoluto en España, en 1823, se reanuda la política de envío de fuerzas a América, esta vez, claro está, sólo con destino a Cuba, con objeto, en primer lugar, de reforzar la defensa de la isla contra posibles expediciones de insurrectos americanos y, a continuación, para organizar las expediciones de reconquista que se proyectan para los años por venir y entre las que destacará la de Barradas a México, por otra parte la única de importancia.

[13] Marqués de las Amarillas, *Informe...*, p. 45.

Dichos refuerzos son los batallones de España y Barcelona, que llegan en los primeros meses de 1825 con unos efectivos de 1.000 y 1.400 hombres, según el conde de Cleonard; el de Galicia, que con 1.400 hombres sale de El Ferrol en septiembre de 1825, y, por último, los tres del Regimiento de la Corona, que con 1.200 llegarán a La Habana en 1828. A varias de estas unidades las veremos participar en la tentativa de reconquista del brigadier Barradas en 1829. Antes, entre las fuerzas en la isla se había producido en 1823 un motín en el que participaron los batallones de Tarragona y La Habana, dominado fácilmente. Sin embargo, el mismo año una nueva tentativa de motín del batallón de Málaga hace que sea disuelto. En cuanto a la defensa de San Juan de Ulúa, es asegurada por fuerzas del Batallón de Cataluña relevadas periódicamente, en principio cada seis meses, hasta la capitulación de la fortaleza en 1825.

Venezuela

Al comienzo de la etapa de que nos ocupamos, las fuerzas realistas en la capitanía general de Venezuela, según los datos oficiales del marqués de las Amarillas referentes a las primeras semanas de 1820, están formadas por unos 5.800 hombres de tropas expedicionarias y 6.000 veteranos del país. Sin embargo, ya sabemos cómo en la primera cifra se establece la fuerza total de las unidades, que por esta época están formadas, mayoritariamente, por personal reclutado en la propia capitanía general con americanos o a veces españoles allí residentes. El proceso de americanización del ejército ha sido aquí, como en todo el continente, muy acusado. Igualmente la regularización de las fuerzas ha alcanzado un nivel muy alto. Las unidades de milicia, que en otras zonas de América siguen actuando, aquí puede decirse que en esta época existen sólo sobre el papel (sólo se tiene en cuenta a dos de los batallones de este tipo), como las unidades de infantería veterana con que se contaba en la capitanía general al inicio de los acontecimientos. También han desaparecido algunas de las unidades del ejército de Boves, absorbidas por otras o disueltas a lo largo del proceso que comentamos.

Estas son las fuerzas que mantendrán la campaña de 1820 contra las de Bolívar hasta el armisticio de noviembre de ese año, tras las en-

trevistas entre el jefe venezolano y Morillo. Como ya se ha apuntado, las consecuencias del armisticio son claramente negativas para las fuerzas realistas, aunque su aceptación sea inevitable y responda a las líneas generales de la política del nuevo gobierno español. Durante el mismo, sin mencionar el aspecto de desmoralización general, se pierde la plaza de Maracaibo, y las fuerzas insurgentes pueden preparar con toda tranquilidad la campaña inmediata acumulando aprovisionamientos y desplegando convenientemente sus fuerzas, entre otros puntos en Barinas, a pesar de la prohibición expresa [14] de hacerlo, así establecida en los términos del armisticio. Ello les permitirá iniciar la campaña en las mejores condiciones. Los realistas, por el contrario, no reciben refuerzo alguno y, al verse obligados a mantenerse a la ofensiva, dejan toda la iniciativa a sus oponentes.

En el momento del fin del armisticio, denunciado por Bolívar en marzo de 1821, y del comienzo de la campaña que en tan poco tiempo terminará con la presencia realista en la mayor parte de la capitanía general, las fuerzas de este bando están desplegadas de la siguiente forma: en Calabozo, la división de vanguardia al mando de Morales con los regimientos de caballería, todos formados por llaneros y con unos 400 hombres cada uno, del Rey, Húsares y Guías, éste al mando de Narciso López, oficial venezolano de curiosa trayectoria posterior; batallón de infantería de Burgos con 600 hombres, y 200 hombres de los Campos Volantes de caballería.

En San Carlos e inmediaciones se encuentra la primera división al mando del comandante en jefe La Torre, formada por los batallones de infantería de Barlovento (500 hombres) primero de Valençay (800), del Infante (300), Hostalrich (500) y el Regimiento de Barbastro; en Ortiz, la segunda división mandada por Calzada y formada solamente por el segundo Batallón del Rey y en Araure, la tercera división (Tello) con los batallones de infantería del Príncipe y segundo de Valençay, con unos 600 hombres cada uno.

En Cumaná, sitiada desde antes del comienzo de la campaña en el extremo oriental del dispositivo realista, la guarnición está formada por la cuarta división, mandada por Caturla y constituida por diversos

[14] Ver el texto de armisticio en *Historia extensa de Colombia,* volumen XVIII, tomo 3, p. 576.

destacamentos y restos de unidades: 250 hombres de infantería veterana, 200 del Regimiento de Barbastro, los 250 que todavía forman el segundo batallón de Granada, 180 del Regimiento de Navarra y el Batallón de Cachirí con 700. En Araure se encuentra la Quinta División mandada por Herrera: cuenta con la mayor parte de Navarra (600 hombres), el batallón de Barinas con 350, otros 200 en destacamentos y 200 dragones.

Además, existen diversas unidades en retaguardia y cumpliendo tareas de guarnición. En Caracas está el Batallón de la Reina, con 600 hombres, y los Blancos de Valencia con 200. En Coro, el primero del Rey con 800, y en San Felipe, el segundo con 500. Además, hay diversas agrupaciones de caballería con un total de otros 500 hombres. El total de fuerzas realistas puede cifrarse de unos 10.000 a 12.000 hombres, incluyendo en esta cifra la guarnición cercada de Cumaná.

La moral de las fuerzas es bastante baja en estos momentos. Muchas de las unidades españolas, con jefes y tropa ganada al liberalismo, no se sienten motivadas adecuadamente para sostener la lucha. En cuanto a las tropas americanas, que como sabemos forman mucho más de la mitad del contingente, ya no muestran la misma decisión y lealtad de otras épocas, lo que se traduce en motines y paso de desertores al enemigo, que, en varias ocasiones, afectan a la práctica totalidad de algunas unidades. Entre éstos figuran los batallones de la Reina, Clarines y Cumaná, todos ellos de tropas veteranas. Ya vimos cómo las antiguas unidades de milicias disciplinadas no fueron reorganizadas tras la reconquista de 1814 o lo fueron poco más que en cuadro o bien reducidas a la categoría de milicia urbana.

Por lo demás, el período de armisticio no ha servido más que para hacer crecer el derrotismo entre las fuerzas que responden a la Corona española, que deberán oponerse a la ofensiva que metódicamente ha planificado Bolívar a lo largo de todo el año anterior y que conseguirá en breves semanas la ocupación, a excepción de algunas plazas costeras, de toda su provincia natal.

La campaña da comienzo a finales de abril. Las fuerzas insurgentes invaden desde varios puntos el territorio en poder de los realistas. El 24 de junio, éstos son derrotados en la batalla de Carabobo, con lo que puede considerarse terminada la fase principal de las operaciones. Los restos de las fuerzas realistas se acogen a alguna de las plazas de la costa, que poco después caen en poder de los insurgentes en su mayor

parte: La Guaira, Cumaná, Coro... capitulan a lo largo de los siguientes meses de 1821, conservando las fuerzas realistas, por otra parte formadas por unidades dispersas que han perdido prácticamente toda efectividad como fuerzas de combate, la plaza fortificada de Puerto Cabello, bloqueada pronto por los independentistas pero que resistirá de momento todos los ataques. La guarnición fundamentalmente está formada por los batallones de Navarra y Valençay, éste muy castigado en la batalla de Carabobo, en la que se distinguió extraordinariamente y pudo retirarse sin perder la formación. De las demás unidades, se encuentran en Puerto Cabello los restos de hasta diez formaciones, sombra de lo que fueron. Tres de ellas han sido aniquiladas en Carabobo, las de Hostalrich, Barbastro y segundo de Burgos, y otras se encuentran dispersas.

Sin embargo, la ocupación del país por los independentistas hace que aparezcan numerosas formaciones de guerrillas [15] contrarias a su causa, formadas por restos de unidades regulares o por nuevas partidas reclutadas en zonas tradicionalmente realistas (Coro, Maracaibo) y también por grupos de llaneros que operan en su región de origen tras haber formado parte de la caballería realista, algunos desde los tiempos de Boves.

Por lo demás, la campaña de Tierra Firme no ha terminado totalmente. La partida de importantes formaciones de tropas independentistas, con Bolívar y Sucre al frente, para participar en las campañas contra Pasto, Quito y posteriormente el Perú, hace que en el territorio de la capitanía general queden fuerzas relativamente poco numerosas al mando de Páez con la misión de terminar lo que se considera como un último fleco sin importancia de la campaña. No se cuenta, con bastante razón, con que puedan llegar nuevas fuerzas de la Península, teniendo en cuenta la situación política de ésta.

No obstante, no va a ser tan fácil acabar totalmente con la presencia realista en Venezuela. Efectivamente, superadas las inmediatas consecuencias de Carabobo y acogidas las fuerzas disponibles a las plazas todavía en su poder, puede decirse que, en cierto modo, mejoran su posición estratégica en el sentido de que ya no deben operar en un territorio tan extenso y desproporcionado para su escaso número. Así

[15] D. Fernández Pascua, *Últimos reductos españoles en América*, p. 275.

como en la época inmediatamente posterior a la reconquista de Morillo se dijo que «sus tropas se encontraban prisioneras de sus propios éxitos» por verse obligadas a guarnecer los inmensos territorios de las actuales Repúblicas de Venezuela y Colombia, ahora se produce una situación hasta cierto punto inversa. Las fuerzas realistas pueden mantenerse cómodamente al amparo de la formidable fortaleza de Puerto Cabello y las insurgentes deben controlar todo el resto del territorio enfrentándose con las guerrilllas realistas que surgen en diversas áreas, con la posibilidad de una nueva reacción en el territorio de Los Llanos y, por último, sostener el asedio de las plazas realistas, además de cubrir el litoral para prevenir posibles operaciones anfibias enemigas. Todo ello, con fuerzas muy inferiores a las que han llevado a cabo la campaña que culminó en Carabobo, ya que Bolívar se ve obligado a iniciar las operaciones en el sur, entre otras razones para evitar el excesivo protagonismo del aliado-rival San Martín en esa zona.

Queda, por tanto, Páez al frente de las fuerzas patriotas en Costa Firme, mientras que La Torre se dispone a librar una nueva campaña contra ellas, aun con sus reducidas fuerzas[16]. Son éstas los restos y cuadros de prácticamente todas las unidades realistas que han combatido en Venezuela en los últimos años. Entre ellas, las que pueden contar con más efectivos y posibilidades operativas, a pesar de las pérdidas en combate y deserciones que han sufrido, son los batallones de Hostalrich, Burgos, Barinas y primeros de Navarra y Valençay, la mayor parte, como vemos, supervivientes de Carabobo y formados por la habitual proporción de peninsulares y americanos con mayoría de estos últimos.

Poco después de la ocupación de Venezuela por las fuerzas de Bolívar se produce un alzamiento contra ellas en la tradicionalmente realista ciudad de Coro y, aunque los patriotas pueden recobrarla pronto, una expedición partida de Puerto Cabello, con apoyo de fuerzas navales, la recupera en diciembre de ese año, ocupando poco después La Vela y, con la colaboración de las guerrillas realistas, se alcanza el control de prácticamente toda la provincia. Las fuerzas patriotas deben retirarse temporalmente del sitio de Puerto Cabello y las realistas aumentan extraordinariamente sus fuerzas disponibles. Poco después, el

[16] Albí, *op. cit.*, p. 309.

segundo de La Torre, Morales, opera sobre Maracaibo llegando a bloquear esta plaza.

Mientras, los patriotas no pueden tomar Puerto Cabello a pesar de la actividad que Páez imprime a las operaciones de sitio. En julio de 1822, La Torre deja el mando a Morales, el cual inicia una operación ofensiva de gran amplitud, llegando incluso a proyectar un avance sobre Caracas. En su lugar se realiza la ofensiva sobre Maracaibo, que es ocupada por las fuerzas realistas en septiembre de 1822 y se convierte en la nueva base de operaciones de Morales, que ocupa nuevamente Coro y, poco después, Trujillo.

Se observará cómo, en este momento, la causa realista en Venezuela, en parte por las razones apuntadas más arriba, en pocos meses ha experimentado una recuperación casi asombrosa. De una situación que parecía irremisiblemente perdida se ha pasado a una en que los líderes realistas se plantean seriamente marchar sobre la capital del territorio. Recuérdese que todo èsto se ha conseguido sin haber recibido ni un solo soldado de refuerzo, por lo que no resulta resulta difícil imaginar los logros que La Torre y Morales hubieran podido alcanzar si hubieran recibido de la Península o las Antillas siquiera un número de tropas que hubiera reemplazado a las perdidas en Carabobo.

A principios de 1823, una insurrección realista en Santa Marta, ya en el territorio de Nueva Granada, permite a Morales operar sobre aquella ciudad, si bien pronto es recuperada por las fuerzas republicanas. Sin embargo, en los meses siguientes, los patriotas obtienen éxitos sucesivos. Recuperan Coro (abril) y, con la eficaz ayuda de la escuadra del almirante Padilla, logran sitiar Maracaibo tras la batalla naval del lago de ese nombre y rendirla en agosto. Capitulan en ella, tras una negociación que lleva por parte realista Narciso López, y son evacuadas a Cuba, entre otras unidades menores, los batallones de Navarra y Valençay, así como Barinas, con un total de más de 3.000 hombres que esta vez forman el grueso del ejército realista en la antigua capitanía general. Esto permite a los patriotas formalizar el cuarto y último sitio del bastión realista de Puerto Cabello, cuya guarnición está formada prácticamente por los restos del segundo batallón de Burgos, además de los cuadros y restos de otras muchas unidades. La guarnición, tras varios meses de resistencia, capitula ante Páez consiguiendo honrosas condiciones en noviembre de ese año, y es, como lo había sido la de Maracaibo, transportada a Cuba. Termina así la presencia de

fuerzas regulares realistas en Tierra Firme aunque, como veremos, no por ello termina la lucha en esta región.

Nueva Granada, Pasto y Quito

Como hemos visto en el resumen histórico de esta etapa, la contienda en el Norte de Nueva Granada da fin ya en sus meses iniciales.

Las fuerzas realistas, durante los primeros meses de 1820, están formadas por muy poco más que las guarniciones de las plazas costeras de Cartagena y Santa Marta, junto con las fuerzas destacadas en el istmo de Panamá, posición estratégica, como se comprenderá, de primer orden y donde no se ha producido movimiento independentista de ninguna clase, aunque ello tal vez se deba a la proximidad de las importantes bases realistas hasta aquel momento de la Nueva España, América Central, Antillas y parte de Nueva Granada. Por otra parte, se recordará que la conexión terrestre entre los territorios de este virreinato y las zonas colonizadas del istmo es prácticamente imposible.

Las fuerzas realistas en la zona están formadas, fundamentalmente, por el batallón de Cataluña llegado en 1815 y que desde entonces permanece en Panamá. A esta unidad se le ha añadido lo que quedaba del batallón de milicias disciplinadas de Panamá (algunas unidades tipo compañía y otros destacamentos de esta unidad, formada, en principio, por nueve compañías y con una plantilla de 800 hombres han participado en la defensa de Santa Marta y otras zonas del norte neogranadino desde el comienzo de las hostilidades), con lo cual y los habituales reemplazos reclutados localmente para cubrir bajas, el proceso de americanización de la unidad originalmente peninsular ha alcanzado un nivel comparable al de las otras similares que toman parte en acciones bélicas en Tierra Firme.

Existen además en la zona del istmo, un batallón de pardos, formado por nueve compañías y un total de 800 hombres con muy bajo nivel de operatividad, y el Cuerpo de Cazadores de Portobelo en el área de la costa atlántica del istmo con cuatro compañías, además de guarniciones de alguna pequeña fortificación costera como el castillo de Chagres. En total, como efectivos realmente presentes, según el informe del marqués de las Amarillas de principios de 1820, se encuentran unos 200 hombres de tropa veterana y 1.200 de milicia, además

de unos 500 peninsulares. A excepción del batallón de Cataluña y del de Tiradores de Cádiz, que permanece algún tiempo de paso para la América meridional en el istmo, las fuerzas que hemos enumerado se encuentran en esta época en un nivel muy bajo de moral, y su adhesión a la causa realista desciende por momentos por las múltiples razones políticas y militares apuntadas al referirnos a las circunstancias generales de la contienda en los meses siguientes a la revolución de Cádiz. Por todo ello, poco después de la partida con destino a Quito, donde participarán en la campaña en el territorio de esa audiencia hasta la derrota y capitulación del Pichincha, en agosto de 1821, de las dos unidades peninsulares antes aludidas, en noviembre de ese año estalla un movimiento insurreccional en el istmo. La rebelión triunfa sin resistencia alguna con la adhesión de las fuerzas de milicia que han quedado de guarnición en él y proclama su adhesión a la Gran Colombia. Recuérdese que esto ocurre en plena sucesión de éxitos de la causa de esta república: Carabobo, ocupación de casi toda Venezuela, toma de Cartagena. Por otra parte, los territorios de la antigua capitanía general de Guatemala se van incorporando por aquellos días al recién proclamado imperio mexicano. Dada la apurada situación de las fuerzas realistas en el Pacífico, no se puede intentar organizar expedición alguna para reprimir el movimiento.

Por lo que respecta a las fuerzas realistas en la zona continental del norte del virreinato todavía en su poder, estrechadas cada vez más por las independentistas de Bogotá, están formadas fundamentalmente por el batallón de León en Cartagena, peninsular, que como vimos llegó a esa zona con la expedición de Morillo, y las fuerzas de milicia disciplinadas de Cartagena, Santa Marta y Río Hacha, constituidas, respectivamente, por dos batallones; un batallón a nueve compañías con una plantilla de 800 hombres; el llamado Cuerpo de Cazadores de Río Hacha con cuatro compañías; y, por último, el Batallón de Pardos libres de Cartagena, con nueve compañías y 800 hombres de plantilla. Todas estas unidades, en esta época, se encuentran con efectivos muy por debajo de su fuerza de ordenanza.

Santa Marta constituye uno de los focos de resistencia a las fuerzas revolucionarias desde los primeros momentos de la contienda. La adhesión de la población a la causa realista es notablemente firme y se prolongará hasta mucho después de la caída de la ciudad en manos de los republicanos. Por lo demás, los realistas de la zona cuentan con la

unánime adhesión de los indígenas de la Guajira, que ya han participado en operaciones de importancia, como la primera recuperación de Santa Marta en 1813. Ahora forman igualmente con las fuerzas que se oponen a los revolucionarios. Sin embargo, la superioridad de éstos hace que a lo largo de 1820, como resultado de la derrota realista en el virreinato en el año anterior y las consecuencias morales y políticas de la revolución de Riego, las fuerzas del rey pierdan todas sus plazas en la zona, a excepción de Cartagena que permanecerá sitiada. Río Hacha es evacuado a principios del año y Santa Marta se pierde en noviembre a pesar de la resistencia pasiva y activa de la población y de los indígenas, que en abril han derrotado a una expedición independentista formada sobre todo por la Legión Irlandesa [17], unidad que actúa efímeramente al servicio de los independentistas.

En cuanto a Cartagena, tras un prolongado asedio y la pérdida de algunas de las fortalezas de su perímetro defensivo, capitula en octubre de 1821, época en que las fuerzas revolucionarias obtienen los importantes éxitos en todo el territorio de Nueva Granada que ya hemos referido. La capitulación establece la evacuación de las fuerzas defensoras a la isla de Cuba. Éstas están formadas en ese momento por alrededor de 1.000 hombres pertenecientes al Regimiento de León —unos 600— y el resto, a las unidades de milicia enumeradas.

Con esto puede decirse que da fin la presencia realista en el sector norte del virreinato —en el sur se prolongará hasta la capitulación que da fin a la batalla del Pichincha—, aunque al año siguiente, las fuerzas realistas que operan desde Venezuela al mando de Morales puedan obtener algún éxito en territorio neogranadino.

En el sur de este virreinato, que como hemos visto constituyó un bastión realista desde los primeros tiempos de la insurrección, las fuerzas independentistas terminan por lograr el triunfo en estrecha conexión con las que operan en el territorio de la audiencia de Quito a partir de la insurrección de Guayaquil. A finales de año, el norte del Perú también ha pasado a la insurrección, con lo que la zona a que nos referimos, Quito-Pasto, constituye un enclave aislado de las, todavía en este momento, dos zonas importantes bajo control realista: Venezuela y la mayor parte del Perú y Alto Perú.

[17] Hasbrouck, *op. cit.*, pp. 164 y ss.

En la fase inicial de la etapa que nos referimos, las fuerzas realistas están constituidas de la siguiente forma: en Guayaquil, la mayor parte de la Agrupación Norte del ejército del Perú, constituida por el Batallón de Granaderos, formado casi todo por indígenas de la zona de Cuzco, con unos 700 hombres, las milicias urbanas de pardos y blancos, un escuadrón de caballería de milicias y fuerzas de artillería y auxiliares [18].

En la zona de Quito y otras ciudades de la sierra se encuentran diversas unidades de milicias que pronto deberán oponerse a los rebeldes de Guayaquil, debilitadas todas ellas por el envío de fuerzas que se han visto en la precisión de hacer al frente norte, abierto tras la derrota de Boyacá y la ocupación de Santa Fe por Bolívar el año anterior.

En Pasto y otros puntos del Meridión neogranadino se halla el Batallón de Aragón, antiguo primero de la Victoria, uno de los expedicionarios que llegaron con Morillo y que se ha replegado hasta esa zona del virreinato tras la derrota de Boyacá, formado ya en esta época por buena proporción de americanos, y la Columna de Cazadores, con 600 hombres. Además, actúan las milicias locales, especialmente las de Pasto, con un batallón y unos efectivos de 1.000 hombres.

En octubre de 1820, en el marco de la sucesión de desastres de mayor o menor gravedad que se abaten sobre la causa realista a lo largo de estos meses, estalla un revolución en Guayaquil de carácter independentista, a la que en principio se suman las fuerzas situadas en esa ciudad. Esto hace que naturalmente se abra un nuevo frente para los realistas de Quito, que logran, sin embargo, contener a los insurgentes a lo largo de los siguientes meses, aunque no podrán recuperar aquella plaza, si bien ello obliga a Basilio García, comandante del sector de Pasto, a enviar unos 600 hombres como refuerzo a Quito, lo que reduce notablemente su contingente regular. En la capital de la audiencia, se organiza con fuerzas locales el Batallón de Cazadores de la Constitución, similar a las otras unidades de milicias preexistentes. En el sur de Nueva Granada, las fuerzas realistas, con composición y efectivos similares a los reseñados, sostienen la campaña durante los años 1820 y 1821, realizando ofensivas contra Popayán, que, si bien ocupan, no pueden conservar, y defendiendo Pasto contra varios ataques independentistas.

[18] D'Amecourt, *Historia de la Revolución de Octubre*, Guayaquil, 1920, pp. 197 y ss.

En agosto de 1821 llegan como refuerzo dos nuevas unidades procedentes de Panamá al mando del nuevo y efímero —muere poco después de su llegada— jefe militar de la Cruz Mourgeón. Aquéllas son el primer batallón de Voluntarios de Cataluña, que ha llegado al istmo en 1815 y en el que como vimos se ha refundido el antiguo Regimiento Fijo de Panamá, y el Batallón de Tiradores de Cádiz, que, por otra parte, es la única unidad de refuerzo llegada a América desde la revolución liberal (y la última peninsular enviada a la América continental durante la contienda), y cuyos efectivos, en el momento de la batalla del Pichincha, son de algo más de 500 hombres.

Estas son, por tanto, las fuerzas realistas que en 1822 sostendrán la doble campaña contra Bolívar al norte y Sucre que opera desde Guayaquil, campaña que culminará con las batallas de Bomboná, en que las fuerzas realistas están formadas por los batallones de Aragón, Cataluña y Cádiz, con unos 700 hombres y siete compañías de milicias de Pasto con 1.000, y la decisiva de Pichincha, junto a Quito, tras lo cual se produce la capitulación de las fuerzas regulares en la zona [19]. Decimos regulares porque, como veremos, la indómita región de Pasto continuará la resistencia contra los insurgentes durante largos años en episodios obviamente ignorados por tantas «historias» y, desde luego, en monumentos, lápidas conmemorativas y nombres de calles, que, por paradoja, abundan en ciudades de la metrópoli dedicadas a los jefes de la insurrección americana.

Con la batalla de Bomboná y la capitulación de Basilio García no acaban los problemas de los independentistas en el Meridión neogranadino. Los habitantes de Pasto, Patia y otras ciudades próximas se entregan a la lucha de guerrillas contra las fuerzas de la república, causándoles un sinfín de contratiempos. Por otra parte, se suceden las insurrecciones en la capital de la región a un ritmo que recuerda las sucesivas en sentido contrario de Cochabamba en los primeros tiempos de la contienda. En octubre de 1822, los tenientes coroneles Benito Boves, sobrino del célebre Tomás, y Agustín Agualongo [20], indio de pura raza de esa región, tras fugarse de Quito, donde se encuentran

[19] L. Larrea Alba, *La campaña libertadora*, p. 105 y ss. (batalla de Yaguachi) y 172 y ss. (batalla de Pichincha).

[20] V. S. E. Ortiz, *Agustín Agualongo y su tiempo*, Bogotá, 1958.

prisioneros tras el fin de la lucha regular en el territorio de esa audiencia, organizan un alzamiento en Pasto que cuenta con el apoyo entusiasta de la población —aunque esta vez es acogido con reserva por las clases altas—, que obliga a las fuerzas independentistas a llevar a cabo una difícil campaña para la supresión del foco rebelde a las espaldas de los ejércitos patriotas que inician sus campañas en el Perú. El jefe independentista Salóm desencadena duras represalias contra la población rebelde, sin, por otra parte, conseguir de ninguna manera su objeto; antes bien, favorecen a los propósitos de los «rebeldes» realistas que pocos meses más tarde (julio de 1823) inician una nueva rebelión contra la república grancolombiana con un eco aún mayor que la anterior. Agualongo organiza una fuerza de 800 hombres («armas las del enemigo») con la que inicia la marcha sobre Quito para combatir al «zambo Bolívar». Nuevamente, es vencida la insurrección y, nuevamente, Pasto es objeto de las represalias a cargo especialmente del batallón colombiano de los «Rifles» cuyo recuerdo ha quedado en la memoria popular de la región, como quedó la Guañena, himno de guerra de los pastusos. Por lo demás, el indomable Agualongo inicia, en agosto del mismo año, otra rebelión, sitia a Pasto con sus fuerzas irregulares reclutadas en la región y la ocupa, aunque por poco tiempo. Nuevamente, sitia a Pasto en enero de 1824 y, a continuación, dirige una campaña de guerrillas en las montañas cercanas. Por último, capturado en junio de 1824, será fusilado en Popayán. No por ello termina la resistencia de los pastusos, cuyas guerrillas, ahora, claro está, con menos intensidad, prosiguen la lucha durante mucho tiempo después, hasta el punto de que se les atribuye, sin base alguna probablemente, la muerte del mariscal Sucre en el desfiladero de Berruecos (1830). En cualquier caso y sin conseguir, por supuesto, resultados decisivos, la resistencia de Pasto al nuevo orden republicano supone para éste los graves inconvenientes que cabe imaginar. En las campañas de 1823-1824, las fuerzas grancolombianas se ven obligadas a utilizar al menos unos 4.500 hombres, contra el máximo de 2.000 que combaten en diversos momentos bajo las banderas realistas en la zona en el mismo período.

Río de la Plata y Chile

En la República Argentina no hay en este período actividad militar realista de ninguna clase. Bien es verdad que puede decirse que tampoco la hay independentista. Dividido el país entre caudillos provinciales varios, atentos a sus luchas internas y que consideran la guerra en otras partes del Continente como algo lejano y con una relación muy tangencial con sus preocupaciones inmediatas, no participan en ella ni siquiera como base logística para los ejércitos insurgentes. Incluso, las fuerzas argentinas que al mando de San Martín participan en la campaña del Perú, no lo hacen a título de tales. Todo lo cual no excluye que, en caso de una operación realista de importancia sobre el territorio de las Provincias Unidas, desde el Perú o con una eventual expedición desde la Península, no hubiera podido encontrar auxilios de todo tipo y tal vez la alianza de algún caudillo provincial, o bien un apoyo más o menos activo de algún sector de la opinión, insatisfecho con los logros de la causa independentista de este país.

En la capitanía general de Chile habíamos dejado las fuerzas realistas, perdida su última base en Valdivia, en febrero de 1820, entregadas a una cruenta lucha de fuerzas más o menos irregulares que actúan como unidades móviles en el sur del país. Al mando del coronel Benavides obtienen diversos éxitos de alcance local a lo largo de 1820. De nuevo se llevan a la práctica los sistemas de guerra a muerte por ambos bandos. A finales de 1820, Benavides sufrirá diversos fracasos que le pondrán en situación difícil para continuar eficazmente la campaña. La base de sus fuerzas móviles está formada por un regimiento de dragones (conocido como de Nueva Creación) y los Húsares de la Muerte, pero cuenta además con importantes contingentes de indios de fuerza variable según momentos y lugares, que, en Chile, como en otras zonas de América, apoyan con decisión a la causa realista. Como fuerzas de infantería, cuenta con algunas unidades menores, restos de antiguos contingentes que habían sostenido la causa realista en el sur de Chile tras la batalla de Maipú y hasta la pérdida de Valdivia: regimientos —en cuadro— de Valdivia y Concepción, antiguas unidades de milicia, restos de la malograda expedición de Cantabria, etc. Con ellas, sostiene todavía la campaña en 1821, siendo nuevamente derrotado en octubre de ese año. En febrero de 1822 cae prisionero y es ahorcado poco después, mientras los restos de sus fuerzas continúan la lucha

bajo el mando de Pico y Senosiaín, aunque ya con efectivos de menor importancia. La lucha —sin referirnos a la de los araucanos, que se prolongará mucho más tiempo— durará hasta que el último jefe llegue a una capitulación con las fuerzas de la república, que, por otra parte, en ese momento, como vimos en el resumen histórico, no se encuentran en el mejor momento de su situación interna.

En el extremo sur de las posesiones españolas se mantiene por la causa realista de la isla de Chiloé, a cuya defensa tendremos ocasión de referirnos más adelante.

Perú

Al ejército realista del Perú corresponderá escribir las últimas páginas de la contienda de la Independencia americana, como le vimos escribir las primeras, al reprimir los alzamientos de Quito y La Paz, ya en 1809. Efectivamente, perdido Chile, independiente pronto México, reducidas las fuerzas en Nueva Granada y Costa Firme a unas pequeñas zonas de los Andes y de la costa del Caribe, el último territorio de importancia en poder de los realistas es precisamente el del Perú donde, como vimos, no se ha producido ningún movimiento independentista serio, a excepción del efímero de Cuzco en 1814, pronto aplastado por las fuerzas virreinales. Bien es verdad que al comienzo del período al que nos referimos se nota ya en algunos sectores de la población, a veces en las clases bajas o en otros grupos sociales, desde luego muy minoritarios, una actitud hacia la causa realista diferente de la que había imperado desde los primeros momentos, lo que se traduce en la aparición, todavía tímida y muy limitada, de algunos movimientos de oposición armada, guerrillas y montoneras. Todo esto, en el momento en que la revolución de Riego en España hace replantear, aquí como en todo el Continente, el sentido de la lucha desde la óptica realista, con las consecuencias que luego analizaremos.

Sin mencionar para nada estos aspectos políticos e ideológicos, en el Perú en 1820 se produce un hecho capital desde el punto de vista militar: el desembarco de la expedición libertadora procedente de Chile y dirigida por San Martín, que lógicamente tendrá unas consecuencias decisivas en el desarrollo de las operaciones en esa región.

En cuanto al ejército realista en la zona en los primeros meses de 1820, disponemos, entre otras, de dos fuentes principales sobre el mismo, de origen opuesto o aparentemente opuesto. Uno es el informe del marqués de las Amarillas sobre el ejército español, que, al referirse a las fuerzas en el virreinato, establece las siguientes: seis batallones de infantería y tres escuadrones de caballería expedicionarios, dos escuadrones de Dragones del Perú, tres batallones de infantería veterana del país y dos escuadrones del mismo tipo. Además, existen cuerpos de milicias cuya fuerza ignora Amarillas, como también ignora su estado de instrucción y disciplina; por el contrario, su armamento se encuentra en buen estado. Sus efectivos conocidos son, siempre según Amarillas, 3.400 hombres de fuerzas expedicionarias y 2.400 veteranos del país[21]. Ya sabemos que entre los expedicionarios se incluye al personal reclutado en Ultramar, con lo que el número real de peninsulares es muy inferior a la cifra dada.

El segundo informe con que contamos es más completo y mucho más exacto que el oficial del gobierno español. Más tarde veremos cuál es su origen. Según sus datos, las fuerzas realistas en el Perú están divididas en cuatro agrupaciones: de ellas, a la agrupación norte no la mencionaremos por haberlo hecho al referirnos a las fuerzas en la zona de Quito y sur de Nueva Granada y a la conducta observada por las de aquella agrupación que formaban la guarnición de Guayaquil, cuya base era por lo demás un batallón de granaderos enviado desde el Perú.

Las otras tres agrupaciones son la de Lima, al mando del virrey Joaquín de la Pezuela, en la que figura, además de la guardia del virrey (unidad simbólica con sólo 24 hombres), el Regimiento del Infante don Carlos con dos batallones y algo más de 2.100 hombres; el segundo batallón del Regimiento de Cantabria con 500, el primero de Numancia con 730, el batallón de Arequipa al mando de Rodil con 560, el Primer batallón de Burgos con 430; el batallón de la Victoria, que, al mando del coronel Maroto, cuenta con 700, y, por último, el de milicias españolas (batallón del número con 400 hombres).

De caballería, cuenta la agrupación de Lima con la guardia del virrey, los dragones de Lima (en cuadro, con 700 plazas nominales), un escuadrón de dragones del Perú con 350 hombres y otro del Rey con

[21] Marqués de Amarillas, *Informe...*, p. 51 y cuadro 51.

300, además del regimiento de milicias de Carabaillo con 300. Además, existen 650 artilleros, 260 ingenieros y las siguientes unidades de milicias: regimiento de voluntarios de la Concordia con dos batallones y 1.500 hombres, el Batallón de pardos con nueve compañías y 1.200 hombres, una compañía de morenos con 500, un escuadrón y una compañía de caballería de pardos y morenos, respectivamente, con 240 y 50 hombres. Hay, además, cinco compañías de milicia de artillería con 500 hombres.

En el ejército de reserva (agrupación de Arequipa al mando del comandante Ricafort) figura el Batallón Imperial Alejandro, ex Extremadura, con 600 hombres, los dragones de Arica y Arequipa, con 330 y 160, los granaderos a caballo de San Carlos, con 140, y unos 80 artilleros.

De milicias, la agrupación de Arequipa cuenta con un cuerpo de infantería de 100 hombres, otro de caballería con 700 y el de la Concordia con 300.

Por último, la agrupación del Alto Perú, al mando de Olañeta, cuenta con los batallones de infantería de Cazadores Partidarios, Cárdenas y Castro, éste originario de la isla de Chiloé, además del primer regimiento de Cuzco, en total, 5.500 hombres. De caballería, tiene dos escuadrones de lanceros, los granaderos de la Guardia y los Dragones Americanos, en total 700 hombres.

El informe precisa cómo, además, existen los siguientes destacamentos: en Huamanga (hoy Ayacucho), 190 hombres del primer batallón del Infante, en Andahuaylas, 130 del segundo del mismo regimiento, 380 del batallón de Burgos, 400 de caballería en Cañete (escuadrón del Rey y dos compañías) y 600 hombres en Pisco, al mando del coronel Quimper.

De la agrupación de Arequipa, unos 500 hombres están en Tacna, Arica y otras guarniciones de la costa; por último, en esas ciudades está el batallón de Arica, con 330 hombres, y los granaderos de San Carlos. Se llega a precisar que los europeos de la agrupación de Arequipa no son más de 150 y, como las milicias de Arequipa, tienen poca disciplina y escaso armamento. El total general es, pues, importante, más de 23.000 hombres.

El informe, como hemos podido apreciar muy completo, no es sino el elaborado por el estado mayor de la «expedición libertadora» de San Martín.

Por lo demás, no hay que extrañarse. También Pezuela tiene informes y datos muy precisos sobre las fuerzas insurgentes. En cualquier caso, hay que hacer alguna observación de los datos que anteceden. En primer lugar, la situación de las mismas es la del momento —invierno (austral) de 1820— en que se prepara la salida de la expedición libertadora. Hasta pocas semanas antes, la situación del ejército realista en el Perú había sido diferente, con un fuerte cuerpo en el Alto Perú, frente al norte argentino, donde incluso se lleva a cabo una operación de cierta entidad que alcanzan Jujuy. Ahora bien, efectivamente a partir de ese momento y ante la amenaza de la inminente partida de San Martín, se lleva a cabo la nueva distribución de fuerzas reseñadas en el informe antes mencionado, que, por otra parte, tiene algunos errores y datos incompletos. Los referentes al ejército principal de Pezuela, el de Lima, son notablemente exactos, aunque no incluyen al segundo batallón del Regimiento de Cuzco, inicialmente presente en la capital del virreinato.

Los efectivos que el propio Pezuela da difieren muy poco de los de San Martín. Los referentes a las fuerzas de Arequipa y el Alto Perú adolecen de algún error menor, como la situación del primer batallón del regimiento de Cuzco, en realidad en Puno, y que no se enumeran los batallones de Gerona y del Centro, procedente de las fuerzas del Alto Perú, también situados en esa ciudad peruana. En cuanto al batallón de Castro, forma parte, igualmente en este momento, del ejército de Arequipa.

Esta es la fuerza y situación de las tropas de Pezuela al producirse el desembarco de la expedición libertadora y las primeras campañas subsiguientes a la misma. Ante ellas, se ha acusado a Pezuela de escasa decisión y de no aprovechar su superioridad numérica sobre las fuerzas de San Martín en los primeros días de su llegada al Perú. El general Jerónimo Valdés es especialmente duro en sus críticas al virrey, al que acusa de derrotismo desde épocas anteriores.

Por lo demás, antes de que termine el año y sin hablar de la defección del norte peruano y de Guayaquil y sus guarniciones, sumadas a la causa insurgente, en las fuerzas virreinales se produce la sublevación por sus oficiales del Batallón de Numancia, que se suma a las fuerzas enemigas (diciembre), donde recibe el nombre de *voltígeros*, denominación de origen francés, como hemos visto, que en los ejércitos americanos se da a la infantería ligera. Se recordará cómo esta unidad

había sido organizada en Venezuela durante la época posterior a la expedición de Monteverde. El general Valdés, con cierto desenfado, afirma que esta unidad era ya antes de su llegada al Perú, muy poco de fiar y que ésa es la razón por la que la ha enviado el general Morillo desde Costa Firme.

Estos motines de fuerzas realistas, característicos de la época, no sólo en el Perú, se repetirán en grado de tentativa con más o menos éxito, parciales en el mejor de los casos, a lo largo de los meses siguientes.

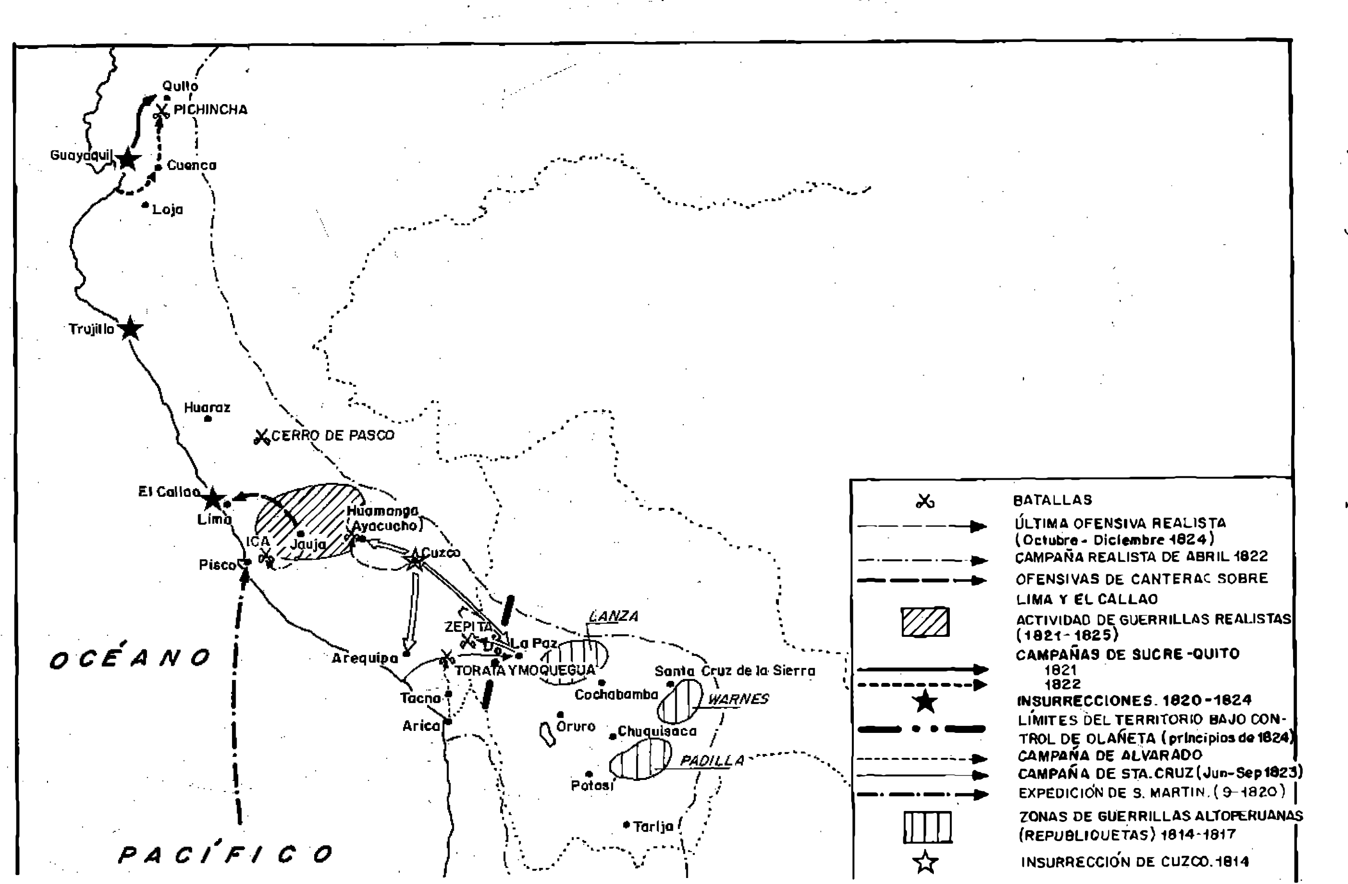
Por otra parte, en enero de 1821 tiene lugar el motín, en realidad pronunciamiento, contra el virrey Pezuela por parte de los principales jefes de su ejército: La Serna, que le sucede, Valdés, García Camba, Canterac... Como es lógico, *a posteriori*, se buscarán justificaciones y explicaciones a dicha acción por los que en ella intervienen en cualquiera de sus lados [22]. Una razón, evidentemente, es la ideología liberal de los pronunciados en contra de la, por otra parte muy moderada, adhesión al absolutismo de Pezuela. La razón o excusa que esgrimen los pronunciados es más de tipo militar —Valdés rechaza de plano la existencia de un grupo de militares especialmente constitucionalistas—, ya que acusa, probablemente con alguna razón, de pasividad e inactividad a su jefe frente a las fuerzas de San Martín, que, tras sus primeros desembarcos, han obtenido ya éxitos de importancia, entre ellos la ocupación de la zona norte del virreinato tras el paso a la disidencia del marqués de Torre Tagle, gobernador de Trujillo.

Sea como fuere, el pronunciamiento de Aznapuquio es un síntoma del grado de creciente indisciplina a todos los niveles de las fuerzas realistas, cuyas consecuencias obviamente no cabe esperar sean demasiado favorables a la causa que defienden [23].

No puede decirse que la estrategia del nuevo virrey muestre más actividad que la de su predecesor. Por lo demás, en el marco de las medidas políticas del gobierno liberal español, se llega a un armisticio en abril de 1821 con las fuerzas de San Martín. Finalizado, las fuerzas realistas evacuan Lima y se retiran al sur, aunque posteriormente una

[22] Ver conde de Torata; *op. cit.*, Pezuela, *op. cit.*, etc.

[23] Ver una (personal) visión del pronunciamiento en A. García Camba, *Memorias*, Madrid, 1845, vol I, pp. 371-383.


BATALLAS
ÚLTIMA OFENSIVA REALISTA (Octubre - Diciembre 1824)
CAMPAÑA REALISTA DE ABRIL 1822
OFENSIVAS DE CANTERAC SOBRE LIMA Y EL CALLAO
ACTIVIDAD DE GUERRILLAS REALISTAS (1821 - 1825)
CAMPAÑAS DE SUCRE - QUITO
1821
1822
INSURRECCIONES. 1820 - 1824
LÍMITES DEL TERRITORIO BAJO CONTROL DE OLAÑETA (principios de 1824)
CAMPAÑA DE ALVARADO
CAMPAÑA DE STA. CRUZ (Jun - Sep 1823)
EXPEDICIÓN DE S. MARTIN. (9 - 1820)
ZONAS DE GUERRILLAS ALTOPERUANAS (REPUBLIQUETAS) 1814 - 1817
INSURRECCIÓN DE CUZCO. 1814
Quito
PICHINCHA
Guayaquil
Cuenca
Loja
Trujillo
Huaraz
CERRO DE PASCO
El Callao
Lima
Huamanga (Ayacucho)
ICA
Jauja
Pisco
Cuzco
ZEPITA
La Paz
LANZA
Arequipa
TORATA Y MOQUEGUA
Santa Cruz de la Sierra
Tacna
Cochabamba
WARNES
Arica
Oruro
Chuquisaca
PADILLA
Potosí
Tarija
OCÉANO
PACÍFICO

expedición al mando de Canterac recupera temporalmente la capital, si bien en la marcha y contramarcha pierde, entre bajas en combate, desertores y rezagados, casi la mitad de sus componentes. A continuación, el ejército realista, establecido en la zona de Cuzco, inicia una meritoria labor de reorganización con recursos meramente locales, que conseguirá buenos resultados en pocos meses, labor ésta que se ha hecho muy necesaria porque, desde el desembarco de San Martín, por unas y otras razones, las pérdidas de las fuerzas realistas han sido cuantiosas: según los datos que proporciona el general Valdés, en su refutación al manifiesto de Pezuela, en el momento del pronunciamiento de Aznapuquio (enero de 1821) de los 23.000 con que se contaba en el invierno austral anterior, sólo quedan menos de 15.000; los otros 8.000 se han perdido con las derrotas de la división O'Reilly en Pasco (1.000 hombres), las deserciones de Guayaquil, Trujillo y el batallón de Numancia (mas de 3.000), la virtual disolución de la división Ricafort (1.000), guarniciones menores capturadas o vencidas por las fuerzas de San Martín y bajas en combate, deserciones aisladas y otras causas.

Por el contrario, las fuerzas independentistas, que contaban con 4.500 hombres al llegar en la fecha antedicha, han tenido más de 6.000 altas entre reclutas e incorporaciones, además de los numerosos guerrilleros levantados en armas a su favor. Bien es verdad, como sabemos, aunque Valdés no lo mencione, que parte de estas fuerzas están adscritas al frente de Quito abierto tras la sublevación independentista de Guayaquil. En esta ciudad, como es sabido, tiene lugar al año siguiente la entrevista entre Bolívar y San Martín, en la que éste cede el mando, renuncia a su cargo de «Protector del Perú» y se retira de la actividad política y militar sin que, naturalmente, por eso disminuya la actividad de los jefes insurgentes que le suceden y que pronto recibirán la ayuda de las fuerzas colombianas y del mismo Bolívar, que asumirá la jefatura suprema de la operación no sin que ello cause a los insurgentes graves dificultades de carácter político.

A principios de 1823, una campaña en el sur del Perú de las fuerzas insurgentes fracasa por las derrotas que los generales Valdés y Canterac les infligen en Torata y Moquegua. Las fuerzas realistas en Torata están formadas por los batallones de Gerona y del Centro, éste al mando de Espartero, dos escuadrones de caballería y dos piezas de artillería; en Moquegua tienen, además, el refuerzo de los batallones de Burgos y Cantabria y tres escuadrones de caballería.

Una nueva ofensiva independentista en el sur, al mando de Santa Cruz, que llega desde el puerto de Arica hasta muy al interior del territorio, es detenida por Valdés en Zepita, tras lo cual el jefe insurgente debe retirarse en dificilísimas condiciones, mientras Sucre ha de abandonar igualmente Arequipa y una expedición chilena se ve en la necesidad de regresar a su país en condiciones desastrosas. A todo esto, el virrey La Serna, establecido firmemente en Cuzco y Jauja desde donde ha lanzado incluso una ofensiva contra Lima (junio), ha llevado a cabo una eficaz labor de reorganización de sus fuerzas. A principios del año siguiente, las fuerzas realistas están formadas por 8.000 hombres en el ejército principal, fuerza importante teniendo en cuenta las efectivos de los independentistas, 3.000 en el ejército del sur, en la zona de Puno y Arequipa, 4.000 en el Alto Perú bajo el mando de Olañeta, 1.000 de guarnición en el Cuzco y 2.000 más en otras.

Por su parte, las fuerzas independentistas no se encuentran en su mejor momento. Debilitadas por las recientes derrotas, en número no superior a los 7.000 hombres, conocen serios contratiempos de orden político (disidencia de Riva Agüero cuyas más graves consecuencias pueden, afortunadamente para la causa independentista, ser evitadas), de las que es síntoma y efecto la sublevación de la guarnición de El Callao, que, tras algunas visicitudes, se suma a los realistas que acuden a la ocupación de la plaza —e igualmente capital del nuevo Estado peruano—, donde se les suman el batallón de origen argentino autor de la sublevación, que será enviado al ejército del sur tras ser reorganizado con el nombre de Batallón Real Felipe, por el de la principal fortaleza de la plaza, y varias unidades de caballería: dos escuadrones de los granaderos a caballo, lanceros del Perú y de la guardia. Todo ello pone nuevamente en difícil situación a las fuerzas independentistas, que, por estos días, ante las circunstancias, proclaman dictador a Bolívar. Contra estas fuerzas el ejército realista se apresta a conducir una campaña, sobre Trujillo, desde sus bases de Jauja. Así las cosas, se produce la rebelión o pronunciamiento de Olañeta.

Dado que se le considera una de las causas de la derrota final de las armas realistas en el Perú, lógicamente se ha escrito mucho sobre el asunto en defensa o detracción de dicho jefe. No quisiéramos entrar en polémica alguna, sino simplemente enumerar alguna de las razones que se esgrimieron por los simpatizantes o partidarios de cualquiera de

los bandos[24]. Olañeta y los suyos se pronuncian básicamente contra los generales, a los que acusan de liberales, del ejército del Perú —lo que si en algunos casos es más o menos cierto, en otros no tanto— que han destituido al virrey Pezuela y a los que consideran que hay que pagar con la misma moneda dado el restablecimiento del absolutismo en España, régimen que, por otra parte, no ha tomado ninguna resolución en el sentido de sustituir, al menos de momento, a los mandos de su último ejército en América. Los generales del Perú, La Serna, Valdés... acusan a Olañeta de turbios contactos con los independentistas, a algunos de los cuales ha situado en mandos importantes de sus fuerzas en el Alto Perú y, en definitiva, de que el pronunciamiento, en un primer momento absolutista, no es sino el primer paso y pretexto para sumarse posteriormente a la causa independentista, algo en cierto modo similar, salvando las distancias, al pronunciamiento que llevó a la independencia al virreinato de Nueva España tres años antes. Es cierto, en cualquier caso, que Olañeta desoyó las peticiones de Bolívar a que se sumase a su causa y que, al año siguiente, murió combatiendo a los independentistas tras la capitulación de Ayacucho. También es cierto, por otra parte, que su ejército se sumó sin lucha a las fuerzas de Sucre tras aquella capitulación y que, en definitiva, su mentor político, su sobrino el doctor Casimiro Olañeta, figurará sin solución de continuidad entre los creadores de la nueva República de Bolivia, por supuesto, una Bolivia muy diferente de la que hubieran deseado los combatientes de las «republiquetas» o los primeros insurgentes de La Paz y Cochabamba.

Más tarde nos referiremos con más detalle a las fuerzas de Olañeta. Para la lucha contra las del general Jerónimo Valdés las organiza en tres «divisiones», al mando de Valdés *el Barbarucho*, Guillermo de Marquiegui y él mismo. El pronunciamiento del Alto Perú obliga a La Serna a enviar contra él una columna de 5.000 hombres al mando del general Valdés, sin cuyo concurso ha de suspender toda operación contra Bolívar. El acuerdo de Tarapaya (marzo) entre Valdés y Olañeta supone una frágil tregua y la lucha se reanuda entre junio y agosto, en

[24] Las polémicas entre los partidarios de La Serna, Pezuela y Olañeta se prolongaron largos años, ya en la Península. Ver, entre otros G. Camba, *op. cit.*, vol. II, p. 138 y ss.

que Valdés tiene que dar por terminada, de hecho, la campaña después de derrotar repetidas veces a Olañeta, expulsándole de Potosí. Olañeta conserva el mando del ejército y territorio del Alto Perú. Mientras, sus oponentes han perdido la oportunidad de combatir a Bolívar en un momento óptimo —algunos jefes realistas eran partidarios de iniciar la campaña contra aquél aún sin contar con las fuerzas empeñadas contra Olañeta— y Bolívar inicia una ofensiva de gran envergadura, para lo que cuenta con un ejército reforzado por importantes contingentes llegados de Colombia en su ayuda.

En agosto, Bolívar derrota a Canterac en Junín, donde éste pierde gran parte de su caballería por una utilización imprudente de la misma, después de haber conseguido un éxito inicial de importancia, y se retira a Cuzco perdiendo en la larga y precipitada —y probablemente injustificada— marcha buena parte de los componentes de su ejército entre desertores y rezagados. Esta derrota es la que obliga a suspender la campaña contra Olañeta y a proceder a una reorganización del ejército para participar en la que será la campaña final de la guerra hispanoamericana.

Para entonces, la situación de las armas realistas, como se comprenderá, no es tan halagüeña como al principio del año: el ejército del norte, desmoralizado por la derrota de Junín y mermado por las bajas que antes mencionamos; el del sur, agotado por la dura lucha contra Olañeta, las pérdidas sufridas en esta lucha, que se ve obligado a reemplazar por reclutas hechos sobre la marcha o con prisioneros del ejército de aquél, y las marchas extenuantes que ha tenido que llevar a cabo. En cualquier caso, las fuerzas virreinales cuentan en este momento con la organización siguiente: en el ejército del norte, los batallones primero del Infante, primero del Imperial Alejandro, los de Burgos, Centro, Cantabria, Castro, Guías, Victoria y segundo del Cuzco, y caballería formada por los escuadrones de Dragones de Perú y de la Unión, de San Carlos y Húsares.

El del sur cuenta con los dos batallones de Gerona (a los que su jefe califica de poco más que de guerrillas uniformadas), segundo del Imperial Alejandro, primero del Cuzco, segundo de Fernando VII y escuadrón de granaderos de la guardia.

Las fuerzas totales, según algunos autores, son 13.000 hombres con 16 piezas de artillería, cifra demasiado elevada y que con seguridad incluye al total de las mismas, sumando personal no combatiente, guar-

niciones, etc. El general Valdés da para finales de noviembre, tras un mes de campaña, un total de 7.000 hombres, de ellos unos 2.000 de caballería. Dicha diferencia de cifras se debe, probablemente, a la gran cantidad de desertores producidos durante las marchas.

Por lo demás, las fuerzas independentistas no se encuentran en mejor posición. Derrotadas en varios encuentros, con importantes contingentes de reclutas sin instrucción alguna, fuertes bajas debidas igualmente a deserciones y teniendo en su contra a los indígenas de la región alzados a favor de la causa realista, se encuentran en la necesidad de jugarse a una batalla el resultado de la campaña.

Y, efectivamente, tiene lugar la batalla de Ayacucho. En ella resulta vencido el ejército realista, pero no es a eso a lo que querríamos aludir en este momento.

Como es sabido, desde siempre, desde los tiempos más antiguos, cuando un ejército es vencido se suele buscar la explicación, por sus componentes o adeptos, en la traición. Resulta a veces patético ver los esfuerzos de personas como las aludidas buscando a través de barrocos razonamientos la posibilidad de esa traición en cualquier derrota, incluso en aquéllas en que los vencidos lo son en condiciones honrosísimas o bien son aplastados por una superioridad abrumadora del enemigo. Esto no quiere decir que no exista la traición, y más cuando una causa lleva las de perder cuando aquélla se produce. Estas reflexiones vienen la hilo de que, naturalmente, toda una escuela histórica sostiene la tesis de la traición de Ayacucho, es decir, que el desarrollo de la batalla y la capitulación que le siguió fueron pactadas antes de librarse al combate.

No entraremos en la polémica al respecto, ni a favor ni en contra de dicha interpretación, entre otras cosas porque el objeto de esta obra no es propiamente el desarrollo de la campaña y sus vicisitudes sino, fundamentalmente, el estudio de uno de los participantes en la misma. No dejaremos de notar, sin embargo, cómo el ejército realista plantea la batalla en una difícil situación táctica, en la que el terreno juega un papel completamente a su contra (la caballería, por ejemplo, no puede llegar a entrar en combate, la coordinación de las fuerzas es casi imposible) y recordaremos las otras circunstancias, negativas casi todas, en que se encuentra respecto a reclutas, moral...

La interpretación del general Valdés es sencilla: la batalla se pierde por la cobardía de los soldados. Por lo demás, la división a su mando,

con las mejores tropas del ejército realista, arrolla a su oponente, la del general peruano La Mar. Las divisiones Monet y Villalobos, en cambio, son derrotadas; el virrey La Serna, herido, es hecho prisionero y, cuando las fuerzas realistas tratan de replegarse y algunos oficiales intentan reunir a las unidades para retirarse en orden y poder continuar la lucha, las tropas se niegan en redondo [25]. Ante ello, los generales realistas negocian la capitulación.

Ya se ha aludido a las honrosas condiciones que Sucre concede a sus oponentes: repatriación de los peninsulares o americanos que lo deseen e ingreso en el ejército americano con los mismos grados de los jefes y oficiales realistas que decidan permanecer en el Nuevo Mundo. Generosas condiciones, no todas respetadas posteriormente por Bolívar. En cualquier caso, regresan a España unos 750 componentes del último ejército realista en el hemisferio, contando jefes, oficiales y unos 350 soldados, entre ellos algunos americanos.

Se dijo, y es una interpretación parcialmente válida, que no es necesario creer obligatoriamente en la traición. Aun sin tener en cuenta las razones militares que motivan la capitulación tras la derrota, aquélla se debe al hecho de que, habiendo perdido gran parte de su ejército, los generales del Perú se encuentran cogidos entre dos fuegos: el de Olañeta que no les daría cuartel, y el de Sucre del que pueden conseguir la capitulación que deseen. Es ésta una razón que aducen los seguidores de la escuela antes aludida, aunque parece claro que la argumentación pierde, al menos, gran parte de su validez cuando se alude a ella en el momento anterior a la batalla, es decir, cuando, por difícil que fuera su situación, era perfectamente posible para el ejército realista derrotar al de Sucre.

Otra cosa es que, aún en caso de vencer en aquella batalla y aun en toda la campaña, la causa realista estaba perdida, al menos mientras estuviera abandonada a sus propias fuerzas, en el continente suramericano. Es éste, en cualquier caso, un asunto que puede resultar propio para especulaciones de todo tipo. En esta campaña da fin virtualmente a la contienda de Independencia hispanoamericana. Aún durarían por algún tiempo algunos rescoldos de la misma a los que tendremos más tarde ocasión de referirnos.

[25] Al general Valdés se atribuye en este momento la frase: «Pongamos fin a esta comedia». ¡Prueba irrefutable para algunos de su complicidad en la traición!

LAS FUERZAS INSURGENTES

En México, en este período en el que se consuma la Independencia del virreinato, se da la paradoja de que las fuerzas que llevan a cabo ésta son precisamente las realistas, las que han combatido por esa causa a lo largo de toda la contienda y obtenido virtualmente la victoria en la misma.

Efectivamente, los contingentes inicialmente insurgentes que, como vimos, a lo largo de la etapa anterior habían sido primero reducidos a simples guerrillas y después prácticamente eliminados, no tienen en modo alguno fuerza para lograr no ya un éxito decisivo, sino ni siquiera para plantear un problema militar serio. Así las cosas, se produce la revolución de Cádiz, la conspiración de la Profesa, el Plan de Iguala, y, desde principios de 1821, el pronunciamiento de Iturbide, jefe desde ese momento del Ejército Trigarante, que va recibiendo la adhesión de prácticamente todas las unidades veteranas o de milicia formadas en el país y la de muchos jefes peninsulares e incluso unidades, al menos en su origen, expedicionarias.

Para septiembre de ese año, con la ocupación de Ciudad de México y el tratado de Córdoba, por el que se establece la evacuación de las fuerzas peninsulares, el movimiento ha conseguido la adhesión de prácticamente todo el ejército virreinal, a excepción de alguna de las unidades expedicionarias. También se han sumado a las fuerzas trigarantes, contingentes de las anteriores guerrillas insurgentes, aunque su importancia, tanto en número de jefes como de tropas, en el conjunto de aquéllas es insignificante. Ocupada Ciudad de México y terminada virtualmente la campaña, se organiza el nuevo ejército del imperio mexicano que, por lo demás, ya no participará en acción alguna contra las fuerzas españolas, a excepción del asedio de la fortaleza de San Juan de Ulúa y la lucha contra la expedición Barradas en 1829.

Este ejército queda estructurado en un regimiento de granaderos a caballo y once regimientos de caballería de línea; un regimiento de granaderos y once infantería de línea (en diciembre de 1821 sólo hay ocho de estos últimos) con unos efectivos totales de unos 10.000 hombres, de los cuales la práctica totalidad está formada por ex elementos del ejército realista. Sólo uno de los regimientos de infantería y otro de caballería cuenta en sus filas con los insurgentes sumados al movimiento de Iturbide. Entre los jefes militares, la proporción es también

abrumadoramente favorable a los ex realistas. Según el estudio de Albí, de los 118 de mayor graduación, 106 proceden de las filas de este ejército, entre ellos 25 peninsulares o americanos de otras provincias, excluida México [26].

En cuanto a la América Central, no puede hablarse de fuerzas independentistas. Las unidades militares en la región se suman rápidamente a las del imperio mexicano y, tras la caída del mismo, se constituye la federación de América Central, cuyas fuerzas, sobre todo, se organizan sobre la base de las antiguas milicias que pronto se entregan, por lo demás, a una serie de pequeños conflictos internos en el seno de la federación, prolongadas hasta la disolución de ésta en 1839.

La organización, reglamentos y tácticas de los nuevos ejércitos mexicanos continuarán siendo durante mucho tiempo los mismos que habían tenido en la época virreinal, y ya mencionamos cómo durante los siguientes años, la inmensa mayoría de sus jefes importantes, que por otra parte tanto papel tendrán en la agitada política del país, proceden de las filas realistas en las que hicieron sus primeras armas, muchos de ellos con distinción.

En el continente suramericano, los ejércitos independentistas que llevan en esta época el peso de la lucha son fundamentalmente el de Bolívar, y su República de la Gran Colombia y el que inicialmente manda San Martín, que lleva a cabo la expedición libertadora al Perú, donde también se organizarán pronto contingentes de ese país.

En el extremo sur del Continente, las fuerzas de la República Argentina han perdido, como consecuencia del proceso revolucionario y de luchas civiles entre las provincias, toda efectividad, al menos como elemento ofensivo. Efectividad que tardarán en recuperar, hasta el punto de que ni siquiera podrán participar eficazmente en la campaña final contra el reducto realista del Alto Perú, que, como sabemos, caerá sin resistencia de ninguna clase, a pesar del evidente interés de políticos y jefes militares argentinos en anexionar a su país la antigua audiencia de Charcas, que, durante los últimos tiempos de la colonia, había pertenecido al virreinato de Buenos Aires.

Como elemento defensivo, por el contrario, las fuerzas independentistas argentinas todavía pueden tener cierta virtualidad, por lo que

[26] Albí, *op. cit.*, p. 301.

una invasión de su territorio desde las posiciones realistas del Alto Perú hubiera necesitado, para conseguir resultados de importancia, unos contingentes, en número y medios superiores a los disponibles, al menos mientras existiera la amenaza, y con mayor motivo después de producida, de la expedición libertadora de San Martín.

Respecto a las fuerzas de Chile, la mayor parte de los contingentes de la nueva república no tomarán parte importante en la contienda, a excepción de los que se integran en la expedición libertadora al Perú y alguna otra unidad que pasó posteriormente a este país. Las que quedan en Chile combatirán con fortuna varia contra las fuerzas irregulares de Benavides y Pico. Cuentan para ello con algunas unidades de línea y otras de milicia y de la Guardia Nacional. Su caballería, indispensable para una campaña contra un enemigo que emplea casi exclusivamente fuerzas montadas, es menos numerosa que la enemiga y está compuesta, fundamentalmente, por los regimientos de dragones y granaderos de Chile.

Por lo demás, como antes se dijo, los principales ejércitos insurgentes son los de Bolívar y San Martín.

El de Bolívar, tras sus éxitos de 1819 (victoria de Boyacá, conquista de gran parte de Nueva Granada), cuenta, al comienzo de la etapa en que nos encontramos, con las fuerzas de Santander en Nueva Granada, formadas por el batallón Albión y otras cuatro unidades de este tipo, de las cuales dos de ellas sostienen el asedio de Cartagena en el norte del territorio y las otras cubren el frente contra los efectivos realistas de Pasto. En Venezuela actúan las fuerzas de Páez y Bermúdez en Los Llanos y el oriente del país: aquél cuenta con un batallón de voluntarios británicos, el de Bravos del Apure y la caballería llanera con unos 1.500 hombres, éste, con tres batallones de infantería. Completan las fuerzas de Bolívar el ejército del norte al mando de Anzoátegui y Urdaneta con tres batallones y las que mantiene bajo su mando directo, la Guardia Colombiana formada por dos brigadas, a tres o cuatro batallones cada una, elite de las fuerzas insurgentes en esa región, empleadas como masa de maniobra en las campañas subsiguientes y que, junto con las de Páez y Urdaneta, llevarán el peso de la campaña de 1821 en Venezuela [27].

[27] Plazas Olarte, *Historia extensa de Colombia*, vol. XVIII, tomo 3, p. 125 y ss.

La sublevación de Guayaquil, en octubre de 1820, permite la organización de los dos batallones llamados de Libertadores y otras unidades de milicia, igualmente de poca eficacia [28]. Por su parte, el pronunciamiento de Panamá a favor de la Gran Colombia hace que Bolívar pueda crear en esa región el batallón del istmo y, por su parte, Sucre iniciará las operaciones desde Guayaquil contra Quito con fuerzas colombianas que llevará consigo. La campaña de 1822 contra la capital de la audiencia será sostenida por cuatro batallones colombianos y dos batallones del nuevo ejército peruano enviados por San Martín junto con un escuadrón de granaderos a caballo, mientras desde el norte Bolívar marcha sobre Pasto y obtiene el triunfo de Bomboná con cuatro batallones de infantería y dos escuadrones de caballería agrupados en dos «divisiones».

Terminada la campaña regular en el Meridión neogranadino, al año siguiente podrán llegar al Perú las primeras tropas de la república de la Gran Colombia.

En cuanto a las fuerzas patriotas que sostendrán en aquel país la última campaña de importancia en América, están formadas inicialmente por las que al mando de San Martín desembarcan en Pisco, en septiembre de 1820. Son éstas unos 4.500 hombres, agrupados en tres batallones del ejército de los Andes y otros tres de Chile y, como caballería, tres escuadrones (uno chileno). Poco después de su desembarco, se le suman o reclutan numerosas tropas en el país, que formarán las bases del nuevo ejército insurgente peruano y que San Martín organizará a partir del momento de la proclamación de Independencia de este país. Sus primeras unidades son, además de algunas locales de las zonas inicialmente ocupadas o pronunciadas a favor de la expedición libertadora, la Legión Peruana, con dos batallones de infantería y un regimiento de húsares. Poco después se crea un regimiento de lanceros y, con las fuerzas locales (de Trujillo, Piura...) se organizan batallones de línea. Con estas unidades y los refuerzos llegados de Colombia, unos tres batallones, se lanza la campaña de 1822 y primeros meses del año siguiente, que se salva con graves fracasos para los independentistas. Mientras, unos refuerzos chilenos deben reembarcar sin llegar a combatir, y Bolívar retira, temporalmente, a las tropas colombianas. A

[28] Larrea Alba, *op. cit.*, pp. 21 y 71 y ss.

partir de ese momento, sin embargo, Bolívar, dictador del Perú, trae refuerzos de importancia de Colombia, cinco batallones de infantería y unidades de caballería, con los que, sumados a las fuerzas peruanas y a los restos de la expedición libertadora, sostendrá la campaña de 1824 contra los ejércitos realistas en el sur del virreinato.

Esta campaña será mantenida por fuerzas de casi todos los países del área: seis batallones de infantería colombiana, dos escuadrones de granaderos y tres de húsares de la misma nacionalidad, la Legión Peruana y varios de los batallones de línea del Perú, caballería peruana, chilena y argentina. En total, forman unos 10.000 hombres en las unidades de primera línea con los que Bolívar llevará a cabo su campaña de Junín. Por último, poco antes de la de Ayacucho, las fuerzas insurgentes recibirán el refuerzo de otro batallón colombiano y caballería de ese país.

Capítulo V

ECOS DE NUMANCIA

Últimas resistencias

No podía faltar en una contienda española, en la que participan tropas de la nación que escribió las páginas de Numancia, Zaragoza y Gerona, y que escribiría la de Baler, la figura de las resistencias a ultranza de plazas y guarniciones realistas mas allá de toda esperanza. Y, desde luego mucho más allá del tiempo, que el crítico más exigente consideraría necesario para salvar el honor de las armas. Todo ello refiriéndonos exclusivamente a la resistencia regular, es decir, sin incluir la de las fuerzas de guerrillas y otras formaciones irregulares que se prolongaría durante largos años en diferentes zonas del Continente.

Ya aludimos a la defensa de Puerto Cabello desde 1821 a 1823 y las campañas que llevaron a cabo las fuerzas realistas partiendo de esa plaza venezolana. Sin incluir, por tanto, la campaña mencionada, las resistencias finales de las fuerzas realistas, tras el final virtual de la contienda con la capitulación de Ayacucho, son fundamentalmente, en América del Sur, las de algunas zonas del Perú y el Alto Perú, donde la lucha se prolonga por algunas semanas o meses respectivamente, la plaza de El Callao en la costa peruana del Pacífico, que ya permanecía sitiada desde antes de la capitulación aludida, y la isla de Chiloé, en el extremo sur de las posesiones españolas frente a las costas meridionales de Chile (naturalmente del Chile de la época). En la América del Norte resiste la fortaleza de San Juan de Ulúa, en la bahía de Veracruz, desde que en 1821 se consumara la Independencia del virreinato de Nueva España.

En el momento de la capitulación de Ayacucho se entrega, como ya hemos visto, el principal ejército realista del Perú con todos sus mandos, incluido el virrey La Serna. Sin embargo, en esos momentos quedan todavía en poder de los realistas la plaza de Cuzco, al mando del general Álvarez, con unos 1.700 hombres, entre ellos los del Batallón de Huamanga, la de Arequipa, al mando de Juan Pío Tristán, con unos 700 del batallón de infantería del Real Felipe, y la columna de operaciones del brigadier Ramírez con unos 600, que se encuentra en Quilca. Por lo demás, los indios de la región están en plena insurrección hasta el punto de que el primer enviado por Sucre a Lima con el parte de la victoria es muerto por aquéllos y será necesario enviar otro con la escolta de toda una compañía de húsares.

Pocos días más tarde (24 de diciembre) la guarnición de Cuzco se acoge ante Gamarra a la capitulación, e igualmente hace la de Puno. Sin embargo, en Arequipa y Tacna se proyecta una última resistencia ante la noticia de la derrota de Ayacucho, asumiendo la función de virrey el general Juan Pío Tristán. Sin embargo, dada la situación militar creada por la capitulación y las escasísimas fuerzas de que se dispone, no se tarda en aceptar los términos de aquélla, finalizando así la resistencia realista en el sur del Perú.

Aún queda en poder del general Olañeta todo el territorio del Alto Perú para cuya defensa cuenta con un ejército de unos 5.000 hombres, cuya infantería está formada por el Batallón de Partidarios con 600, el Regimiento de la Unión, reclutado por Olañeta a lo largo de los últimos meses y diferente del que vimos actuar en el Perú con 1.400 y los batallones de Cazadores y Fernando VII, con unos 600 hombres cada uno. La caballería cuenta con el Regimiento de Dragones Americanos (400 hombres), los Dragones de Charcas (180) y los Cazadores a caballo (300). Además existen varias unidades de milicias: la caballería de Santa Victoria, los Dragones de Santa Cruz de la Sierra y la infantería de esta ciudad, además de otras de la categoría de urbanas [1].

En cualquier caso, no son fuerzas suficientes para enfrentarse con las americanas, que quedan libres por la capitulación de Ayacucho para ser utilizadas en el Alto Perú, campaña que inician inmediatamente, encontrando muy escasa resistencia. A mediados de enero están ya en

[1] F. B. O'Connor, *Un irlandés con Bolívar*, pp. 122-124.

Puno y, poco después del inicio de la campaña se pasa a las fuerzas insurgentes el Regimiento de Cazadores Americanos, en Cochabamba. Por lo demás, se pasa igualmente en aquellos días el doctor Casimiro Olañeta, sobrino del jefe realista y mentor político del Alto Perú, tanto en la última situación como en la que se prepara, de la que será principal impulsor doctrinal y jurídico.

En febrero de 1825, La Paz cae sin resistencia en poder del jefe insurgente Lanza. Las fuerzas realistas se van dispersando casi sin combatir ante el avance de las independentistas de Sucre y O'Connor y de algún contingente procedente de la Argentina. Olañeta se sitúa en Potosí con unos 1.800 combatientes y, poco después, se produce una sublevación de otra de las unidades realistas, el Batallón de Cazadores. Olañeta con algunas fuerzas acude a reprimirla y muere en combate con los sublevados en Tumusla (1 de abril). Con ello puede darse por terminada la resistencia realista en el Alto Perú, cuya principal consecuencia, vista desde nuestra perspectiva histórica, será la consolidación de la República de Bolivia como entidad política independiente del Perú y de la Argentina. En cuanto a Olañeta, será nombrado por el Rey virrey del Perú, nombramiento que llegará a tierras americanas después de su muerte.

No termina en el virreinato de Nueva España la resistencia de las fuerzas partidarias de la causa de la metrópoli con la proclamación de la Independencia del imperio mexicano en septiembre de 1821. En ese momento quedan en el territorio continental del virreinato la guarnición del fuerte de San Juan de Ulúa y las fuerzas, formadas sobre todo por peninsulares, que han tratado de oponerse al pronunciamiento trigarante y que acogidas al tratado de Córdoba esperan todavía el momento de evacuar el territorio. Aquélla, al mando del general Dávila que se niega a aceptar dicho tratado, y formada inicialmente por destacamentos de varios regimientos de los destinados en el virreinato, se apresta a la resistencia contra la nueva situación independiente en la fortaleza que defiende la plaza de Veracruz, principal puerto mexicano en la costa este y que, por sus defensas y situación —en un islote a la entrada del puerto—, resulta prácticamente inexpugnable para los medios con los que cuenta el nuevo Estado. Puede además bloquear a voluntad el puerto de Veracruz con el correspondiente perjuicio para aquél. Por otra parte, la presencia de fuerzas españolas en la misma costa mexicana creará una situación que, hasta su salida, gravitará so-

bre la política tanto del imperio como de la rápidamente proclamada República, que iniciaría la turbulenta historia propia de los nuevos Estados americanos [2].

En cuanto a las fuerzas que todavía permanecen en espera de evacuación, en la zona de Toluca y Cuautla, varias de sus unidades (los regimientos de Órdenes Militares y Zaragoza, Castilla y Zamora) proyectan un alzamiento contra las nuevas autoridades para restablecer la situación anterior al pronunciamiento de Iturbide, si bien sólo los dos primeros actuarán llegado el momento. Con tan escasos efectivos, menos de un millar de hombres en total, la intentona fracasa ante las fuerzas imperiales y con ello se acelera el proceso de embarque de las tropas peninsulares restantes.

Por su parte, la guarnicion de San Juan de Ulúa, cuya defensa aseguran fuerzas del Batallón de Cataluña, en relevos desde Cuba, y aprovisionada desde esta isla y por el comercio clandestino que se efectúa con la ciudad y zonas adyacentes del territorio oficialmente enemigo, continúa la resistencia en espera de mejores tiempos. Las fuerzas mexicanas carecen de medios para intentar un asalto y sólo pueden tratar de estrechar el bloqueo; cuentan con un aliado en el clima y las enfermedades tropicales que castigan severamente a los sitiados. Por lo demás, el gobierno liberal de Madrid, todavía en el poder, no acepta ni el tratado de Córdoba ni la Independencia de México e incluso nombra al brigadier Lemaur gobernador de ese territorio, fallecido O'Donoju, cuya conducta ha sido reprobada.

En octubre de 1822, los sitiados consideran llegado el fin del período de tregua, en que han permanecido desde el comienzo del bloqueo el año anterior, e inician el bombardeo de la ciudad cuyas autoridades aceptan rápidamente un acuerdo oficioso para poner fin a las hostilidades. Mientras tanto, Dávila es sustituido por Lemaur en el mando de la fortaleza, y, en México, Santa Anna, bajo la inspiración doctrinal de Servando Teresa de Mier, ex prisionero en Ulúa, derriba al imperio de Iturbide. A ello siguen las habituales conversaciones y despropósitos entre ambas partes, republicanos de México y realistas de Veracruz, tras lo cual, a finales de 1823, se abre un nuevo período de hostilidades: bombardeos de Veracruz, que debe ser evacuada por

[2] D. Fernández Pascua, *op. cit.*, p. 7.

sus habitantes y endurecimiento (intermitente) de las medidas de bloqueo por parte de las fuerzas mexicanas. Ademas, en esta época tienen lugar las diversas campañas navales entre las escuadras española y la de los insurgentes mexicanos y venezolanos en la zona del Caribe y golfo de México que se describen en el apartado correspondiente a la marina. En enero de 1825, la escuadrilla española de Laborde rompe el bloqueo de la fortaleza y procede al relevo de las fuerzas de guarnición. Igualmente, es sustituido el comandante de aquélla: Lemaur deja su puesto al brigadier Coppinger. Pero el bloqueo mexicano, cada vez más estrecho, dará sus frutos; en septiembre del mismo año, una expedición naval destinada a socorrer el fuerte y relevar a la guarnición (forman parte de la expedición 400 soldados del Regimiento de La Habana y un contingente de artillería), fracasa debido a un fortísimo temporal que avería y dispersa a las unidades que la componen, que regresan a La Habana para reorganizarse. En el intervalo, antes de que pueda organizarse la nueva expedición, la guarnición de la fortaleza capitula ante las fuerzas mexicanas, el 17 de noviembre de 1825, evacuando la posición que durante tanto tiempo había defendido y retirándose a Cuba. Termina así la presencia de fuerzas regulares españolas en el continente norteamericano, aunque pronto tendrá lugar una importante expedición de reconquista de la que nos ocuparemos más adelante.

En el Pacífico, las fuerzas españolas defienden, tras la capitulación de Ayacucho y hasta más de un año después, la plaza del Callao. Ya hemos visto en qué circunstancias (motín de fuerzas americanas) los realistas recuperan la plaza en febrero de 1824[3], lo que da lugar a la ocupación de Lima por las fuerzas realistas de Monet, que al retirarse dejan en El Callao una guarnición al mando del coronel Rodil, que se dispone a la defensa de la plaza con su fortaleza del Real Felipe en relativamente buen estado, con cinco bastiones y otras obras de defensa. Las fuerzas de que dispone son dos batallones de infantería, uno de ellos peninsular de origen y otro del mismo virreinato del Perú; se trata de los batallones Segundo del Infante, reorganizado tras haber sido deshecho en Maipú, y el de Arequipa.

Algunos historiadores incluyen entre las fuerzas defensoras al Batallón del Real Felipe, formado con los americanos que habían entre-

[3] J. R. Rodil, *Memoria*, pp. 137-139, sobre el sitio de El Callao.

gado la plaza. Sin embargo, debe tratarse de una pequeña fracción o cuadro del mismo, toda vez que ya vimos cómo dicha unidad formaba la guarnición de Arequipa que se acogió a la capitulación de Ayacucho.

En total, la guarnición está formada por unos 1.800 hombres, de ellos 500 de las antiguas fuerzas de Buenos Aires, 1.100 de los dos batallones referidos, 100 artilleros, caballería, etc. Téngase en cuenta que se calcula como necesaria para la defensa de la plaza una guarnición de 3.200 hombres, de ellos 700 artilleros [4].

En cualquier caso, las fuerzas con que cuenta Rodíl se muestran suficientes para sostener la defensa de la plaza durante un período más que suficiente para que, en el caso de haber sido posible el envío de refuerzos de España o de alguna de sus posesiones, dar tiempo a recibirlos. Evidentemente, en otro caso, por mucho que pudiera resistir la plaza y por numerosa y bien equipada que estuviera su guarnición, estaba condenada a caer en poder del enemigo tarde o temprano. Hay que notar que, ante la noticia de la capitulación de Ayacucho, la división naval española de relativa importancia que opera en aquellas aguas al mando del capitán de navío Roque Guruceta procede a evacuarlas sin razón alguna, ya que como es lógico no esta incluida en la capitulación, dejando a la plaza de El Callao sin unos medios bélicos que hubieran sido extraordinariamente eficaces. No sólo para la defensa de la plaza, impidiendo su bloqueo marítimo por parte de los independentistas, sino incluso para operar con buenas perspectivas en el océano Pacífico empleando como base la que lo había sido de la flota realista durante casi toda la campaña. Actúan, sin embargo, con base en El Callao a lo largo de 1824 algunas unidades navales, tres bergantines y una corbeta, que practican el corso en el océano Pacífico.

Por lo demás, las fuerzas realistas operan desde la plaza con columnas móviles durante los meses que duran las campañas que culminarán en las batallas de Junín y Ayacucho, hasta que, tras esta última, los ejércitos independentistas puedan formalizar el asedio tras ocupar definitivamente Lima. En ese momento, la plaza tiene víveres para seis meses y el bloqueo hace que pronto las dificultades para aprovisionarse fuera de ella sean insuperables. Mientras tanto, llegan refuerzos de

[4] J. R. Rodíl, *op. cit.*, p. 9.

tierra y mar a las fuerzas sitiadoras. En mayo de 1825, Rodil permite salir de la plaza a todos los que lo deseen, tanto civiles para reducir sus problemas de subsistencias, como militares para eliminar los posibles desafectos que pudieran protagonizar motines o traiciones. Sin embargo, a partir de cierto momento, la decimocuarta «emigración», los patriotas no admiten en sus líneas a los evacuados, que deben permanecer en dos fuegos, en tierra de nadie, en una situación verdaderamente dramática.

Mientras tanto, las fuerzas patriotas continúan con las operaciones propias del sitio, estableciendo las consabidas trincheras paralelas y las baterías para batir las fortificaciones, aunque el fuego de su artillería se revelará poco eficaz [5].

Sin embargo, entre los defensores se extiende el derrotismo y se inicia una conspiración para entregar la plaza. Rodil hace fusilar a uno de los participantes en la conjura pero, aun así, continúan las actividades de los comprometidos, alguno de los cuales deserta. No obstante, las circunstancias de la plaza hacen que se acerque el final de la defensa. Terminadas las provisiones, tras haberse comido la totalidad de los animales de la plaza, caballos, perros, incluso ratas, reducida la guarnición a poco más de 300 hombres útiles y sin noticias de ningún socorro de la Península, la situación se hace insostenible.

Tomado el fuerte de San Rafael por los patriotas, Rodil inicia la negociación para la capitulación, que se firma en honrosas condiciones el 22 de enero de 1826. La guarnición puede salir de la plaza con todos los honores, y Rodil, así como los escasos peninsulares que figuran en ella, emprenden el regreso a la Península pudiendo llevarse las banderas de los dos batallones que habían formado aquélla.

De sus componentes murieron durante el asedio 1.300 por enfermedad y 785 en combate. Hubo sólo 38 desertores. De la población civil, perdieron la vida unas 5.000 personas, víctimas del hambre y el escorbuto.

Queda aún otra posición en el Pacífico tras la capitulación de El Callao: la isla de Chiloé, en el extremo sur de las posesiones españolas. Perteneciente administrativamente al virreinato del Perú a pesar de

[5] J. R. Rodil, *op. cit.*, pp. 69 y 115.

ser inmediata al territorio chileno, en ella no se ha producido movimiento alguno de carácter independentista, y sus habitantes se distinguen a lo largo de todo el período por una firme adhesión a la causa del Rey. Ello permite entre otras cosas el reclutamiento de tropas a las que hemos visto participar en las campañas del Alto Perú (Batallón de Castro) y en las operaciones de reconquista de Chile. La derrota de las fuerzas realistas en esta capitanía general en la campaña de 1818 y el sucesivo abandono del extremo sur del territorio en los meses siguientes, unido a los fracasos de la marina realista frente a las fuerzas insurgentes, hace que la isla quede progresivamente aislada, si bien las escuadras al servicio de los independentistas nunca tendrán los medios para establecer un bloqueo eficaz de sus costas. Por otra parte, la cercanía del continente hace que la isla sirva de base y punto de apoyo para las cada vez más escasas fuerzas realistas que sostienen una lucha irregular en el sur de Chile, campaña en la que intervienen combatientes reclutados en Chiloé. Por lo demás, la participación de los chilotes en las campañas del continente acabará teniendo una consecuencia negativa para la defensa de la isla, ya que muchos de los combatientes más aptos o con más espíritu, equipados con las mejores armas y equipos existentes en ella, han partido para tomar parte en dichas campañas debilitando consecuentemente las posibilidades de las fuerzas locales.

Son éstas, tras la partida de las fuerzas que fueran utilizadas en el Continente como fuerza veterana, un batallón de infantería ligera con una plantilla de cinco compañías (una de granaderos), milicias disciplinadas, y varias compañías con un total de algo más de 500 hombres. La isla, con 40.000 habitantes, tiene la extensión, puertos naturales y medios necesarios para su supervivencia aun en caso de quedar aislada, como de hecho puede decirse que estará a partir de 1820.

En 1819 se hace cargo del mando el coronel Quintanilla, que, sin ser militar de carrera, se ha distinguido en las campañas de Chile y que se revelará como un buen organizador. Efectivamente, crea una economía de guerra en la isla, moviliza eficazmente los recursos militares y civiles e incluso organiza una pequeña flota dando patentes a varios corsarios que pronto hacen varias presas de buques al servicio de los independentistas.

Puede decirse que a lo largo de esta época, Chiloé constituye un pequeño estado cuyo destino es considerado por diversas potencias europeas y también de las nuevas que aparecen en América [6].

En 1820, tras la toma de Valdivia y el final de la guerra regular en Chile, las fuerzas independentistas en este país, al mando todavía de Cochrane, llevan a cabo una expedición naval contra la isla, que fracasa.

Así pues, Chiloé se mantiene en poder de las fuerzas realistas hasta después de terminada la resistencia regular de éstas en el Continente, incluyendo las de Rodil en las fortalezas de El Callao. En este tiempo sirve de base a las, por otra parte, poco motivadas fuerzas navales realistas que, procedentes de la Península, actúan en el Pacífico, cuya acción, sin poderse esperar que hubiese resultado decisiva, podría haber supuesto un serio contratiempo para las fuerzas revolucionarias en el caso de haber llevado a cabo su cometido con mayor decisión. Aun después de Ayacucho, existían posibilidades en el área del Pacífico para la causa realista y, en cualquier caso, ésa era la finalidad con que habían sido enviadas a él.

Antes aludíamos a la posibilidad de que Chiloé quedase de manera permanente como un enclave español en el área o que fuese cedido o vendido a alguna potencia europea. Por ejemplo, Inglaterra podría haberse establecido en la costa oeste del continente americano, como lo haría pocos años después en las Malvinas. También podría darse el caso de que Chiloé capitulara o fuese cedido a otra potencia americana —recuérdese que administrativamente pertenecía al Perú en tiempo del virreinato— que no fuese la más próxima, Chile. Tanto en aquel caso como en éste, hubiera supuesto una grave contrariedad para la naciente república, dado que la posesión de Chiloé por cualquier otro estado significaría el cierre de la posible —y previsible— expansión chilena por los territorios continental e insular del extremo meridional del continente suramericano.

Por todo ello urge terminar con la molesta presencia realista tan próxima a sus costas, desde donde se alienta y apoya la guerra de guerrillas, que algunas fuerzas realistas con apoyo de contingentes indígenas llevan a cabo contra la República. En estos momentos en que tras

[6] D. Fernández Pascua, *op. cit.*, pp. 162 y ss.

la caida de O'Higgins el nuevo régimen pasa por un período de graves dificultades internas, los gobernantes chilenos intentan repetidas veces la ocupación militar de Chiloé. A fines de 1824 se lleva a cabo un intento fallido contra la isla. Poco después de la capitulación de El Callao se produce un conato de motín entre las fuerzas realistas, pero Quintanilla puede dominarlo y, en los meses siguientes, trata de establecer contacto para coordinar esfuerzos con Olañeta en el Alto Perú. Como sabemos, la resistencia del ejército de este jefe dura poco y Chiloé queda completamente aislado como única posición realista en todo el continente.

Los jefes realistas comprenden la necesidad de capitular y por otra parte, a finales de 1825, la República chilena organiza una expedición para ocupar la isla. Formada por fuerzas importantes, cinco batallones de infantería y contingentes de caballería y artillería, con unos 2.600 hombres y apoyada por la flota del almirante Blanco Encalada, desembarca en Chiloé en los primeros días de enero de 1826. En ese momento, las fuerzas realistas están formadas por el batallón veterano antes aludido, seis compañías de milicias (tres de granaderos y tres de cazadores), un escuadrón de caballería de milicias y otras unidades menores de artillería y milicia; en total, unos 1.700 hombres [7], fuerza relativamente apreciable y que, aun dadas las circunstancias, resisten con decisión durante los primeros días de la invasión.

Perdida la ciudad de San Carlos (hoy Ancud), Quintanilla se ve obligado a solicitar la capitulación ante las fuerzas republicanas cesando la resistencia el 18 de enero de 1826, más de un año después de la capitulación de Ayacucho y casi ocho desde la pérdida de Chile por los realistas.

Quintanilla y algunos oficiales —otros varios y la tropa quedan en el país— regresarán a España terminando con ello la resistencia regular realista en el continente americano.

Proyectos y tentativas de restauración

El final de la lucha en los diversos territorios de América no será suficiente para que el gobierno español dé por terminada la contienda

[7] D. Fernández Pascua, *op. cit.*, p. 166.

americana, ni para que España renuncie a sus derechos sobre los territorios que habían constituido sus posesiones hasta pocos años atrás; la recuperación de los mismos de una u otra forma estará más o menos difusamente presente en la política de la metrópoli en todos aquellos años, al menos hasta la muerte de Fernando VII en que el final del absolutismo y, sobre todo, el comienzo de la guerra civil, que se prolongará durante tanto tiempo y a la que seguirán frecuentes épocas de inestabilidad, harán que dichas preocupaciones pasen a un segundo plano.

Por de pronto, España no renuncia oficialmente en ningún momento, en la época a que aludimos, a ninguno de sus derechos, ni reconoce jurídicamente la independencia de ninguna de sus colonias, básicamente porque no se renuncia al proyecto de su recuperación, que obviamente se habría visto obstaculizada de mediar un reconocimiento formal.

Sí se establecen, como de pasada hemos visto en algún momento, relaciones *de facto* con ciertos regímenes y partidos en lucha en diferentes puntos del continente, pero aún el verdadero objetivo de estos contactos no es otro que el de favorecer o posibilitar la reincorporación a la Corona española de los territorios en rebeldía.

Dicha reincorporación —se pensaba, claro está— no tenía por qué conseguirse necesariamente por la fuerza de las armas y, de hecho, muchos de los proyectos tendentes a ese objetivo cuentan con la evolución política interna de los países recién independizados. Esta forma de pensar —nos referimos a la creencia de que se pueda lograr la reincorporación pacífica de alguno de los territorios americanos— tal vez pecase de ingenua, pero, dadas las circunstancias existentes en muchos de ellos o las que podrían haberse razonablemente producido, no era una hipótesis a desdeñar de forma automática.

En cualquier caso, desde los primeros momentos de la pérdida del control de alguna zona del Continente por las fuerzas realistas se planifica con más o menos decisión la recuperación de la misma. Ya vimos cómo, incluso antes del final de la lucha a escala continental, se prepara una gran expedición a los países del Plata perdidos definitivamente en los años 1810-1814, como también se proyecta o no se desdeña la posibilidad de actuar en ellos aprovechando la creciente anarquía y lucha entre facciones y provincias enfrentadas, apoyando a tal

o cual caudillo o figura política: Alvear, Artigas, los Carrera en Chile y otros.

También hemos aludido a la política del gobierno, salida de la revolución de 1820, que, a lo largo de los meses siguientes, envía a América a diversos comisionados para conseguir, evidentemente a cambio de amplísimas concesiones, pero en principio no el reconocimiento de independencia, «la pacificación» de aquellos territorios. Esto no quiere decir que al mismo tiempo se renuncie al empleo de la fuerza, si ello es posible. Simplemente, se exploran todas las posibilidades sin renunciar a ninguna. También los absolutistas o alguno de ellos preconizaron a su vez medidas políticas de pacificación.

Los planes y proyectos más o menos realizables que pueden considerarse propiamente dichos de recuperación de las posesiones perdidas son lógicamente los que tienen lugar a partir de la caída del régimen liberal en la Península, que coincide con la práctica consumación de la Independencia en toda América a excepción, durante unos meses, de parte del Perú y algunos otros reductos sin importancia.

Estos planes, proyectos, estudios de posibilidades son numerosísimos, especialmente hasta la muerte de Fernando VII. Obedecen a criterios y objetivos muy diferentes, políticos, económicos, militares, comerciales, y tienen su origen en los más diversos departamentos del Estado o son obra de personas pertenecientes o relacionados con ellos e incluso de particulares. A veces revisten la forma de un plan, por ejemplo militar, que preconiza una determinada estrategia. Otras, en cambio, revisten la apariencia de tal o cual estudio, más o menos objetivo [8], más o menos acertado, sobre la situación de los países ya independientes de la América española, cuya conclusión, en muchos casos, aunque no se mencione, no es otra que la invitación a tomar las medidas para, aprovechando aquellas condiciones objetivas, conseguir la recuperación, en variadas condiciones, del territorio en cuestión. En otras ocasiones, por último, más que planes propiamente dichos se comunican o interpretan, magnificándolas, noticias de insurrecciones, alzamientos o actividades en general de carácter realista en diferentes zonas de América, que, si a veces responden en cierta medida a la

[8] Ver, por ejemplo, J. de Presas, *Memoria sobre el estado de Nueva España en Agosto de 1823*, Madrid, 1824.

realidad, otras no pasan de *desiderata* o bien son conspiraciones o acciones de poca importancia. Así, por ejemplo, la de Aviraneta en México en 1827.

En alguno de dichos planes se preconiza de forma poco realista una acción general sobre todos los territorios insurgentes. En otros se establece cuidadosamente una estrategia que incluye acciones decididas sobre ciertas zonas, abandono a su suerte de otras e incluso el reconocimiento de la independencia de alguna de ellas o bien su cesión a alguna potencia europea, a cambio de su ayuda para la acción sobre los demás territorios.

Por vía de ejemplo, podríamos detallar alguno de los planes que parecen menos descabellados, si bien todos ellos adolecen de un fallo importante como lo es el presupuesto de medios necesarios, muy por encima de las posibilidades de la España del momento.

Así, el general Valdés, al que vimos distinguirse en las campañas del Perú, tras su regreso a España, planifica una importante operación de reconquista en la América del Sur. Se trataría de desembarcar un ejército de 20.000 hombres en el Río de la Plata (se comprende desde este momento por qué el plan no se puso en práctica), que reduciría a las Provincias Unidas, cruzaría los Andes con quince mil y, desde allí, una vez ocupado Chile, desembarcaría en el Perú. Se trata, por tanto, de una repetición casi milimétrica del plan de San Martín, ejecutado en 1817-1820.

Otro plan interesante es el Pascual Churruca [9], oficial del ejército de Costa Firme, donde en cierta época mandó el primer batallón de Valençay, que sugiere una estrategia bastante completa para la actuación en la América ex española; desde preparar a la opinión pública peninsular para concienciarla sobre la conveniencia de dicha acción de reconquista y la creación de unidades militares con esa finalidad específica hasta un orden de prelación de territorios renunciables si las circunstancias no permiten la recuperación de todos ellos: Buenos Aires, Venezuela, que debería, llegado el caso, ser cedida a otra potencia europea por temor a la anarquía racial en ese país, Chile «delicioso país» que podría ser enajenado a otra potencia europea, a excepción de Inglaterra y Francia, Santa Fe (Nueva Granada) para cuya recuperación

[9] H. López Guédez, *Dos informes sobre la pacificación de América*, pp. 45 y ss.

juzga necesarios de 8.000 a 10.000 hombres, y, por último, cómo de ninguna manera debe renunciarse ni al Perú ni a México.

Finalmente, mencionaremos el proyecto de Javier de Cerveriz (jefe realista que se distinguió en la represión en Venezuela, en la época de Monteverde), que, con un «presupuesto» de 25.000 hombres, preconiza, partiendo de Puerto Rico, una acción de una parte de ellos sobre Caracas, previo desembarco en La Guaira; otra, vía La Habana, operaría sobre el Yucatán para avanzar después sobre Veracruz, donde se apoyaría en el todavía español fuerte de San Juan de Ulúa; mientras, una tercera división actuaría en el istmo. En este plan se introducen algunas consideraciones de carácter económico, como preconizar la recuperación en el primer tiempo de las operaciones, de las zonas productivas de ciertos cultivos tropicales de interés así como las medidas para la posterior comercialización rentable de estos productos.

La alianza de las potencias absolutistas de Europa, plasmada en sus intervenciones militares en España, Nápoles, Cerdeña... da pábulo a la posibilidad de una hipótetica intervención de sus ejércitos en América, en la cual confían los sucesivos gobiernos españoles.

Otros países europeos y los Estados Unidos no dejan de tener sus planes para actuar de una u otra forma en los países recién independizados. Unas veces, claro está, es sólo una intervención con carácter y objetivos económicos como la de Inglaterra, que obtiene en general importantes éxitos. En otros casos, además se interesa una acción de carácter político y, llegado el caso, militar. Así, por ejemplo, desde la Independencia de México hasta 1830 (caída de la monarquía de Carlos X), Francia no deja de acariciar el proyecto de entronizar en ese país a un príncipe de la casa de Borbón. Uno de los candidatos preconizados es el príncipe de Luca, de la casa de Parma, que en aquellos días espera pacientemente —suponemos— la muerte de la viuda de Napoleón, la princesa austríaca María Luisa que ocupa vitaliciamente el ducado de Parma.

De todos los proyectos de recuperación, a excepción de alguna otra pequeña operación, sólo se llevará a cabo con diferentes objetivos y medios la campaña del coronel Arizabalo, en Venezuela, y la expedición Barradas, con destino a la reconquista de México.

No mencionaremos los demás «atentados» —el calificativo es el título de una obra sobre este asunto del historiador norteamericano Ha-

rold Sims— contra la Independencia mexicana [10] en su forma de imperio o de república; es decir, los ataques desde San Juan de Ulúa, alguna conspiración interna, etc.

Sin embargo, precisamente contra la república mexicana tendrá lugar la más importante y prácticamente la única gran expedición de reconquista.

Ya hemos examinado muy brevemente las posibilidades de que se intentasen acciones de este tipo por la restaurada monarquía española y cómo, al menos en una primera aproximación, por diversas razones geográficas, económicas, políticas y estratégicas, el punto del Continente más adecuado para iniciar un proceso parcial o total de recuperación de las posesiones recién independizadas es precisamente la República de México que ha sucedido al imperio de Iturbide. También mencionamos cómo en el territorio de ésta estuvo situada la última posición en poder de las fuerzas realistas en el Continente de la América del Norte, el fuerte de San Juan de Ulúa. En cuanto a la situación interna político-militar de la república, ésta crea al menos unas condiciones tan favorables a una tentativa del tipo de la que vamos a referir como a las de cualquier otro país de la zona.

En un resumen apretadísimo son éstas: a la proclamación de la Independencia de 1821 y del imperio, regido por el general Iturbide con el nombre de Agustín I, sigue, como era de esperar, una revolución dirigida por el comandante de Veracruz, Antonio López de Santa Anna, el cual inicia así su larga serie de intervenciones en la política mexicana, que poco después logra la abdicación del emperador y su marcha del país. Instaurada la república, bajo la presidencia de Guadalupe Victoria, al que vimos actuar como jefe de guerrillas independentistas —su verdadero nombre era Félix Fernández—, se redacta una llamada constitución federal, que establece una amplia autonomía para las 19 provincias que la componen y que rápidamente caen en poder de caudillos o caciques locales mientras comienza una lenta pero segura penetración, todavía pacífica, de colonos de origen norteamericano en Texas, región de la que ya en aquellos años el historiador Torrente advertía su gran potencial económico [11].

[10] H. Sims, *Los atentados españoles, 1821-1830*, México, 1984.
[11] M. Torrente, *op. cit.*, vol. I, p. 5.

En 1828, una elección amañada, naturalmente, da la presidencia al candidato del ejército, Manuel Gómez Pedraza, derribado meses más tarde por un nuevo pronunciamiento de Santa Anna bajo la inspiración de Lorenzo de Zavala, que, por cierto, años después, tras haber sido uno de los doctrinarios del liberalismo mexicano —y diputado de las Cortes españolas de 1820— pasmado por los logros en tantos órdenes de sus vecinos del norte, se convertiría en inspirador de la revuelta de los colonos tejanos contra su propio país. Derribado Gómez Pedraza, ex oficial realista, ocupa la presidencia Vicente Guerrero, al que conocimos como jefe de guerrillas, destinado a un fin trágico, y que toma posesión en abril de 1829.

Ya para entonces había tenido lugar una conspiración prorrealista que fracasó y dio lugar a un decreto de expulsión de españoles del territorio de la república. Muchos de ellos, ya en el «exilio», en Cuba o en la Península, influyen en la medida de sus posibilidades para que se lleve a cabo la expedición restauradora del poder realista, que es finalmente decidida en octubre de 1828. Como dato curioso se puede añadir que a la manera de cobertura político-propagandística se publica la conocida historia de la revolución hispanoamericana de Mariano Torrente en la que, como es lógico, se describen con tintas violentas las lacras de los movimientos insurreccionales y de los nuevos Estados independientes y se establece, como lógico corolario, la única solución a tantos males. Cualquier persona avisada, y por supuesto pesimista, opinaría que dichos males no tendrían solución de ninguna clase...

En cualquier caso, tras meses de preparación en la isla de Cuba y con la protección de la escuadra de Laborde, que en los meses anteriores ha obtenido varios éxitos contra las flotillas de México y Colombia, la expedición parte el 5 de julio de 1829 bajo el mando del brigadier Isidro Barradas y llega a las costas mexicanas el 27 del mismo mes. Estando ya en poder de las fuerzas mexicanas el fuerte de San Juan de Ulúa, en Veracruz se considera más prudente evitar ese puerto y el desembarco se hace más al norte, en las proximidades de Tampico.

La expedición está formada inicialmente por unos 3.700 hombres, pertenecientes a dos batallones del Regimiento de la Corona y a unidades escogidas, alrededor de 250 hombres cada uno, de los regimientos de Cataluña, Galicia, España y el fijo de La Habana, además de 130 en una Compañía de Guías mexicanos o españoles ex residentes

en ese país. El viaje se hace a bordo de 40 transportes (de los que uno se extravía y arriba a Nueva Orleans), escoltados por un navío y dos fragatas. Desembarcadas las fuerzas, avanzan sobre Tampico y, a pesar de la asistencia ofrecida por contingentes de milicias mexicanas de los estados próximos, la ocupan el 16 de agosto.

Mientras tanto, Santa Anna en Veracruz reúne unas fuerzas improvisadas, unos 2.000 hombres, y marcha contra Tampico donde llega el 20 de agosto. Es de notar que tanto el general mexicano como muchas de sus fuerzas de infantería hacen el viaje por mar sin que la flotilla española pueda interceptar el transporte. Volvemos a comprobar que en muchos momentos de la contienda la marina no estuvo a la altura de las circunstancias.

En México cunde la alarma, corren rumores de que las fuerzas españolas no son sino la vanguardia de una poderosa expedición que iría desembarcando en otros puntos del litoral, incluso del Pacífico, lo cual impide la concentración de fuerzas importantes contra las de Barradas. Tras los primeros choques entre éstas y las de Santa Anna se llega a un armisticio de corta duración, durante el cual se concentrarán nuevas fuerzas mexicanas, que, en número de 5.000 hombres y bajo la dirección de los generales Terán y Santa Anna, atacan desde el 9 de septiembre a los expedicionarios, que resisten valerosamente. Sin embargo, perdido el efecto de la sorpresa, habiéndose reunido fuerzas enemigas en número importante y sin poder profundizar hacia el interior del territorio, Barradas cree necesaria la retirada —no tenía por qué ser definitiva— de sus fuerzas, y el 11 de septiembre negocia un convenio con los jefes mexicanos por el cual las fuerzas expedicionarias abandonan el país.

Ya hemos visto cómo tras esta expedición se proyectan otras con mayor número de tropas o bajo otros planteamientos políticos, pero de hecho, ésta es la última expedición de importancia que se lleva a cabo en el período que estudiamos. En cierto modo puede señalar un punto de inflexión en la historia del Ultramar español. Efectivamente, con la retirada de Barradas se puede dar por finalizado un capítulo importante de aquélla, la del gran imperio en el continente americano que se iniciara no muy lejos de donde tienen lugar estos acontecimientos, con el desembarco de Cortés, en un lejano día de 1519.

La otra tentativa de importancia de reconquista, en este caso más bien de restauración en las antiguas posesiones españolas en América,

fue la campaña que entre 1826 y 1829 dirige en Venezuela el coronel Arizabalo. En este país, independiente de España de hecho desde la batalla de Carabobo y libre totalmente de tropas regulares realistas desde la capitulación de Puerto Cabello, en 1823, a diferencia del virreinato de Nueva España y de otros puntos de la América española, habían quedado, a lo que ya tuvimos ocasión de aludir, numerosos contingentes de guerrillas realistas, que, desde los primeros tiempos de la ocupación del territorio por las fuerzas de Páez y Bolívar —éste abandona pronto su provincia natal para dirigir sus campañas militares y políticas en otros puntos de la América meridional—, llevan a cabo una lucha sin cuartel contra éstas. Entre ellas, figuran las que dirigen José Cisneros, el *Fra Diavolo de Venezuela*[12], Centeno, Basilio Sánchez y otros, muchas veces ex oficiales o suboficiales de las tropas realistas, todos los cuales sostienen la lucha contando con la más o menos próxima llegada de una nueva expedición española que restablecería la situación. Para coordinar la lucha y dirigir una campaña eficaz contra las fuerzas de la república, en aquel momento al mando de Páez, y que, aunque todavía pertenece en teoría a la Gran Colombia, es ya independiente de hecho, el en ese momento capitán general de Puerto Rico y al que vimos como jefe del ejército realista en Costa Firme, Miguel de la Torre, planea el envío de oficiales superiores y, en un segundo tiempo, el de apoyos materiales, que serán transportados por la escuadra realista en el Caribe, en aquellos momentos al mando de Laborde. Es designado para llevar a cabo la arriesgada misión el coronel Arizabalo, que ya había participado en la guerra en esa región y que regresa clandestinamente a la misma en julio de 1826 iniciando inmediatamente su labor, en un primer tiempo política, de aunar voluntades y coordinar proyectos. Para ello cuenta con el descontento en amplios sectores de la población ante la continua agitación y anarquía en que se desenvuelve la vida de la flamante república, como la de tantos otros nuevos Estados en el Continente. Su presencia reanima la lucha en muchos puntos al entender los combatientes que se trata del primer paso de una operación de envergadura para la restauración de la autoridad realista en su provincia.

[12] D. Fernández, *op. cit.*, p. 275.

Esta labor clandestina la lleva a cabo el jefe realista con tanta habilidad que incluso el propio Bolívar, sin sospechar su auténtico papel, le ofrece un puesto en el ejército colombiano.

Poco después, en 1827, aquél pasa a la lucha abierta y se suma a los contingentes de guerrillas que actúan en las zonas próximas a Caracas, en cuya organización y actividades actúa con eficacia, infligiendo enseguida varias derrotas en pequeñas escaramuzas a las fuerzas republicanas y reuniendo en poco tiempo un total de más de 3.000 combatientes irregulares. Todavía mal armados y equipados, pero que, de haber sido eficazmente apoyados por la escuadra española y aprovisionados desde las Antillas, hubieran podido poner en un gran aprieto a Páez. Éste, por otra parte, consciente del peligro, inicia todo tipo de acciones contra la guerrilla, desde la lucha armada hasta la guerra psicológica pasando por medidas políticas ofreciendo indultos y reconocimientos de grados militares.

Arizabalo, sin arredrarse, inicia operaciones nada menos que contra Caracas (diciembre de 1827-enero de 1828). Sin embargo, al no recibir ayuda alguna del exterior, se ve obligado a dispersar a sus contingentes nuevamente en pequeñas partidas, por otra parte igualmente perjudiciales a las fuerzas enemigas.

En febrero de 1828, la mala fortuna y falta de coordinacion hacen que se frustre una expedición naval de socorro, de cuyo fracaso se ha acusado a la excesiva prudencia de Laborde; expedicion cuya sola presencia, sin embargo, causa dificultades a Páez obligándole a distraer fuerzas para defender el litoral.

Mientras, Arizabalo, en mayo de 1828, establece su cuartel general en la zona de Tamanaco, donde crea una pequeña comunidad que se autoabastece de los artículos de primera necesidad y desde donde continúa la campaña de guerrillas con el apoyo a veces verdaderamente abnegado de los habitantes, gentes de muy humilde condición, de la zona en que actúa.

Sin embargo, la campaña se acerca a su fin. Al no poder recibir abastecimientos de las Antillas, sintiéndose abandonados por las autoridades españolas sin posibilidad real con sus propios medios de obtener resultados decisivos contra las tropas de Páez, en agosto de 1829, tras una negociación, en la que éste concede generosos términos, verdaderamente satisfecho de librarse de tan molesto enemigo, se da fin a la lucha. Algunos de los miembros de las fuerzas guerrilleras y el pro-

pio Arizabalo se retiran a Puerto Rico, donde algunos de ellos se establecerán.

En Costa Firme sigue latente en sectores importantes de la población el apoyo —potencial— a la causa realista y aún mucho tiempo después del final de las operaciones de Arizabalo hubiera sido posible, con apoyos exteriores o combinándolos con una expedición de fuerzas regulares, iniciar con éxito nuevas campañas contra las fuerzas de la república.

Capítulo VI

LA MARINA REALISTA

En un estudio sobre la contienda de la Independencia hispanoamericana parece ocioso afirmar el papel que corresponde a la marina. Efectivamente, la intervención de ésta en una contienda que tiene lugar en un continente separado de la metrópoli por un océano, y, dentro del mismo continente en lugares separados entre sí por selvas, desiertos y todo tipo de terrenos impenetrables y con comunicaciones posibles sólo por vía marítima, es o puede ser decisiva.

Por supuesto que es inútil especular sobre hipótesis que nunca se hicieron realidad, pero cualquiera puede imaginar que el desarrollo de la contienda, por no hablar del resultado final, hubiera sido muy diferente del histórico si España hubiera dispuesto de una marina más poderosa, y no digamos si se hubiera conservado la imponente flota anterior a Trafalgar.

Sin embargo, la decadencia de España en tantos órdenes, producida por las prolongadas guerras europeas en que se vio envuelta entre 1793 y 1814, al principio y final contra Francia y aliada de Inglaterra, y entre medias contra Inglaterra, aliada o mejor, satélite de Francia, adquiere proporciones dramáticas en la marina, lo que tendrá consecuencias desastrosas en el desarrollo de la contienda que estudiamos.

En un fecha tan próxima como 1800, la escuadra española está formada por un número de barcos de guerra de todo tipo que casi podríamos considerar fantástico: más de 50 navíos, otros 50 entre fragatas y corbetas y un centenar de barcos menores.

Quince años después, tras la guerra de Independencia, quedan 16 navíos, cuatro de ellos solamente en condiciones de navegar. Creemos que el simple enunciado de estos datos describe en todo su dramatis-

mo el final de una gran potencia naval, como lo fue España durante tantos siglos.

Las causas de la decadencia, casi podríamos hablar de la desaparición de la armada española, son varias. Se ha hablado, en sentido más o menos figurado, de la batalla de Trafalgar como sepulcro de la marina española. Sin embargo, no es exacto, al menos desde un punto de vista material. En Trafalgar, la escuadra española, una fracción minoritaria de la que resulta vencida, pierde un total de diez navíos, lo que, dadas las cifras de unidades existentes, no constituye una parte importante de las mismas. Moralmente es otra cosa. Si alguna duda queda, se extiende por todos los estamentos con poder de decisión en el ámbito de la Marina la convicción de que es inútil tratar de vencer a la potencia marítima inglesa, y a partir de aquí comienza un desarme moral, navalmente hablando, cuyas consecuencias se verán años después. Por otra parte, si bien en Trafalgar se pierden comparativamente pocos barcos, las cifras varían si incluimos las de las pérdidas globales durante las guerras contra Inglaterra y Francia, en pequeñas acciones o accidentes (sólo en un temporal en Cádiz, en 1810, se pierden cinco navíos). Aun así, al comienzo de la guerra de Independencia quedan todavía 42 navíos, 30 fragatas, 20 corbetas y un centenar de barcos menores, cifra imponente si la comparamos con la de 1815, y que aún se acrecienta con la captura de la flota francesa con base en Cádiz, cinco navíos y una fragata en buen estado operativo. Por otra parte, los jefes de la «marina bonapartista» durante la ocupación napoleónica impiden patrióticamente que las fuerzas de operaciones francesas se hagan con ninguno de los barcos que pueden encontrar en El Ferrol o Cartagena. Sin embargo, es precisamente en este período cuando se consuma la ruina de la escuadra: efectivamente, debiendo dedicarse todos los recursos de la nación a la guerra en la que poco papel operacional puede caber a las fuerzas navales —papel, por otra parte, llenado de sobra por la escuadra aliada inglesa—, empleando en tierra a las fuerzas de marina, con los barcos no podrán operar ni siquiera en prácticas, no se llevará a cabo ninguna reparación ni simplemente las más elementales faenas de mantenimiento y, por supuesto, no se dispondrá de presupuesto alguno, ni siquiera para el pago de los sueldos: llegarán a deberse varios años de pagas y se llega a dar el caso de algún oficial de marina que muere de hambre.

El resultado final de todos estos hechos reunidos es el señalado anteriormente. Por lo demás, la España de la Restauracion, que debe atender a su reconstrucción económica y política, no puede prácticamente dedicar medio alguno a la Marina. Debe recordarse que la mentalidad del gobierno español del momento es contraria a ocuparse en exceso de las cosas del mar: «marina poca y mal pagada» es el axioma que preside entonces la política naval, entonces y en muchas épocas posteriores, entre ellas algunas recientes. Las consecuencias en general, a la vista estuvieron y, en relación con la contienda americana, trataremos de describirlas.

Se hace, no obstante, una inversión en barcos en 1817; nos referimos a la célebre compra de barcos rusos que habían quedado bloqueados en la Península al comienzo de la guerra de 1808. Según algunos autores —ciertos aspectos del asunto, debido al secreto con que se llevaron, aún permanecen oscuros—, no se trató de tan mal negocio, ya que al parecer no se llegó a efectuar pago alguno por ellos (el coste teórico hubiera sido de 13 millones de rublos). Sin embargo, no es menos cierto que varios de los barcos no estaban en condiciones operativas a excepción de tres fragatas, y a alguno de ellos le veremos participar, y en qué forma, en una de las expediciones americanas. Se adquieren igualmente en Francia, en 1816, algunas unidades ligeras, entre ellas una fragata y varios bergantines, y ya al final de la campaña se incorporan a la flota tres fragatas más y otras unidades menores construidas en España. Es de notar que, en cambio, desde 1798 no se construye ningun navío para la escuadra, cuyo principal problema como hemos visto hubiera sido el del mantenimiento. No se olvide, por ejemplo, que si en 1800 el personal empleado en los arsenales es de cerca de veinte mil personas, en 1815 es de alrededor de dos mil.

Las principales unidades de guerra que nos vamos a encontrar a lo largo de esta —brevísima— reseña son: el navío de línea, el auténtico barco de combate, como su nombre indica; con tres mástiles, varias baterías, normalmente dos o tres —el *Santísima Trinidad* llega a tener cuatro— y un número de cañones superior a sesenta, constituye la unidad básica de las flotas importantes europeas. En América como veremos actúan poco. Uno sólo, el *San Martín*, por los insurgentes, y pocos más por parte realista, normalmente en expediciones temporales o como escolta de convoyes.

La fragata, igualmente de tres mástiles, es mucho más rápida y con menos de 60 cañones en una o dos baterías. A partir de Trafalgar su papel en todas las escuadras sube de categoría —anteriormente se la consideraba un barco auxiliar, para exploración o comunicaciones—, y, por supuesto, en una guerra naval de medios tan pobres como las que estudiamos son unos elementos de combate de primera magnitud.

Las corbetas son unos barcos del mismo tipo de aparejo que los anteriores, más pequeños y con un máximo de 16 cañones por banda, normalmente en una sola batería.

Los bergantines y goletas son unidades ya más ligeras de sólo dos mástiles, armadas con seis u ocho cañones. Los pailebotes son unos barcos similares a las goletas, algo más ligeros y con un aparejo simplificado, lo que permite una tripulación menos numerosa.

A continuación vienen ya lo que podríamos llamar embarcaciones costeras, fuerzas sutiles en el lenguaje náutico de la época, balandras con un solo mástil, faluchos con dos mástiles de velas latinas, armados con uno o dos cañones, flecheras, bongos, adaptación militar de las grandes canoas utilizadas en las costas y ríos americanos, armados con un cañón a veces montado en un soporte giratorio.

Se habrá notado que muchas de estas clasificaciones son puramente académicas; en realidad, la verdadera diferencia entre todos estos tipos de barcos radica en el número de cañones que montan, en proporción a lo cual se establece su tamaño, número de tripulantes, etcétera.

Un fenómeno que nos encontraremos a lo largo de la contienda es el de los corsarios. Son éstos, barcos que, normalmente con armador y tripulación ajena a la contienda y en cualquier caso de propiedad privada, son autorizados por un Estado o poder beligerante para actuar como unidades de su marina con objeto de atacar a la navegación enemiga, lo que realizan con el objeto de hacerse con las presas con ánimo de lucro. Ambos contendientes, como por otra parte es frecuente entre poderes navales secundarios en esa época, recurren a dicho expediente para poder reforzar su capacidad naval en la guerra al tráfico enemigo.

Dos palabras sobre la estrategia y tácticas navales: la primera, en esta contienda, está determinada por las enormes distancias entre los teatros de operaciones y por el escaso número de unidades navales disponibles por ambos contendientes, así como por el hecho de que el

movimiento de aquéllas esté condicionado por factores aleatorios, tales como vientos y temporales. Son frecuentes las averías y naufragios debidos a razones de este tipo. [1]

En cuanto a la táctica para el combate naval, la disposición del armamento de los barcos hace que el combate a distancia se lleve a cabo navegando paralelamente las unidades enemigas; las de cada bando, en caso de ser varias, navegan en fila india. Esto, que en las guerras regulares entre grandes unidades en Europa es axiomático (véanse las *fighting instruction* de la marina inglesa que obligan a seguir estrictamente esta táctica so pena de consejo de guerra), no lo es tanto en algunos de los combates en aguas americanas entre unidades usualmente mucho menores y operando muchas veces junto a la costa, en aguas de poco calado o ríos.

El combate a distancia se lleva a cabo con la artillería y también con el fuego de fusiles y otras armas largas, manejadas por la tripulación o fuerzas terrestres embarcadas. La artillería puede emplear, como la de tierra, metralla o balas; éstas, a su vez, pueden ser empleadas de diversas formas, calentadas al rojo con objeto de producir incendios o encadenadas de dos en dos para desarbolar a las embarcaciones enemigas. También se empieza a emplear en esta época, aunque su uso no se haya generalizado todavía, al menos en una contienda como la americana, el nuevo tipo de proyectil conocido como granadas de fragmentación. Por último, cabría mencionar a los famosos cohetes que, inventados por Congreve al principio del siglo, son objeto de uso en algunas acciones entre fuerzas navales. En cualquier caso, se trata de armas, aunque de largo alcance, muy poco precisas y de escasa utilidad práctica pero que ganarán, incluso, un puesto en el himno nacional de los Estados Unidos.

Por lo demás, es poco frecuente lograr en el combate a distancia la destrucción total de las unidades enemigas. Esto sólo ocurre raramente en caso de que, por ejemplo, vuele el polvorín de a bordo. Más

[1] Por vía de ejemplo, recordemos que el viaje de una fragata rápida de Cadiz al Caribe podía durar más de un mes. Si el viajera hasta El Callao, doblando el cabo de Hornos, maniobra difícil y arriesgada en los meses de verano y mucho más en los de invierno, el viaje podía durar de 100 a 120 días. Ya dentro del Nuevo Continente El Callao podía estar a 15 días de navegación de Valparaíso y 60 de Acapulco y Río de Janeiro.

frecuente es que un barco resulte desarbolado o con graves pérdidas en su tripulación, y se rinda a sus adversarios. También ocurre con frecuencia llegar al abordaje, es decir, al combate cuerpo a cuerpo de las tripulaciones de barcos enemigos, que llegan a aproximarse a una distancia tan corta que lo hacen posible. Por ello, a veces, las unidades navales ven su tripulación reforzada con tropas de tierra con la misión de participar en combates de esta clase.

No hay que olvidar, por último, a las fuerzas de marina que combaten en tierra por las muy diversas exigencias de la campaña en defensa de plazas marítimas y también formando parte de columnas de operaciones tierra adentro. Por ejemplo, las procedentes de Puerto Rico que actúan en la campaña de Monteverde contra Caracas en 1812.

Para el estudio de la actividad de las fuerzas navales al servicio de la causa realista dividiremos su ámbito de actuación en tres sectores: golfo de México, Atlántico-Río de la Plata y océano Pacífico, éste último, con menor actividad en la primera fase de la lucha pero con importancia decisiva entre los años 1818 a 1821, en los que se prepara y lleva a efecto la expedición de los ejércitos insurgentes contra el último bastión de la soberanía del rey en la América continental.

En el primero de dichos escenarios, el mar Caribe, las hostilidades por mar comienzan cuando tras los primeros alzamientos de Venezuela y Nueva Granada, la regencia de Cádiz decreta el bloqueo de sus costas y trata de hacerlo efectivo con algunas unidades ligeras además de la fragata *Cornelia*, todo ello al mando del capitán de navío Rodríguez de Arias. Poco después tienen lugar los primeros choques contra corsarios con patente de los gobiernos revolucionarios de Cartagena y Caracas, los cuales además arman algunas unidades ligeras con las cuales tiene lugar un primer combate en 1812 en la desembocadura del Orinoco, que resulta favorable a los realistas; recuérdese que en esos días tiene lugar la expedición realista de Monteverde que acabará con la «República Boba».

A principios del año siguiente (enero de 1813), una escuadrilla realista que escolta un convoy de fugitivos de Santa Marta experimenta una derrota frente a la flotilla insurgente de Cartagena; los rebeldes además se apoderan de una corbeta que penetra en el puerto sin estar al corriente de su abandono. Por otra parte, las fuerzas navales revolucionarias se incrementan con corsarios, que, bajo su patente, se equipan en puertos de los Estados Unidos. Uno de ellos es el célebre Jean

Lafite, que opera en esta época desde su feudo de la isla de Barataria próxima a Nueva Orleans.

En México, la marina realista, escasa también tanto en el número como en la importancia de las unidades navales disponibles, libra combates costeros contra los insurgentes colaborando en la defensa de plazas atacadas por aquéllos y organizando unidades para combatir en tierra con las tripulaciones. Sin embargo, debido a esta necesidad, algunas unidades navales no podrán salir a operar al mar dejando el campo libre a los repetidos corsarios. La llegada en 1812, convoyando una expedición de fuerzas terrrestres de tres navíos, *Asia, Miño* y *Algeciras*, hace que temporalmente se alivie la situación.

Mientras tanto, la insurrección de las provincias de Buenos Aires, tan rápida como fácilmente acaecida, hace que se abra un nuevo frente naval en el Atlántico sur. Como antes vimos, los realistas conservan, no sin tener que vencer alguna tentativa de insurrección, la plaza de Montevideo, base hasta su pérdida en 1814 de las unidades navales españolas que actuarán en la zona, formadas a lo largo de casi toda la campaña por unidades ligeras, corbetas, bergantines, excepcionalmente, alguna fragata. También aquí se decreta el bloqueo de la costa en poder del gobierno insurgente y, también aquí, éste trata de crear desde los primeros momentos una flotilla de unidades ligeras y otorgar patentes a corsarios.

La primera de aquéllas, sin embargo, formada por tres unidades al mando del marino de origen maltés Azopardo, es atacada y capturada por una flotilla realista en marzo de 1811 en el río Paraná, lo que permite a éstos mantener el dominio del río de la Plata y de sus afluentes. En octubre de 1812, los realistas capturan en un audaz golpe de mano el bergantín insurgente *Hiena*. Las unidades navales realistas participan igualmente en numerosas operaciones fluviales y anfibias durante la campaña en el Río de la Plata, el Paraná, etc.

Por su lado, el poder insurgente crea una pequeña flota al mando del después almirante Guillermo Brown, de origen irlandés, adquiriendo diversos barcos en Europa tripulados también en gran parte por extranjeros con lo cual, en marzo de 1814 se lleva a cabo la campaña naval contra las fuerzas realistas de Montevideo. En un primer encuentro, la flotilla patriota insurgente, formada por la fragata *Hércules* y otras seis unidades menores, obliga a parte de la escuadra realista al mando del capitán de fragata Jacinto Romarate a refugiarse en uno de los

afluentes del Río de la Plata. El gobernador de Montevideo, Vigodet, recurre a armar diversos buques mercantes y con éstos y el resto de las fuerzas navales disponibles [2] plantea una nueva batalla a la escuadrilla de Buenos Aires, que tiene lugar, intermitentemente, a lo largo de los días 14 al 16 de mayo y que termina con la derrota de la escuadrilla realista, que pierde parte de sus unidades, embarrancadas unas, rendida la *Neptuno* y pasadas otras a los insurgentes entregadas por sus tripulaciones que habían sido reclutadas a la leva en la misma zona de Montevideo. Esta derrota motiva la capitulación de la plaza realista, que tiene lugar, como ya se dijo y con las consecuencias ya estudiadas, el 20 de junio de 1814. Igualmente capitula el resto de la flotilla realista, dos bergantines y cuatro unidades menores, que había quedado bloqueada tras el primer combate contra la de Brown.

En este período de la guerra (1810-1814), la actividad naval en el Pacífico es muy escasa o nula. Dominado el mar por la pequeña escuadra del virrey de Lima y apenas sin oposición, aquélla puede operar contra los insurgentes en tierra o participan en la defensa de plazas atacadas. Lleva a cabo además una importante misión disuasoria de eventuales actividades subversivas en territorios realistas, en los que probablemente se hubieran producido mayor o menor amplitud de no ser por temor a la reacción de la escuadra de Abascal.

[2] La flotilla realista en el combate de Montevideo está formada por las siguientes unidades:

BUQUES	NOMBRES	CAÑONES
Queche	*Hiena*, capitana	18
Fragata	*Mercedes*, mercante	16
Fragata	*Neptuno*, ídem	24
Corbeta	*Mercurio*	32
Corbeta	*Paloma*	18
Bergantín	*Cisne*	10
Bergantín	*San José*, mercante	16
Balandra	*Corsario*	8
Lugre	*San Carlos*	8
Goleta	*María*, mercante	4
Falucho	*Fama*	1
Balandra	*Podrida*	(diez remos)

En el Chile insurrecto de 1811 a 1814, «la Patria Vieja», se arman, además de los consabidos corsarios con patente de las diversas juntas de Santiago, algunas unidades navales: las fragatas *Perla* y *Thomas* y el bergantín *Potrillo*[3]. En las dos primeras, adquiridas por la Junta insurgente, sus tripulaciones se sublevan y pasan al bando realista durante la campaña de Pareja en el sur de Chile. Más tarde, las veremos actuando al servicio de la causa realista y, tras ser nuevamente capturadas, volver al poder del Chile independiente.

Otras dos fragatas, una de ellas capturada en Talcahuano, sin valor militar alguno, son también utilizadas en algún momento por los insurrectos chilenos en la primera fase de la contienda.

Cabe también mencionar la presencia temporal, durante la última fase de la campaña contra la «Patria Vieja», del navío *Asia* en 1814, uno de los pocos en servicio de que dispone España en aquel período y al que volveremos a encontrar a lo largo de la contienda.

En 1814-1815, con el final de la guerra de Independencia en España, el envío de la expedición de Morillo, la reducción de las revoluciones de México y Chile, la contienda americana entra en una nueva fase tanto en tierra como en mar. La nombrada expedición llega a las costas de Venezuela, a Cumana, a bordo de una escuadra de cuarenta y dos transportes escoltada por un navío y otras unidades menores, y da comienzo inmediatamente a sus actividades bélicas. La mala fortuna hace que a los pocos días de llegar el navío *San Pedro de Alcántara*, uno de los mejores de la Armada y puesto de mando de la expedición, se incendie, perdiéndose el barco y su cargamento. Tras ello, los barcos de mayor porte de la escuadra llevan a cabo una campaña naval contra los corsarios al servicio de Cartagena, normalmente tripulados por norteamericanos, franceses de las Antillas, etc., que cuentan, al menos, con dieciocho goletas armadas y que, en algunos momentos, actúan con la complicidad tácita de las escuadras inglesas con base en Jamaica y otras islas de las Antillas. Mientras tanto, otros barcos menores de la expedición participan en el bloqueo de Cartagena impidiendo la huida de los insurgentes en el momento de la capitulación de la plaza y capturando a la mayor parte de los que lo intentan.

[3] C. López Urrutia, *La escuadra chilena*, México, pp. 96 y ss.

Por su parte, en aquellos días otra flotilla española operando desde Veracruz destruye la base de los corsarios al servicio de la insurgencia mexicana. Disminuye así la actividad naval en el área del Caribe y golfo de México hasta la llegada de Bolívar en 1816, que, partiendo de Haití, emprende la reconquista de su tierra perdida, como hemos visto en capítulos anteriores. La flotilla insurgente, siete unidades al mando de un mestizo de la isla holandesa de Curaçao y en la que sirve un antiguo contramaestre de la escuadra española en aquel momento con el grado de capitán de navío de la insurgente, José Padilla, lleva a cabo una expedición a la isla Margarita, desde la que los rebeldes encienden de nuevo la lucha en Venezuela, siendo interceptada durante su trayecto por un bergantín y una goleta realista, a los que capturan tras un duro combate.

No tiene la misma suerte la flotilla que conduce a Nueva España a la expedición de Mina. Atacada poco después de su llegada por fuerzas navales realistas con base en Veracruz, las dos unidades que la componen son destruidas fácilmente. Cuenta el virrey de Nueva España en esta época como fuerzas navales con las fragatas *Sabina* y con las goletas *Belona* y *Proserpina.*

Mientras tanto, las flotillas realistas de Venezuela combaten en apoyo de las fuerzas terrestres obteniendo algún éxito frente a la flotilla insurgente de Brion y sosteniendo la lucha contra los corsarios que, con base en Nueva Orleans y Galveston, actúan en aquellas aguas. También deberán combatir alguna expedición organizada con apoyo y voluntarios europeos destinada a combatir en tierra firme. En 1819 tienen lugar tres de ellas sobre Cumaná y Portobelo que fracasan casi inmediatamente.

La cesión a los Estados Unidos de La Florida de 1819 no facilita las cosas a la marina realista ya que los corsarios enemigos pueden emplear con mayor o menor facilidad las bases y puntos de apoyo en las costas de dicha península llegando a actuar desde Cayo Hueso, a escasa distancia de La Habana. Por otra parte, el mismo océano Atlántico sirve de campo de acción a los corsarios, especialmente a los que actúan con patente del gobierno insurgente de Buenos Aires. Próximas a las costas de la Península, en las islas Canarias, llegan a actuar una docena de corbetas o goletas ligeras, normalmente con nombres suramericanos *(Congreso, Tupac Amaru, Pueyrredón)* pero con todo lo demás de muy otro origen, mandos, tripulaciones, agentes de presas, ge-

neralmente inglés y norteamericano. Ello obliga a que en algunos momentos el tráfico entre la Península y América tenga que hacerse organizando convoyes bajo la protección de unidades de guerra y, aun así, se producen ataques de los corsarios en alguna ocasión.

En el Atlántico sur, perdido por los realistas su punto de apoyo, la plaza de Montevideo, y derrotadas sus fuerzas navales allí destinadas por el almirante Brown, al servicio de Buenos Aires, éste llega a un acuerdo con dicho gobierno para dedicarse al corso contra el comercio realista. Así, en enero de 1816, inicia una campaña por el Pacífico tras doblar el cabo de Hornos, donde pierde una de sus unidades, con dos corbetas y un bergantín. Ataca El Callao, donde, como consecuencia de la sorpresa, no se halla lista la flotilla realista, pero es rechazado, dirigiéndose hacia Guayaquil, donde no sólo fracasa sino que es hecho prisionero y canjeado por las presas que hasta este momento había efectuado. Tras ello y una infructuosa incursión a las costas neogranadinas perseguido por la escuadra de Lima, dobla nuevamente el cabo de Hornos y regresa a Buenos Aires con sólo uno de los barcos con que inicialmente salió, para acabar siendo capturado por la marina inglesa en aguas del Caribe.

En 1818, tras la derrota realista en Chacabuco, los restos del ejército se refugian en Talcahuano esperando refuerzos del Perú. Allí son sitiados por las fuerzas insurgentes de San Martín y O'Higgins. La escuadra realista de Lima ha recibido en esos días el refuerzo de la fragata *Venganza* y poco después la *Esmeralda*. Sin embargo, la derrota subsiguiente en Maipú y la pérdida de la práctica totalidad de Chile hace que la guerra naval adquiera pronto en el Pacífico un nuevo cariz. Efectivamente, los mandos insurgentes se aplican desde el primer momento a la creación de la flota, con la que cuentan para poder llevar a cabo la siguiente fase de su plan estratégico: la expedición al Perú. Para ello, y tras la afortunada captura de una fragata española y otras unidades menores, adquieren en Inglaterra la fragata *Windham* de 52 cañones y que en la marina chilena es denominada *Lautaro*, con tripulación y mandos mixtos chilenos y europeos. Poco después adquieren una corbeta, un bergantín y un navío de 64 cañones, denominados respectivamente *Chacabuco, Araucano* y *San Martín,* a los que pronto se suma un bergantín capturado al que se bautiza como *Pueyrredón*. Todos estos barcos tienen tripulaciones normalmente inglesas o norteamericanas. Las tripulaciones realistas en la zona del Pacífico es-

tán, por el contrario, formadas mayoritariamente por americanos de aquellas regiones.

La pequeña escuadra chilena intercepta el convoy de tropas españolas destinado al Perú y captura sucesivamente a la fragata *María Isabel* y a cinco de los transportes que conducen a la expedición que es hecha prisionera. Poco después, sin embargo, la escuadra realista captura uno de los buques insurgentes, el *Maipú*, cedido por Argentina a Chile.

Por entonces es cuando llega a la América meridional lord Cochrane, experimentado marino inglés expulsado de la marina de su país, que ofrece sus servicios a la de Chile asumiendo el puesto de comandante en jefe e iniciando inmediatamente una activa campaña contra la escuadra española del Pacífico. Ataca El Callao en marzo de 1819 y lleva a cabo incursiones en otros puntos del litoral peruano. En septiembre-diciembre del mismo año, con toda su flota, que ya por entonces ha adquirido una envergadura de importancia, ataca nuevamente El Callao y Guayaquil.[4]

En 1819, ante la creciente fuerza y actividad de la escuadra insurgente se organiza en España una división naval con destino al Pacífico formada por los navíos de *San Telmo*, *Alejandro*, y la fragata *Prueba* (de los adquiridos a Rusia). No obstante el mal estado de los navíos, hace que uno de ellos, el *Alejandro*, tenga que suspender el viaje y que el otro se hunda a la altura del estrecho de Magallanes. Solamente llegará a la zona de operaciones la fragata *Prueba*

Entre tanto, los consabidos corsarios con patente chilena actúan contra la navegación mercante española. En 1817-1818, se conceden patentes a unos diez u once buques para su armamento en corso, casi todos ellos, como hemos visto, en otros teatros de la guerra marítima, pertenecientes a armadores extranjeros y tripulados y mandados igualmente por gentes ajenas a la contienda movidas por el ánimo de lucro. En cualquier caso, sus presas no son muy cuantiosas, si bien entre ellas figura una fragata ligera armada con doce cañones, la *Minerva*, que será utilizada igualmente como navío corsario.

[4] En este momento la flota rebelde estaba formada por el navío *San Martín*, las fragatas *Lautaro* y *O'Higgins* (ex antigua *María Isabel*), cuatro bergantines (pronto cinco con el *Potrillo*) y una corbeta, la *Chacabuco*.

La realista estaba formada por las fragatas *Venganza*, *Esmeralda* y *Prueba*, tres corbetas y cuatro bergantines como unidades principales.

Como vimos en capítulos precedentes, la revolución de Riego y el establecimiento del régimen constitucional en España en los primeros meses de 1820 tiene una influencia decisiva en el desarrollo de la contienda en América. Sin mencionar el hecho puramente militar de que la expedicion destinada a combatir el Río de la Plata no dejase las costas de España, las consecuencias políticas por el cambio en las actitudes de tantos mandos y autoridades, hasta aquel momento realistas pero que como resultado de las revoluciones inician un acercamiento a las posiciones —o a ciertas posiciones— independentistas, son definitivas. Independencia de México y América Central, revolución en Guayaquil, armisticio en Nueva Granada con la inmediata pérdida de Cartagena, desembarco de la expedición libertadora en el Perú, etc., todo ello hace que la situación de las fuerzas realistas, hasta entonces relativamente holgada, aun tras la pérdida de la iniciativa en 1817-1818, se vuelva punto menos que desesperada.

En noviembre de 1820 parte de Cádiz con destino al Caribe una división naval al mando del capitán de fragata Laborde, nombrado comandante del apostadero de Puerto Cabello. Con las fuerzas que lleva y con las que allí se encuentran, se constituye una flotilla formada por una fragata, un bergantín, una goleta y varias unidades menores, con las que combate desde su llegada a los corsarios insurgentes. Perdida a lo largo de 1821, tras la batalla de Carabobo, la mayor parte del territorio de Costa Firme, las fuerzas realistas se acogen a la fortaleza de Puerto Cabello, en cuya defensa participa la flotilla de Laborde, a pesar del estado lamentable en que se encuentran las unidades que la componen. Nombrado Morales para sustituir a La Torre como jefe de las fuerzas realistas en Venezuela y deseoso de recuperar la provincia de Maracaibo, inicia con rápido éxito las operaciones eficazmente apoyado por la flotilla, que en poco tiempo dispersa a los corsarios que operaban en la laguna o bahía que toma el nombre de aquella ciudad. En mayo de 1823 obtiene una victoria sobre la insurgente del comodoro Danells, sucesor de Brion, que se ve obligada a levantar el bloqueo de Puerto Cabello. Inmediatamente, parte la flotilla española, para prestar apoyo a las fuerzas de Morales, hacia la bahía de Maracaibo donde tiene lugar el encuentro con las fuerzas navales insurgentes del almirante Padilla, formadas por tres bergantines, siete goletas y otras unidades menores, con un total de cerca de 100 cañones, con tripulaciones extranjeras reforzadas por tropas del ejército de tierra. La flotilla

realista es algo más numerosa en número de embarcaciones pero de mucho menor capacidad artillera, unos setenta cañones, y tripulaciones igualmente menos numerosas. La batalla, tras diversas alternativas, se salda con la victoria de la escuadra insurgente obligando a retirarse a las unidades españolas supervivientes.

Las consecuencias de la derrota son serias: la plaza de Maracaibo debe capitular inmediatamente y poco después lo hace la de Puerto Cabello, último bastión de las fuerzas realistas en aquella región de América.

No por ello dan fin las operaciones navales en el Caribe. Perdidas las posesiones en la América continental y aun la isla de Santo Domingo, donde a la proclamación de la Independencia en noviembre de 1821 ha sucedido la invasión por las fuerzas de la república negra de Haití y su anexion a ésta, las fuerzas realistas conservan Cuba y Puerto Rico. Desde allí llevan a cabo diversas campañas navales contra las flotas insurgentes y los corsarios venezolanos —ahora también al servicio de la nueva República de México— mientras se preparan diversas expediciones para la reconquista de los territorios perdidos en la América continental y para aprovisionar a la última posicion sostenida por fuerzas realistas en el territorio de Nueva España, el fuerte de San Juan de Ulúa, en la bahía de Veracruz. Para ello, deben enfrentarse con la recientemente creada escuadra mexicana al mando, como es casi obligado según hemos visto, de un marino norteamericano, el comodoro David Porter. Se llevan a cabo varias expediciones con este objeto sin encontrar oposición. Sin embargo, otra organizada con la misma finalidad en septiembre de 1825 es dispersada por un huracán, lo que motiva que, falto de aprovisionamientos, el fuerte capitule en noviembre de este año. Tras ello, las escuadras mexicana y colombiana pretenden bloquear Cuba y Puerto Rico llegando a planificar la invasión de aquella isla. Ante tal situación, llega de España una division naval de cierta importancia, el navío *Guerrero*, fragatas y otras unidades menores, con las cuales Laborde puede llevar a cabo una eficaz campaña contra las fuerzas navales enemigas. Las del comodoro Porter son bloqueadas en Cayo Hueso en la costa de Florida, de donde ya no podrán salir, hasta el punto de que al cabo de un año deberán ser desarmadas y vendidas; despues, Laborde cruza la costa de Venezuela haciendo que igualmente se desarmen las unidades de guerra de la Gran Colombia y librando al

mar Caribe de la actividad de la mayor parte de los corsarios que actúan en él.

En estos años no se renuncia a los planes para la reconquista de las posesiones perdidas, en los que obviamente habría de tener parte importante, especialmente en sus fases iniciales, la escuadra española en aquellas aguas. Ya en 1826, en Venezuela, el jefe realista Arizabalo ha iniciado con pocos medios una campaña que pronto alcanza cierta envergadura reuniendo partidas realistas dispersas. Sin embargo, Laborde, que, como otras autoridades de las Antillas —al contrario que el capitán general de Puerto Rico, muy interesado en la operación—, no cree en la posibilidad de llevar a buen fin la campaña, no permanece en aguas de Tierra Firme el tiempo que se hubiera creído necesario para prestar un eficaz apoyo a la misma. A ello se achaca, no podemos saber con cuánta razón, su fracaso final.

Poco después, en 1828, la marina española en Cuba obtiene un éxito al capturar un bergantín, al servicio de la república mexicana, comandado por el mismo Porter al que antes mencionamos, que muere en el combate. Esto y algunos cruceros de la flotilla de Laborde en aguas de Santo Domingo, en apoyo de actividades favorables a España contra el gobierno haitiano, completan la acción de la marina hasta el inicio de la expedición Barradas para la reconquista de México. Reforzada en 1828, la escuadra en Cuba llega hasta un total de 12 unidades, entre ellas dos navíos y cinco fragatas (la escuadra mexicana en esta época está formada por un navío, el *Congreso*, ex *Asia*, dos fragatas, una corbeta y cuatro bergantines). En julio de 1829, una división de unos 3.500 hombres es transportada al golfo de México, y a pesar del contratiempo de un huracán, desembarca y ocupa Tampico y Tamaulipas. Sin embargo, como vimos en capítulos precedentes, la expedición fracasa ante el general mexicano Santa Anna y se ve en la necesidad de capitular regresando a Cuba y dándose en realidad, con esta última acción, por terminada la presencia española en la América continental.

Mientras llega a su fin la contienda en aguas del Caribe y el Atlántico, en el océano Pacífico (Buenos Aires suspende la guerra en curso, en octubre de 1821) tienen lugar igualmente las últimas operaciones navales de importancia. El almirante Cochrane continúa sus operaciones a comienzo de 1820 y en febrero del mismo año se apodera por sorpresa de Valdivia, última posición realista en el sur de Chi-

le, mediante el repetido ardid de presentarse con pabellón español. Sin embargo, fracasa en un ataque contra Chiloé, defendida valerosamente por el coronel Quintanilla.

Entre tanto, la escuadra del virrey de Lima, formada básicamente por tres fragatas, patrulla la costa desde su base de El Callao y combate contra los corsarios mientras se apresta a la lucha contra la expedición libertadora que conducirá al ejército de San Martín a las costas del Perú. Dicha expedición, formada por 14 transportes y escoltada por el navío *San Martín*, dos fragatas y cinco unidades menores, zarpa en septiembre de 1820 y desembarca junto a Pisco, al sur de Lima. Poco después, como vimos, se produce la sublevación del puerto de Guayaquil, importante base naval y el único arsenal en poder de los realistas en el océano Pacífico. Al poco tiempo, si éste no es suficiente desastre, Cochrane captura por sorpresa a la fragata realista *Esmeralda*[5] en el puerto de El Callao, que continúa bloqueado, si bien pierde por accidente el navío *San Martín*. En cualquier caso, este contratiempo no es nada al lado del amotinamiento de las fragatas realistas *Prueba* y *Venganza*, ocurrido en febrero del año siguiente. Otro golpe a la causa realista, que, además, tendrá que enfrentarse ahora a la naciente marina peruana constituida por el general San Martín tras su ocupación de Lima y formada por algunas unidades capturadas, como las *Perla* y *Venganza* y varias adquiridas en Inglaterra con la consabida tripulación mixta de europeos —muy mayoritarios— y americanos. Sin embargo, al año siguiente la reconquista de Lima y El Callao por las fuerzas realistas permite, por la captura de algunas unidades navales, reorganizar una vez más una pequeña flotilla, que actúa como corsaria contra la navegación enemiga. Mientras, el defensor de Chiloé arma alguna pequeña unidad con la misma finalidad permitiendo el abastecimiento de la aislada posición realista en aquel extremo del mundo.

En abril de 1824, momento en que la causa realista vive sus últimos meses en el Perú aunque, como hemos visto, todavía dispone de fuerzas militares relativamente importantes, llega al Pacífico una nueva división naval española formada por el navío *Asia* y un bergantín, que obliga a levantar el bloqueo naval de El Callao, que, como vimos, está siendo heroicamente defendido por Rodil, si bien no destruye a la flo-

[5] Cox Balmaceda, *La gesta de Cochrane*, pp. 180-184.

tilla enemiga por causa tan peregrina, aducida por el comandante español, como que sería indecoroso combatir con unidades tan inferiores, y tampoco actúa con decisión para bloquear la costa en poder de los insurgentes para impedir la llegada de refuerzos de Colombia. Por lo demás, se retirará de aquellas aguas precipitadamente y sin causa alguna ante la capitulacion de Ayacucho, mucho antes de la rendición de El Callao, que no tuvo lugar hasta pasado un año (enero de 1826).

Poco después, una expedición naval chilena ocupa la isla de Chiloé haciendo capitular a su valeroso jefe Quintanilla y así termina la presencia regular de España en la América del Sur.

No acabaron los avatares de la última escuadra española en el Pacífico, si se le puede dar ese nombre, con la retirada —repliegue dicen eufemísticamente algunos autores— tras la capitulación de Ayacucho, a que antes aludimos. Una división, formada por una goleta y el bergantín *Pezuela*, de tan larga historia en la guerra independentista, llega a España sin novedad doblando el cabo de Hornos. Sin embargo, otra formada por el *Asia* y dos bergantines, cuyas tripulaciones han sido en gran parte reclutadas a la fuerza en las costas de Chile y el Perú entre gentes ya de simpatías independentistas y aun prisioneros de Rodil en El Callao, se amotina en las islas Marianas. Tras desembarcar a los jefes y oficiales, entre los que figura el general García Camba, al que hemos visto figurar en las últimas campañas del Perú, ponen rumbo de regreso a América entregando uno de los bergantines a Chile y los otros dos barcos a la república mexicana donde el *Asia* toma el nombre de *Congreso*. Adecuado final, en cierto modo, a la larga serie de desastres que ponen fin a la dominación española en América.

Capítulo VII

GUERRILLAS

Partiendo de la base del general desconocimiento incluso de los acontecimientos más salientes de la contienda y del hecho, aparentemente paradójico, de que en España sean más conocidos los líderes independentistas que los que se opusieron a ellos, si hay un aspecto especialmente ignorado entre los que configuran el proceso de Independencia de las naciones hispanoamericanas, es el de la resistencia irregular de guerrillas y fuerzas populares de diverso carácter contra los ejércitos insurgentes en zonas ya dominadas por éstos, que se prolongó a veces durante mucho tiempo después de la consolidación de los regímenes independentistas.

Sin embargo, si consideramos detenidamente la cuestión, ningún fenómeno es mas lógico que éste. Repetimos, una vez más, el concepto básico que diferencia a esta contienda de otras similares: el de guerra civil entre conciudadanos, súbditos por igual, hasta poco antes, de la monarquía española y que ahora, por causas muy diversas, adoptan posturas contrarias sobre el destino de sus países, o al menos sobre la forma y circunstancias en que debe llegarse a ese destino. Lógicamente, en una guerra de este carácter, la aparición de fenómenos del tipo de los aludidos, actividad de fuerzas civiles irregulares, motines populares, etcétera, es obligada y, por supuesto, en ambas direcciones. Naturalmente, unos estarán mejor organizados, contarán con mejores medios, con jefes más capaces, o, en una palabra, con condiciones objetivas más favorables que otros para su desarrollo y para la eventual consecución de éxitos más o menos importantes, difícilmente la victoria definitiva, al menos contando con sus solas fuerzas. Pero resulta al menos ingenuo pensar que, dadas las características antes enunciadas, de

guerra civil incluso social o «nacional» —en el sentido de que en determinados momentos el combate adquiere un carácter de lucha entre la población de zonas geográficas rivales por diferentes causas: Montevideo contra Buenos Aires, Perú contra Quito, Coro contra Caracas— de la contienda, aquellos no se producirían en ambas direcciones.

Ya se ha mencionado a lo largo de este trabajo la importancia de alguna de las guerrillas y fuerzas irregulares que sostienen la causa independentista. Así, por ejemplo, se ha recordado cómo la lucha en México, prácticamente a lo largo de todo el período, tiene este carácter, o cómo las sucesivas insurrecciones del Antiplano en la primera fase de la contienda y la lucha de las «republiquetas» hasta su supresión en los años 1815-1817 tiene consecuencias estratégicas importantes al impedir las operaciones realistas sobre Buenos Aires. También son dignos de mención, aunque ya de mucha menos importancia, probablemente —al menos, en parte— por el carácter social que tiene la revolución en estas áreas, las guerrillas que combaten en Venezuela tras la caída de la primera república, o las que lo hacen tras la reconquista realista de Nueva Granada o Chile, en los años inmediatamente posteriores a la Restauración de 1815-1816.

Cabe imaginar, por tanto, un fenómeno simétricamente inverso; es decir, la existencia de guerrillas realistas en aquellas zonas en que la revolución tuvo inicialmente poco eco popular tras su ocupación por las fuerzas al servicio de aquélla, y cómo, por el contrario, resulta más difícil su aparición en las zonas donde, como México y el Alto Perú, la lucha independentista ha tenido un carácter predominantemente popular e indigenista. Claro está que hay territorios mixtos donde se da el fenómeno en ambas direcciones: Perú, donde a partir de la segunda fase de la contienda operan algunas montoneras independentistas y donde existirá un importante movimiento guerrillero a favor de la causa realista; Chile, donde a la guerrilla de Manuel Rodríguez seguirá la realista de Benavides y Pico, Venezuela, etc.

Ciñéndonos a las guerrillas realistas, por los tipos que configuran sus combatientes, podrían establecerse, a nuestro modo de ver, cuatro grupos principales:

A) El que podríamos llamar, permítase la aparente contradicción, «regular»; es decir, el formado por unidades militares, que, bien por haber sido derrotadas y dispersadas se ven obligadas a llevar ese tipo de lucha o bien lo hacen obedeciendo a un plan prefijado, que se si-

gue, claro está, con más o menos éxito. En el primer caso estarían muchas de las fuerzas guerrilleras que actúan en Venezuela tras los diversos fracasos realistas («campaña admirable» de Bolívar, derrota de Carabobo). En el segundo se pueden incluir, al menos en los primeros tiempos de su actuación, a las fuerzas que bajo el mando de Benavides operan en el sur de Chile tras la derrota de Maipú y la retirada realista al extremo sur de la capitanía general, quedando aquéllas al mando de oficiales del ejército y nucleadas en torno a fuerzas al menos inicialmente regulares y que mantienen la campaña durante bastante tiempo.

B) Las formadas predominantemente por habitantes autóctonos de la zona de actuación, que se agrupan en unidades de ese tipo para combatir a las fuerzas insurgentes, a veces dirigidas en variada proporción por oficiales del ejército o de la milicia. Éstas serían las guerrillas más típicas, al menos según los parámetros con que se suele considerar dicho fenómeno. Normalmente, la composición de las mismas y la base social sobre la que actúan está formada por indígenas más o menos integrados en el sistema virreinal anterior a la Independencia, y se trata, por tanto, de grupos sociales, si bien muy bajos en la escala social-racial americana, asimilados en mayor o menor medida por ésta.

Un caso claro de guerrillas de este tipo [1] lo constituyen las que actúan en la zona de Pasto tras la ocupación de la misma por las fuerzas de la República de Colombia en 1822.

C) La actividad bélica, a veces de relativa importancia, llevada a cabo por indígenas, normalmente de zonas periféricas a las posesiones españolas, que hasta el momento del inicio de la revolución vivían en práctica independencia de éstas y muy frecuentemente en guerra con ellas, y que por una reacción aparentemente paradójica, pero de la que ya se han apuntado alguna de sus razones, normalmente apoyan, a veces con eficacia, a las fuerzas realistas en la región suministrando combatientes, contingentes irregulares aliados, apoyo logístico y de otros tipos, y que por el hecho mismo de su independencia continúan la lucha de forma intermitente contra las nuevas autoridades republicanas, en ocasiones durante mucho tiempo.

Un caso típico de esta variante en la oposición a las fuerzas revolucionarias es el de los araucanos de Chile, que durante tanto tiempo

[1] Ver, S. E. Ortiz, *op. cit.*

fueron fidelísimos aliados de las fuerzas realistas en el sur de la capitanía general, antes y después del final de la lucha regular en la región. Por otra parte, no es éste, ni mucho menos, el único ejemplo del tipo a que nos referimos; otro de los muchos casos es el de los indios de Guajira, en el límite entre Venezuela y Nueva Granada, con cuyo concurso las fuerzas realistas reconquistan su bastión de Santa Marta en 1813. En cuanto al Perú, hay regiones donde los indígenas mantienen esporádicamente la resistencia y no se someten a la república hasta finales del siglo XIX ...¡Setenta años después de Ayacucho!

D) El simple bandidaje, de motivaciones nacionales o políticas muy difuminadas o empleadas solamente como pretexto. Este fenómeno, que se da en la América en ebullición como en cualquier otro territorio en parecidas condiciones, se ve agravado al aumentar los contingentes de aquellos bandidos con los de partidas de guerrillas que iniciaron su actividad, efectivamente, como parte de la fuerza armada de alguno de los bandos en lucha, incluso con oficiales regulares a su mando, y que poco a poco a lo largo de una serie de fracasos, pérdida de motivaciones o simplemente de contacto con otras fuerzas similares, se van asimilando progresivamente a partidas de bandoleros, cuya acción, por otra parte, puede ser igualmente perjudicial al bando al que inicialmente combatieron por razones políticas.

Un fenómeno que aparece con frecuencia en este tipo de contiendas, y del que existen numerosos ejemplos en la que nos ocupa, consiste en la evolución, a veces sorprendente, de la motivación política de las fuerzas que toman parte en ella. Es decir, por ejemplo, partidas o jefes guerrilleros que inician su actividad como realistas y que años más tarde la continúan al servicio de movimientos revolucionarios, por así decirlo «izquierdistas» para los criterios del momento y el lugar, contra regímenes más o menos conservadores en los Estados ya independientes. También, naturalmente, se da el caso inverso. Por otra parte, la repetición de estas situaciones no debe extrañarnos: si hemos visto cómo el mismo fenómeno se da entre combatientes regulares que combaten en una guerra entre bandos bien delimitados, es lógico que hechos de esta naturaleza se den al menos con la misma frecuencia en el caso de jefes y combatientes de unidades irregulares. En muchos de ellos no hay que molestarse en buscar excesivas explicaciones de orden político o social; no debe olvidarse que muchos de los componentes del objeto de esta reflexión son, ante todo, hombres de acción para los

que la política o ciertos vericuetos de la misma tienen un sentido relativo.

En cuanto a las zonas de actuación de las guerrillas que responden a la causa realista, están en su totalidad en la América del Sur. Efectivamente, dadas las características de la lucha en Nueva España, no parecía posible la aparición de unidades guerrilleras realistas, en parte por el carácter ideológico y social de las fuerzas independentistas —nos referimos a los años anteriores a 1821, naturalmente—, y también por el hecho de que, a excepción de algunos momentos de los primeros tiempos de la lucha, aquéllas no controlan de forma permanente ningún territorio de importancia en el que hubieran podido actuar unidades armadas de carácter irregular, aun llegado el caso de que se hubieran encontrado elementos para constituirlas y éstos hubieran tenido, al menos, el mínimo apoyo popular. Triunfante el movimiento trigarante, no aparecen en todo el territorio de Nueva España unidades guerrilleras de carácter realista contrarias a la nueva situación, ni tampoco en realidad las autoridades españolas tratan de organizarlas. La razón fundamental hay que buscarla en todo el proceso independentista mexicano desde la deposición del virrey Iturrigaray hasta la caída del imperio de Iturbide y aún más allá, y en cuyos aspectos principales no vamos a insistir. Otra cosa hubiera sido si no hubiera tenido lugar la revolución indigenista de Hidalgo y Morelos y si en aquellos primeros años de la revolución hispanoamericana hubiera triunfado, al menos temporalmente, un movimiento independentista criollo similar al de las provincias suramericanas. En ese caso se puede especular con la idea, tal vez paradójica, de que alguno de los que de hecho combatieron bajo las banderas de Hidalgo lo hubiera hecho en unidades regulares o de guerrillas opuestas al movimiento criollo y tal vez favorables a la causa realista o a determinados aspectos de la misma.

En América del Sur, las guerrillas realistas actúan fundamentalmente en Venezuela, sur de Nueva Granada, ciertas zonas del Perú en los últimos tiempos de la contienda y después de terminada en su aspecto de guerra regular, y Chile, sobre todo en el sur del territorio, donde igualmente su acción se prolongará hasta mucho después de perdidas las últimas posiciones realistas en 1820.

En la primera de dichas provincias las guerrillas, claro está, actúan en la época de dominio de la misma por las fuerzas independentistas, es decir, tras la «campaña admirable» de Bolívar (1813) y tras la derrota

realista de Carabobo (1821) a la que sigue la casi total ocupación del territorio venezolano por los independentistas. En cualquier caso, durante los últimos meses de la primera revolución (1810-1812), los que corresponden a la llamada «república boba», aparecen los primeros grupos de guerrillas realistas, aunque su importancia no sea todavía grande, entre otras razones por el corto espacio de tiempo que dura esta situación. Tras la «campaña admirable» y la «guerra a muerte», la situación es muy diferente. Restos de unidades regulares y de milicias realistas, fugitivos ante las fuerzas de Bolívar, esclavos que habían podido ganar la libertad al calor de los acontecimientos y otros grupos formados por llaneros, en espera de la formidable reacción que acaudillaría Boves, llevan a cabo sus acciones de hostigamiento a las fuerzas de Bolívar y a sus lugartenientes. Ello supone a éstas una grave dificultad, al par que tienen que mantener la lucha contra las plazas costeras en poder de los realistas y, sobre todo, aprestarse a la lucha contra la rebelión, valga la aparente contradicción, de Los Llanos, que dará al traste, por segunda vez, con la república venezolana. Debe recordarse, en cualquier caso, que en las épocas de dominio realista de Venezuela (1812-1813), y desde 1814 hasta la llegada de Bolívar en 1816, actúan en el territorio de la capitanía general algunas fuerzas irregulares independentistas, por lo demás de muy escasa importancia y que nunca supondrán ningún contratiempo serio a sus oponentes.

Por el contrario, las guerrillas realistas que aparecen en el país tras la victoria independentista de 1821 [2], en zonas tradicionalmente fieles a la metrópoli, como Coro, donde actúa el coronel realista Inchauspe, y Maracaibo, mientras grupos de llaneros continúan la lucha en su región natal y otros contingentes, a veces formados por dispersos de las fuerzas regulares realistas vencidas por Bolívar, prosiguen la guerra y suponen una considerable ayuda a las campañas de La Torre y Morales, desde las plazas costeras en que las inician, y que, como vimos, logran unos casi podría decirse que espectaculares éxitos, habida cuenta de lo exiguo de sus medios y la difícil posición estratégica desde la que parten. Aun tras la derrota de 1823 y el definitivo final de la existencia regular realista con la capitulación de las fortalezas de Puerto Cabello, la acción de las guerrillas continúa durante largo tiempo y en

[2] Ver, T. Pérez Tenreiro, *Los sucesos militares de Coro, 1821 y 1822*, Caracas, 1972.

1826-1829 formarán entre las fuerzas que sostendrán la campaña de restauración del coronel Arizabalo a la que hemos dedicado unas páginas. Por su parte, numerosos indígenas de la región de Coro resisten todavía en la última fecha, y los republicanos les hacen una guerra de exterminio.

En la mayor parte del territorio de Nueva Granada no hay actividad guerrillera realista apreciable ni en los tiempos de la «patria boba», de 1810 a la reconquista de Morillo, ni tras la batalla de Boyacá y la ocupación del territorio por las fuerzas independentistas. En el norte, en la zona realista de Santa Marta, fuerzas dispersas después de las pérdidas en 1813 y 1820 —la primera vez con carácter temporal— de esa ciudad actúan en la zona, donde encuentran la colaboracion de los indios guajiros e incluso, a principios de 1823, pueden llevar a cabo una recuperación, muy efímera es verdad, de Santa Marta.

En el sur de Nueva Granada, por el contrario, la firmeza de las convicciones realistas de los habitantes de la región de Pasto posibilita la aparición de todo tipo de guerrillas y unidades irregulares que prestarán gran apoyo a las fuerzas del Rey en el sector durante las campañas contra Caicedo y Nariño y, posteriormente, tras la ocupación de la zona por las fuerzas de la Gran Colombia, como consecuencia de la capitulación en 1822 de las fuerzas realistas regulares en esa región y Quito. Ya se ha mencionado la tenacidad con que los pastusos, dirigidos por Benito Boves y Agustín Agualongo, mantienen la lucha en forma de guerrillas y alzamientos populares contra las fuerzas revolucionarias, a pesar de las duras medidas de represión que éstas llevan a cabo.

En el Alto Perú, donde la insurrección tiene un carácter indigenista similar al de México, no se da tampoco la aparición de fuerzas irregulares o de guerrilla de carácter realista y sí el caso contrario, como ya hemos visto a lo largo de capítulos precedentes.

Tampoco hay guerrillas realistas en el resto del virreinato de Buenos Aires, aunque aquí las fuerzas insurgentes tienen los graves problemas internos descritos, que llegan a anular virtualmente la capacidad militar de esta región a lo largo de amplios períodos, consiguiendo en la práctica un resultado para la causa de sus opositores similar al de si aquéllas hubieran actuado con la máxima eficacia.

Por el contrario, en Chile, la actividad de las guerrillas realistas es bastante extensa. Ya en tiempos de la «Patria Vieja» vimos cómo las

expediciones de Pareja y Gainza, que cuentan con muy pocas fuerzas regulares, pueden hacerse con la parte sur del país con toda facilidad gracias al apoyo local, y también cómo, tras la reconquista del país por los patriotas en 1817-1818 y la derrota realista en Maipú, la resistencia de sus partidarios queda en gran parte representada por la actividad de las fuerzas irregulares de Benavides y de su sucesor Juan Manuel Pico, de cuyos avatares hicimos un sucinto resumen. El último de dichos jefes realistas, aprovechando una momentánea ausencia de fuerzas chilenas enviadas a participar en la campaña del Perú —de donde, como vimos, se vieron obligadas a regresar tras la batalla de Zepita en condiciones desastrosas—, proyecta incluso un golpe de mano sobre Santiago en febrero de 1824. Tras su asesinato a finales de ese año le sucede en el mando de los contingentes realistas, ya muy disminuidos pero que siguen contando con el apoyo de amplios sectores de la población y de contingentes aliados de indios araucanos, el coronel Senosiain, el cual sostiene varias acciones en 1824 en las inmediaciones de la plaza de Los Ángeles. A principio de los años siguientes, actúa en las pampas de Buenos Aires, al otro lado de la cordillera por tanto, donde inflinge una derrota a las fuerzas enemigas, para regresar poco después a su zona habitual de operaciones en el sur de Chile, donde lleva a cabo numerosas acciones contra las fuerzas republicanas a lo largo de todo 1826. A principios del año siguiente, más que terminada la resistencia de fuerzas regulares en el Continente, negocia una capitulación [3] con las fuerzas republicanas, que se firma en la plaza de Chillán, dando por terminada su acción no por desconocida menos digna de encomio, dadas las circunstancias en que se lleva a cabo.

En cuanto a los araucanos, referencia ideal verdaderamente reiterativa de los jefes insurgentes, proseguirán durante largo tiempo su resistencia contra las autoridades de Santiago. No cabría apreciar en esta lucha un carácter realista aunque es fácil encontrar en los combatientes araucanos de los años posteriores, con cierta frecuencia, una referencia más o menos difusa a su lealtad a un lejano rey del que lógicamente no pueden dar más datos. Tanto durará este fenómeno que, cuando en los años sesenta del pasado siglo, el célebre aventurero francés Tounens quiera crearse un reino en los territorios australes de América convocará a los jefes araucanos manipulando aquella lealtad secular.

[3] Hoja de servicios del general Miguel Senosiain (Archivo de Segovia).

En cuanto al Perú propiamente dicho, la acción de las guerrillas realistas, o al menos opuestas a los independentistas, y en mayor o menor conexión con los jefes del bando enemigo —que tal vez sea necesaria esta matización—, comienza poco después de la retirada del ejército de La Serna al sur del país. Casi inmediatamente surgen formaciones de combatientes en la retaguardia de la zona dominada por las fuerzas de San Martín y el nuevo gobierno peruano, algunas de ellas al mando de oficiales o ex oficiales del ejército regular o de la milicia que, como vimos, en este país era, al menos sobre el papel, muy numerosa. Sobre todo, la guerrilla realista actúa en las zonas de Ica, Huamanga (hoy, Ayacucho) y Huancavelica. Sus acciones, a pesar de la escasez de armas y dinero, hacen que uno de los jefes independentistas, Pardo de Cela, proponga el uso contra ellas, mejor dicho contra la población que las apoya, de la «retadicción» [4], palabra que, al parecer, en su lenguaje sirve para designar todo tipo de represalias indiscriminadas.

Algún autor establece dos tipos de fuerzas irregulares diferenciadas (de las dos hubo, con y contra el bando realista): las guerrillas propiamente dichas, es decir, unidades que combaten permanentemente y con cierta organización, y las montoneras, fuerzas organizadas espontáneamente para una acción concreta, normalmente tras un alzamiento popular en alguna determinada población o zona y que, tras llevar a cabo la acción de que se trate, regresan a sus puntos de origen y abandonan la lucha, al menos temporalmente.

En 1823-1824, tras la crisis Riva Agüero y la imposición de la dictadura de Bolívar en el país andino, numerosos combatientes hasta ese momento en el bando republicano pasan al realista por razones de carácter político y por temor a la excesiva preponderancia de los colombianos en su país. Por ejemplo, el teniente coronel Navajas, que se presenta en la plaza de El Callao con dos escuadrones de Lanceros del Perú (marzo de 1824); o el jefe independentista Caparroz, que, partidario de Torre Tagle, pasa a la guerrilla realista que en los meses anteriores había combatido con energía.

Las guerrillas realistas prosiguen con éxito alternativo su acción durante los meses siguientes, a veces, no siempre, abastecidas desde las

[4] G. Vergara, *Montoneras y guerrillas*, p. 91.

bases realistas del valle de Jauja o de la plaza sitiada, en esta época con poca energía, de El Callao. Esta situación se prolongará hasta la capitulación de Ayacucho a la que se acogen muchos de sus jefes y combatientes. No así numerosos indígenas, que proseguirán la lucha contra las fuerzas republicanas durante mucho tiempo después de terminada la guerra regular.

No hace falta ponderar el perjuicio material y, sobre todo, la frustración moral que produce en los esforzados combatientes por la libertad del Continente el que los habitantes —¡descendientes de los incas y araucanos!— apoyen decididamente a sus opresores. Es éste un fenómeno que, por otra parte, se da con mucha, casi diríamos excesiva, frecuencia en numerosas luchas de liberación en que los «libertadores» en cuestión deben combatir, en primer lugar, a aquéllos a los que pretenden liberar.

¿Qué podría decirse de las guerrillas desde un punto de vista estratégico? Parece obvia la importancia, en el marco general de una contienda, de la actividad en la retaguardia enemiga de unas fuerzas de ese carácter, tanto mejor si cuentan con mandos capacitados y actúan con arreglo a un plan general adecuadamente coordinado. No parece que fuera necesario encomiar la importancia de esta forma de combate a los jefes del esfuerzo bélico realista, que acababan de salir de una guerra como la llamada de Independencia española en la que tan importante —a veces magnificado— papel habían jugado los combatientes irregulares. Y que, en última instancia, habían conocido en sus propias carnes los efectos de la actividad de las montoneras y guerrillas en algunos puntos del hemisferio americano. Ahora bien, sería demasiado esperar que una actividad bélica de este tipo, con carácter exclusivo, a lo que queda reducida la realista tras la derrota en los campos de batalla regulares en 1820-1824, pueda lograr la decisión, ni siquiera resultados estratégicos importantes. Otra cosa sería en el caso de que se coordinase con la actividad de los ejércitos regulares al servicio de la causa del rey. Pero obsérvese que, en general, éstos se mantienen casi hasta los últimos momentos en las zonas en que por las circunstancias apuntadas cabría esperar una mayor actividad guerrillera a su favor, y que, al perder el control de dichas zonas, se ven en muy poco tiempo en la necesidad de dar por terminada su actividad en el territorio continental.

Además, una campaña de guerrillas necesita, desde siempre, dos condiciones fundamentales: una es el apoyo de la población de la zona en la que actúa o, al menos, en un sector importante de ella y que, como ya hemos visto, se daba en varia medida en diferentes zonas del continente. La segunda es un territorio próximo, a ser posible adyacente, bajo su control o bajo el de un poder que permita su utilización en el que poder reorganizarse y aprovisionarse, a modo de «santuario». En cierto modo, éste fue el caso de la isla de Chiloé para las guerrillas de Chile, o lo hubieran sido, con los inconvenientes fáciles de adivinar, las Antillas españolas para las fuerzas de guerrilla en Venezuela. Ahora bien, para esto, perdidos los puntos de apoyo en la Costa Firme, Puerto Cabello, Maracaibo, etc., hubiera sido necesaria la apertura de una «línea Fernando VII» entre las islas y el Continente a cargo de las fuerzas navales, que muy difícilmente hubieran logrado mantener permanentemente un nivel aceptable de eficacia y que, en definitiva, sea por la causa que fuere, entre otras, por la debilidad de las fuerzas navales disponibles, no se pudo establecer. Evidentemente, resulta fácil llegar a la conclusión de que se podía haber hecho más de lo que se hizo en esta contienda y en cualquier otra o simplemente, en cualquier actividad del tipo que sea, y, en este sentido, tal vez en la época en que quedaban en el Continente territorios de cierta importancia bajo control realista, adyacentes a zonas de actividad guerrillera favorable a su causa (sur del Perú, Puerto Cabello...), los mandos regulares del ejército del Rey pudieron haber potenciado en mayor medida la actividad de ésta.

A partir de estas coordenadas parece claro que un movimiento guerrillero realista, aunque adquiriese relativa extensión y aunque lograse mantenerse por años en la lucha, muy difícilmente podría, como de hecho ocurrió, conseguir resultados apreciables.

En cualquier caso, ahí queda el ejemplo de su actividad que en tantos aspectos es, por sí misma, un rotundo mentís a tantas interpretaciones históricas sobre los principales aspectos de la contienda, y un hecho que sin duda habrá constituido una sorpresa para más de un lector español y americano.

Capítulo VIII

CORAZONES Y MENTES

Motivaciones ideológicas

Una filosofía, acaso algo pesimista, para la interpretación del comportamiento humano establece como axiomático que el hombre actúa en cualquier plano de su actividad, para el caso que nos ocupa el de la política —en el más amplio sentido de la palabra—, en función exclusivamente de sus intereses. Intereses simplemente individuales o bien, según la filosofía marxista, intereses de clase. En definitiva, la segunda interpretación no hace sino apellidar o complementar a la anterior, cuyo primer o más difundido teórico no es otro que Nicolás Maquiavelo. Sería inútil oponer una negación de carácter general a dicha teoría. Sin levantar los ojos del libro, cualquier lector podría rechazar esa negación sin pensar más que en su experiencia personal. Sin embargo, es igualmente erróneo darle un carácter absoluto y exclusivo. Maquiavelo publicó sus obras capitales, *El Príncipe* y *Las Décadas de Tito Livio*, en 1513 y 1516, así pues, pocos meses antes de que Lutero fijase en la puerta de la catedral de Wittenberg sus 95 proposiciones. Es decir, Maquiavelo no llegó a conocer la Reforma y, por tanto, las luchas religiosas a que ésta dio lugar en todo el continente europeo. Lógicamente, el escritor florentino, que vivió en el ambiente de las cortes y de la política italiana del Renacimiento, no conoció, por tanto, directamente fenómenos tales como el fanatismo, o como la posibilidad de dar la vida —o quitarla— por una idea o dogma religioso, político o filosófico. En consecuencia, su filosofía no es absolutamente válida para enjuiciar muchas conductas posteriores a dicho acontecimiento histórico. Dicho de otra manera, se puede creer, con más o menos matices, que gran parte de la Humanidad tiene un precio y actúa por un interés material, pero, por decirlo gráficamente, se equivoca gravemente el que crea que

se puede sobornar de cualquier manera a un Calvino, a un Lenin, a un Jomeini. Deben tenerse presentes, a nuestro modo de ver, estas consideraciones si queremos comprender las conductas de algunos, obviamente no la de todos y, a lo mejor, ni siquiera la de la mayoría, de los participantes en la contienda que nos ocupa en cada uno de sus bandos.

Después de la digresión anterior sobre la filosofía de la conducta humana y ciñéndonos ya a la de estos combatientes, entre los que encontraremos quién se mueve verdaderamente por intereses propios o de clase, y quién sencillamente no, la que entendemos primera clasificación que debe hacerse de las motivaciones de éstos es la de individuales y colectivas; entre aquéllas, figura la infinita gama de posibilidades que pueden llevar a una persona a tomar determinada actitud política o social por razones exclusivamente propias, en total o parcial independencia de la conducta colectiva que pueda adoptar en la misma situación el grupo al que pertenece, sea éste nacional (continental podríamos decir, en algunos casos, en esta contienda), regional, local, social, económico o religioso. Es éste un fenómeno que se da con una grandísima frecuencia en cualquier aspecto de la vida y, por supuesto, en cualquier confrontación, sea ésta armada o no, pero que, en una lucha con tantos caracteres de civil como la que analizamos, los ejemplos son tan numerosos que sólo ese aspecto de la misma podría llenar muchos volúmenes. Casi parece ocioso mencionarlo, pero, como aun sin conocer el dato concreto se podría intuir, es frecuentísimo, casi universal podría decirse, el caso de miembros, no ya de la misma clase y subgrupo social, sino de la misma familia, que toman actitudes opuestas a lo largo de toda o parte —más tarde analizaremos este extremo— de la lucha. Podríamos hacer una enumeración bastante larga de ejemplos ilustrativos del fenómeno, pero tal vez baste con enumerar algunos: sin ir más lejos, el de la familia de Bolívar, cuya hermana era ferviente realista; el de los Montúfar, en Quito, algunos de cuyos miembros fueron fieles a la metrópoli; el de Álvarez Thomas, director de las Provincias Unidas y con muchísimos familiares en el campo realista; los dos hermanos Castilla, uno de los cuales, tras haber combatido en las filas realistas, pasó a la de sus oponentes y, con el tiempo, llegó a presidente del Perú, mientras su hermano mayor permanecía fiel a España y se «exilaba» a la Península, donde llegó a ser un alto jefe del ejército carlista, y tantos otros.

Si atendiésemos a las motivaciones de carácter colectivo por razón del origen geográfico, podríamos enumerar a muchos españoles de origen peninsular que por una u otra causa apoyaron a la insurgencia o cambiaron de postura en algún momento de la guerra sin mostrar especialmente una mala conciencia. O mencionar un área sudamericana predominantemente realista durante las primeras fases de la guerra, el Perú, entre cuyos naturales se cuentan sin embargo buen número de insurgentes de la primera hora.

Es decir que, sin dejar de valorar, como luego intentaremos, las motivaciones de carácter colectivo (social, geográfico, etc.) que pudieran influir sobre la postura de los combatientes realistas —lo mismo podría decirse de sus oponentes—, existe una amplia gama de factores que afectan al comportamiento exclusivamente individual. Aunque, claro está, esa misma actitud pueda ser compartida por otros muchos individuos y, en algunos o muchos de ellos, se deba a consideraciones en su caso de carácter colectivo.

La primera de estas razones de carácter individual es pura y simplemente la adhesión por razones exclusivamente intelectuales, no económicas, sociales, ni de otro tipo, a la causa realista, que, con ciertos matices es, sencillamente, la causa de España. No se piense que dicha adhesión patriótica —no en el sentido revolucionario de esta palabra— hispánica era exclusiva de los habitantes de la Península. Ya hemos visto que entonces, como ahora, muchos de ellos no la sentían en modo alguno o, simplemente, eran contrarios a ella. Posiblemente, no se quiera entender esta causa entre los adeptos a ciertas filosofías, pero, lo crean o no, se daba. Un marxista hablaría de alienación: bien, por qué no; tantos combatientes del Regimiento de Dragones de la Frontera, gravemente alienados, cargaron sobre el ala derecha de las fuerzas independentistas en la batalla de... [1].

Mencionada esta razón, tal vez sea preciso convenir que los adeptos a ella, las víctimas de esa alienación según antes vimos, posiblemente fueran minoritarios e incluso muy minoritarios.

Otra razón, más o menos conexa con la anterior, sería la adhesión a la religión, a la Iglesia o, al menos, a cierta forma de entender la

[1] Un buen ejemplo de este tipo de alienación es el del comandante Barañao, de los Húsares de la Concordia, que en la batalla de Rancagua, (1814) al iniciar una carga contra los patriotas, se dirigió al brigadier Osorio y otros oficiales peninsulares y les gritó: «¡Miren cómo se muere en América!».

misma, que, en muchos casos, no en todos desde luego, se identifica con una adhesión a la causa del orden y de la Monarquía y, por tanto, de la metrópoli, al menos mientras fueron concordantes. La revolución liberal hizo que en muchos casos se dejara de identificar aquellas causas con las consecuencias descritas. Efectivamente, no se da en todos los casos pero es frecuente encontrar jerarquías de la Iglesia (obispo de Popayán, arzobispo de Puebla) fervientes adeptos de la causa realista, y cabe imaginar la influencia que pudieron tener en mayor o menor número de sus fieles. Por lo demás, se recordará la innegable influencia del bajo clero (Hidalgo, Morelos y tantos otros) en las masas indígenas que iniciaron la revolución en Nueva España.

A continuación, encontramos otra razón de apoyo a la causa realista, y no la menos importante, en la fidelidad al Rey, que en aquellos momentos representa y encarna al Estado y a su gobierno, no ya por una razón ideológica o doctrinal especial, sino sencillamente por un sentimiento, más o menos extendido y del que se participa en mayor o menor medida, que podríamos llamar lealismo o gubernamentalismo o, por emplear la expresión anglosajona, «estar de parte de la ley y el orden» sin plantearse demasiadas cuestiones sobre doctrinas políticas o legitimidad de las instituciones. Lógicamente, en muchos casos, alguien que participe de dichos sentimientos en una contienda como la americana, al menos después de bien deslindados los objetivos de cada bando —ya aludimos a los posibles equívocos debidos a las, a veces, deliberadamente confusas proclamaciones de principios de las primeras Juntas insurgentes—, tiene claro el partido en el que debe combatir. Este caso se dio, por supuesto, en la contienda suramericana y fue igualmente uno de los principales componentes ideológicos de los *loyalists* en la guerra de Independencia de los Estados Unidos.

Una variante de este sentimiento de adhesión al poder constituido, independientemente de otras consideraciones y con consecuencias similares, lo es el de esa misma lealtad dirigida, no al lejano gobierno o a la lejana Corte, sino a las jerarquías naturales de la región: es decir, la nobleza, oligarquía o llámesela como se quiera. Por tanto, si en una zona, caso por ejemplo de México, se da el caso que la clase alta, casi podríamos decir feudal, apoya al bando realista, aquellos individuos de más baja posicion pero vinculados a la misma por esos lazos tomarán de forma más o menos activa partido por el mismo bando, en contra incluso de muchos de sus hermanos de raza. Este caso se vive, igual-

mente, en sentido contrario en países de la América meridional, donde las clases altas pasaron a la insurrección y fueron objeto de represalias por parte de la reacción realista. Ello motivó el paso a la oposición de sectores de la población vinculados a aquellas clases. Se dio, por ejemplo, con frecuencia esta situación en el Chile posterior a la reconquista de Osorio.

Es posible enumerar a continuación otras razones igualmente individuales pero que podríamos llamar negativas: es decir, que más que adhesión a una causa se debe al rechazo de la contraria: una, perfectamente identificable es la hostilidad a los aspectos «revolucionarios» de los movimientos insurreccionales, no tanto a la Independencia propiamente dicha. Se trata de un fenómeno —no nos referimos todavía al temor «colectivo» a la revolucion de tal o cual sector de las clases altas— de rechazo de reformas de tipo político, religioso y, en definitiva, de cualquier ruptura del orden establecido bajo los principios del Antiguo Régimen, que no sería diferente, salvando las diferencias de tiempo y lugar, del que podrían mostrar a las revoluciones europeas (francesa, inglesa...) individuos de formación tradicional pero sin especiales motivos de clase o región de origen, para temer a las consecuencias de aquéllas. Reacción que se da, a veces de forma instintiva, con cierta frecuencia en personas que podrían ser víctimas sociales o económicas de dicha revolución, pero tan a largo plazo que sus iguales, o la inmensa mayoría de ellos, no se consideran amenazados en modo alguno y, o bien no se oponen a ella o incluso la apoyan con más o menos entusiasmo. A veces, este sentimiento no se da contra toda la revolución en bloque sino contra algún aspecto de la misma; así, por ejemplo, la hostilidad de algunos sectores sociales en la Venezuela de 1810-1811 al «francés» Miranda y a las medidas que se suponía tomaría el Precursor.

Esto nos lleva, casi de forma automática, a otra de las razones de oposición a la causa independentista: el rechazo por variadas razones de los excesos, muchas veces verbales, y también de los crímenes, exacciones y errores cometidos por los dirigentes de los regímenes «bobos»; es decir, aquellas primeras Juntas de 1810 a 1812 en Caracas, Santa Fe, Santiago de Chile, que se ganaron con ello la hostilidad de elementos que en otras circunstancias hubieran sido neutrales o incluso favorables a las mismas.

Mencionemos, para terminar, a aquellos que, por una u otra razón —el tiempo ha dicho si la tenían o no—, creían, sin ser en principio opuestos a la Independencia de aquellos países de la América española, que ésta era en la práctica inviable manteniendo unos niveles mínimos de orden y civilización, al menos en aquella fase de su desarrollo político y económico. Incluso, los había tan clarividentes que temían la rápida acción de otros imperios más cercanos que el de la Madre Patria. Tal vez, permítasenos la licencia literaria, algún mexicano de cierta cultura recordase estas razones al ver desfilar a las tropas del general Winfield Scott por la capital de su país en septiembre de 1847.

Establecidas ya algunas de las causas que, a nuestro modo de ver, pudieron determinar la conducta seguida por los combatientes de la guerra americana, y antes de pasar a examinar otras de ellas, parece necesario hacer una aclaración, por otra parte tan obvia, que casi resulta inútil: estas razones de comportamiento son, ante todo, relativas y parciales; nadie, por simple que sea, actúa por una sola razón sino por un conjunto de ellas, que, a veces, de una manera contradictoria o paradójica le llevan a tomar una determinada decisión. Naturalmente, dentro de ese conjunto, hay algunas de mayor importancia según la escala de valores y la conciencia de cada persona pero, aun así, resulta a veces difícil identificarlo. Por tanto, las que se van dando deben considerarse como generales y como, tal vez, las principales que pudieran influir sobre determinados individuos o grupos; lo que es válido tanto para las razones individuales como para las colectivas. Parece claro que más de uno de los combatientes que, pongamos por caso, tuviera unas fortísimas razones individuales para tomar determinado partido y otras en sentido contrario por razones, por ejemplo, de su origen social, no dejaría de considerar éstas, aunque, en definitiva, primaran aquéllas. A veces, estas «contradicciones» son las que explican los cambios de partido a los que antes aludíamos por una, muchas veces, perfectamente comprensible y, en modo alguno, indigna, alteración en la escala de valores de la persona en cuestión.

Esto nos lleva a hablar de un aspecto fundamental en la conducta de muchos de los combatientes en la guerra americana: el del cambio de partido una vez iniciada la misma. Hemos visto tantos casos de este fenómeno, individuales y colectivos, a lo largo de las páginas precedentes que sería verdaderamente ocioso poner algún ejemplo.

Rápidamente habrá quien desde una u otra óptica califique con toda presteza tal conducta: traición pura y simple. En cierto modo, si nos atenemos a la definición que de traición se hace en cualquier código penal u ordenanza, parece claro que tienen razón. Entendemos, sin embargo, que en muchos casos esa definición debe matizarse muy cuidadosamente y que la tipificación de ese crimen debe entenderse con carácter restrictivo: traidor sería, en realidad, no aquel que cambia de partido por razón de una alteración en los objetivos del mismo o por haber experimentado una evolución en sus convicciones morales o ideológicas, sino el que, aun contra sus íntimas convicciones, adopta una postura contraria a las mismas, obviamente por razones no muy elevadas: conveniencias puramente profesionales (ejemplo, un militar al que se ofrece un grado superior en el ejército enemigo) u otras similares.

Creemos, o queremos creer, que en la mayor parte de los muy frecuentes cambios de partido que se dan en esta contienda las motivaciones de los mismos son más correctas y profundas que las antes apuntadas. Esto no quiere decir que a lo largo de los quince años que dura la guerra, en todo un continente, no se dieran numerosísimos casos de auténticos traidores de teatro, vulgares ambiciosos, simples cobardes, arribistas, convictos, confesos y, a veces, autoglorificados o glorificados por gentes con determinada concepción de la ética [2].

Una variante de los fenómenos aludidos que tal vez no merezca el calificativo de traición, en el sentido restrictivo que hemos dado a esta palabra, sería lo que podríamos llamar conductas poco caballerescas, al menos partiendo de cierta idea de la caballerosidad. Nos referimos al caso del combatiente en un bando que, por razones, a lo mejor, perfectamente honestas, se adhiere moralmente a la causa contraria y que, sin cambiar formalmente de bandera, o antes de hacerlo, favorece solapadamente la acción enemiga. Claro está que los reos de este delito podrían aducir que su idea de servicio a la patria o a su causa pasa por delante de las normas de un determinado código de honor. De estas conductas existen, como es lógico, numerosos casos a lo largo de la contienda y a ellas se atribuyen, en ocasiones, resultados impor-

[2] Como muchos lectores sabrán, existen importantes sectores sociales donde cualidades como la lealtad se consideran muy poco convenientes.

tantes, como el éxito o fracaso en determinada campaña o batalla. Podríamos mencionar, por poner un solo ejemplo, el del llamado marqués de Yavi: natural de Salta, combate a la insurrección, durante los primeros meses de la misma, en las filas realistas. Sin embargo, a lo largo de ese tiempo evoluciona ideológicamente en sentido contrario y termina pasándose a las filas del ejército bonaerense, donde le vimos desempeñar un papel de importancia en la defensa de la frontera norte frente al Alto Perú. Pero antes de cambiar formalmente de bando, todavía en el ejército del virrey Abascal actúa deliberadamente con tan poco celo que a él se atribuye, en parte, la derrota de Salta, en la que participa al mando de la caballería realista.

Hechos aquellos matices y establecidas estas variantes en la conducta de los tránsfugas —no se dé a esta palabra un sentido deliberadamente despectivo— sobre la filosofía que informa sus conductas, puede decirse poco más o menos lo mismo que sobre la postura inicial de los combatientes de cada bando. En definitiva, alguien que cambia de bando no hace sino adoptar una determinada actitud acerca de éste con el retraso correspondiente. Por tanto, podríamos volver a referirnos a las intervenciones individuales y colectivas que antes enumeramos. Queremos, sin embargo, hacer alguna observación al respecto. Cambios de bando los hay en esta contienda como en cualquier otra, y más si es de carácter civil, desde las primeras horas de la misma hasta las últimas; sobre esto no cabe discusión alguna. Sin embargo, y prescindiendo de entrar en cálculos meramente numéricos, se dan preferentemente en dos momentos principales a lo largo de la guerra —no hablemos de un tercer momento, claro está, es decir, tras las capitulaciones finales de la misma—: los primeros meses tras el inicio del proceso revolucionario y los siguientes a la revolución liberal de 1820.

En el primero de los casos no hay que extrañarse en modo alguno que se produzcan muchos cambios de partido, a veces sorprendentes, sin hablar de los que pudieron haberse producido y que no llegaron a consumarse por una u otra razón. La causa fundamental no es otra que los equívocos, en cierto modo lógicos, producidos por el inicio de unos movimientos revolucionarios de esas características. En un primer momento, muchos de sus participantes activos o pasivos y, por la misma razón, muchos de sus oponentes, por no tener ideas claras sobre los objetivos reales de aquéllos, toman determinado partido y, al cabo de algún tiempo, siéndoles ya posible comprobar la extensión y ver-

daderos fines del movimiento experimentan un perfectamente coherente y casi obligado cambio de actitud hacia el mismo.

Téngase en cuenta que, al menos en teoría, pero teoría que posiblemente llamaría a engaño a buen número de personas, la mayor parte de las primeras Juntas insurrectas se constituyen entre grandes protestas de fidelidad al Rey y a la metrópoli. Por lo demás, en un momento que por la aparente derrota, casi anexión podríamos decir, de ésta, por Francia —hablamos de los momentos que siguen a la campaña de 1810 en la Península— podría pensarse que de forma natural las posesiones españolas pasarían a poder de aquélla. Con este equívoco juegan ciertos jefes independentistas, lo cual evidentemente, durante los primeros meses de la insurrección, no dejaría de causar efecto en gentes poco experimentadas en los vericuetos de la política.

En el segundo de los casos, es decir, los meses siguientes a la revolución de Riego, se produce, como hemos visto, un auténtico aluvión de cambios de actitud en numerosos jefes, cuerpos militares y sectores de población hasta aquel momento realistas. Las causas son, claro está, múltiples y complejas, pero una fundamental es que la bandera que hasta esos momentos ha representado con mayor o menor razón la metrópoli, es decir, el mantenimiento del orden virreinal frente al salto en el vacío que supone toda revolución, parece en ese momento haber perdido todo su sentido y, en ciertos aspectos, haberse sumado a la causa hasta aquel momento combatida. Por ello, no es de extrañar que, de forma completamente natural, aquellas personas o grupos sociales a los que antes aludíamos, comprometidos hasta el momento con más o menos decisión en la causa del Rey, consideren la posibilidad de cambiar de campo, pensando —en cierto modo puede afirmarse que muchos consiguieron su objetivo— que sus ideas sobre orden social y adhesión a principios políticos o religiosos estarían mejor servidas en el campo independentista que en el de una metrópoli de imprevisible futuro político, en manos de la agitación demagógica y dispuesta a casi todo para conseguir acuerdos de «pacificación» con los rebeldes.

Examinaremos a continuación algunas de las motivaciones que para la elección de bando pudieron tener los combatientes del ejército realista, de carácter colectivo, es decir, por razón de su origen geográfico, clase social o económica. Antes que nada recordemos, en cualquier caso, que estas posibles causas se basan por su propia naturaleza en generalizaciones y tienen, por tanto, tantas excepciones como se

crean necesarias. Por consiguiente, la relatividad de las mismas adquiere aquí su verdadera dimensión. Dicho esto, hay que hacer hincapié, una vez más, en el hecho de que la guerra americana con su carácter civil, político y, en algunos casos, social fue una contienda —por la razón que sea, posiblemente entre otras por la escasa formación política o intelectual de muchos de los habitantes de los territorios en los que tuvo lugar— muy poco sentida por una gran parte de la población. Sólo así pueden explicarse hechos como, por ejemplo, el de que en un territorio tan extenso como el del Alto Perú, con 500.000 habitantes en la época, las fuerzas realistas durante los últimos cuatro o cinco años de lucha estuvieran formadas por poco más de 5.000 hombres, que se sobraban para cubrir los frentes contra la Argentina y las zonas del Perú ocupadas por los independentistas —y en cierta época contra los realistas de ese virreinato— y para mantener el orden interno con muy poco esfuerzo. O cómo una expedición de poco más de 4.000 hombres pueda dominar sin esfuerzo, en 1814, un territorio como Chile, con una población de 500.000 habitantes de un nivel cultural superior a la media americana.

En cualquier caso, entre las motivaciones colectivas de los combatientes del ejército realista, pueden apuntarse las siguientes: motivaciones de carácter social-racial (ya hemos indicado que en América, la conexión entre ambos conceptos era muy fuerte). Efectivamente, sería una generalización grosera creer que la guerra de Independencia americana fue exclusivamente un conflicto de clases o de razas, pero es innegable que en algunos momentos y lugares (México, Alto Perú, Venezuela en 1810-1814), ése es el aspecto que prima sobre los demás. Establecido este concepto, se comprende fácilmente que si en una de esas áreas y momentos las fuerzas insurrectas tienen, en general, una base de determinado carácter y actúan condicionadas por él, las clases o grupos amenazados u hostilizados por aquéllas tomen el partido contrario, aunque, en principio, no hubieran tenido un especial motivo para mostrar su adhesión a éste. Es el caso muy claro de los criollos mexicanos. Efectivamente, en este virreinato, las fricciones entre criollos y peninsulares no eran diferentes de las que podían existir en otras regiones de la América española. Incluso ya se había producido algún conflicto de cierta entidad por esa razón (destitución del virrey Iturrigaray por el partido peninsular en 1808, persecución subsiguiente del partido criollo). Por tanto, es perfectamente razonable pensar que en

otras circunstancias hubiera tenido lugar en la Nueva España un movimiento revolucionario de base y objetivos similares a los iniciales de Nueva Granada o Venezuela. Así las cosas, se produce la tremenda explosión indigenista de la revolución iniciada por el «grito de Dolores». Basta esto para que peninsulares y criollos combatan codo a codo contra el enemigo común, con la eficacia que ya se ha descrito en páginas anteriores. Vencida la rebelión indígena, nada impide que la oligarquía criolla, máxime si es espoleada por la amenaza de la revolución liberal española, inicie un movimiento independentista de, por supuesto, muy otro carácter.

En el caso de Venezuela, la situación es opuesta. A la revolución de las clases altas de Caracas, los mantuanos, responde la contrarrevolución o, según se mire, la revolución social de los llaneros, en cuanto éstos encuentran un líder que les lleva a la lucha. Ya vimos las fases y consecuencias de estos episodios de la contienda en ese país.

En el caso del Perú, además de otras motivaciones que luego podremos esbozar, el caso reviste alguna diferencia. Efectivamente, aquí la aristocracia criolla, a la manera de la de México, se pone, en general, de parte del bando realista, a pesar de que no se produzca un estallido social del carácter del de aquel país. Sin embargo, no olvidemos que aquí había tenido lugar, no tanto tiempo atrás, un movimiento similar: el dirigido por Tupac Amaru, cuyo recuerdo permanecía vivo en el virreinato. Por lo demás, la única revolución autóctona de alguna importancia que tuvo lugar en el virreinato limeño, la de Cuzco en 1814, tuvo a su vez un fuerte carácter indigenista.

Por último, otro aspecto de la lucha racial en el marco de la contienda es el de la hostilidad, a veces ancestral, entre pueblos indígenas. Ya apuntamos, y es un ejemplo ilustrativo, cómo a la rebelión de los indígenas del Alto Perú (aymaráes) en los primeros momentos de la revolución (1810-1811) responde la adhesión a la causa virreinal de los quechuas del Perú y cómo éstos, con su cacique Pumacagua a la cabeza, participan en la represión de aquélla.

Se habrá observado que esta vinculación a la causa realista por motivos específicamente sociales o raciales de grupos de población de las posesiones americanas no tiene por qué hacerles necesariamente hostiles a la Independencia o a ciertas formas de ésta. A lo que son hostiles es al predominio de la raza o grupo rival. Cuando creen, por mayor o menor motivo, que la Independencia no conlleva necesaria-

mente éste o, con mayor razón, cuando creen que la metrópoli en revolución puede favorecer una independencia de aquel carácter, sin excesivos problemas de conciencia, pasan al bando independentista, bien es verdad que mateniendo ciertos sutiles matices en cuanto al carácter que deberá tener en su aspecto económico y social la nueva situación independiente. Valga el repetido ejemplo y salvemos las diferencias entre ambas situaciones, distintas y distantes, de la Independencia de Suráfrica o Rodesia, ya en nuestro siglo [3].

Pasemos a examinar ahora las motivaciones colectivas que tienen un carácter fundamentalmente «geográfico»; es decir, de los habitantes de una zona que, en general, adoptan determinada actitud ante el desarrollo de la contienda sin tener en cuenta otras consideraciones o haciéndolas pasar a un segundo plano. Parece obvio cuáles son de los combatientes realistas los que ven su adscripción más fundamentalmente hecha en función de ese carácter geográfico: los españoles peninsulares. Si bien de éstos habría que hacer la división de los habitualmente residentes en la Península —caso de los componentes de las tropas expedicionarias— y los residentes en las posesiones de la Corona en ultramar.

Antes de continuar, hay que hacer la aclaración de que esta motivacion geográfica, como todas las demás de este tipo, tiene un carácter aún más relativo que el de las restantes que estamos examinando. Como hemos visto a lo largo de estas páginas, parece claro que de las fuerzas peninsulares que pasan a Ultramar e incluso de los españoles allí residentes, la adscripción en principio, y así lo entienden amigos y enemigos, es la de servir a la causa realista, que se identifica, con los matices a que ya aludimos, con la de la metrópoli. Pero no se piense que dicha adscripción es automática, ni mucho menos monolítica. También está condicionada por tantas motivaciones de carácter ideológico o social de los componentes de dichos contingentes militares o

[3] Los insurgentes, tantas veces criollos, de origen español, cultivaban en himnos, banderas, escudos, poesías y referencias históricas el recuerdo de incas, aztecas, araucanos y demás. Acaso a sus nobles concepciones políticas no unieran lo que podríamos llamar un mínimo de coherencia ideológica. Se observará que el fenómeno aludido es equivalente a que al proclamarse la Independencia de Suráfrica frente a Inglaterra, sus dirigentes, de origen holandés o británico hiciesen referencia a los zulúes, matabeles, etc. como ilustres antepasados.

sector social como pueden tenerlo los pertenecientes a los demás. Sería largo enumerar los casos de españoles de origen, tanto jefes militares o personajes prominentes como otros de más baja graduación o posición económico-social que, o bien permanecen ominosamente neutrales ante los acontecimientos o, sencillamente, toman partido por la causa independentista. Evidentemente, al menos en circunstancias normales —un caso diferente es el de la Independencia de México en 1821—, estos últimos son minoritarios en el conjunto del continente. Por el contrario, *a priori* se considera, por amigos y enemigos, que la adscripción de los peninsulares es la que de hecho tienen mayoritariamente. De ellos, entre los que, de una manera o de otra, apoyan activamente a la causa realista o que siendo miembros de las fuerzas militares cumplen, en general, correctamente con su deber, figuran no sólo los de ideología absolutista o especialmente conservadora sino, también, con los debidos matices, otros de adscripción liberal, al menos en su sector más moderado. Aunque ya hemos aludido a tantos peninsulares liberales exaltados que individualmente o bien formando parte de la expedición de Mina, ofrecen sus servicios a la causa independentista.

Una diferencia, como se comprenderá, bien delimitada, es la que existe entre españoles de origen peninsular y los ya establecidos en América desde, a veces, largo tiempo antes del comienzo de los movimientos revolucionarios. Por eso, cuando a personajes, como Boves u Olañeta, se les califica de españoles, conviene hacer esta distinción.

Entre naturales de las posesiones norteamericanas, el factor simplemente geográfico tiene una incidencia importante en su actitud política. Efectivamente, ya desde tiempos de la colonia, como por otra parte ocurre en muchos otros países americanos o europeos, se daba el caso de rivalidades entre ciudades o regiones por muchas razones de tipo económico, administrativo y similares, o entre habitantes de regiones que habían dependido unas de otras en tiempos anteriores. En el primer caso, podría mencionarse la rivalidad entre Asunción y Buenos Aires, entre Coro, antigua capital de Venezuela, y Caracas, y en el segundo, el «imperialismo peruano», aún bajo el virreinato, con su aspiración a recuperar su posición de preeminencia sobre regiones desgajadas de la autoridad de Lima, como el Alto Perú, Quito, etc. Esto, a veces, basta como causa o ayuda a otras, para que, dado, por ejemplo, un alzamiento independentista en Caracas, Coro sea fiel a la Corona, o el caso similar de Buenos Aires y Asunción; o bien ésta es una, por

supuesto, no la única, de las razones de la presteza con que el Perú virreinal acude a la represión de los movimientos independentistas de zonas adyacentes, Quito o el Altiplano, a las que enseguida considera como zonas nuevamente anexionadas de hecho.

Otras veces son simplemente ciudades de provincia que toman una postura contraria a la de la capital (Venezuela en tiempo de la «república boba»), si bien otras veces esta lucha tiene lugar en el marco de un «estado» ya independiente *de facto* (casos de Nueva Granada 1811-1814, de las Provincias Unidas a partir de 1815), sin que ninguno de los bandos en lucha se sume por ello a la causa realista.

A todas estas motivaciones personales, ideológicas, sociales y geográficas, entre otras muchas, responden los adeptos a la causa realista, de los cuales los combatientes son el brazo armado. Entre éstos, habría que incluir a aquellos que por vocación o, simplemente, por gusto —un tipo humano que existe más frecuentemente de lo que se cree y que a veces se manifiesta en individuos a los que nada aparentemente hacía apuntar en esa dirección—, combaten en este bando. A veces con lealtad inquebrantable, pero sin motivación alguna de las examinadas y que igualmente podían haberlo hecho a favor del contrario. Por lo demás, la historia, no sólo la del conflicto hispanoamericano, está llena de estos ejemplos.

No olvidemos, por último, a unos, a primera vista extraños, defensores del Rey. Nos referimos a aquellos indígenas que hasta el momento de la Independencia habían vivido más o menos independientes de la autoridad virreinal, a menudo en guerra con ellas en zonas periféricas fronterizas de las posesiones españolas. No se les debe considerar en puridad combatientes realistas por tanto, sino aliados de la causa de la metrópoli. En cuanto a sus personales motivaciones, ya se ha aludido a ellas en otras páginas de esta obra e, incluso, se ha llamado la atención sobre la relativa analogía que presentan, salvadas tantas diferencias, con otras situaciones en el Continente. La principal, obviamente, es la revolución norteamericana en la que los pieles rojas [4]

[4] ¿Cariño especial a Inglaterra? Un cínico pensaría por el contrario que aquellos indígenas preferían ser gobernados por los ingleses de Londres a serlo por los de Boston. Por otra parte, espíritus simples como los de los nativos tal vez encontrasen más sencillo comprender la causa «del rey» que la de una dignísima asamblea de brillantes —acaso demasiado— oradores con muy nobles ideas.

de las zonas fronterizas combatieron casi siempre aliados a los ingleses. Otro curioso paralelo, este ya mucho más lejano en el tiempo, es la lucha que tuvo lugar en Jamaica contra la invasión inglesa en el siglo XVII. En esa isla del Caribe, los combatientes españoles, dirigidos por don Arnaldo de Isasi [5], tuvieron la colaboración contra los nuevos invasores de los esclavos fugitivos, los llamados cimarrones, que hasta aquel momento lógicamente habían sido rebeldes contra la autoridad colonial española. Dejamos a los lectores que saquen sus propias conclusiones de tales fenómenos históricos.

[5] V. Alan Burns, *History of the West indies*, Londres, 1965, 2.ª ed. p. 255 ss.

Capítulo IX

RECAPITULACIÓN

En muchos aspectos, la contienda objeto de este trabajo es una prolongación, no sólo en la biografía de los protagonistas, de las guerras producidas por la Revolución y el Imperio francés. Nos referimos, sin aludir a conceptos de carácter ideológico o doctrinal, que desde luego podrían ser objetos de amplia controversia, a los aspectos prácticos de la misma, organización de las fuerzas combatientes, armamento y tácticas. Aspectos, claro está, todos ellos condicionados por las características peculiares de la lucha en relación con las que tuvieron lugar en Europa. Comenzando por los determinados por la geografía —enormes distancias, obstáculos naturales de proporciones desconocidas en el Viejo Continente— hasta los momentos en que la guerra revistió caracteres irregulares, muchos de ellos peculiares y algunos difícilmente repetibles. Si bien alguno de ellos se dará en forma más o menos alambicada en otras contiendas de planteamiento similar como en cierto modo ya se habían dado en la guerra de Independencia de los Estados Unidos.

Decíamos antes que la guerra americana es una prolongación de las guerras que tienen lugar en Europa entre 1792 y 1815. No hace falta aclarar cuál de ellas es además su causa inmediata: la guerra en la Península contra la invasión napoleónica. Conocida es su incidencia tanto en el inicio del proceso independentista como en el desarrollo de los principales avatares del mismo. En cuanto al aspecto más directamente relacionado con nuestro estudio, el de las fuerzas armadas, las consecuencias de la guerra en la Península fueron fundamentalmente el de la improvisación de gran número de unidades militares con soldados y mandos de poca experiencia y formación muchas veces defi-

ciente, lo que redundó negativamente en la capacidad de las mismas, como se ha podido comprobar, en la guerra americana.

Por otra parte, durante la guerra contra la invasión napoleónica se consumará la ruina de la Marina.

Característica fundamental de la lucha es la de guerra civil entre realistas e insurgentes con independencia casi absoluta —nótese que decimos casi— del lugar de origen de sus protagonistas. Efectivamente, considerar a esta guerra como una lucha de la España europea de un lado y sus posesiones americanas en rebelión de otro es una simplificación perfectamente inaceptable, y de haberse producido en realidad, hubiera dado a la lucha un desarrollo radicalmente distinto del que tuvo.

Guerra civil y, en tantos aspectos, lugares y momentos guerra social, guerra a veces de clases o razas que, en muchas ocasiones, tomaron un partido diametralmente opuesto al que hubiera podido suponerse antes de llevar a cabo una aproximación cuidadosa a las coordenadas en que aquélla tiene lugar.

Por lo demás, no hay que entender ninguna connotación peyorativa en aquella definición del conflicto americano: guerra civil, a la que Henri de Montherlant llamó la buena guerra [1], la guerra en la que de verdad se sabe quién es el enemigo y porqué.

Al comienzo de las insurrecciones a escala continental en 1810, las fuerzas que responden a la autoridad virreinal están formadas en su inmensa mayoría por americanos y compuestas por algunas, muy escasas, unidades de tropa veterana y, sobre todo, por las milicias provinciales y urbanas. Éstas normalmente se bastan en los primeros meses de la guerra para evitar los avances de los insurrectos y a veces para recuperar los territorios perdidos.

Poco después, no inmediatamente, comienza la llegada de refuerzos de la metrópoli, todavía y durante los años que dure la guerra contra la invasión napoleónica con cuentagotas, mientras en las principales zonas realistas, México y Perú, las autoridades, sobre todo en el segundo de esos virreinatos, prácticamente con sus solos recursos, organizan un ejército de línea cuya capacidad quedará demostrada en las siguientes campañas contra los insurgentes. En México, las fuerzas virreinales,

[1] H. de Montherlant, *La guerre civile*, París, 1965.

que reciben refuerzo de cierta importancia de la Península, derrotan en campo abierto la insurrección y hacen que ésta se vea obligada a pasar a una decreciente actividad guerrillera. En el Perú, las fuerzas realistas organizadas con recursos exclusivamente autóctonos derrotan a los insurgentes de Buenos Aires en el frente del Alto Perú y acaban con la rebelión de Chile, donde también se han organizado fuerzas locales de cierta entidad partiendo de muy escasos elementos iniciales.

Un caso relativamente aparte lo constituye la plaza de Montevideo, donde la guarnición, pasados los primeros meses de la lucha, estará formada por fuerzas mayoritariamente llegadas de la Península, que, por otra parte, se verán obligadas a capitular en 1814.

Otro caso netamente diferenciado lo constituye el ejército que organiza Boves en Venezuela, reclutado entre los llaneros, que aplastan a las fuerzas republicanas en las campañas de 1813 y 1814. Mientras, en la zona sur de Nueva Granada, otras fuerzas locales fundamentalmente formadas por pastusos sostienen el frente contra los insurgentes en ese virreinato.

A partir de 1815 y durante los años inmediatamente posteriores, llegan refuerzos en mayor cantidad de la Península, y como consecuencia de ello, el ejército realista en América adquirirá un carácter más europeo que el anterior, tanto en su composición como por la regularización progresiva de las fuerzas y métodos de guerra. A veces las tropas expedicionarias no son de primera calidad y su moral deja mucho que desear. Pero en general cumplen correctamente su deber. Caso especial es el de la expedición formada por el Regimiento de Cantabria en 1818, perdida casi toda ella por el motín de algunos de sus componentes.

Por diversas razones políticas y económicas, el envío de refuerzos se aminora en los años posteriores a 1818 para cesar, claro está, tras la revolución de 1820 y ello, unido a las bajas en combate por enfermedad, deserción o licenciamiento de tropas de origen peninsular, hace que nuevamente la proporción de éstas descienda en el conjunto de las fuerzas realistas en el continente.

Por lo demás, la revolución de Riego tiene definitivas consecuencias en América, militares pero también, sobre todo, políticas, que originan la Independencia de México y el pase a la insurgencia de otras zonas menores y de autoridades y jefes hasta aquel momento realistas.

Al cabo de pocos meses, el único territorio realista de importancia en el hemisferio es el Perú y su apéndice, el Alto Perú, donde, como última consecuencia de la revolución-contrarrevolución española, se producen fricciones entre jefes realistas, que llegarán a la inoportuna rebelión de Olañeta en el Alto Perú en el momento en que la causa realista en el virreinato ha logrado recuperarse hasta un nivel impensable pocos meses antes.

A lo largo de estos años, el ejército realista en esa región alcanza nuevamente un nivel de americanización muy fuerte, hasta el punto de que los elementos peninsulares en él no superan el cinco por ciento del total de sus componentes, proporción no superior, aunque esto pueda parecer paradójico, a la de peninsulares en las filas de las fuerzas insurgentes. Con aquellas fuerzas se sostendrá la última campaña en el continente, que culminará con la capitulación de Ayacucho. A partir de ahí puede darse por concluida la contienda, a pesar de algunas tentativas de resistencia y del heroísmo de los defensores de los últimos bastiones realistas en El Callao, Chiloé y San Juan de Ulúa y de la resistencia irregular, que continuará durante largos años sostenida por formaciones de indígenas más o menos asimilados al orden virreinal. No por ello se dan definitivamente por perdidas las provincias americanas y, en los siguientes años, se proyectan diversas formas de intervención en las mismas con objeto de restablecer la soberanía de la Corona.

Se trata de organizar la lucha de guerrillas en Venezuela y se lleva a cabo la expedición Barradas a México. Fracasada ésta, las condiciones generales de la política europea y las que se producirán pronto en España a la muerte de Fernando VII y el inicio de la guerra carlista hacen que se abandonen definitivamente los proyectos de reconquista.

Se nota a lo largo de todos los años de la guerra, con contadas excepciones, la ausencia de una acción eficaz de la marina española, que, por otra parte, en esta misma época, alcanza un nivel inimaginable de decadencia en relación con lo que había sido pocos años antes. No es necesario ponderar la importancia de una eficaz acción de las fuerzas navales —de unas fuerzas navales con los medios mínimos precisos— en una contienda que tiene lugar en una área geográfica de esas características y tan alejada de la metrópoli. Aquí puede encontrarse una de las causas del resultado final de la contienda, al menos desde un punto de vista estrictamente militar.

Es ésta en definitiva una guerra en la que participan ejércitos relativamente poco numerosos y, en amplias zonas del Continente —y también en la metrópoli—, poco sentida por extensos sectores de la población, al menos durante muchas etapas de la misma. Sin embargo, entre los futuros dirigentes de aquéllos saldrán muchos de los componentes de tantos de los países participantes en las mismas: la metrópoli y los estados sucesores de sus posesiones en el Nuevo Mundo. Posiblemente al desarrollo de la contienda misma se haya debido en gran parte el protagonismo de los jefes militares en la política de tantos de esos países, protagonismo muchas veces asumido por jefes y oficiales que iniciaron su carrera precisamente en filas de los contingentes objeto de estas reflexiones.

Hemos visto a lo largo de las páginas precedentes lo que se llevó a cabo desde el bando realista en el aspecto militar de la contienda. También hemos esbozado muy someramente lo que se pudo haber hecho, desde el punto de vista estratégico, es decir, qué alternativas de ese carácter se presentaron a las fuerzas de la Corona española en diferentes momentos de la lucha.

Algunos autores se plantean la pregunta de qué más se pudo haber hecho. La respuesta es al mismo tiempo muy difícil y muy simple de contestar. Muy difícil porque desde un planteamiento teórico faltaría tiempo para enumerar estrategias militares, políticas y económicas en relación con el conflicto americano. Muy sencillo porque, examinando las coordenadas reales de la España del momento, sus medios económicos, militares y navales y, sobre todo, sus condiciones políticas y morales, la conclusión es que muy difícilmente se hubiera podido hacer más de lo que se hizo o al menos se intentó, teniendo en cuenta, claro está, el objetivo de la conservación de las provincias americanas. Parece obvio que si todas o solamente alguna de las condiciones enumeradas de la metrópoli hubieran sido más favorables, el resultado, al menos de aquella contienda, hubiera sido muy otro. Pero realmente, conocidas esas coordenadas tal como se dieron en realidad, cuesta trabajo creer que se hubieran podido movilizar con eficacia más recursos del tipo que fuera para la lucha.

Excede, claro está, a los límites de este trabajo, pero tal vez en estos momentos finales llega la ocasión de preguntarse: ¿valía realmente la pena sostener la contienda para la defensa a ultranza de las provincias ultramarinas?, ¿quién resultó realmente perdedor de la contien-

da? Es decir, a la vista de las consecuencias a corto, medio y largo plazo, ¿quién ganó y quién perdió realmente? ¿La metrópoli, los Estados sucesores del Nuevo Continente, otros imperios europeos o americanos? [2]. He aquí un, a nuestro juicio, interesante tema para un debate histórico a los casi 200 años de los primeros chispazos del conflicto.

[2] Difícilmente se puede considerar como vencedores en la contienda a los que como consecuencia de la misma tendrían que sufrir la balcanización del continente, origen de tantos conflictos (recordemos entre ellos la guerra de la Triple Alianza, en la que fue virtualmente exterminada la población del Paraguay). Ya en 1830 el Libertador, Simon Bolívar, lamentaba «toda revolución, incluso la que hicimos contra los españoles» y haber «arado en el mar». Y, sin embargo, Bolívar fue relativamente afortunado al lado de muchos de los jefes revolucionarios. Muerto prematuramente en la desesperación y el desengaño, su suerte fue acaso mejor que la de los Carrera, Iturbide, Guerrero, Salaverry, Yegros, Piar y el almirante Padilla, fusilados; Sucre, Monteagudo y Bermúdez, asesinados; Artigas, San Martín, O'Higgins, Santa Cruz, La Mar y Ribadavia, muertos en el exilio y ya mencionamos las circunstancias en que se desarrollaron los últimos días del marqués de Torre Tagle, el «ciudadano Tagle», primer presidente del Perú.

APÉNDICES

CRONOLOGÍA

ESPAÑA [1]

1808 Motín de Aranjuez. Caída de Godoy. Abdicación de Carlos IV. Abdicación de Bayona. Comienzo de la guerra de Independencia (mayo), en España y Portugal. Derrota francesa en Bailén. Wellesley derrota a Junot en Portugal (julio).
Entrevista de Erfurt (Napoleón-Alejandro I) Napoleón invade España y ocupa Madrid. Retirada inglesa hacia Galicia.

1809 Napoleón regresa a Francia. Batallas de Talavera (julio) y Ocaña (diciembre), grave derrota española.
Guerra entre Francia y Austria. Victoria de Napoleón.

1810 Ocupación de Andalucía (a excepción de Cádiz) por el ejército del mariscal Soult.
Constitución de las Cortes de Cádiz.

1811 Los franceses no logran una victoria definitiva en España. Invasión de Portugal. Defensa de las líneas de Torres Vedras. Batallas de Albuera y Fuentes de Oñoro.

1812 Constitución de Cádiz (19 marzo). Batalla de Arapiles.
Los ejércitos franceses evacuan gran parte de España.
Campaña de Rusia. Derrota de Napoleón. Guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos hasta 1814.

1813 Ofensiva aliada en España. Batalla de Vitoria. Campaña en la frontera francesa. Expulsión de los franceses de casi todo el territorio nacional.
Napoleón, vencido en Alemania. Batalla de las Naciones.

[1] Los acontecimientos exteriores van en cursiva

1814 Campaña aliada en el sur de San Francia. Batalla de Tolosa y fin de la guerra (abril). Regreso a España de Fernando VII (marzo). Pronunciamiento del general Elío. Restauración del absolutismo (mayo).
Campaña del Norte de Francia (enero-abril). Abdicación de Napoleón.

1815-
1820 Alzamientos constitucionalistas fracasados.

1815 *Congreso de Viena. Santa Alianza. Los «Cien días» de Napoleón. Batalla de Waterloo (junio).*

1817 Asunto de los «barcos rusos».

1818 Congreso de Aquisgrán. España trata inútilmente de conseguir el apoyo de la Santa Alianza para reducir a los rebeldes americanos.

1820 Pronunciamiento de Riego en Cabezas de San Juan (enero). Fernando VII proclama la Constitución (marzo).
Revoluciones en Nápoles y Piamonte.

1821 *Comienza la guerra de Independencia de Grecia.*

1822 Julio: putsch fracasado de la Guardia Real. Tras ello, la izquierda militar en el poder (15 agosto). Regencia de Urgel.

1823 Abril: entra en España el ejército del duque de Angulema. Junio-septiembre: sitio de Cádiz. Restauración del absolutismo.
Restauración del absolutismo en Portugal (mayo). Doctrina de Monroe.

Méjico-América Central-Antillas

1808 Septiembre: destitución del virrey Iturrigaray.

1809 Movimiento proespañol en Santo Domingo.

1810 Agosto: llegada del virrey Venegas. Septiembre: «Grito de Dolores». Los insurrectos ocupan Guanajuato y Guadalajara.

1811 Enero: derrota insurgente en el Puente de Calderón. Junio: captura y ejecución de Hidalgo y otros jefes rebeldes.
Junio: alzamiento en Béjar (Tejas), dominado rápidamente.

1812 Morelos dirige la actividad insurgente y ocupa Orizaba (octubre). *Agosto: Filibusteros angloamericanos invaden Texas ocupando Nacogdoches y San Antonio.*

1813 Agosto: los rebeldes tejanos aplastados en la batalla de Medinilla. Diciembre: fracaso insurgente frente a Valladolid.

1814 Congreso nacional y constitución de México (octubre). Fracasos de los independentistas.
Enero: sublevación fracasada en El Salvador.

1815 Diciembre: fusilamiento de Morelos.

1816 Llega el nuevo virrey Apodaca. La insurrección queda reducida a una decreciente lucha de guerrillas (1815-1821).

1817 Abril-noviembre: expedición de Mina *el Mozo* (vencido y fusilado).

1818 Se rinden muchos jefes de partidas insurgentes.

1819 *Junio: el filibustero Long ocupa Nacogdoches. Se retira ante fuerzas realistas.*

1820 Conspiración de la «Profesa».
Diciembre: victorias de Iturbide sobre Guerrero.

1821 Febrero: plan de Iguala.
Julio: pronunciamiento contra Apodaca en Ciudad de México.
Septiembre: el ejército trigarante entra en México.
Independencia de América Central.
Noviembre: independencia de Panamá y Santo Domingo.

1822 Enero: anexión de Centroamérica al imperio mexicano.
Mayo: *Iturbide emperador.* Mayo: tentativa realista fracasada.

1822 Febrero: *Boyer ocupa Santo Domingo (dominada por Haití hasta 1844).*
Marzo: abdicación de Iturbide. Mayo: Independencia de Centroamérica.
Mayo-junio: *constitución de la Federación de Centroamérica.*

1825 Noviembre: capitula el fuerte de San Juan de Ulúa en Veracruz.

1829 Julio: Expedición Barradas para la reconquista de México.
Capitula ante Santa Anna en septiembre.

NUEVA GRANADA

1806 Tentativas fallidas de Miranda.

1809 Agosto: movimiento en Quito. «Junta Soberana» (no siguen Cuenca ni Guayaquil).
Octubre-noviembre: fracaso y represión.

1810 Abril: insurrección en Caracas.
Julio: insurrección en Bogotá. Realistas conservan el Meridión.
Agosto: insurrección en Quito.
Octubre: alzamiento realista fracasado en Caracas. Llega de Europa F. Miranda.

1811 Julio. Proclamación de la Independencia de Venezuela. 1811-1814 lucha en Nueva Granada entre federalistas (Cartagena) y unitarios (Bogotá). Derrota de Tacón (gobernador realista de Popayán).
Diciembre: proclamación de la Independencia en Cartagena y Quito.

1812 Febrero: desembarco de Monteverde con algunas fuerzas.
Marzo: gran terremoto en Caracas. Sublevación de provincias contra Caracas. Desacuerdo entre los jefes independentistas en Quito.
Julio: capitulación de Bolívar y Miranda.
Septiembre-noviembre: rendición de Quito a los realistas.

1813 Alzamientos en Venezuela y en Isla Margarita.
Mayo: regresa Bolívar, que inicia su «campaña admirable».
Junio: decreta la «guerra a muerte».
Agosto: Bolívar vence en Araure. Ocupa Caracas y Cumaná. Realistas conservan Puerto Cabello.
Enero: derrota de Caicedo en Pasto.

1814 Campaña de Boves y Morales contra los insurgentes.
Mayo: el jefe realista Cagigal derrotado en Carabobo.
Julio: Boves aplasta a Bolívar en La Puerta. Bolívar pasa a Colombia. Combate contra los realistas de Santa Marta.
Diciembre: muerte de Boves.

1815 Abril: Llega Morillo con un ejército peninsular, el «Ejército Pacificador de Costa Firme» (ha partido en febrero).
Mayo: huida de Bolívar.
Agosto-diciembre: Morillo sitia y hace capitular Cartagena.

1816 Mayo: los realistas ocupan Bogotá. Bolívar desembarca en isla Margarita.

1817 Bolívar desembarca en Barcelona (enero).
Marzo: sitio de Angostura (capitula en julio) por Bolívar y Piar. Páez gana a los llaneros para la causa insurgente.

1818 Marzo: batalla de La Puerta. Victoria realista.

1819 Mayo-junio: Bolívar cruza los Andes.
Agosto: batalla de Boyacá. Bolívar ocupa Bogotá.
Diciembre: *ley fundamental de la República de Colombia*.

1820 Operaciones en el noroeste de Venezuela. Ofensivas realistas fracasadas desde el norte de Colombia.
Octubre: sublevación de Guayaquil. Los realistas pierden Popayán.
Noviembre-abril, 1821: armisticio. Morillo regresa a España.

1821 Enero: Sublevación de Maracaibo.
Abril: ofensiva de Bolívar en Venezuela.
Julio: batalla de Carabobo.
Octubre: capitula Cartagena.
Mayo: batalla de Yaguachi en Quito.

1822 Abril: batalla de Bomboná.
Mayo: victoria de Sucre en el Pichincha. Ocupa Quito. Capitulación realista en el territorio de la Audiencia.
Julio: entrevista Bolívar-San Martín (éste se retira).
Crisis peru-colombiana (entre otras razones por Guayaquil).

1822-
1824 Sucesivas sublevaciones realistas en Pasto.
Julio: derrota de la flota realista en el lago de Maracaibo.
Agosto: capitula Coro.
Octubre: capitulación realista en Puerto Cabello. Fin de la lucha regular en Costa Firme.

PERÚ-CHILE

1809 Éste y los próximos años el Perú, regido por el virrey Abascal, se constituye en el bastión realista en Sudamérica. Fracasan varias conspiraciones y tentativas de escasa importancia.

1810 Junio: Junta en Santiago de Chile.

1811 Febrero: La Junta de Chile en manos de los independentistas.
Septiembre-diciembre: Carrera se hace con el poder en Chile.

1813 Marzo: expedición realista para la reconquista de Chile.
Marzo-octubre luchas indecisas en el sur de Chile.

1814 Enero: ofensiva realista desde el sur de Chile.
Mayo: tratado de Lircay.
Agosto: alzamiento en Cuzco y Arequipa.
Septiembre: matanza en La Paz.
Julio-agosto: luchas entre insurgentes en Chile.
Octubre: reconquista realista de Chile.

1815 Mayo: vencido el alzamiento de Cuzco.
Bouchard y Brown (al servicio de Buenos Aires) hacen campañas de corso en el Pacífico (1815-1816).

1817 Enero: San Martín cruza los Andes. Vence a los realistas en Chacabuco y ocupa Santiago. Luchas indecisas en Chile.

1818 *Dictadura de O'Higgins en Chile.*
Marzo: derrota insurgente en Cancha Rayada.
Abril: derrota realista en Maipú. Realistas se mantienen al sur.
Disputas entre insurgentes chilenos y argentinos (fusilamiento de los hermanos Carrera).

1819 Febrero: alianza Chile-Argentina. Motín y represión en San Luis.
San Martín ignora la orden de volver a Argentina para combatir rebeliones. Los realistas se retiran a Tupiza.

1820 Febrero: cae Valdivia. Tras conocerse el alzamiento de Riego, parte la expedición al Perú. Desembarco en Pisco (septiembre).
Operaciones hacia el interior.
Diciembre: Trujillo (gobernada por Torre Tagle) se adhiere a los insurgentes.

1821 «Pronunciamiento» de Aznapuquio. Virtual tregua.
Junio: entrevista La Serna-San Martín. Tras ello, defecciones de jefes realistas (La Mar, Gamarra).
Julio: realistas abandonan Lima.
Septiembre: La Mar entrega El Callao. Cuzco, «capital» realista.

1822 Abril: Batalla de Ica (victoria realista). Canterac vence a Tristán en Pisco.

Mayo: sale el almirante Cochrane.
Marzo-diciembre: motines en la escuadra peruana contra Bolívar.

1823 Enero: victorias realistas en el sur del Perú (Torata y Moquegua). Campaña fracasada de Santa Cruz. Batalla de Zepita (agosto).
Diciembre: llega Bolívar a Lima.
Doctrina de Monroe.

1824 Febrero: sublevación prorrealista en El Callao (contra Bolívar).
Agosto: derrota realista en Junín.
Diciembre: derrota y capitulación de Ayacucho. Última tentativa realista de resistencia en Arequipa (Pío Tristán, virrey).

1826 El Callao resiste hasta enero.
El archipielago de Chiloé hasta el mimo año.

BUENOS AIRES (con Uruguay, Paraguay y Alto Perú)

1809 Enero: destitución de Liniers. Juntas rebeldes en Chuquisaca y La Paz (25 mayo, 9 julio)
Septiembre: apertura de los puertos al comercio inglés.
Octubre-noviembre: Goyeneche derrota a los rebeldes del Alto Perú.

1810 25 de mayo: Alzamiento en Buenos Aires. Siguen otras provincias.
Agosto: insurrectos ocupan Córdoba.
Septiembre: alzamiento en Cochabamba. Batalla de Aroma (derrota realista).
Noviembre: derrota realista en Suipacha. Insurgentes dominan el Alto Perú.

1811 Enero: llega Elío a Montevideo.
Febrero: Batalla de San José.
Mayo: batalla de Ambas Piedras (insurrectos ocupan la Colonia).
Junio: derrota insurgente en Guaqui (Alto Perú). Armisticio en Montevideo (en poder de Elío).
Noviembre: alzamiento (segunda vez) en Cochabamba y Tacna.

1812 Fracaso en Buenos Aires del complot de Alzaga.
Enero: reanudación de las hostilidades en Montevideo.
Noviembre: victoria de Belgrano en Tucumán.

1813 Febrero: victoria de Belgrano en Salta.
Nueva expedición argentina en Alto Perú.

Octubre-noviembre: Pezuela derrota a Belgrano en Ayohuma y Vilcapugio.

1814 Marzo: capitulación de Montevideo.
Francia, dictador del Paraguay.

1815 Tercera expedición argentina al Alto Perú. Derrotada por Pezuela en Viluma (noviembre)

1816 Campañas realistas contra los «republiquetas» en el Alto Perú (última vencida en noviembre). Campañas de corso del marino argentino Brown. *Invasión portuguesa de Uruguay.* San Martín organiza su ejército. Julio: Congreso de Tucumán. Proclamación de la Independencia argentina.

1817 Enero: Montevideo ocupado por los portugueses. Ofensiva realista (La Serna) sobre Salta y Jujuy (fracasada).
Gobierno de Pueyrredón (1816-1819). Expedición argentina hasta Chuquisaca.

1818 Olañeta invade Jujuy. *Creciente anarquía: caudillos provinciales.*

1819 Olañeta invade Jujuy.

1820 Guerra civil argentina. Batalla de Cepeda.
Invasión realista del norte argentino (alcanza Salta).

1821 Guerrilla de Lanza en Ayopaya, derrotada por Olañeta (octubre).
Muere el caudillo Ramírez en lucha con E. López.

1822 *Septiembre: Independencia de Brasil.*
Invasión realista hasta Jujuy.

1823 Gamarra y Santa Cruz dirigen una ofensiva contra el Alto Perú (vencida la batalla de Zepita), que llega a ocupar la Paz y Oruro.
Ascensión de F. Quiroga.

1824 Pronunciamiento de Olañeta.
«Los Treinta y tres» inician la lucha en Uruguay contra el Brasil.

1825 *Victorias uruguayas (la guerra dura hasta 1829).*
Lanza ocupa La Paz. Muere Olañeta (1 de abril).
Agosto, proclamación de la Independencia de Bolivia (Potosí, última posición realista).

1824-
1833 Numerosos planes y proyectos de reconquista.

BIOGRAFÍAS

Hemos creído conveniente añadir el siguiente apéndice con las biografías de los más importantes jefes que tomaron parte en la guerra de América en defensa de la causa realista.

En dichas biografías se ha querido incluir la suerte política o militar de dichos personajes acabada la contienda. En algunos casos, sus vidas adquieren relieve histórico precisamente entonces.

Examinando el destino posterior de algunos de los protagonistas de la guerra, vemos, desde jefes militares o políticos de los diferentes estados (Espartero, Ballivian, Castilla), hasta «neorrebeldes» contra la causa que defendieron en la América continental (caso de Narciso López).

Resulta curioso constatar cómo 20 ó 30 años después de terminada la guerra, muchos puestos de importancia (incluyendo las jefaturas del Estado o del gobierno), tanto en España como en muchas repúblicas americanas, estaban ocupados por hombres que, en algún momento de su carrera, militaron en las filas de los defensores de la causa realista, de la que fueron, sobre todo en el caso de los oficiales americanos, pasando a la contraria en circunstancias diversas.

José Abascal (1743-1821). Nacido en Oviedo, militar, presidente de la Audiencia de Guadalajara en México, virrey del Perú (1806), es el último de los grandes virreyes de las posesiones americanas de España. Lleva a cabo toda clase de reformas de alcance económico en la línea del «despotismo ilustrado» y a partir de 1808, se apresta a la defensa de su virreinato, primero contra las pretensiones «portuguesas» de la infanta Carlota Joaquina y, a continuación, contra la insurrección de los territorios colindantes. Reprime con rapidez, en 1809, los alzamientos del Alto Perú y de Quito, organiza fuerzas (entre ellas el Regimiento de la Concordia española) y, a partir de 1810, dirige la lucha contra los insurrectos de aquella zona de la

América meridional. Sus fuerzas, al mando de los generales Goyeneche y Pezuela, derrotan a las expediciones argentinas al Alto Perú e invaden infructuosamente el Tucumán, sofocan la segunda revolución de Quito y, en 1814, llevan a cabo la reconquista de Chile.
Al mismo tiempo, Abascal con habilidad y firmeza reprime las diversas conspiraciones independentistas en el interior del Perú. Solicita al Rey su relevo y deja su puesto al general Pezuela y, a su regreso a España, recibe el título de marqués de la Concordia.
En la historiografía peruana, se suele atribuir a su acción una importancia exagerada en la ausencia casi total de movimientos insurgentes en el Perú en las primeras etapas de la lucha independentista americana. Sin embargo, resulta evidente que el mismo Abascal, virrey de Nueva Granada o Buenos Aires, se hubiera visto, por muchas dotes que desplegara, en dificultades mucho mayores con sus gobernados de las que, de hecho, tuvo en el Perú.

Agustín Agualongo (1780-1824). Natural de Pasto, indio de pura raza y «pintor al óleo» de profesión, se alista en la milicia de su ciudad natal, en 1811, y participa en las diversas campañas contra los insurgentes en el sur de Nueva Granada y Quito. En 1819 es ya teniente, grado alcanzado por méritos de guerra. Teniente coronel en 1822, prisionero en Quito, se da a la fuga y se convierte en el alma de la resistencia realista de su ciudad natal. Organiza la sucesión de alzamientos entre octubre de 1822 y los años siguientes, obteniendo algunos éxitos sobre las fuerzas republicanas. Fracasado el último, dirige durante algunos meses una campaña de guerrillas durante la cual es hecho prisionero y enviado a Popayán, donde, tras negarse a reconocer a la República de Colombia, es fusilado, dándose la circunstancia de haber recibido el nombramiento de brigadier de las fuerzas realistas pocos momentos antes.

Isidro Alaix. Nacido en Ceuta en 1789 y alistado en el ejército como soldado en 1806, participa en la guerra de Independencia, en la que alcanza el grado de oficial y, como tal, pasa a América con el Regimiento del Infante Don Carlos. En 1818, asiste a la campaña de Chile y es hecho prisionero tras la batalla de Maipú permaneciendo en esa situación hasta su canje en 1820. Regresa al Perú, donde toma parte en las últimas campañas de este virreinato y figura entre los defensores de El Callao hasta 1826, alcanzando para entonces el grado de coronel. Regresa a España y se distingue en la guerra carlista, en la que toma parte junto a las fuerzas gubernamentales, obteniendo, entre otros éxitos, la victoria de Villarrobledo sobre la expedición de Gómez. Ministro de la Guerra, recibe el título de conde de Vergara.

Martín de Alzaga. Comerciante de origen vasco y establecido en Buenos Aires, alcalde de dicha ciudad, participa con Liniers en la lucha contra las dos expediciones inglesas. Poco después, se opone a aquél por considerarlo excesivamente entregado a los criollos, a raíz de lo cual surgen los partidos cuya lucha desencadenará el movimiento de mayo de 1810. Dirige a partir de esa fecha el partido de los peninsulares, más o menos resignados a la Independencia, y en combinación con la infanta Carlota Joaquina del Brasil intenta un golpe para derribar al gobierno insurgente de Buenos Aires. Fracasado éste, Alzaga y otros jefes del mismo son ejecutados.

Joaquín Arredondo (1778-1837). Combate la insurrección mexicana desde los primeros momentos obteniendo diversos éxitos contra las partidas insurgentes. Gobernador de Nuevo Santander, en 1813 acude a la reconquista de Texas ocupada por una expedición formada en su mayor parte por norteamericanos, a los que derrota en el río Medinilla y reprime con severidad en San Antonio. En 1816 manda en jefe las fuerzas que combaten a la expedición de Mina, a la que logra derrotar y, nuevamente, reprime con dureza. Gobernador de las provincias del norte de Nueva España hasta la Independencia del virreinato (1821), en que tras intentar combatirla debe retirarse a Cuba.

Manuel Arredondo. Hijo de un virrey de Buenos Aires y oficial del ejército español, toma parte en la campaña del Rosellón. En 1809, teniente coronel en el ejército del Perú, capitanea la expedición que acaba con la rebelión de Quito, reprimiendo, a continuación, el motín de agosto de 1810. Desempeña, posteriormente, diversos puestos de gobierno en territorios del Perú e interviene en la primera defensa de El Callao contra San Martín. Tras capitular, al conocer la retirada hacia Cuzco del ejército realista, regresa a España, donde alcanza el empleo de mariscal de campo. Fallece en 1845.

Melchor Aymerich. Nacido en 1757, cadete en 1772, participa en la expedición contra Argel y en la campaña del Rosellón. Brigadier en 1810, gobernador de Cuenca en la audiencia de Quito, desempeña diversos mandos en varios momentos durante la contienda en el área de aquella audiencia y el meridión neogranadino. En 1821, tras la muerte accidental del general de la Cruz Mourgeón, asume el mando en jefe de las fuerzas realistas de Quito y es derrotado al año siguiente, en la batalla de Pichincha. Posteriormente desempeña diversos mandos en la isla de Cuba.

José Ballivián (1805-1852). Nacido en La Paz, hijo de un oficial del ejército español que fue asesinado durante la matanza de realistas en 1814, a raíz de la ocupación de la ciudad por los indígenas del cacique Pumacagua, y

nieto del brigadier Segurola, que se distinguió en la campaña contra Tupac Amaru, se alista a los doce años en el ejército realista con el que participa en la campaña de Salta. En 1821, sin embargo, cambia de campo y, tras un intento fracasado de sublevar su unidad, se suma a la guerrilla de Lanza, con la cual participa en las últimas campañas en el Alto Perú, hasta 1825. Interviene activamente en la política boliviana en tiempo de Sucre y Santa Cruz, al cual apoya durante su presidencia en Bolivia y en la Confederación Perú-boliviana. En 1841, derrota al ejército peruano de Gamarra en Ingavi, tras lo cual ocupa la presidencia de la República, cargo que desempeña hasta 1847 en que es derribado por el general Belzú, tras la batalla de Yamparaez. Último de los «caudillos ilustrados», se exila a continuación al Brasil, donde muere sin haber vuelto a su país, a pesar de que sus partidarios lleven a cabo alguna tentativa contra el régimen de Belzú. Varios miembros de su familia han desempeñado, en diversos momentos, cargos importantes en la política boliviana. [1]

José María Barreiro (1793-1819). Artillero, toma parte en las batallas de Bailén y Talavera, y pasa a América con la expedición de Morillo, siendo enviado a Nueva Granada. Organiza la defensa de Bogotá y opera contra la zona insurgente de Los Llanos de Venezuela. Combate a la expedición de Bolívar en 1819, siendo derrotado en el pantano de Vargas y en el puente de Boyacá y obligado a capitular. Poco después, es fusilado por orden del general colombiano Santander en ausencia de Bolívar, con otros 36 oficiales prisioneros.

José Tomás Boves, o Bobes (1782-1814). Asturiano, se establece en Venezuela donde lleva la vida de los llaneros, a los cuales se asimila rápidamente. En 1813 dirige la reacción realista y al mismo tiempo populista, contra la aristocracia independentista de Caracas, llevando a cabo campañas de gran ferocidad como jefe del «Ejército Real de Barlovento», formado por llaneros, negros ex esclavos, etc., y aniquilando a la segunda República venezolana. Derrota a Bolívar en la batalla de la Puerta y muere en combate, en diciembre de 1814, siendo sustituido al mando de su ejército por Morales, que hasta aquel momento ha sido su segundo en el mando.

Anastasio Bustamante (1780-1845). Mexicano, médico de profesión, al comienzo de la insurrección de Hidalgo se alista en una unidad de voluntarios realistas en la que, con el grado de capitán, toma parte en la represión de

[1] Entre ellos, su hermano Vicente, escritor; sus hijos Adolfo y Arturo, presidentes de la República; Manuel Vicente, geógrafo y político; su hermana Margarita y, más recientemente, el general Hugo Ballivian, brazo ejecutor del «mamertazo» (1952).

aquélla a las órdenes de Calleja. Combate posteriormente contra las guerrillas independentistas alcanzando el grado de coronel y se adhiere, como tantos otros jefes realistas, al plan de Iguala (1821). Partidario de Iturbide, interviene a continuación en la política mexicana en las filas del partido conservador. Derriba a Guerrero (1829) y alcanza la presidencia de la república en 1837 tras la renuncia del general Santa Anna, debida a su derrota frente a los insurgentes tejanos. Derribado en 1841, se retira de la vida pública.

Juan Manuel Cagigal. Militar destinado desde algunos años antes a Venezuela, en 1811 se pone a la cabeza de las fuerzas de Coro para la lucha contra los insurrectos de Caracas en combinación con las fuerzas de Monteverde. Sustituye a éste en 1813 y dirige nominalmente la lucha contra Bolívar, aunque la dirección real y el peso de la campaña esté a cargo de Boves y de su sucesor Morales. Tras la llegada de Morillo (1815), regresa a España y en 1819 es nombrado capitán general de Cuba, cargo que conserva hasta poco después de la revolución liberal de 1820.

Félix Calleja. Peninsular, brigadier en el ejército de Nueva España, combate a la rebelión de Hidalgo desde los primeros momentos, llevando a cabo una activa campaña y una severa represión y derrota a los independentistas en la batalla del puente de Calderón, tras lo cual dirige con eficacia la campaña contra las guerrillas que continuarán la lucha en varias zonas del virreinato. Es nombrado virrey en sustitución de Venegas en 1813, cargo que conserva hasta 1816, período en el cual derrota a Morelos y reduce la insurgencia a una lucha de guerrillas dispersas. Vuelto a España, se opone a la revolución de 1820 y permanece en retiro hasta su muerte en 1828.

José de Canterac (1786-1835). De origen francés, emigrado de su país por la revolución, toma parte en la lucha contra la invasión napoleónica alcanzando el grado de brigadier. Acompaña a Morillo en la expedición a Venezuela y después es trasladado al Alto Perú, donde combate a las guerrillas independentistas y lleva a cabo algunas efímeras expediciones contra el territorio argentino. Participa en la destitución de Pezuela y asume el mando del ejército de Lima. Como tal, lleva a cabo diversas campañas contra los insurgentes obteniendo la victoria de Moquegua. Derrotado en Junín y Ayacucho, negocia los términos de la capitulación. Tras su regreso a España, desempeña algunos destinos importantes, entre ellos el de capitán general de Castilla la Nueva siendo muerto por los sublevados de la Milicia Nacional en enero de 1835.

Leandro Castilla. Nacido en Chile en 1790, hermano de Ramón, como oficial del Regimiento de Concepción toma parte en la contienda desde sus co-

mienzos, interviniendo en las campañas de Chile de 1814. Desempeña, hasta 1817, diversas misiones de reconocimiento de los ejércitos insurgentes al otro lado de la cordillera y, en aquella fecha, es hecho prisionero tras la batalla de Chacabuco, siendo llevado a Buenos Aires, de donde se fuga en 1819 para regresar a Lima por la ruta de Montevideo, La Habana y Panamá y reincorporarse al ejército realista como oficial de los Dragones de la Unión, destino con el que operando en el Alto Perú y en las campañas del sur del virreinato, como ayudante de campo del comandante en jefe. Asiste a la batalla de Ayacucho y, tras la capitulación, a la que no quiere acogerse, marcha a España como jefe de una expedición de repatriados. Permanece en la Península, sin mando, hasta 1833 en que solicita el retiro del ejército. Poco después, se suma a las fuerzas del pretendiente en la contienda carlista, alcanzando el grado de brigadier y combatiendo en el ejército del Maestrazgo. Último comandante de la plaza de Morella, en la que capitula ante las fuerzas cristinas.

Ramón Castilla (1797-1867). Natural de Tarapacá, se incorpora al cuerpo de Dragones de la Frontera (1811), en Chile, y combate a los insurrectos en las diversas campañas de ese país. Prisionero de los argentinos tras la batalla de Chacabuco y trasladado a Buenos Aires, logra darse a la fuga llegando tras largas peripecias a Lima, donde se reincorpora al ejército realista. Nuevamente prisionero en 1820, se suma esta vez a las fuerzas patriotas y se distingue en la batalla de Ayacucho. Interviene posteriormente en la agitada política peruana, opuesto a Santa Cruz y a su Confederación perú-boliviana, y en 1843 asume la presidencia de la República que, con algún intermedio, conserva hasta 1862. Muere en 1867 cuando toma parte en una rebelión contra el gobierno de Prado.

Juan (Gutiérrez) de la Concha. Marino, toma parte en numerosas campañas navales. En 1803, es destinado al Río de la Plata, en donde desempeña diversos cometidos y se distingue con Liniers en la defensa de Buenos Aires contra las dos expediciones inglesas de 1806 y 1807, derrotadas casi exclusivamente con fuerzas autóctonas. Gobernador de Córdoba, al iniciarse la revolución de 1810, trata de combatirla junto a Liniers pero, abandonado por sus escasas fuerzas, es hecho prisionero y fusilado por los insurrectos. Sus hijos fueron los generales José y Manuel Gutiérrez de la Concha que tanto se distinguieron en las luchas civiles y político-militares del siglo XIX español.

José de Córdoba y Rojas (1774-1810). Marino desde 1787, toma parte en campañas navales contra las escuadras francesa e inglesa y, en 1801, pasa al Río de la Plata. En 1806 y 1807 participa en la victoria contra las expedi-

ciones inglesas a Buenos Aires. Al estallar la revolución de 1810, Córdoba combate con el pequeño ejército del general Nieto en el Alto Perú. Derrota a los insurgentes en Cotagaita pero se deja sorprender imprudentemente en Suipacha, tras lo cual es hecho prisionero y fusilado por orden de Castelli. Sus hijos fueron los generales Luis y Fernando Córdoba, que se distinguieron en los acontecimientos político-militares del reinado de Isabel II.

Francisco Javier Elío (1767-1822). Militar, toma parte en la defensa de Orán y en la guerra del Rosellón; en 1807 es enviado a América y está presente en la defensa de Buenos Aires. Asume, a continuación, el gobierno de Montevideo, desde donde se opone con el partido español al virrey Liniers que domina en Buenos Aires, rivalidad que, evidentemente, facilitará el triunfo de la revolución de mayo de 1810. Elío, que en esa época está en España, regresa en 1811 como virrey del Río de la Plata con residencia en Montevideo, donde combate a los insurgentes hasta la «Concordia» de Octubre de 1811, tras lo cual regresa a España, donde manda un ejército en la guerra contra los franceses derrotando al mariscal Suchet. En 1814 favorece el restablecimiento de la monarquía absoluta pronunciándose a su favor. Capitán general de Valencia, reprime con severidad varias tentativas de alzamientos militares. Triunfante el de 1820, conspira contra la nueva situación y en 1822 es procesado y ejecutado.

Baldomero Espartero (1793-1879). Soldado durante la guerra contra la invasión francesa, consigue en la misma el grado de capitán y pasa a América en la expedición del general Morillo, siendo destinado al Perú, donde toma parte en las campañas contra los insurgentes de la hoy República de Bolivia. En 1820 figura entre los oficiales liberales que proclaman la Constitución de Cádiz en aquellas tierras y, poco después, reprime con severidad una conspiración para entregar Oruro a los insurgentes. Combate en la batalla de Torata, asciende a coronel y, aunque no toma parte personalmente en la batalla de Ayacucho, éste será el apodo con que se le conocerá a él y a sus partidarios por sus enemigos políticos. Toma parte en la guerra carlista con la fortuna varia que es conocida y, a partir de 1837, se convierte en uno de los líderes militares del partido progresista. Generalísimo del ejército, negocia el «abrazo de Vergara» con Maroto, otro ex combatiente de la contienda americana. Regente tras la retirada de la Reina Gobernadora, sofoca varios alzamientos contra su régimen, pero es derribado por el gran movimiento de 1843, tras lo cual debe exiliarse a Inglaterra. Nuevamente primer ministro en 1854, tras el final del bienio progresista (1856), se retira progresivamente de la política aunque conservando tal popularidad

que se llega a presentar su candidatura al trono tras la revolución de 1868. Fallece en 1879 en su retiro de Logroño. [2]

León Febres Cordero. Nacido en Maracaibo, combate en el bando realista en las filas del batallón de Numancia hasta 1820. Cambia de campo en esa fecha, dirige la sublevación de Guayaquil y participa a continuación en las campañas independentistas, asistiendo a las batallas de Yaguachi y Pichincha. Hecho prisionero en el pronunciamiento realista de El Callao (febrero de 1824) y puesto en libertad después de la batalla de Ayacucho, prosigue su carrera militar en el ejército grancolombiano tomando parte en la batalla de Tarqui contra los peruanos y, posteriormente, en el de la República del Ecuador.

Manuel Fernández Castrillón. Oficial del ejército español, toma parte en la guerra contra Napoleón y pasa a México con el virrey Venegas. Combate a los insurgentes hasta 1821 y, sumado posteriormente a la causa trigarante, alcanza el grado de general en el ejército mexicano. Participa en 1836 en la guerra contra los colonos de Texas y se distingue en la toma de la fortaleza de El Álamo (6 de marzo de 1836). Muerto heroicamente en la batalla de San Jacinto (21 de abril de 1836) cuando trata de contener la desbandada de las tropas mexicanas ante las del general Houston.

Valentín Ferraz (1793-1866). Toma parte en la guerra de Independencia, distinguiéndose en la defensa de Zaragoza y en las campañas de Aragón y Valencia. En 1816 pasa al Perú como capitán de caballería donde asiste a las diversas campañas que tienen lugar en aquel virreinato siempre como jefe de caballería, capitulando finalmente en Ayacucho y regresando a España. Durante la guerra carlista, en la que toma partido por el gobierno, desempeña entre otros destinos el de inspector de caballería, tras lo cual ostenta diversos puestos políticos en el grupo de los «ayacuchos», de los que es un típico ejemplar, en apoyo de la causa progresista y del régimen del general Espartero.

Vicente Filisola (1785-1850). Napolitano de nacimiento, llega a México como oficial del ejército realista acompañando al virrey Venegas. En la guerra con los insurgentes, alcanza el grado de coronel. Sumado al ejército trigarante entra en México (septiembre de 1821) y lleva a cabo la anexión al imperio de Iturbide de la América Central. Interviene a continuación en los habituales pronunciamientos y crisis internas de la República. En 1836, durante la guerra de Texas, como segundo del general Santa Anna, dirige

[2] Vid., *Historia de su vida militar y política*, Madrid, 1843-1845, 4 vols.

la retirada del ejército mexicano tras la derrota de San Jacinto, por lo cual es muy censurado, lo que no impide que desempeñe a continuación otros cargos importantes, entre ellos, el de presidente del Tribunal Supremo de guerra.[3]

Gabino Gainza. Nacido en 1754, toma parte en la guerra de Independencia de los Estados Unidos asistiendo a la toma de Pensacola. Después participa en la represión de la rebelión de Tupac Amaru en el Perú. En 1809 es coronel del Regimiento Real de Lima. Sustituye a Pareja en la dirección de la lucha contra los insurrectos chilenos y, tras algunas alternativas, firma el tratado de Lircay que no llegará a tener virtualidad pero que le vale ser reprobado por el virrey Abascal. En 1820 asume *de facto* la capitanía general de Guatemala y al año siguiente se adhiere al plan de Iguala favoreciendo la anexión de América Central al imperio mexicano de Iturbide, tras lo cual se retira a la vida privada.

Agustín Gamarra (1785-1841). Natural de Cuzco, cadete al comienzo de las hostilidades, participa en ellas hasta 1820 en el bando realista tomando parte en las campañas del Alto Perú. En 1820 pasa al bando contrario e interviene en las campañas de San Martín y Bolívar en el Perú, combatiendo en Junín y Ayacucho. Actúa después en la política peruana y derroca a La Mar en 1829, asumiendo la presidencia de la República, que conserva hasta 1833. Opuesto a Santa Cruz y su Confederación perú-boliviana, recupera gracias al apoyo de Chile la presidencia, durante la cual muere en la batalla de Ingavi combatiendo contra el ejército boliviano.

Basilio García. Nacido en 1773, se alista en el ejército como soldado raso en 1794, toma parte en la guerra contra la Convención y en la de Independencia. En 1815 pasa a América con la expedición de Morillo, donde combate en Venezuela hasta 1818, en que asume el mando de las fuerzas realistas en el sur de Nueva Granada. Allí permanece hasta la capitulación de 1822, tras las batallas de Bomboná y Pichincha. Para esa fecha, ha alcanzado por méritos de guerra el grado de coronel. Regresa a España en 1823, donde desempeña varios mandos en Andalucía simultaneándolos con la jefatura de los voluntarios realistas. No debe ser confundido, como ocurre con frecuencia, con su homónimo, el que fue general carlista en la guerra de los Siete Años y se distinguió por dirigir varias expediciones en el territorio dominado por las fuerzas de la Reina.

[3] Sobre las diversas campañas de Texas antes y después de la Independencia ver V. Filisola, *Memorias para la historia de la Guerra de Tejas*, México, 1848.

Andrés García Camba. Enviado a América en la expedición de Morillo, es destinado al Alto Perú, donde toma parte en diversas campañas, entre ellas la expedición a Salta pasando, después, a Lima donde, como liberal, dirige la acción destinada a lograr la destitución del virrey Pezuela, considerado absolutista, que culmina en el motín de Aznapuquio. Brigadier, participa en las últimas campañas del Perú, asistiendo a las victorias de Torata y Moquegua como jefe del estado mayor del general Valdés y a la derrota de Ayacucho, tras lo cual regresa a España. Tras el fin del absolutismo, interviene en política en el área progresista y, como típico exponente del militar «ayacucho», partidario de Espartero, bajo cuya regencia desempeña varios puestos, entre ellos el Ministerio de Marina. Publicó una obra (obviamente autojustificativa) sobre las campañas del Perú.

Manuel Gómez Pedraza (1789-1851). Combate desde 1810 en las filas realistas como oficial de la unidad de Fieles de Potosí, llegando por méritos de guerra al grado de teniente coronel. Como tal, participa en la campaña contra los insurgentes hasta 1821 en que se suma a la causa de Iturbide. Interviene a continuación en la política mexicana como uno de los caudillos del partido conservador, por lo que alterna los habituales períodos de exilio y el desempeño de importantes cargos, entre ellos el de presidente de la República (1832-1833).

José Manuel de Goyeneche (1776-1846). Nacido en Arequipa de una familia de origen navarro, ingresa en el ejército español y en 1808, como coronel, es enviado a América por la Junta de Sevilla. Considerado como agente de la infanta Carlota Joaquina en su pretensión de anexionar al Brasil las posesiones españolas, sirve de pretexto involuntario para el movimiento de mayo de 1809 en el Alto Perú. A partir de ese momento, toma el mando de las fuerzas del virrey Abascal en esa región, domina el alzamiento y, al año siguiente, dirige la lucha contra las fuerzas de Buenos Aires, a las que vence en 1811 en las batallas de Guaqui y Sipe-Sipe, recuperando el Alto Perú y dominando (mayo de 1812) la segunda sublevación de Cochabamba. Dimite tras el fracaso de su segundo Tristán frente a Belgrano (1813) y regresa a España, donde recibe el título de conde de Guaqui y desempeña algunos cargos, entre ellos el de diputado por Arequipa en 1822, retirándose posteriormente de la actividad política.

Agustín de Iturbide (1783-1824). Oficial del regimiento de milicias de Valladolid (hoy Morelia) y, al parecer, después de participar en alguna conspiración de carácter más o menos independentista, toma partido en 1810 por la causa realista e interviene en numerosas acciones de guerra, combatiendo en la batalla del monte de las Cruces y llevando a cabo, con

gran actividad, diversas campañas contra Morelos y las guerrillas independentistas. En 1820 es ya coronel y, como tal, se suma a la conspiración de la «Profesa» para impedir el restablecimiento de la Constitución de 1812 en la Nueva España. Poco después, sin embargo, participa en los proyectos para llevar a cabo una independencia del virreinato que no suponga cambio alguno en lo social y económico y, como jefe del ejército trigarante, dirige la campaña de éste entrando en Ciudad de México en septiembre de 1821. Presidente provisional, en 1822 es proclamado emperador de México y coronado en mayo del mismo año. El pronunciamiento, entre otros, de Santa Anna (enero de 1823) le obliga a abdicar y a exiliarse a Italia poco después. Regresa a México al año siguiente sin saber que el Congreso le ha declarado fuera de la ley, y detenido es condenado a muerte y fusilado el 19 de julio de 1824. Su memoria fue rehabilitada años más tarde por los gobiernos conservadores de Santa Anna y Bustamante. Su nieto fue nombrado sucesor del emperador Maximiliano durante el efímero segundo imperio.

Angel Laborde y Navarro (1772-1834). Ingresa en 1791 en la Marina española y participa en las guerras contra la Revolución francesa, contra Inglaterra y la de la Independencia de España, contribuyendo a la captura de la escuadra francesa del almirante Rosilly y a la defensa de Cádiz. En 1820 se hace cargo del mando de las fuerzas navales de Tierra Firme (Venezuela) con base en Puerto Cabello, desde donde combate a los insurrectos. En 1823 hace levantar el bloqueo de dicha plaza por una flota colombiana infligiéndole una derrota, pero fracasa en el combate de Maracaibo frente a la escuadra insurgente y, poco después, recibe el mando de las fuerzas navales con base en La Habana, con las cuales lleva a cabo con éxito diversas campañas contra los corsarios al servicio de los insurgentes. Bloquea la escuadra del almirante Potter en Cayo Hueso, consiguiendo su desarme y en 1829 manda la escuadra de apoyo a la expedición Barradas destinada a la reconquista de México, tras lo cual lleva a cabo una campaña en la isla de Santo Domingo en apoyo de los rebeldes contra Haití, partidarios de España. Nombrado ministro de Marina en octubre de 1833, muere de cólera en 1834, todavía al mando de la comandancia general de Marina en Cuba.

José La Mar (1778-1830). Nacido en Cuenca (hoy República del Ecuador), oficial en el ejército español, toma parte en la guerra contra la invasión francesa. Defensor de Zaragoza, prisionero en Francia, evadido posteriormente, alcanza el grado de brigadier. En 1816 pasa al Perú y defiende El Callao contra Cochrane y San Martín, pero en 1821, como tantos otros oficiales americanos en ésta época, pasa al campo patriota entregando Lima y par-

ticipando en las batallas de Junín y Ayacucho. En 1827 asume la presidencia del Perú, que conserva hasta 1829 en que es derribado por el general Gamarra, también antiguo oficial realista. Fallece en el exilio en San José de Costa Rica.

Miguel de la Torre (1786-1843). Inicia su carrera como soldado raso. Alcanza el grado de oficial durante la guerra de la Independencia y es enviado a América con la expedición de Morillo. Toma parte en la guerra en Costa Firme contra los insurgentes y se distingue en las campañas de 1816 y años posteriores, dirigiendo la defensa de Angostura, en la que actúa como comandante en jefe. Sustituye a Morillo en 1820 como comandante de las fuerzas realistas en Venezuela y, como tal, es derrotado en la batalla de Carabobo. En 1822 es nombrado capitán general de Puerto Rico desde donde continúa ocupándose de los asuntos de Venezuela, llevando a cabo planes para su reconquista. Teniente general en 1824, continúa en el cargo hasta 1837 en que vuelve a España, donde recibe el título de conde de Torre Pando.

Francisco Linaje (1795-1847). Soldado en 1815, parte para América con la expedición de Morillo combatiendo en Tierra Firme hasta 1820 en que alcanza el grado de capitán y regresa a España acompañando a aquel general. En la guerra carlista, en la que toma parte en el bando cristino, llega a coronel (1837) y poco después se convierte en el secretario y hombre de confianza de Espartero adquiriendo bajo la regencia de éste una gran influencia política y militar, ascendido a mariscal de campo. Sujeto pasivo de la célebre «Salve de Olózaga» que desencadenaría la revolución contra la regencia de su jefe, se exila con aquél a Inglaterra, donde permanece varios años.

Santiago Liniers (1753-1810). Francés de nacimiento, en 1774 ingresa en la Marina española y es enviado a Buenos Aires, donde se establece y desempeña entre otros el cargo de gobernador de Misiones. Organiza la resistencia contra las invasiones inglesas, derrotándolas y asumiendo el cargo de virrey. En 1808, la crisis provocada en Europa por la invasión napoleónica de España provoca una confusa lucha de partidos en el virreinato del Río de la Plata, y Liniers figura en el partido criollo opuesto a los peninsulares de Martín de Alzaga en Buenos Aires y al general Elío en Montevideo, pero fiel a la Corona española. Sustituido en 1809 en su cargo por Hidalgo de Cisneros, no participa en la revolución de 1810 y trata de organizar en Córdoba la resistencia contra la misma. Abandonado por sus escasas tropas, es capturado por los insurgentes y fusilado con otras autoridades locales.

Narciso López (1798-1851). Nacido en Venezuela, huérfano desde muy joven, combate en las filas realistas bajo el mando de Morales, distinguiéndose por su valor y alcanzando durante la contienda el grado de coronel. Establecido en Cuba y desempeñando destinos en la Península, toma parte en la guerra carlista en apoyo de la Reina y como miembro del sector progresista del ejército. A pesar de algunos fracasos (es vencido por el general Gómez cuando manda la «columna invencible»), alcanza el grado de mariscal de campo y regresa a Cuba en 1841 con el general Valdés desempeñando puestos de gobierno hasta la caída de la regencia de Espartero. Desde entonces inicia todo tipo de conspiraciones contra la dominación española en Cuba (idea la bandera cubana), con apoyo más o menos declarado de políticos y financieros del sur de los Estados Unidos. Dirige tres expediciones para invadir la isla que fracasan en 1848, 1849 y 1850, y otra en 1851, en el curso de la cual es hecho prisionero y ejecutado.
Es curioso el paralelo entre este dirigente del independentismo cubano y Máximo Gómez, ambos establecidos en Cuba tras haber combatido a las fuerzas separatistas en sus países de origen, Venezuela y Santo Domingo respectivamente.

Francisco Marcó del Pont (1770-1821). Cadete en 1784, participa en la campaña del Rosellón y en la guerra de Independencia, en la que es hecho prisionero y llevado a Francia, de la que regresa en 1811. Como mariscal de campo, es enviado a Chile en 1815 para hacerse cargo del gobierno, donde, sorprendido por la expedición argentina, es hecho prisionero poco después de la batalla de Chacabuco y llevado a San Luis, donde logra salvar la vida con ocasión del motín en el que son asesinados tantos realistas. Poco después, sin embargo, fallece en Buenos Aires.

Rafael Maroto (1783-1847). Participa en la defensa de Zaragoza durante la invasión napoleónica y en diciembre de 1813 pasa a América, donde toma parte en la reconquista de Chile al mando del Batallón de Talavera, siendo ascendido a brigadier. Comandante de las fuerzas realistas contra la expedición argentina, es vencido en la batalla de Chacabuco, escapando al Perú, donde continúa sirviendo en las fuerzas realistas hasta el final de la contienda en el virreinato. Es de destacar su enfrentamiento con Olañeta, que trató de pasarle por las armas. Ya en España, al comenzar la guerra carlista, se pronuncia a favor de esta causa y tiene diversos mandos en el ejército de don Carlos, llegando a ocupar el cargo de generalísimo en el ejército del norte. Domina a la facción apostólica y llega con Espartero al acuerdo conocido como el «Convenio de Vergara». Poco después se traslada a Chile, donde fallece en 1847.[4]

[4] Ver M. Torres Marín, *Chacabuco y Vergara*, Santiago, 1981.

Francisco Montalvo (1754-1822). Militar nacido en Cuba, toma parte en las expediciones contra Argel y al Río de la Plata en 1778. Brigadier en 1795 y destinado a Cuba, en 1813, ya mariscal de campo se hace cargo de la capitanía general de Nueva Granada, donde defiende Santa Marta y colabora con Morillo en la campaña de Cartagena. En 1816, es nombrado virrey de Nueva Granada, aunque su poder real se extiende poco más allá de la zona costera del Caribe. En 1818 transfiere el mando a Sámano pasando a España, donde desempeña durante algún tiempo el cargo de consejero de estado.

Domingo Monteverde. Guardiamarina en 1789, participa en numerosas acciones navales durante las guerras con Francia e Inglaterra, estando presente en San Vicente y Trafalgar y en la guerra contra la invasión francesa, donde combate en Talavera y Ocaña. En 1810, es destinado a Puerto Rico y desde allí asume el mando de la corta expedición que, reforzada por los realistas de Coro, domina la primera revolución de Caracas (1812) y reconquista la casi totalidad de Venezuela, llevando a cabo una dura represión. Combate posteriormente a la ofensiva de Bolívar en la que es derrotado. Sitiado en Puerto Cabello, entrega el mando y regresa a España por motivos de salud, desempeñando diversos mandos navales. En 1827 es coronel general y creador de la Brigada de Marina.

Francisco Morales (1783-1845). Canario de origen humilde, establecido en Venezuela, combate en el bando realista desde los primeros tiempos de la insurrección de Caracas a las órdenes de Monteverde y después de Boves, del que se convierte en segundo, dirigiendo como tal las campañas de los llaneros y sucediendo a su jefe tras su muerte. Asciende a lo largo de los años al grado de mariscal de campo y, tras la derrota de Carabobo (1821), al de capitán general de Venezuela, dirigiendo la defensa de Puerto Cabello y las expediciones que desde allí se llevan a cabo recobrando momentáneamente Maracaibo, ciudad en la que se ve obligado a capitular tras la derrota de la escuadra española. Vuelto a España, es nombrado capitán general de Canarias, cargo que ocupa hasta 1834, residiendo en esas islas hasta su muerte.

Pablo Morillo (1778-1837). De origen humilde, se alista en la infantería de marina ascendiendo a oficial en la batalla de Bailén. Coronel por una extraordinaria circunstancia en 1809, manda posteriormente una división en la fase final de la guerra de Independencia con la que participa en la batalla de Victoria; teniente general, es enviado a América con importantes fuerzas. Pacifica varias zonas de Venezuela, sitia y toma Cartagena y recupera casi toda Nueva Granada llevando a cabo una dura represión. Tras

ello, sostiene varias campañas contra Bolívar en Venezuela, de resultado no decisivo. Tras la revolución liberal de 1820, establece un armisticio con los patriotas y regresa a España, donde recibe los títulos de conde de Cartagena y marqués de la Puerta. Manda un ejército contra la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis, sumándose a la causa absolutista en Galicia. Durante la guerra carlista, apoya al bando isabelino pero se retira enseguida a un balneario francés en el que muere.

Francisco Narváez. Nacido en 1797, participa en la guerra de la Independencia y en 1818 pasa a Chile tomando parte en la campaña que sigue a la derrota de Maipú hasta el año 1820; después pasa al Perú y participa en las campañas contra la expedición de San Martín; combate en Huamanga y Huancavelica y otras acciones en las campañas en la sierra peruana ascendiendo a coronel y regresando a España en comisión de servicio en 1824, antes de las derrotas finales del ejército realista. Es destinado posteriormente a Cuba. Durante la guerra carlista, como general, toma parte en la campaña del Maestrazgo en 1837 y 1838, llegando a capitán general de Castilla la Nueva. Opuesto a Espartero, contribuye a su caída en 1843 y, posteriormente, desempeña diversos cargos militares y políticos.

Pedro Antonio Olañeta (1762-1825). Natural de Guipúzcoa, sirve como capitán en la compañía de naturales de Elgueta durante la guerra contra la Convención, alcanzando el grado de segundo teniente de voluntarios de Guipúzcoa. Establecido en Salta como comerciante y de ideas absolutistas, combate en las filas realistas desde el comienzo de la revolución de 1810 participando en las batallas de Salta, Tucumán, Sipe-Sipe y Viluma, y asumiendo el mando de las fuerzas realistas en el Alto Perú a partir de 1817 con las cuales invade varias veces el norte argentino, alcanzando el grado de general. A partir de la destitución de Pezuela, se opone progresivamente al nuevo virrey La Serna actuando en la práctica con independencia de aquél aunque rechaza las propuestas de Bolívar y de su sobrino Casimiro Olañeta (futuro inspirador de la política boliviana durante mucho tiempo) de sumarse a la causa independentista para la creación de la futura República de Bolivia. Tras la capitulación de Ayacucho, invadido el Alto Perú por las fuerzas de Sucre, Olañeta trata de resistir pero, abandonado por casi todas sus tropas, es derrotado y muere combatiendo en la batalla de Tumusla (abril de 1825). En julio de 1825 se le había expedido el nombramiento de virrey.

José Ordóñez. Se distingue en la lucha contra la invasión francesa, donde alcanza el grado de teniente coronel y es hecho prisionero. En 1815 es nombrado intendente de la provincia de Concepción en Chile, donde or-

ganiza la resistencia, tras la derrota de Chacabuco, frente a la invasión argentina defendiendo la plaza de Talcahuano y tomando parte en la campaña de 1818 dirigida por Osorio. Es hecho prisionero en Maipú, llevado a San Luis y asesinado tras el motín de febrero de 1819 por instigación del político radical argentino Monteagudo.

Mariano Osorio (1772-1820). Nacido en Sevilla en el seno de una noble familia, oficial de artillería, toma parte en la guerra de Independencia y pasa a Lima como comandante general del arma a la que pertenece. Jefe de la expedición destinada a la reconquista de Chile, dirige la campaña con acierto y la da fin tras derrotar a los patriotas en Rancagua. Regresa después a Lima y pasa nuevamente a Chile para combatir a San Martín, siendo derrotado en Maipú y viéndose obligado a regresar al Perú. Fallece en La Habana durante su viaje de regreso a España.

Antonio Pareja. Marino desde 1771, participa en importantes campañas navales contra Inglaterra y Francia. En 1813 es nombrado capitán general de Chile y con el empleo de brigadier pasa a este reino para emprender su reconquista con una corta fuerza a sus órdenes. Recupera Concepción e inflige varias derrotas a los insurgentes salvados momentáneamente del desastre por la energía de José Miguel Carrera. Pareja fallece de enfermedad contraída durante la campaña en mayo de 1813. Su hijo José Manuel, también marino, será el primer jefe de la expedición naval de 1865 contra Chile y Perú.

Joaquín de la Pezuela (1761-1830). Oficial en el ejército español, pasa al Perú en 1803 para hacerse cargo de la comandancia general de artillería, revelándose como uno de los más capaces jefes del ejército del virrey Abascal desde el comienzo de las insurrecciones americanas, en 1809 y 1810. En abril de 1813, ya brigadier, es nombrado jefe del ejército del Alto Perú sucediendo a Goyeneche. Vence a la segunda expedición argentina en Vilcapugio y Ayohuma, domina la rebelión de Cuzco y derrota a la tercera expedición argentina en la batalla de Viluma. Nombrado sucesor del virrey Abascal en 1815, dirige como general en jefe las operaciones del ejército realista en el virreinato hasta 1821 en que, tras el triunfo de la revolución en España, es privado del mando por un auténtico «pronunciamiento» de oficiales liberales a sus órdenes: Valdés, Seoane, García Camba y La Serna, que le sucede. Vuelto a España en mayo de 1822, tras la caída del régimen constitucional, es nombrado capitán general de Castilla la Nueva. Su hijo, el también general Juan de la Pezuela, conde de Cheste,

se distingue en las filas del partido moderado en las luchas político-militares del reinado de Isabel II [5].

Francisco Picoaga (1751-1815). Natural de Cuzco, en 1809 tiene el grado de coronel procedente de la milicia y, como tal, participa en las campañas del Alto Perú, en el ejército de Goyeneche, distinguiéndose en las campañas de Sipe-Sipe, Vilcapugio y Ayohuma. Comandante del Primer Regimiento de línea es ascendido a mariscal de campo. En 1814, con ocasión del levantamiento de Cuzco, trata inútilmente de defender Arequipa contra los insurrectos, siendo derrotado y hecho prisionero. Enviado a Cuzco es fusilado poco después.

Fermín Piérola. Militar peninsular, pasa destinado a la milicia peruana en 1784, y como coronel en 1809, participa en la represión de la primera rebelión en La Paz y Chuquisaca. Al año siguiente combate la invasión argentina y la nueva insurrección en el Alto Perú, siendo derrotado en la batalla de Aroma por los insurrectos cochabambinos.

Mateo García Pumacagua (1738-1815). Cacique indígena del pueblo de Chicheros, leal a la causa realista, combate eficazmente a la rebelión de Tupac Amaru al frente de fuerzas indígenas, por lo que se le da el título de brigadier honorario. Al comienzo de la guerra, en 1810, nuevamente se pone de parte de la autoridad realista y reúne un importante contingente de indios en los márgenes del Desagüadero para apoyar a Goyeneche en la lucha contra la primera expedición argentina al Alto Perú. Gobernador y presidente interino de la audiencia de Cuzco en 1813, retirado y ya de mucha edad es puesto a la cabeza del movimiento independentista que estalla en aquella ciudad (1814). Llega a ocupar fugazmente Arequipa, pero sus fuerzas, casi todas indígenas, son vencidas por las realistas, siendo detenido y ejecutado. En cierta historiografía peruana se le considera como un mártir de la causa de la Independencia, aunque prácticamente toda su vida la combatió, y posiblemente la acató al fin de sus días con muchas reservas, como por otra parte un gran número de sus hermanos de raza.

Antonio Quintanilla (1787-1862). Nacido en Santander y afincado en Chile, en 1810 se alista en las fuerzas realistas con las que participa en las campañas que tienen lugar a continuación en su país de adopción, siendo gravemente herido. En 1818, el virrey Pezuela lo nombra gobernador de la isla de Chiloé, cuya defensa organiza eficazmente aun después del fin de la guerra en el Chile continental, manteniéndose en ella y resistendo varios ata-

[5] Ver marqués de Rozalejo, *Cheste o todo un siglo*, Madrid, 1935.

ques hasta enero de 1826 en que, atacado por fuerzas muy superiores, se ve obligado a capitular. Ya en España, sufre alguna persecución durante la guerra carlista por ser considerado absolutista, aunque posteriormente asciende a mariscal de campo.

Juan Ramírez Orozco. Nacido en Badajoz en 1764, participa en la campaña contra la rebelión de Túpac Amaru en el Perú. Desempeña varios cargos militares y de gobierno en aquel virreinato y en 1809, como coronel, secunda a Goyeneche en la extinción de la primera sublevación del Alto Perú y en las campañas siguientes contra las expediciones de Buenos Aires, tomando parte en las batallas de Guaqui, Vilcapugio, Ayohuma y Viluma, entre otras, y en la reducción de la sublevación de Cuzco en 1814, que reprime con dureza. Teniente general, presidente en 1817 de la audiencia de Quito, en 1820 regresa nuevamente al Perú y, tras la destitución del virrey Pezuela, resigna el mando y vuelve a España.

Jose Ramón Rodil (1789-1853). Inicia su actividad militar en el Batallón Universitario de Santiago en la lucha contra la invasión napoleónica. Finalizada ésta, es enviado al Perú con el grado de capitán y destinado al batallón de Arequipa, a cuyo mando participa en la campaña de Chile en 1818 y posteriormente en la del Perú. En 1824 se hace cargo del mando de la plaza de El Callao tras el pronunciamiento de la misma por la causa realista y dirige la numantina resistencia que seguirá hasta 1826, en que se ve obligado a capitular. Ya en España, manda el ejército que invade Portugal en 1834 para expulsar a don Carlos y, durante algún tiempo, el ejército del norte contra los carlistas. Ministro de la Guerra (1836), fracasa en su campaña contra la expedición de Gómez. Primer ministro al final de la regencia de Espartero, aunque a veces enfrentado con éste, se retira de la política tras la caída de su régimen en 1843.

Juan de Sámano (1753-1821). Militar, desempeña diversos puestos en las gobernaciones de Nueva Granada alcanzando en 1809 el grado de coronel. Opuesto a la causa independentista en aquel virreinato, participa en las campañas contra Quito y otras zonas del sur de la actual Republica de Colombia. Gobernador de Bogotá en 1816, capitán general en 1817, reprime severamente las actividades de los patriotas y asume el cargo de virrey en 1818, siendo sorprendido por la expedición de Bolívar y obligado a retirarse a Cartagena, donde es destituido por un motín que obliga a promulgar la Constitución de Cádiz, tras lo cual se retira a Panamá, último vestigio del virreinato a su cargo, donde muere poco antes de que se produzca en esa región el movimiento independentista que la anexionará a la Gran Colombia.

Antonio López de Santa Anna (1794-1876). Nacido en Jalapa, en una familia noble, ingresa en 1810 como cadete en el Regimiento Fijo de Veracruz y como tal participa a las órdenes de Arredondo en las campañas contra los insurgentes; entre ellas en la primera de Texas y en la lucha contra las guerrillas independentistas, desplegando gran valor y recursos. Capitán en 1816, en 1821 como tantos otros oficiales realistas, se adhiere al Plan de Iguala y participa en la campaña del ejército trigarante contra las fuerzas aún leales a España. A partir de la Independencia de México interviene activamente en la política llegando durante mucho tiempo a ser el auténtico *deus ex machina* de revoluciones y cambios de gobierno hasta 1855, normalmente al servicio de las idea e intereses del partido conservador. Alterna presidencias reales o *de facto* (a veces gobierna a través de diversos personeros) con épocas de exilio en el exterior o de retiro en su hacienda de Manga de Clavo, próxima a Veracruz. Ya general, es uno de los dirigentes del movimiento que ocasiona la caída de Iturbide (1823). Derrota a la expedición española de Barradas en 1829, por lo que se convierte en el «héroe de Tampico». Presidente en 1833 y *de facto* hasta 1836, dirige como general en jefe la guerra contra los insurgentes texanos (1836); toma la fortaleza de El Álamo y derrota repetidas veces a aquéllos, pero se deja sorprender con una pequeña división de su ejército en San Jacinto (abril de 1836) y es derrotado y hecho prisionero, tras lo cual el ejército mexicano se retira al río Grande. Puesto en libertad por los colonos (teleguiados por el presidente de los Estados Unidos, Andrew Jackson), sale de su retiro para dirigir la defensa de Veracruz contra los franceses, en la «guerra de los pasteles», en la cual pierde una pierna. Continúa la alternancia del poder con otros generales hasta la guerra con los Estados Unidos (1846) en la cual, como general en jefe, es derrotado por los generales Taylor en Buenavista y Scott en la campaña que culmina con la ocupación norteamericana de México, tras lo cual se exila algún tiempo a Jamaica. Vuelto a México en 1853, dictador con el tratamiento de Alteza Serenísima, gobierna hasta 1855. Durante esta presidencia se lleva a cabo la Gadsden Purchase, venta a los Estados Unidos de los territorios de la Mesilla, entre los ríos Grande y Colorado. Derribado en 1855 por la revolución liberal que culminará en el proceso de la Reforma, se exila a Cuba, y su influencia decrece progresivamente a pesar de alguna intervención durante la ocupación francesa y el segundo imperio, tras lo cual regresa a México y muere en 1876. Sin contar las veces que lo hizo indirectamente, ocupó la presidencia de la República en siete ocasiones [6].

[6] Publicó unas memorias (México, 1895) y diversos manifiestos sobre episodios de su vida política y militar.

Andrés de Santa Cruz (1792-1865). Natural de La Paz, oficial en un regimiento de caballería de milicias, toma parte en las campañas contra los insurgentes y combate en las batallas de Guaqui, Vilcapugio y Ayohuma y a las órdenes de Ramírez en las campañas contra los rebeldes de Cuzco (1814-1815) y en la ofensiva del general La Serna contra las Provincias Unidas. Prisionero de los argentinos, escapa y logra llegar a Lima. Nuevamente prisionero tras la batalla de Pasco (1820), decide esta vez incorporarse a las fuerzas patriotas, con las cuales participa en la batalla del Pichincha, y, posteriormente, en las de Zepita, Junín y Ayacucho. Interviene a continuación en política en Perú y Bolivia. Presidente de esta república tras la salida de Sucre (1829), en 1835, tras una intervención militar en el Perú, crea la Confederación peru-boliviana, de la que asume la presidencia con el título de Protector. Derrotado en Yungay por los chilenos y disuelta la Confederación, se establece en Europa tras algunos años de prisión, falleciendo en Versalles en 1865.

José de la Serna (1769-1832). Cadete en 1772, oficial de artillería, participa en la campaña del Rosellón y, embarcado, en diversas campañas navales entre 1789 y 1802. Brigadier en 1809, defensor de Zaragoza, es hecho prisionero en esta ciudad y llevado a Francia, de donde emprende una rocambolesca fuga en 1812 que le llevará atravesando Austria, Valaquia y Macedonia a embarcar en Salónica para regresar a España. En 1815 pasa al Perú, donde actúa como jefe de las fuerzas realistas en el Altiplano. Enfrentado pronto al virrey Pezuela, le sustituye en su puesto tras el pronunciamiento de Aznapuquio (1821). Como virrey, empleo que conserva a pesar de la restauración del absolutismo en España, dirige las últimas campañas del Perú hasta la derrota de Ayacucho, batalla en la que recibe varias heridas. Tras la capitulación, vuelve a España donde el Rey le concede el título de conde de los Andes.

Jose Bernardo de Tagle (1779-1825). Oficial de la milicia peruana, sargento mayor en el Regimiento de la Concordia creado por Abascal (1811), alcalde de Lima, diputado a las Cortes españolas, vuelve a América en 1819 y ocupa la gobernación de Trujillo. Pasa al bando insurgente tras el desembarco de San Martín (1820). Mariscal de campo en el ejército americano, desempeña bajo la ocupación colombiana la presidencia del Perú. Sustituido enseguida por Riva Agüero y opuesto a Bolívar, se suma a los insurrectos contra éste que restablecen la autoridad realista en Lima y El Callao (marzo de 1824). Muere víctima de una epidemia en esta ciudad durante el asedio de la misma por las fuerzas independentistas.

Domingo Tristán (1768-1847). Coronel en la milicia peruana, tras haber sido alcalde de Arequipa, participa en 1810 en la campaña contra los insurgentes de Buenos Aires en el Alto Perú. Diputado a las Cortes españolas (no llega a tomar posesión del cargo), presidente de la audiencia de Cuzco, en 1821 se suma al ejército patriota, combatiendo con éxito desigual en las campañas de la contienda. Interviene después, hasta 1836, en la política peruana, ocupando puestos de prefecto.

Juan Pío Tristán (1773-1860). Como cadete en el Regimiento de Soria, combate a la rebelión de Tupac Amaru y, a partir de 1809, toma parte en las campañas de Goyeneche en el Alto Perú y en calidad de jefe del ejército realista en las batallas de Tucumán (1812) y Salta (1813), en las que es derrotado por Belgrano. Destituido, combate, no obstante, a la rebelión de Cuzco de 1814 como gobernador de Arequipa. Mariscal de campo en 1823, tras la derrota de Ayacucho, es reconocido como virrey en la última resistencia realista a los patriotas en el Perú. Acogido inmediatamente a la capitulación de Ayacucho, interviene en la política peruana, apoyando a la «Confederación» del general Santa Cruz, y llega a presidente (1837) del Estado sur peruano, retirándose de la política tras la caída de aquélla en la batalla de Yungay.

Jerónimo Valdés (1784-1855). Alistado en el ejército al inicio de la guerra de Independencia, pasa en 1816 al Perú haciéndose cargo de la jefatura del estado mayor del general La Serna, con el cual participa en las operaciones en el Alto Perú hasta 1821. Pasa después al Perú para combatir a la expedición chileno-argentina del general San Martín, participa en la destitución del virrey Pezuela y dirige las campañas del ejército realista en el sur del Perú. Derrota a los patriotas en las batallas de Torata y Moquegua y manda la División de Vanguardia realista en la acción de Ayacucho. Regresa a España, tras la capitulación que sigue a dicha batalla y, después de desempeñar algún cargo, en 1834 ocupa el de ministro de la Guerra, con el cual dirige durante algún tiempo, infructuosamente, las operaciones contra Zumalacárregui en el norte. Hasta su muerte ostentará otros cargos de caracter político, entre ellos el de gobernador de Cuba.

Francisco Javier Venegas (1760-1838). Nacido en Bujalance (Córdoba), participa en la guerra contra la invasión francesa con el grado inicial de coronel. Jefe del ejército español en la batalla de Almonacid, defensor de Cádiz, es nombrado virrey de México por la Regencia (1810). Resiste a la insurrección de Hidalgo, organiza con eficacia las fuerzas que defenderán el virreinato y logra controlar el alcance de la insurrección. Sustituido por el general Calleja (1813), regresa a España donde el Rey le concede el título

de marqués de la Reunión de Nueva España. En 1818 ocupa la capitanía general de Galicia.

Gaspar Vigodet. Nacido en 1764, de origen francés, participa en la guerra contra la Convención y en la de Independencia, alcanzando el grado de mariscal de campo. Nombrado gobernador de Montevideo, sustituye a Elío en octubre de 1811 dirigiendo la lucha contra los insurgentes de Buenos Aires, sosteniendo diversos sitios de Montevideo y el bloqueo por parte de la escuadra argentina. Derrotada la pequeña flota a sus órdenes por el almirante Brown, debe capitular en junio de 1814, regresando a España. Capitán general tras la revolución de 1820, miembro de la Regencia tras la suspensión de Fernando VII en 1823, tiene que exilarse durante el período de reacción absolutista que sigue a la caída del régimen constitucional.

BIBLIOGRAFÍA

Hasta el momento, sobre el tema específico del ejército realista en América a lo largo de toda la contienda la única obra publicada es la de J. Albí *Banderas olvidadas*, Madrid, 1990, en realidad de objeto mucho más amplio que el que su título da a entender. Se trata de una excelente historia militar del conflicto. Otras obras generales sobre la contienda o sobre aspectos de la misma en amplias zonas del continente son J. Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Barcelona, 1976, que se centra en los aspectos políticos y económicos.

T. Anna, *España y la Independencia de América*, México, 1986, y Costello, *Response to revolution*, Cambridge, 1986, que ofrecen una visión actual sobre la contienda hispanoamericana desde el lado realista. Ya mencionamos cómo la obra de M. Torrente *Historia de las revoluciones hispanoamericanas*, Madrid, 1829, con amplio aporte documental, podría considerarse como la historia oficial española (absolutista) del conflicto, publicada con el propósito de justificar nuevas expediciones de reconquista. Una historia de toda la contienda es la del general F. García Rivera, *Emancipación de la América española*, Barcelona, 1942, perteneciente a su *Guerra en la historia*, de interés para los aspectos militares (no tanto los políticos, ideológicos, etc.) y que incluye también el proceso independentista de las demás posesiones españolas en América y Filipinas.

El informe del marqués de las Amarillas, *Exposición del estado actual del ejército*, 1820, es una fuente de primerísimo orden sobre las fuerzas realistas en América inmediatamente después de producirse la revolución liberal de 1820. En otros puntos de este trabajo se han matizado alguno de sus datos.

Una obra de gran interés aunque por su carácter general sólo trata brevemente el tema que nos ocupa es la de J. R. Alonso, *Historia política del ejército español*, Madrid, 1974, que ofrece un brillante síntesis sobre aquélla en el período fundamental que transcurre desde la caída de Godoy hasta la capitulación de Ayacucho.

La tantas veces citada *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería*, Madrid, 1859, del conde de Cleonard, incluye, además de un breve resumen histórico, los historiales de las unidades peninsulares que participaron en la contienda americana. La *Heráldica e historiales del ejército*, publicada por el Servicio Histórico Militar a partir de 1969, incluye con pocas diferencias los mismos historiales.

El *Estado Militar de España* es una publicación anual con los datos oficiales sobre el ejército y marina españoles incluyendo mandos, uniformes, organización de las unidades, etc., si bien a veces, especialmente al referirse a las fuerzas locales americanas, no actualiza los datos de un año a otro. Un resumen de esta publicación se editaba anualmente en la *Guía de Forasteros*.

Sobre las últimas resistencias, proyectos y tentativas de reconquista existe el interesante estudio de D. Fernández Pascua *Últimos reductos españoles en América*, publicado en esta misma colección.

Para las expediciones a América (hasta 1818), con datos sobre aspectos económicos del conflicto, véase E. A. Heredia, *Planes españoles para la reconquista de Hispanoamérica*, Buenos Aires, 1974. A pesar de su título no alude a los planes propiamente dichos para la reconquista sino a los llevados a cabo durante la contienda. Algunos de aquéllos se encuentran, en cambio, en la obra de H. López Guedez *Dos informes para la pacificación de América*, Mérida, Venezuela, 1967.

Para el ejército en el siglo XVIII, es decir, inmediatamente antes del proceso independentista, se encuentran interesantes datos en J. Marchena Fernández, *Oficiales y soldados en el ejército de América*, Sevilla, 1983.

En el Archivo General de Marina se encuentran multitud de documentos sobre las actividades de la misma en conexión con la contienda. Su índice fue publicado por J. Guillén, *Índice de los papeles de las expediciones a Indias*, Madrid, 1953.

En cuanto a táctica, reglamentos, etc., y, en una palabra, doctrina militar española vigente en el momento existen los *Reglamentos para el ejercicio y maniobras de Caballería*, Madrid, 1815; *Infantería*, Madrid, 1805, y *Artillería*, Madrid, 1806, complementados por F. San Juan, *El tratado de táctica de infantería ligera*.

En S. Brinckerhoff, *Spanish weapons in colonial America*, Harrisburg, 1972, se encuentran algunos interesantes datos sobre el material bélico empleado en la contienda (normalmente por ambos bandos).

Para las fortificaciones en América, veánse J. M. Zapatero, *Las fortificaciones de Cartagena de Indias*, Madrid, 1968, y *La escuela de fortificación Hispanoamericana*, Actas de XXVI Congreso Internacional de Americanistas, Sevilla, 1966.

Sobre la caballería realista existe el capítulo correspondiente en J. Albí, *Campañas de la caballería española en el siglo* XIX, Madrid, 1985.

Una obra que por su amplitud podría considerarse general es el *Atlas de historia militar argentina*, de M. Suárez, Buenos Aires, 1974, al referirse a todas las campañas de la contienda en que participaron fuerzas argentinas aun en número poco más que simbólico, como la de Quito en 1821 y 1822.

Lo mismo podría decirse en otra zona del Continente de las obras de V. Lecuna, *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*, Nueva York, 1950, 3 vols., y de F. Rivas Vicuña, *Las guerras de Bolívar*, Bogotá, 1936, 4 vols., estudio de historia militar desde la óptica patriota.

Por último, una fuente documental básica la constituyen las *Hojas de servicio*, usualmente acompañadas de otros documentos de los generales, jefes y oficiales españoles que participaron en la contienda, conservadas en el Archivo de Segovia.

Guerra en la Península

La obra de D. G. Chandler *The campaigns of Napoleon*, Nueva York, 1966, un clásico sobre el tema, tiene interesantes datos sobre la organización, tácticas, armamento, etc., de los ejércitos de la época (además de un capítulo sobre las campañas de Napoleón en la Península).

En cuanto a la guerra de Independencia española, tan conexa con la americana, existen las historias que podemos llamar clásicas de Napier, 6 vols., Londres, 1828-1840, estudio lleno de interés a pesar de sus recurrentes tópicos e interpretaciones extraordinariamente «matizadas»; la del conde de Toreno, *Historia del alzamiento, guerra y revolución de España*, Madrid, 1835-1837, 3 vols., que sigue con especial interés los aspectos políticos de la España del momento; Oman, *A History of Peninsular War*, Oxford, 1902-1930, 7 vols., y la del general J. Gómez de Arteche, Madrid, 1868-1878.

Versiones actualizadas sobre la contienda se encuentran en D. Gates, *La úlcera española*, edición española, Madrid, 1987, amena descripción con datos muy actualizados sobre la guerra, y M. Glover, *The Peninsular War*, Londres, 1974.

Un interesante estudio sobre el ejército español en la guerra de Independencia es el de Ch. J. Esdaile, *The spanish army in the Peninsular War*, Manchester University Press, 1988.

Y como obra general sobre las fuerzas armadas españolas de tierra y mar en la época que nos referimos (en Europa y América) existen los volúmenes primero, segundo y cuarto (éste sobre la marina) de *Las fuerzas armadas españolas. Historia institucional y social*, Madrid, 1986.

Nueva España

Una importante recopilación de fuentes es la colección de *Documentos de la historia de la guerra de Independencia de Méjico*, 6 vols., Méjico, 1877-1882, muchos de ellos referentes al bando realista.

Obras publicadas en el antiguo virreinato tras su Independencia por personajes vinculados a la nueva situación (y a veces a la virreinal), por tanto con un interés condicionado por esa circunstancia, son, *Campañas del General Calleja*, de C. M. de Bustamante, México, 1828, la *Historia de Méjico*, de L. Alemán, uno de los teóricos del conservatismo mexicano, México, 1849, y *Las revoluciones de Méjico*, de L. de Zavala, México, 1969 (reed).

Sobre el virrey Calleja existe el estudio de C. C. Fergusson *The spanish Tamberlaine*, Ann Arbor, 1985, mientras que una visión actual de la Independencia del virreinato la constituye el estudio de T. Anna, *The fall of the royal government in Mexico city*, Lincoln, 1978. Por su parte, como su título indica, sobre los atentados españoles, existe el estudio de H. Sims. Una historia de la guerra de Independencia de J. N. Chavarri incluye buen número de tópicos al uso sin por ello dejar de tener interés.

También se ofrecen datos sobre la revolución en algunas provincias de México en B. R. Hamnett, *Roots of insurgency*, Cambridge, 1986.

Nueva Granada, Venezuela, Quito

Para la guerra en Venezuela, desde una óptica realista, existe, entre otras obras, la de J. I. de Zabala, Cádiz, 1813, sobre la primera revolución de Caracas y la represión de la misma por las fuerzas de Monteverde partidas de Coro.

Como fuentes documentales existen la recopilación de Rodríguez Villa, *El teniente general don Pablo Morillo*, Madrid, 1908-1910, en cuatro volúmenes, el primero con un estudio biográfico y los demás con documentos sobre la expedición pacificadora y su campaña en Nueva Granada y Venezuela.

Igualmente existen la colección de documentos del conde de Cartagena en la Real Academia de la Historia, catalogados por R. Contreras, Madrid, 1989, y los 28 volúmenes del Archivo del General O'Leary, ayudante de Bolívar, 1879-1884.

Sobre el mando de Morillo en Venezuela existe la obra recientemente publicada de S. K. Stoan *Pablo Morillo in Venezuela*, Columbus, 1974, con abundantes datos sobre dicha campaña, aspectos económicos de la misma, etc.

El volumen XVIII (tres tomos) de la *Historia extensa de Colombia*, Bogotá, 1967, incluye una historia muy detallada sobre las campañas en las tres repúblicas sucesoras del virreinato de Nueva Granada, por tanto las campañas de Bolívar, Nariño, etc. Tambien aporta datos de interés sobre las fuerzas realistas

alguno de los capítulos de la obra L. Duarte Level *Cuadro militar de Venezuela*, Madrid, 1917.

Sobre Boves y sus fuerzas pueden consultarse las biografías del jefe realista de L. Bermúdez de Castro, *Boves, el león de los Llanos*, Madrid 1931, y también en cierto modo réplica a aquélla, la del militar venezolano T. Pérez Tenreiro, *Boves, primera lanza del rey*, Caracas, 1969, éste un estudio militar y político: dedica buena parte del mismo a demostrar cómo Boves no fue el primer demócrata de Venezuela. Concluye que por el contrario fue la primera lanza del Rey. Véase también Valdivieso Montanaro, *José Tomás Boves*, Caracas 1955.

En relación con este jefe realista, recalcando los aspectos de revolución social del movimiento por él dirigido, véase J. Uslar Pietri, *Historia de la rebelión popular de 1814*, Caracas, 1962, y por supuesto teniendo en cuenta su carácter de novela, *Las lanzas coloradas*, de A. Uslar Pietri. Incidentalmente recordemos que esta familia venezolana, Uslar, desciende de un oficial alemán que, después de servir en la Kings German Legion del ejército británico y tomar parte en la guerra de la Península, pasó a América, donde combatió con las fuerzas de Bolívar.

Por último, una obra que sin aportar propiamente datos históricos precisos es ilustrativa sobre varios extremos es la que resume la polémica sobre el historiador asturiano J. E. Casariego y el ministro de Venezuela en España (1940) Caraciolo Parra Pérez.

Sobre la guerra en el virreinato de Nueva Granada con especial atención a los aspectos políticos existe la obra «clásica» desde el lado insurgente de J. M. Restrepo *Historia de la revolución en la república de Colombia*, Besançon, 1858.

Para la lucha en el sur de Nueva Granada en la época de la «patria boba», véase el estudio del coronel colombiano C. Riaño, *El teniente general don Antonio Nariño*, Bogotá, 1963. Contiene datos sobre las fuerzas realistas en el sector, fundamentalmente formadas por las milicias de Pasto.

Sobre las últimas campañas en las diferentes zonas del virreinato neogranadino, pueden consultarse, entre otras, *La batalla de Boyacá en los archivos españoles*, Bogotá 1969, recopilación de documentos; P. N. Arcaya, *Historia de la Guerra de Independencia en Coro y Paraguana*, Caracas, 1974, con interesantes datos sobre las campañas en esa provincia realista de Costa Firme, en 1812 y tras la campaña de Carabobo, incluyendo la actividad guerrillera contra las fuerzas republicanas; A. Santana, *La campaña de Carabobo*, Caracas, 1920, obra de carácter «oficial» venezolana, publicada con ocasión del centenario de dicha campaña; C. Riaño, *La campaña libertadora de 1819*, Bogotá, 1919, sobre las campañas de Bolívar y Santander que culminaron en la batalla de Boyacá. Sobre la misma campaña, véase también J. Nucete Sardi, *La Campaña libertadora de 1819*, Caracas, 1969. Ambas obras, obviamente desde la óptica republicana, ofrecen datos sobre las tropas realistas con órdenes de batalla, estados de fuerza

y otros de interés; M. Flores Álvarez, *La campaña libertadora de 1821*, Bogotá, 1921, una de las obras publicadas con ocasión del centenario de la batalla.

Sobre las campañas en el territorio de la audiencia de Quito existen, entre otras, Moreno Yáñez, *Sublevaciones indígenas en la audiencia de Quito*, Bonn, 1976. Versa, sobre, todo sobre la época inmediatamente anterior al comienzo del proceso independentista. Ya sobre el inicio del mismo en 1809 se puede consultar Muñoz Vernaza, *Memoria sobre la revolución de Quito*, Cuenca, 1966, así como C. Destrugge, *Historia de la revolución de Octubre y la campaña libertadora*, Guayaquil, 1982. Esta obra tiene como objeto la revolución de Guayaquil en octubre de 1820 y la campaña posterior contra las fuerzas realistas de Quito, complementada y continuada hasta el final de la lucha en esa contienda por el excelente estudio militar de L. Larrea Alba, *La campaña libertadora de 1821-1822*, Quito, 1975, con abundantes datos sobre la campaña de Sucre y sobre las fuerzas realistas que se le opusieron.

Por último, existen interesantes obras de memorias de diversos participantes en la contienda en ambos lados. Entre ellas, podríamos citar las del general Morillo, París, 1826, publicadas poco después del regreso a España del jefe del «ejército pacificador de Costa Firme»; R. Sevilla, *Memorias de un oficial del ejército español*, Madrid, 1916, un oficial que pasó a América con la expedición Morillo y tomó parte en la campaña posterior; J. M. Espinosa, *Memorias de un abanderado*, Madrid, 1920; J. M. Cajigal, *Memorias*, Caracas, 1960, capitán general de Venezuela tras la marcha de Monteverde y, por tanto, jefe supremo (en teoría) de las fuerzas realistas en Costa Firme en la época de la actuación de Boves; M. A. López, *Recuerdos históricos de la guerra de Independencia*, Madrid, 1919, que tomó parte en la guerra en ambos ejércitos, predominantemente en el patriota; J. A. Páez *Autobiografía*, Madrid, 1926, memorias del que fue jefe de los llaneros al servicio de la causa republicana y presidente de Venezuela en varias ocasiones; J. Miller, *Memoirs of general Miller*, Londres, 1828, 2 vols., memorias de uno de los voluntarios británicos que combatieron con las fuerzas de Bolívar en las campañas de Bolívar de Nueva Granada y el Perú.

Países del Plata y Chile

Sobre la contienda en este área del continente existen las fuentes documentales *Partes oficiales de la guerra de Independencia* (argentina), publicados por el Archivo General de la Nación, Buenos Aires, 1902. El *Archivo de Don Bernardo de O'Higgins*, Santiago, 1964, 27 tomos y los *Documentos del archivo de San Martín*, 12 vols., Buenos Aires, 1910-1911, entre los que se encuentran numerosas comunicaciones, partes y otros datos de los efectivos con que se enfrentó el Libertador en sus campañas en Chile y Perú.

Asimismo, existe la *Colección de documentos sobre la guerra de Independencia*, publicada por el Comando en Jefe del Ejército, Bueno Aires, 1963, con numerosos documentos realistas sobre las campañas en el Alto Perú.

Un clásico en la contienda en esa zona lo constituyen las obras del general y político argentino B. Mitre *Historia de San Martín* e *Historia de Belgrano*, que, reunidas, cubren los principales frentes en que aquella se desarrolló para la República Argentina, Chile y el Alto Perú. No hace falta señalar la orientación ideológica del vencedor de Pavón y caudillo en la guerra contra el Paraguay.

Sobre diferentes aspectos de la lucha en frentes argentinos y altoperuanos aportan interesantes datos, órdenes de batalla, etc., las dos obras del militar argentino de E. A. Bidondo, *Coronel Juan Guillermo de Marquiegui*, al que tantas veces hemos mencionado al frente de la caballería realista en el Altiplano, y *La expedición de auxilio a las provincias interiores*, Buenos Aires, 1987.

Sobre el ejército argentino inmediatamente anterior a la revolución de mayo y posterior, existe la *Reseña histórica y orgánica del ejército argentino*, I, publicado por el Comando en Jefe del Ejército, Buenos Aires, 1972.

Para el ejército chileno y las expediciones realistas contra la «Patria Vieja» pueden consultarse la *Historia del ejército chileno*, II, publicado por el Comando en Jefe del Ejército, Santiago, 1980 y la obra, de menor interés, de R. Oñá *Historia del ejército chileno*.

Las campañas de ese país se complementan con los estudios de A. Lara, *La batalla de Chacabuco*, Santiago, 1918, y F. J. Díaz, *La batalla de Maipú*, Santiago, 1946. Véase también la obra de Vicuña Mackenna, *La guerra a muerte*, sobre la campaña de Benavides en el sur del país tras la batalla de Maipú; por su parte, F. Campos Harriet, *Los defensores del rey*, Santiago, 1958, contiene numerosas biografías de jefes realistas que participaron en las campañas en ese país.

Sobre la lucha en el otro extremo de la zona, la plaza de Montevideo, se encuentra el estudio de interés local de A. Fernández. *Francisco Ramírez*, Montevideo, 1977, que trata del futuro caudillo entrerriano y de las milicias entrerrianas en Montevideo.

Un interés anecdótico sobre la situación en la «retaguardia» durante las campañas de Chile de 1817 y 1818 tiene el *Diario de un joven norteamericano*, de J. E. Coffin, Buenos Aires, 1968.

Perú y Alto Perú

Para seguir el desarrollo de la guerra en el virreinato limeño contamos con las fuentes esenciales de las *Memorias de gobierno*, de los virreyes Abascal (Sevilla, 1944, edición a cargo del profesor Rodríguez Casado) y Pezuela, *Memoria*

de gobierno, Sevilla, 1947, ésta en forma de diario e imprescindible en cualquier estudio sobre la Independencia de los países del área, que incluye una visión de amplia perspectiva del conflicto desde la jefatura suprema realista en la zona, incluyendo aspectos políticos, económicos, etc.

Igualmente de obligada lectura es la recopilación del conde de Torata (nieto del general Valdés, tantas veces mencionado) *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*, Madrid, 1894, en cuatro tomos. Recoge las polémicas entre Pezuela y La Serna y contiene duros ataques contra Olañeta, al que acusa prácticamente de connivencia con los insurgentes; complementada con *Las memorias para la historia de las armas españolas en el Perú* (varias ediciones, entre ellas, Madrid, 1916) del general A. García Camba, de las que también hay que señalar el carácter polémico y autojustificativo.

Algún dato sobre la guerra en el Alto Perú se encuentra en R. Arze Aguirre, *Participación popular en la independencia de Bolivia*, La Paz, 1979, obra que como cabe imaginar contiene todos o casi todos los tópicos al uso.

Una visión renovada de diversos aspectos del conflicto es la de L. Campbell, *The military and society in colonial Perú*, Filadelfia, 1978, excelente estudio sobre el ejército colonial en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX. También T. Anna, *The fall of the Royal government in Perú*, Lincoln, Nebraska, 1979.

La monumental biografía *El teniente general José Manuel de Goyeneche, primer Conde de Guaqui*, de L. Herreros de Tejada, Barcelona, 1923, cubre la primera fase de la contienda en esta zona a través de las campañas del biografiado, jefe del ejército virreinal en el Alto Perú. Elaborada en gran parte con documentos de su archivo, incluye órdenes de batalla y otros datos de interés e incluso uniformes del ejército español de la época.

Sobre las campañas de ese general y otras del ejército del Perú en la primera fase de la contienda (Alto Perú, Quito, Chile) puede consultarse F. Díaz Venteo, *Campañas militares del virrey Abascal*, Sevilla, 1948.

Para una versión hispanoamericana de las últimas campañas del Perú (1820-1824), además de las obras generales o documentales en relación con Bolívar o San Martín, ya citadas, existen las de G. Bulnes, *Historia de la expedición libertadora al Perú*, Santiago, 1887 y *Últimas campañas de la independencia del Perú*, Santiago, 1897, así como *Ayacucho*, de A. M. Borrero, Cuenca, Ecuador, 1974, en realidad de una temática mucho más amplia que la última batalla de la contienda. Sobre una batalla mucho menos importante pero significativa, veáse *La batalla de Zepita*, de M. E. Bonilla, Lima, 1923, obra que incluye órdenes de batalla y otros puntos de más o menos interés.

Para las guerrillas en las últimas campañas del Perú, veáse G. Vergara Arias, *Montoneras y guerrillas en la emancipación del Perú*, Lima, 1973, básicamente sobre las insurgentes. Sin embargo, el autor, muy a pesar suyo, incluye alguna

referencia a las actividades de las guerrillas realistas anteriores a la capitulación de Ayacucho.

En cuanto a las memorias del general F. Burdett O'Connor, *Un irlandés con Bolívar*, Caracas, 1977 (reed.) tiene, entre otras cualidades, la de una ausencia del habitual tono polémico de las obras de este tipo y contiene datos interesantes sobre las últimas campañas (desde el ejército patriota) en el Perú y Bolivia, república en la que se estableció el autor terminada la contienda. Aunque tal vez sea exagerada su apreciación de que la verdadera causa de todas las revoluciones de su país de adopción tuvieron su raíz en la subida del sueldo del presidente, de diez mil pesos con Sucre, a veinticinco mil con Santa Cruz, y treinta mil con Ballivian.

La defensa de El Callao se encuentra excelentemente descrita en la memoria de su jefe, J. R. Rodil, *Memoria del sitio de El Callao*, Sevilla, 1955.

Para terminar, vale la pena citar por su extraordinaria comicidad y para que se compruebe *in situ* hasta dónde se puede llegar al pretender escribir sobre Historia, el tomo sexto de la monumental obra *Historia general del Perú*, dedicado a la etapa de la contienda independentista (el resto de la obra también alcanza unos niveles equivalentes de comicidad y surrealismo verdaderamente dignos de encomio).

Igualmente de poco interés para el tema que nos ocupa es la *Historia del ejército peruano*, tomos IV y V.

Marina

La obra básica para la historia de la marina en la contienda es la de C. Fernández Duro, *La armada española*, Madrid, 1972-1973 (reed.). Se trata de una historia de la marina española en cinco volúmenes (la guerra de América se estudia en el último).

Otras obras de interés son, sobre la campaña final de la escuadra en Venezuela, Mier, *El almirante Padilla*, Bogotá, 1973, extensa obra sobre la base de la biografía del jefe de la escuadra patriota en la batalla del lago de Maracaibo, batalla sobre la que se encuentran igualmente *Documentación realista sobre la batalla naval del Lago de Maracaibo*, publicada en esa ciudad en 1973, que incluye diversas polémicas entre jefes realistas a ese respecto, y algún dato interesante en A. R. El Juri Yúñez, *La batalla naval del Lago de Maracaibo*, Caracas, 1969.

Sobre actividades navales en Nueva España, puede consultarse J. de D. Bonilla, *Historia marítima de México*, México, 1963, mientras que en relación con las actividades navales para el Atlántico y el Pacífico se encuentran T. Caillet-Bois, *Historia naval argentina*, Buenos Aires, 1944; Cox Balmaceda, *La gesta de Cochrane*, Buenos Aires, 1976, biografía acaso demasiado apasionada (como suele ser de rigor) sobre el marino escocés al servicio de Chile; López Urrutia,

Campañas de la escuadra chilena en Méjico, Buenos Aires, 1971, que cuenta con un apéndice con datos sobre el historal de las unidades navales empleadas en conflicto. Una interesante obra de memorias es la de R. Longeville Vowell, *Campañas y cruceros en el océano Pacífico*, Buenos Aires, 1968.

Por último, debe recordarse que en la *Memoria de Gobierno*, de Pezuela, ya mencionada, se alude con detalle a las campañas navales en el Pacífico en su época de permanencia en el cargo del virrey del Perú. También se encuentra algún dato de interés en la *Historia marítima del Perú*, vol. V, Lima, 1977.

Sobre un aspecto secundario de la lucha en el mar durante la contienda existe J. R. Fortique, *El corso venezolano*, Maracaibo, 1968, y la obra de Winkler Bealer *Corsarios de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1937.

En la bibliografía que antecede no hemos mencionado las numerosas biografías de jefes militares españoles o americanos que en algún momento de sus carreras figuraron en el ejército realista: Espartero, Morillo —existe una documentada biografía del historiador de origen húngaro Andrés Revesz—, Ballivian, Santa Cruz, Castilla, en las cuales se encontrarían lógicamente importantes datos. Aunque, por supuesto, normalmente algo sesgados. Sabido es el síndrome del biógrafo de presentar a su personaje a la mejor luz posible. Luz tantas veces condicionada por la personal adscripción del biógrafo, el tiempo, lugar en que se escribe la obra en cuestión...

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.